



ILUSTRES

EN LA
BIBLIOTECA NACIONAL
JOSÉ MARTÍ

MABIEL HIDALGO MARTÍNEZ



MABIEL HIDALGO MARTÍNEZ (Mayabeque, 1982). Licenciada en Educación por la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona. Máster en Estudios Históricos Regionales y Locales. Se desempeña como investigadora de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí (BNCJM). Realiza investigaciones de corte histórico-bibliográficas, principalmente con las colecciones de fotografías de los fondos de la BNCJM. Ha participado en eventos nacionales e internacionales de Historia y Ciencias de la Información. Es colaboradora y miembro del consejo de redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Autora del libro *Jorge Oller: memorias de un fotorreportero* (Ocean Sur, 2021).

**ILUSTRES
EN LA BIBLIOTECA NACIONAL
JOSÉ MARTÍ**

Mabiel Hidalgo Martínez

Derechos © 2024 Mabel Hidalgo Martínez
Derechos © 2024 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-923074-27-9

Primera edición 2024

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

ÍNDICE

Pórtico	1
Al lector de <i>Ilustres...</i>	3
Capítulo 1: Ilustres defensores de la Biblioteca Nacional en la República Neocolonial	12
Don Domingo Figarola Caneda, erudito cimiento de una institución	13
Carlos Villanueva, «duende tutelar de todos los bibliotecarios habaneros»	18
Coronado y su cuarto de siglo en la Biblioteca Nacional	21
María Villar Buceta, pasión por los libros y el verso	24
Emilio Roig de Leuchsenring y los Amigos de la Biblioteca Nacional	28
La brillantez intelectual de José Antonio Ramos	32
Lilia Castro de Morales, la primera mujer directora de la Biblioteca Nacional	40
Don Fernando Ortiz y su colosal herencia intelectual	45
Emeterio Santovenia y el empeño de un nuevo edificio para la Biblioteca Nacional	50

Manuel Moreno Fragnals en el continuo debate de la Historia	55
Capítulo 2: Ilustres refundadores de la Biblioteca Nacional José Martí	61
Salvador Bueno y su fecunda existencia	62
La impronta de Eliseo Diego en la Biblioteca Nacional José Martí	64
El legado de la doctora María Teresa Freyre de Andrade	69
Fina García Marruz, eterna poesía que nos acompaña	74
Maruja Iglesias, en la vanguardia femenina de su tiempo	78
María Elena Jubrías en el departamento de Arte	84
La consagración de María Lastayo	87
Argeliers León y su eterno viaje a nuestras raíces musicales	91
La escuelita de Adelina López Llerandi	96
Renée Méndez Capote, el amor de la cubanita por la Biblioteca Nacional	99
La Biblioteca Nacional José Martí en los cimientos profesionales de la doctora Luz Merino Acosta	103
Mayra Navarro: el hada cubana de la narración oral	107
Juan Pérez de la Riva: la singularidad de un sabio	111

Aleida Plasencia: la investigación histórica como fuerza mayor	116
Emilio Setién, un lugar cimero en la Bibliotecología cubana	121
Cleva Solís, pureza y genio en poesía	125
Cintio Vitier y la utilidad de la virtud	129
Capítulo 3: Ilustres visitantes de Cuba	134
Alicia Alonso y la cultura de la India en la Biblioteca Nacional José Martí	135
Dora Alonso, genuina obra desde las raíces cubanas	139
Vicentina Antuña, la ética y el amor de la maestra	144
La gracia natural de José Ramón Brene	148
Alejo Carpentier, un cubano universal	152
El presidente Osvaldo Dorticós en día de inauguraciones	157
Elías Entralgo y las sólidas virtudes de un intelectual	162
Dulce María Escalona, en la vanguardia de la pedagogía cubana	166
Samuel Feijóo, «uno de los más altos líricos cubanos de todos los tiempos»	169
Con las manos y la voz del poeta Roberto Fernández Retamar	174
Alfredo Guevara, compromiso y renovación	179
Nicolás Guillén, el poeta y su fiel presencia	183
Onelio Jorge Cardoso, nuestro Cuentero Mayor	187
Wifredo Lam, universal y nuestro	190

Julio Le Riverend y la misión del historiador	194
María Teresa Linares, musicóloga por siempre	199
Jorge Mañach, talento y saber	202
Juan Marinello Vidaurreta, ejemplo y actitud	207
María Elena Molinet, diseños de cubanía	211
Rosario Novoa y el aula, «el escenario de su vida»	215
Lisandro Otero González, entre el periodismo y la literatura	218
César Pérez Sentenat: la memoria musical de un maestro y fundador	223
La Biblioteca Nacional en el magisterio de la doctora Hortensia Pichardo	226
El alma literaria de Virgilio Piñera	230
Marcelo Pogolotti, dibujos y publicaciones	235
Clara Porset, pionera del diseño de muebles	238
La cercanía de René Portocarrero	242
José Antonio Portuondo Valdor, «maestro ideal de generaciones»	246
Carlos Rafael Rodríguez, «entre los mejores de una legión»	250
Jaime Sarusky, «elegante y limpio por dentro»	255
Luis Suardíaz, el director poeta	258
Carmen Valdés Sicardó en el canto feliz de los niños	262
Capítulo 4: Ilustres visitantes extranjeros	266
Rafael Alberti, «el poeta del mar y del pueblo»	267
Miguel Ángel Asturias, las dos visitas de un distinguido escritor	271

Gilberto Bosques: la hermandad entre México y Cuba	274
De Casa de las Américas a la Biblioteca Nacional José Martí	279
Manuel Galich y el teatro como arma de la cultura latinoamericana	282
Roger Garaudy y sus conferencias en La Habana	286
La devoción martiana de Manuel Pedro González	290
Ezequiel Martínez Estrada y su abrazo a la Revolución Cubana	294
Huella y voz de Pablo Neruda	298
Blas de Otero, genio errante en poesía	302
Kurt Pahlen y su música para niños	306
Índice de fotografías	309
Galería de imágenes: Sucesos memorables	317

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



PÓRTICO

Desde el instante de su salida, este libro se convierte en referente ineludible para repasar la historia de la Biblioteca Nacional José Martí. Sobre todo en el período de su refundación con el triunfo de la Revolución Cubana, el uso pleno de su nueva sede y la dirección de María Teresa Freyre de Andrade y Maruja Iglesias.

Por ello, ese decurso de la Biblioteca Nacional en la década del sesenta del siglo XX, aporta una visión, acaso menos conocida hoy, sobre el rico entramado global de la cultura en esa época, el papel de la institución y el extraordinario simbolismo de la apertura total de una biblioteca a la participación popular en la cultura.

Su autora, la acuciosa investigadora Mabel Hidalgo, ha redescubierto los hilos de dicha historia desde otro lugar, desde otra mirada. Se ha sumergido en la Fototeca, y otros fondos de la Biblioteca Nacional, para levantar el conjunto desde cada registro fotográfico que atrapa las visitas y presencias de ilustres personalidades a la institución.

El diálogo entre las valiosísimas instantáneas y los sólidos textos, tan breves como suficientes en su carácter de retratos o de penetrantes crónicas, nos adentran en un fabuloso viaje en el tiempo, como he dicho, verdaderamente revelador de, como diría Alfredo Guevara, un espléndido tiempo de fundaciones.

Omar Valiño

Director de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



AL LECTOR DE *ILUSTRES...*

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí (BNCJM)¹ cumplió 120 años de fundada el 18 de octubre de 2021. Nos encontramos ante una centenaria institución, heredera de las aspiraciones y los empeños de generaciones de intelectuales que concebían a las escuelas y las bibliotecas como centros pilares de la cultura.

No fue hasta los albores del siglo XX, durante la primera ocupación militar norteamericana en la Isla (1899-1902), que se concretó la creación de la Biblioteca Nacional, gracias a los esfuerzos de ilustres cubanos entre los que destacaron Diego Tamayo, Vidal Morales y Morales, Aurelia Castillo de González, Néstor Ponce de León, Enrique José Varona y Gonzalo de Quesada y Aróstegui, este último obtuvo «la promesa verbal del gobernador Leonard Wood de crear la Biblioteca Nacional»,²

¹ El nombre de Biblioteca Nacional de Cuba José Martí (BNCJM) se contempla a partir de la aprobación en 2010 del Decreto-Ley No. 271 «De las Bibliotecas de la República de Cuba». El presente libro hace referencia a Biblioteca Nacional, en la etapa comprendida entre 1901 y 1958, pues, aunque el debate con el nombre de José Martí para la institución se suscita a finales de la década del cuarenta, no es hasta 1959 que oficialmente se comienza a llamar Biblioteca Nacional José Martí (BNJM). La *Revista de la Biblioteca Nacional* incluye el nombre de José Martí también a partir de 1959.

² Araceli García Carranza y Xonia Jiménez López: «Biblioteca Nacional de Cuba» en Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABIBIA): *Historia de las Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica: pasado y*

durante el último trimestre de 1901. Su primera sede sería el Castillo de la Real Fuerza, espacio que compartía con el Archivo General. Una pequeña nave de la antigua fortaleza y un fondo bibliográfico donado por su primer director — don Domingo Figarola Caneda — definieron en sus inicios a la que procuraba ser el principal centro bibliotecario de la nación.

Desidia, abandono gubernamental y permanentes carencias determinaron durante más de medio siglo el precario estado y condiciones de trabajo de la Biblioteca Nacional, agravadas ante la ausencia de un inmueble propio. La inauguración del nuevo edificio en febrero de 1958, así como las proyecciones y la reestructuración de este, a partir del 1ro. de enero de 1959, abrieron horizontes para la institución.

En cada etapa de la historia de la Biblioteca Nacional, la fotografía ha dejado constancia del acontecer institucional. Las imágenes de las primeras cinco décadas sirvieron fundamentalmente para mostrar sus espacios físicos en el Castillo de la Real Fuerza y la antigua Maestranza de Artillería, como medio de denuncia ante la compleja situación del centro, además de constituir evidencia de la construcción del edificio, del mobiliario, la decoración y los actos de inauguración. Luego del triunfo revolucionario, la fotografía adquiere un nuevo sentido, se convierte en un medio de expresión comunicacional en función de mostrar el intenso quehacer de una Biblioteca renovada.

En las columnas del imponente edificio que la sostiene desde hace más de seis décadas — declarado Monumento Nacional el 30 de junio de 2021 — y en los hermosos revestimientos de mármoles se encuentran grabados los nombres de universales pensadores y filósofos, literatos, eruditos; sin embargo, no

presente, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, p. 108.

contemplan sus pesados cantos las firmas de quienes dejaron su huella y contribuyeron, desde sus funciones, conferencias o visitas, a enaltecer el prestigio de la mayor casa bibliográfica cubana.

Fue entonces que el 120 aniversario de la fundación de la Biblioteca Nacional, devino inspiración para el estudio de una parte de su historia desde la fotografía. Dentro del valioso universo documental de la Fototeca de Colección Cubana, la colección especial de fotografías Biblioteca Nacional José Martí (BNJM) —entiéndase aquellas imágenes que muestran los espacios físicos en los que estuvo y está la Biblioteca, desde sus inicios en la etapa de la República Neocolonial y hasta finales de los años ochenta del pasado siglo XX— comprende una parte de su quehacer oficial y la presencia de un grupo importante de personas vinculadas a «la Catedral de la Cultura Cubana», como la calificó el doctor Eduardo Torres Cuevas, su director entre 2007 y 2019.

Centenares de fotografías en álbumes y sobres nos develan rostros de personalidades cubanas y extranjeras, de visitantes, bibliotecarios, del público lector. En ese arsenal de instantáneas, las que corresponden a la etapa de dirección de la doctora María Teresa Freyre de Andrade (1959-1967) resultan significativas por el contenido temático y la calidad de las imágenes, en correspondencia con el protagonismo que adquiere la fotografía como expresión de las transformaciones que en la cultura y la sociedad proponía el Gobierno Revolucionario, y en consonancia con el renacimiento estructural de una biblioteca renovada en función del pueblo.

El itinerario de personalidades *Ilustres en la Biblioteca Nacional José Martí* comprende desde la etapa fundacional hasta 1967. La lista de los ilustres se estructura en cuatro capítulos —presentados

en orden alfabético, con excepción del primero que se ordena en correspondencia con la fecha aproximada de llegada de cada personalidad a la institución—: ilustres defensores de la Biblioteca Nacional en la República Neocolonial, ilustres refundadores de la Biblioteca Nacional José Martí, ilustres visitantes de Cuba e ilustres visitantes extranjeros.

El criterio de selección de cada autoridad se sustenta en dos elementos fundamentales: la ausencia física de las personalidades y la evidencia fotográfica existente en la colección especial de fotografías BNJM entre 1959 y 1967. Decidimos contemplar a los fundadores como homenaje a los intelectuales que batallaron por la permanencia de la Biblioteca Nacional en las difíciles circunstancias que antecedieron a 1959.

En el panorama cultural de la capital cubana de los años sesenta, la Biblioteca Nacional José Martí devino epicentro que convocaba al público a participar de una nutrida agenda de actividades, amén de propiciar la consulta de los fondos y colecciones como objetivo de sus funciones principales. Basta recordar que en la BNJM se erigió la tribuna para la primera celebración del 26 de julio luego del triunfo revolucionario, y tiempo después, en junio de 1961, en el Salón de actos —en la actualidad Teatro Hart— el Comandante Fidel Castro Ruz pronunció los históricos discursos que trascendieron como «Palabras a los intelectuales».

Las conferencias, charlas y seminarios ocuparon con regularidad el Salón de actos y otros espacios del centro. A través de las fotografías se puede apreciar la variedad de temas y cuán abundantes fueron las disertaciones en la etapa que se analiza. Destacan, de la amplia lista de ilustres, nombres de consagrados como Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Jorge Mañach, Elías

Entralgo, Carlos Rafael Rodríguez, René Portocarrero, Wifredo Lam, Manuel Moreno Fragnals, Dora Alonso, Julio Le Riverend, Hortensia Pichardo, José Antonio Portuondo, Félix Pita Rodríguez, Alicia Alonso, Roberto Fernández Retamar, entre otros.

En una suerte de «rescate» emanan nombres como los de la musicóloga Carmen Valdés, la historiadora Aleida Plasencia, el maestro y músico César Pérez Sentenat y la diseñadora Clara Porset, prácticamente olvidados por la historiografía nacional.

Asimismo, se expone una muestra del ilustre equipo de asesores que nucleó la doctora María Teresa Freyre de Andrade para la renovación institucional, conformado por Eliseo Diego, Renée Méndez Capote, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Argeliers León y Juan Pérez de la Riva, por solo mencionar algunos. Además, aparece registrada la primera visita a la Biblioteca Nacional de un presidente de la República, el doctor Osvaldo Dorticós Torrado.

La Revolución Cubana y su impacto en la vida sociocultural atrajo a una parte de la vanguardia artística y literaria de Latinoamérica y Europa. Personalidades que visitaron entonces La Habana, llegaron también a la Biblioteca Nacional José Martí, no ya para admirarla y conocer de cerca su funcionamiento, sino para compartir con el público sus obras, experiencias e impresiones. Los escritores Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias — más tarde galardonados con el Premio Nobel de Literatura —, el poeta gaditano Rafael Alberti y su esposa, la escritora María Teresa León, y el ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada, fueron algunos de los ilustres visitantes que recibió la institución entre 1959 y 1967.

Las firmas de experimentados profesionales de la Cooperativa Fotográfica³ y los Studios Korda,⁴ como autores de un grupo de imágenes, evidencian la acertada visualización de momentos y personalidades relevantes. Ellos supieron transmitir en sus fotografías el impacto de las visitas de distinguidos intelectuales cubanos y extranjeros a la Biblioteca Nacional; las conferencias, encuentros y exposiciones que se sucedieron de manera intensa durante una época pródiga en iniciativas enriquecedoras.

³ El 5 de septiembre de 1933, aproximadamente 23 fotógrafos fundaron la Cooperativa Fotográfica. Su edificio sede estaba ubicado en Industria 156 y 158, entre Trocadero y Bernal, en La Habana. Entre sus fundadores estuvieron Luis Rives, como presidente, Isidro Regayol, Antonio Fernández Pérez de Alejo, Carlos Santos, Andrés Tejeiro y Francisco Rives, José A. Chassagne, técnico de laboratorio, y José Belasquida como asistente. También pertenecieron a la Cooperativa Juan M. Miralles, Aldo Díaz, Carlos Santos, René Álvarez y José Alonso (boxeador que usaba el nombre de Hilario Martínez y trabajó con Osvaldo Salas en Nueva York). Hicieron popular el término «lambiones», que no eran más que aquellos fotógrafos que se ganaban la vida fotografiando actos públicos, banquetes y revelaban al momento las fotos con el fin de venderlas. La Cooperativa Fotográfica fue precursora en Cuba de las impresiones de gran formato y de las fotos aéreas, para las cuales utilizaban aviones alquilados. Véase: Jorge Oller: «Los banqueteros y la Cooperativa Fotográfica», *Cubaperiodistas*. Disponible en: <https://www.cubaperiodistas.cu/index.php/2021/05/los-banqueteros-y-la-cooperativa-fotografica/>

⁴ En 1954, en una pequeña oficina del edificio La Metropolitana, en la calle O'Reilly, Alberto Díaz Gutiérrez (Korda) y Luis Pierce Byers fundaron Studios Korda. A finales de la década del cincuenta se establecieron en la calle 21 de la Rampa capitalina. A inicios de la década del sesenta se incorpora al *staff* del estudio el fotógrafo Genovevo Vázquez Rodríguez. Como laboratorista trabajó Ricardo Barrero y José A. Figueroa se desempeñó como asistente de laboratorio, asistente personal y fotógrafo. El 14 de marzo de 1968 Studios Korda fue intervenido por el Ministerio del Interior. Véase: Cristina Vives; Mark Sanders: *Korda. Conocido Desconocido*. La Fábrica Editorial, Madrid, 2008.

Resulta oportuno destacar que aunque se trata de una amplia selección de 71 personalidades presentes en la mencionada colección fotográfica, perviven en las imágenes otros rostros de hombres y mujeres de suma valía tanto para la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí como para la cultura cubana y universal; ante lo cual, las ausencias de personalidades que confluyeron en la etapa que comprende la selección —principalmente aquellos que formaron parte de la plantilla oficial del centro— responde a la no existencia o identificación de estos en las fotografías de la colección BNJM.

El binomio fotografía-semblanza teje el entramado de ideas con las cuales se presenta a cada personaje, hurgando, en lo posible, en su relación con la Biblioteca Nacional y sus aportes principales a la cultura, sin pretensiones de extendernos en las historias de vida de cada ilustre.

Los textos, en general, nos remontan al contexto de la cultura cubana en la década del sesenta, al tiempo que asistimos a acontecimientos de la historia de la institución: la inauguración de departamentos en la etapa revolucionaria, el servicio nocturno para estudiantes y trabajadores, los ciclos de conferencias, las visitas de intelectuales extranjeros, así como el renacer de una intelectualidad nacional dispuesta a compartir su obra con los lectores, bien desde la distinción que ofrecía el Salón de actos o en amenas charlas desde los butacones de las salas de lectura.

Asimismo, el libro propone, a modo de anexos, una galería de imágenes con el título «Sucesos memorables» que complementa el cúmulo de acontecimientos culturales, políticos y sociales, en los cuales aparece la Biblioteca Nacional José Martí como eje central.

Una parte no despreciable de los *Ilustres...* que hoy ponemos a disposición de los lectores gracias a la profesionalidad

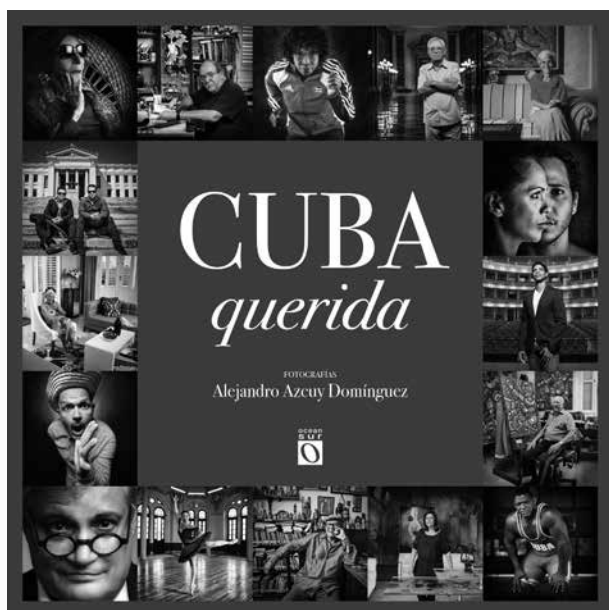
de la editorial Ocean Sur, vieron la luz en el portal web y las redes sociales de la BNCJM, así como en las revistas digitales *Librínsula*, *La Jiribilla* y *Cubaliteraria*.

Por último, y no menos importante, transmito mi agradecimiento a todas las personas que colaboraron con testimonios, búsqueda de documentos, digitalización de fotografías y sugerencias oportunas para la realización de cada uno de los Ilustres..., a la doctora Araceli García Carranza, a los bibliotecarios y especialistas de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, en especial a Maribel Duarte, Eddy Rodríguez, Maritza Mirabal, Silvana Pérez y su equipo de jóvenes del departamento de Digitalización, Carlos Manuel Valenciaga, Daniel Gregorio Pérez, y al director Omar Valiño por redactar el pórtico. Llegue, además, mi eterna gratitud al escritor y amigo Leonardo Depestre Catony, por sus oportunas sugerencias y enseñanzas en el orden literario.

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí ha existido y existe gracias al tesón y la pasión de servicio y de amor a la profesión de reconocidos y también anónimos bibliotecarios. Todos son ilustres y merecen reverencias, aunque no estén mencionados en las páginas de este libro.

Abrigamos la certeza de que la relación de *Ilustres...* aumentará con el correr del tiempo, y la fotografía se encargará de inmortalizarlos en diferentes espacios de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, institución a la que acudirán, cual templo sagrado de la cultura cubana.

Mabiel Hidalgo Martínez
El Cerro, La Habana, julio de 2023.



CUBA QUERIDA

Alejandro Azcuy Domínguez

Cuba, pequeña porción de tierra que asemeja una llave en el golfo, que parece navegar entre las olas del mar Caribe, ha dado hijas e hijos ilustres que han trascendido sus fronteras para constituirse en referentes internacionales de las artes, la cultura, el deporte, las ciencias. Al encuentro de algunos de esos cubanos, de esas cubanas, salió el fotógrafo Alejandro Azcuy. En un pacto inédito captó con su lente el retrato, la pose, el desenfado de los protagonistas.

112 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-18-9

CAPÍTULO 1:

**Ilustres defensores de la Biblioteca Nacional
en la República Neocolonial**



**Don Domingo Figarola Caneda,
erudito cimienta de una institución**

El 18 de octubre de 1901, en un sencillo acto celebrado en el Archivo General, ubicado en el Castillo de la Fuerza, Domingo Figarola Caneda (1852-1926) tomó posesión del cargo de director de la Biblioteca Nacional.

Erudito y celoso guardián de la memoria histórica y la cultura nacional, cultivador de los estudios bibliográficos iniciados por Antonio Bachiller y Morales, Figarola se dedicó en su madurez intelectual a sentar las bases de la Biblioteca que nació en pleno gobierno interventor norteamericano, en un pequeño

salón de 30 x 7,5 metros, carente de estantes y libros, a la cual donó su colección personal, de aproximadamente tres mil volúmenes.

El prestigio del eminente habanero era sólido y notable al ocupar tal responsabilidad. Desde finales del siglo XIX su carrera periodística se fortaleció con el aval de haber publicado en la casi totalidad de la prensa habanera y de fundar varias publicaciones: *El Argumento*, dedicado al teatro, *La Ilustración Cubana*, y desde París, *La República Cubana*, semanario que editó durante la guerra de independencia de 1895 con el objetivo de defender los ideales de liberación. Y es que Figarola Caneda fue un patriota que contribuyó, con sus letras, a enaltecer el sentimiento de nacionalidad, fortalecido con la impresión que le causara José Martí y el dolor por la pérdida de su único hijo, Herminio, durante la Guerra Necesaria.

Una profunda vocación humanística lo llevó a cambiar el rumbo de sus estudios de Medicina a principios de los años setenta del siglo XIX, luego de sufrir prisión por vincularse al proceso de los ocho estudiantes de Medicina, injustamente fusilados en la explanada de La Punta el 27 de noviembre de 1871.

Fueron famosas las tertulias literarias de don Domingo, en su casa de Cuba no. 24. Entre los jóvenes asiduos destacaron Emilio Roig de Leuchsenring, Francisco González del Valle y Emeterio Santovenia, quienes también lo visitaban con frecuencia en su otra casa: la Biblioteca Nacional. Se convirtió en maestro de una generación de futuros y brillantes historiadores, al punto de expresar el propio Roig: «Figarola Caneda inculcó y mantuvo en nosotros, los que fuimos sus más íntimos amigos,

con el amor a los libros, el amor, también a la Biblioteca Nacional (...) era él un archivo viviente de nuestra historia».¹

Si quisiéramos tener una idea de cuánto influyó Figarola Caneda en la formación profesional de quien llegaría a ser Historiador de La Habana, baste apuntar: «(...) puedo decir, que mis maestros de Historia de Cuba —maestros y amigos, consejeros y guías— fueron Figarola Caneda y Sanguily.² Y mi colegio, mi instituto y mi universidad en asuntos de historia cubana, fue la Biblioteca Nacional, con su seminario de las tertulias sabatinas de Cuba 24».³

Otro de sus discípulos, Francisco González del Valle, lo describe como hombre recto, sincero, inflexible, sobrio de costumbres, inalterable en su descreimiento de toda idea religiosa. Sus asuntos de preferencia eran la bibliografía y la historia.

Los estudios bibliográficos de Domingo Figarola se caracterizaron por ser minuciosos, veraces y precisos, reflejo de una personalidad consagrada, perseverante y rigurosa. Ejemplos de sus obras resultan las bibliografías de Rafael M. Merchán, Ramón Meza y Suárez Inclán, y de José de la Luz y Caballero. El *Diccionario de seudónimos* de su autoría constituye «la primera producción de esta clase publicada hasta entonces».⁴ También de considerable utilidad y relevancia resulta la investigación «Escudos primitivos de Cuba: contribución histórica», publicada en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, el año de 1912, así

¹ Emilio Roig de Leuchsenring: «En el centenario del nacimiento de Domingo Figarola Caneda», *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2da. serie, t. III, enero-marzo, 1952, pp. 16-17.

² Se refiere a Manuel Sanguily.

³ Emilio Roig de Leuchsenring: ob. cit., p. 42.

⁴ Francisco González del Valle: «Domingo Figarola Caneda», *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2da. serie, t. III, enero-marzo, 1952, p. 82.

como su colaboración con Francisco Calcagno en la redacción del *Diccionario Biográfico Cubano*.

Entre las principales proezas de su período de dirección bibliotecaria, sobresale la creación de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, sueño abrigado desde los inicios fundacionales, «obra de pública e indispensable conveniencia»,⁵ en palabras del propio Figarola, para lo cual gestionó el donativo de una imprenta, a tenor con las exigencias de lo que consideraba importante para la divulgación de los tesoros documentales de las colecciones y la necesidad de ponerlos a disposición de la cultura cubana.

El primer director de la Biblioteca se propuso incrementar los fondos, para ello empleaba parte de su salario en la adquisición de libros y otros documentos. Además, rindió tributo a los precursores del centro, patricios cubanos relacionados con nuestra historia intelectual, con la creación, en 1910, de la galería de cuadros con retratos de Néstor Ponce de León, Diego Tamayo, Vidal Morales y Morales, Domingo del Monte, entre otros, así como la colocación del busto de Antonio Bachiller y Morales, al final del salón de lectura, obra del escultor José Vilalta Saavedra, en 1907, que se ha conservado por más de un siglo en la institución.

Emilia Boxhorn, compañera de vida de Figarola Caneda, fue una de sus fieles colaboradoras, le acompañó en las labores de bibliotecaria, «trabajó durante muchos años con carácter honorífico para auxiliar a su compañero y por su gusto por esta clase de ocupación».⁶

⁵ Domingo Figarola Caneda: «Proemio», *Revista de la Biblioteca Nacional*, Año 1 (1-2), 1909, p. 2.

⁶ *Ibíd.*, p. 85.

Los años de dirección de Figarola Caneda estuvieron signados por la desidia gubernamental, los bajos presupuestos, el cambio de edificio y la envidia de coetáneos que laceraron su desempeño y lo llevaron a interrumpir su ejecutoria al frente de la Biblioteca en 1918, no sin provocar protesta, profundo dolor y frustración en el hombre que dedicó ingentes esfuerzos a desarrollar la institución. El 2 de agosto de 1920 le es concedida la jubilación y designan director al doctor Francisco de Paula Coronado.

La impronta del primer director de la Biblioteca Nacional de Cuba trascendió a los sucesivos directores, bibliotecarios y especialistas como continuidad de su legado, apreciable en las colecciones del fondo antiguo que conformó, desde el compromiso e inspiración por ser cada vez más cultos y consagrados a la noble labor de servir a la cultura cubana.



**Carlos Villanueva, «duende tutelar de todos
los bibliotecarios habaneros»**

El año 1946 marcó la pérdida de dos puntales en la Biblioteca Nacional: Francisco de Paula Coronado, director durante más de 20 años, y José Antonio Ramos, asesor técnico por casi una década. Tal situación llevó a que el experimentado bibliotecario Carlos Villanueva desempeñase, de manera interina, la dirección del centro hasta el nombramiento de Lilia Castro de Morales, en septiembre de 1948.

En la temprana fecha de julio de 1903 –apenas a un año y nueve meses de creada la Biblioteca Nacional– Carlos Villanueva

Lamas comenzó como empleado de la institución. Con su probado interés por aprender cada aspecto relacionado con la organización y los servicios de un centro bibliográfico de tal magnitud, ganó la confianza del primer director, don Domingo Figarola Caneda, convirtiéndose en su discípulo predilecto.

«Villanueva es una institución dentro de esa institución que es la Biblioteca Nacional (...) muy pocas veces se da el caso de un hombre que se funde a una institución y hace de ella y de su servicio el fundamento de su existencia», expresó Ángel Augier en un artículo que publicó la revista *Bohemia* en 1952.

Su sapiencia, dominio de las colecciones y de la dinámica bibliotecaria las obtuvo a fuerza de trabajo: guarda del salón de lectura, estacionario, bibliotecario, secretario, director y subdirector, fueron sus responsabilidades en seis décadas de labor ininterrumpida en la Biblioteca Nacional.

Cuentan que abría la Biblioteca muy temprano en la mañana y era el último en marcharse. Su «locura de amor» por resguardar los fondos la noche de octubre de 1944 en que azotó La Habana el terrible ciclón, la describió Renée Méndez Capote, escritora y colega. El celoso guardián, con capa y linterna, permaneció en el Castillo de la Fuerza a riesgo de su vida, resguardando del agua y el viento el patrimonio bibliográfico y documental adquirido hasta entonces.

Escritores, periodistas, historiadores quedaban en deuda con su asesoría, entre estos José María Chacón y Calvo, quien lo consideró «el mejor amigo de la Biblioteca Nacional». Llegó a ser un excelente referencista de la cultura cubana, bautizado por Cintio Vitier «duende tutelar de todos los bibliotecarios habaneros».⁷

⁷ Cintio Vitier: «El escritor y la Biblioteca», 60th IFLA General Conference - Conference Proceedings - August 21-27, 1994 . Recuperado de <https://origin-archive.ifla.org/IV/ifla60/60-vitc.htm>

Villanueva ha sido el único bibliotecario que tuvo el privilegio de laborar en las tres sedes de la Biblioteca Nacional de Cuba: el Castillo de la Real Fuerza, la antigua Maestranza de Artillería, y el edificio que ocupa en la actualidad, inaugurado en 1958; este último convertido en «la biblioteca que él había querido siempre para su país», gracias a la Revolución.

Había nacido en Managua, pueblo de La Habana, el 27 de agosto de 1886. Su 80 cumpleaños lo celebró en la Biblioteca, homenaje que le realizaron sus colegas de su segunda y amada casa.

El 22 de abril de 1982 dejó de existir Carlos Villanueva. Tenía 95 años y de su longeva vida, 77 habían transcurrido en su venerada Biblioteca Nacional. La historia de vida de Villanueva pertenece a la historia de la BNJM. Su amor y fidelidad a la institución enaltece a los bibliotecarios, los compromete e inspira.



Coronado y su cuarto de siglo en la Biblioteca Nacional

Fue el entonces presidente y mayor general Mario García Menocal quien nombró a Francisco de Paula Coronado y Álvaro (La Habana, 1870-1946) director de la Biblioteca Nacional, a mediados de 1920. Tenía en aquel momento 50 años de edad. En la designación influyeron personalidades como Cosme de la Torriente, Rafael Montoro, Manuel Sanguily y Enrique José Varona.

Coronado poseía un historial revolucionario en la contienda de 1895, no precisamente desde las armas, sino con la pluma y la palabra. Conspiró junto a Juan Gualberto Gómez, y en

Nueva York se desempeñó en la redacción de *Patria* y fundó el periódico satírico ilustrado *Cacarajícara*, defensor de los ideales independentistas.

Humanista, historiador, profesor, periodista, Coronado se graduó de Pedagogía, Derecho Civil y Filosofía en la Universidad de La Habana. En los primeros años de la República trabajó en la Secretaría de Educación y colaboró con los principales diarios y revistas de la capital cubana. Algunos de sus seudónimos fueron *César de Madrid*, *El Caballero de la blanca luna*, *Fray Mostén*, *Pedro Sánchez*, *Panfilón* y *Clarinete*.

Quienes lo conocieron aseveraban que «una advertencia suya en el momento necesario valía por un tratado de buenas artes corporativas».⁸ Renée Méndez Capote, describe al segundo director de la Biblioteca Nacional desde sus cercanas vivencias de adolescente y, posteriormente, como subordinada del erudito:

Tenía una fuerte personalidad, mucha inteligencia, una vastísima cultura, trato exquisito y un conocimiento de la bibliografía cubana como no ha vuelto a tenerlo ningún otro director de la biblioteca. Era tan miope, que se pegaba los libros a la nariz para poder ver las letras aun a través de unos lentes increíblemente gruesos, y también era increíble todo lo que leía (...) Coronado como bibliotecario era fantástico (...).⁹

A Francisco de Paula Coronado le tocó padecer, en 1929, las consecuencias del incendio de varias cajas con parte de los fon-

⁸ J. Ortega: «Francisco Coronado y Álvaro. Elogio de la cordura», *La Jiribilla*, Año VI, 2007.

⁹ Renée Méndez Capote: «Recuerdos de la vieja biblioteca», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3ra. época, 72 (2), mayo-agosto, 1981, pp. 92-93.

dos de la Biblioteca, ubicados en una nave de la antigua Cárcel de La Habana; los avatares del traslado de las colecciones de la Maestranza al Castillo de la Fuerza, así como las arduas campañas que protagonizaron Emilio Roig de Leuchsenring y un grupo de intelectuales de la sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional por obtener un edificio digno para la institución. A lo anterior se suman los insuficientes presupuestos asignados por el gobierno y la carencia de personal calificado.

Su ingenio lo llevó a la creación de un sistema de clasificación para las colecciones que nombró «Sistema Racional de Coronado», dividido en clases y subclases. En su período de dirección —el más largo de todos hasta la actualidad, 26 años— contó, casi al finalizar, con las luces de José Antonio Ramos como asesor técnico, y con fieles bibliotecarios como María Villar Buceta, Renée Méndez Capote, Zoe de la Torriente y Carlos Villanueva.

Coronado gozó de vasto prestigio en la intelectualidad cubana de la primera mitad del siglo XX. Perteneció a la Sociedad Cubana de Teatro, al Ateneo de La Habana, a la Academia de la Historia de Cuba y a la Academia Española de la Lengua. Era un ferviente coleccionista y bibliófilo. Su biblioteca personal —una de las más valiosas de su época— se encuentra desde 1960 en la biblioteca de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.

Tras su muerte, ocurrida en La Habana, el 30 de noviembre de 1946, la Biblioteca Nacional realizó infructuosas gestiones para incorporar a sus fondos el rico acervo documental de quien fuera su director por más de un cuarto de siglo.



María Villar Buceta, pasión por los libros y el verso

Como «la voz femenina más pura, honda, culta y rebelde de la generación de los nuevos», definió Raúl Roa a María Villar Buceta, poetisa, periodista, ferviente luchadora por los derechos de la mujer, antimachadista y bibliotecaria, quien tuvo una existencia de consagración al trabajo y de servicio al prójimo.

La dupla bibliotecología-poesía definió la vocación de la Villar Buceta, de formación eminentemente autodidacta, por lo cual resulta difícil establecer parangón en cuanto a su impronta en ambas esferas.

Nació en Corral Falso de Macurijes, actual municipio matancero Pedro Betancourt, el 25 de abril de 1899. Dotada de talento para las letras y la poesía en particular, sus inicios fueron en el periodismo, donde vieron la luz algunas de sus obras líricas que, en opinión de la crítica, expresaban indiscutible madurez. *Diario de la Marina, El Heraldo de Cuba, El Fígaro, La Noche, El Mundo* y las revistas *Social, Mediodía, Masas y Bohemia* fueron algunos de los medios de prensa que publicaron sus creaciones literarias.

En 1921 se traslada María con su familia a La Habana. Es hermana de Aurora Villar Buceta (1907-1981), quien además de compartir el don literario y desempeñarse en labores bibliotecarias, destaca en la lucha contra Machado. Una vez en la capital María se desempeña como secretaria de redacción y redactora del diario *La Noche*. En dicho medio publica el artículo «El 24 de febrero y yo», declarándose enamorada del internacionalismo, ciudadana del mundo e inconforme con el patriotismo en uso, ideas que propiciaron conociera a Rubén Martínez Villena.

Su integración al Grupo Minorista sellaría una profunda amistad con destacados intelectuales que trascendieron por sus ideas en el ámbito de la cultura, asimilando las más novedosas corrientes artísticas de la época. Perteneció al Partido Comunista y extendió su militancia fundadora, su labor feminista y su lucha política a diferentes poblados de la capital cubana.

Gracias a gestiones de sus amigos, en noviembre de 1924 comenzó como oficial de clase segunda en la Biblioteca Nacional y sufrió los avatares del traslado de los fondos y colecciones al Capitolio Nacional. De esos años, recuerda Renée Méndez Capote a María como la más paciente y dulce de las mentoras, con una capacidad de ternura infinita.

Fue durante aquel lustro de finales de la década del veinte, en el que Roig de Leuchsenring denunciaba en las páginas de la revista *Carteles* el desastroso estado y las necesidades de la Biblioteca Nacional, cuando María Villar se encontraba ligada a la infortunada institución.

Cuentan que, durante la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado, escondió armas en la vieja caja fuerte de la Biblioteca Nacional. Tiempo después, a inicios de 1935 queda cesante de su cargo, pero no detiene su activismo político ni descansa en su escritura crítica y de profundo contenido social.

La autora de *Unanimismo*, su único libro de poesía publicado, gracias al cual ganó un lugar en la poesía cubana y latinoamericana, dedicó la mayor parte de su vida al trabajo en bibliotecas. Se desempeñó, además, como bibliotecaria de la Biblioteca Municipal, la Escuela Nocturna Popular del Cerro y de la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling, de la cual fue fundadora, espacio que convirtió en una biblioteca especializada de alto nivel por el servicio y la calidad de sus colecciones, que fueron creciendo gracias a las convocatorias de donativos que María realizaba desde la prensa y la radio.

Entre los anhelos de la poetisa estuvo la creación de bibliotecas públicas. Según la doctora Zoia Rivera, María Villar Buceta abogó por la utilización de los fondos bibliográficos en beneficio de toda la población, algo que logró materializar personalmente en la biblioteca popular de un barrio de La Habana con el proyecto «Bibliotecas y escuelas talleres».

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí rinde tributo a su memoria a través de la Cátedra que lleva su nombre y que forma parte del quehacer científico-técnico de la institución

desde hace más de cuatro décadas, convirtiéndose en la cátedra bibliotecológica más antigua de la nación antillana.

Un homenaje al legado de la Villar Buceta es la publicación de su *Biobibliografía*, en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, en 1978, por la doctora Araceli García Carranza. El repertorio describe los distintos aspectos de su obra como poetisa, periodista, bibliotecaria y revolucionaria.

Cada 29 de junio, en evocación de su desaparición física, el legado de María Villar Buceta se hace eco en los profesionales cubanos que laboran en bibliotecas y en centros de información. Retomamos las palabras del poeta y periodista Ángel Augier, en la despedida de duelo de María:

(...) Una mujer excepcional, escritora insigne y revolucionaria ejemplar es a la que despedimos hoy aquí con tristeza. Pero su ejemplo y su recuerdo luminoso se nos queda para compensarnos su pérdida. Y la certidumbre de que jamás será olvidada por su pueblo, a cuya cultura y redención dedicó vida y obra.

María Villar Buceta representa espíritu de lucha social, amor a la profesión bibliotecaria e infinita bondad.



Emilio Roig de Leuchsenring y los Amigos de la Biblioteca Nacional

El 1ro. de julio de 1935, Emilio Roig de Leuchsenring es nombrado Historiador de La Habana. En plena madurez, con 45 años, el entonces periodista, brillante orador y escritor, gozaba de prestigio y reconocimiento en el ámbito intelectual de la nación antillana.

El año 1935 resultó difícil tanto para Roig como para el desenlace del proceso histórico de la Revolución del treinta. Según el historiador Félix Julio Alfonso, Roig de Leuchsenring cargó con una causa judicial por su colaboración con la revista

Masas, órgano de la Liga Antimperialista de Cuba, entre cuyos directivos se encontraban los intelectuales Juan Marinello, Regino Pedroso y José Manuel Valdés Rodríguez.¹⁰

No pocos conocían de las denuncias de *Emilito* sobre la vergonzosa situación de la Biblioteca Nacional a través de sus artículos periodísticos en la revista *Carteles*. Es por ello que, el 13 de diciembre de 1935, quedó constituida la sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional, a cargo del historiador habanero Emilio Roig de Leuchsenring.

En el segundo piso de la calle Cuba no. 19 tenía su sede. Para comprender el verdadero propósito de la creación de los Amigos de la Biblioteca Nacional, nadie mejor que el propio Roig lo resume:

Si es verdad el adagio, aplicable tanto a las personas como a las naciones, de «muéstrame tu biblioteca y te diré qué cultura tienes», muy pobre y lamentable es el concepto que de su cultura ha de merecer nuestro país, pues para nadie resulta un secreto que la más miserable, destartalada y abandonada de todas las instituciones públicas cubanas es la Biblioteca Nacional. (...) Quienes desde hace muchos años hemos sido visita casi diaria de la Biblioteca Nacional, nos hemos decidido a agruparnos para, con el carácter de asociación legalmente constituida e inscrita (...) actuar cerca de las autoridades correspondientes a fin de que termine la intolerable situación que atraviesa la Biblioteca Nacional.¹¹

¹⁰ Félix Julio Alfonso López: «1935: el año en que Emilio Roig de Leuchsenring fue nombrado Historiador de La Habana», *La Jiribilla*, 1ro. de julio de 2020. Recuperado de <http://www.lajiribilla.cu/1935-el-ano-en-que-emilio-roig-de-leuchsenring-fue-nombrado-historiador-de-la-habana/>

¹¹ Emilio Roig de Leuchsenring: «Los Amigos de la Biblioteca Nacional», *Carteles*, XXV (7), 16 de febrero de 1936, p. 26.

En su reglamento figuraban los nombres de los socios fundadores, con Roig como presidente; Mario Guiral Moreno en funciones de vicepresidente; Enrique Gay Calbó como secretario; Elías Entralgo como vicesecretario; y Emeterio Santovenia y Carolina Poncet en los cargos de tesorero y vicesesora respectivamente.

Una decena de vocales integraban el grupo inicial de los *Amigos*, destacaban Francisco González del Valle, Joaquín Lla-verías, Benigno Souza, Federico Castañeda, Manuel I. Mesa Rodríguez, Luis Bay Sevilla, Julio Villoldo, Nicolás Guillén, José Antonio Ramos, Félix Lizaso y Manuel Pedro González.

Entre los fines que perseguían resalta la gestión de un edificio propio y permanente para la Biblioteca, con locales adecuados; que los presupuestos del Estado respaldasen las necesidades y funciones de la institución; fomentar las donaciones de particulares y asociaciones, así como gestionar la creación de la carrera de bibliotecario, archivero y conservador de museos.

Con término de duración indefinido, dicha asociación tenía un emblema que representaba un libro abierto por el medio, en el que se lee a la izquierda la fecha de fundación de la Biblioteca Nacional, y a la derecha, el día de constitución de los Amigos de la Biblioteca Nacional. Sus socios debían pagar una cuota mensual, que en este caso sumaba un peso al año. La solicitud de ingreso debía presentarse bajo el amparo de dos asociados y someterse a votación.

Gracias a la meritoria labor de los Amigos de la Biblioteca Nacional y al empuje del senador Emeterio Santovenia, integrante de la misma, se logró, en 1941, la aprobación de la Ley No. 20, que declaraba el impuesto de medio centavo sobre cada saco de azúcar, destinado a la construcción del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional.

El accionar de los Amigos de la Biblioteca Nacional —a pesar de la escasa presencia femenina en sus filas— permitió incentivar la defensa de una institución necesaria, e inició un camino de mejoramiento y soluciones en función del fortalecimiento de la cultura cubana.

Desde las páginas de *Carteles*, Roig de Leuchsenring desarrolló una peliaguda batalla en la publicación de artículos sobre la compleja situación de la Biblioteca Nacional, en representación de los Amigos, y rindió cuentas, con total transparencia, de las acciones que realizaban en función de alcanzar tan nobles propósitos, enaltecedores e imprescindibles para la cultura nacional.



La brillantez intelectual de José Antonio Ramos

«La biblioteca, como ciencia, descansa en el orden, en el método. Y la biblioteca al servicio del pueblo es una idea moderna y revolucionaria que no puede pensar quien no sienta el ideal democrático de una sociedad sin privilegios».¹² Las ideas de José Antonio Ramos revelan la profundidad del pensamiento de quien se considera la primera persona que en forma

¹² José Antonio Ramos, citado por Zoia Rivera y Aimée Silva en: «José Antonio Ramos, el autor del *Manual de Biblioconomía* y uno de los más ilustres intelectuales de la República en Cuba». *Acimed*, vol. 14 (6), diciembre de 2006. Recuperado de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352006000600010

científica se preocupó por la organización y representación de la información en las bibliotecas cubanas.

José Antonio Ysidoro Ramos y Aguirre (La Habana, 4 de abril de 1885) es uno de los intelectuales cubanos de la primera mitad del siglo XX que no ha sido recordado en la magnitud que merece su obra. Aunque sus mayores aportes corresponden al teatro, también destacó en la literatura, el periodismo, la crítica literaria, y en la bibliotecología de la mayor de las Antillas ganó un espacio, especialmente en la Biblioteca Nacional.

Ramos fue «amigo» de la Biblioteca desde el mismo momento en que Emilio Roig crea la Asociación. Perteneció a la primera generación republicana. Profundo martiano y antimperialista, contribuyó a la consolidación de la cultura nacional hasta su muerte en La Habana, el 27 de agosto de 1946.

Sus dotes de autodidacta lo convirtieron en un profesional admirado por quienes le conocieron, en especial los aunados en la revista *Cuba Contemporánea*, publicación periódica que contribuyó a su madurez intelectual. Su vasta cultura, dominio de idiomas como el inglés, francés e italiano, y una insaciable sed de conocimientos, le abrieron las puertas a cuanta misión intelectual afrontó en vida. En 1934 se tituló en Filosofía y Letras por la Universidad de La Habana.

«Espíritu combativo e indomable, fustigó los vicios y errores de la política al uso en una obra fuerte, escrita con desenfado, en estilo a veces descuidado».¹³ Describe el intelectual dominicano Max Henríquez Ureña a su contemporáneo y amigo José Antonio Ramos, junto a quien fundó, en abril de 1910, la Sociedad de Fomento del Teatro.

¹³ Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura cubana*, Tomo 2, Edición Revolucionaria, La Habana, 1967, p. 320.

En 1936 Ramos labora en la Secretaría de Estado, en cuya dependencia organiza y clasifica la biblioteca de dicho organismo. En abril de 1937 da lectura a su trabajo de ingreso en la Sección de Literatura de la Academia Nacional de Artes y Letras con el título «El teatro literario en Norteamérica», y en noviembre de 1938 lo nombran en comisión para ocupar el cargo de asesor técnico de la Biblioteca Nacional.

Con anterioridad se había desempeñado como cónsul en ciudades de Europa, México y Estados Unidos. En este último país ejerció la docencia de Lengua Española en la Universidad de Pennsylvania y completó sus estudios de técnica bibliotecológica, conocimientos que llevaría a la práctica en su nueva responsabilidad en la Biblioteca Nacional.

La designación de Ramos como asesor técnico sucedió poco después del tortuoso traslado de la Biblioteca desde el edificio de la Maestranza de Artillería al Castillo de la Real Fuerza, por órdenes del jefe de la Policía, José Eleuterio Pedraza. Coincide además con la incorporación de Renée Méndez Capote en la plantilla de trabajadores.

Una vez en la Biblioteca, y decepcionado ante el lamentable estado de las colecciones, publica artículos en la prensa habanera, principalmente en el diario *Noticias de Hoy*, que evidencian su descontento con el lamentable estado de la institución. Sus Memorias constituyen otra vía de desahogo ante la responsabilidad que tiene por delante y el reto profesional que lo embarga.

Luego de tres meses entre catálogos, colecciones de libros y otros documentos, confiesa:

No sé a dónde me llevará la aventura de la Biblioteca Nacional. Estoy jugando con el fracaso más terrible de mi vida. Porque siento la enorme importancia de la labor que tengo

por delante. Es enorme, lo sé. Es abrumadora. Eso que llamamos Biblioteca Nacional, no es nada. Es, sin embargo, la prueba más concluyente de nuestra falsedad de vida, de la tragedia del espíritu y de la cultura, de la inteligencia en nuestra República de imitación.¹⁴

Ardua tarea de organización y reestructuración le correspondió al dramaturgo, crítico teatral, ensayista, novelista, bibliotecario y diplomático, pues el estado técnico y organizativo de los fondos de la Biblioteca Nacional no resultaba alentador. La institución era el reflejo de la desidia gubernamental acumulada, y de las deficiencias en la gestión de su directiva, camino de lucha en el que Ramos entregó sus mejores energías, en el afán de buscarle solución, de manera prioritaria, a las cuestiones técnicas.

En ese sentido suprime el método de clasificación «racional» dispuesto por Francisco de Paula Coronado, y lo sustituye por el Decimal Universal, con modificaciones personales. De tal magnitud resultaron las atenciones y esfuerzos intelectuales de Ramos hacia la Biblioteca, que llegó a expresar: «La Biblioteca Nacional, en consecuencia, es hoy mi más desesperado esfuerzo. (...) Y trabajo afanosamente de sol a sol».¹⁵

Su labor estuvo marcada por grandes tropiezos y decepciones. Fueron conocidas sus discrepancias con la dirección de la Junta de Patronos, pues consideraba que existía lentitud en el trabajo de gestión de dicho organismo y descuido en aspectos técnicos de la Biblioteca. Por tales razones, a finales de 1945, Ramos abandona la sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional, y en marzo de 1946 renuncia al cargo de asesor técnico.

¹⁴ José Antonio Ramos: «Memorias, 6 de febrero de 1939», *Nueva Revista Cubana*, (3), julio-diciembre, 1959, p. 156.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 157.

La fuerte afiliación al Partido Socialista Popular del dramaturgo devenido bibliotecario le provocó intensas polémicas en el campo intelectual habanero de los años cuarenta. Con posterioridad a su renuncia, el 3 de abril de 1946, el periodista Raimundo Menocal publica un artículo en *El Siglo*, con el título «Quieren controlar los comunistas nuestra Biblioteca Nacional», al que Ramos responde días después, mediante una carta abierta, en el diario Noticias de Hoy. Con ironía expresa: «Sinceramente le agradezco su buena intención individualística al declararme útil en la dirección técnica de la “Biblioteca de los Amigos”, que yo luché en vano por ocho años para convertir en Nacional».¹⁶

Vivía entonces sus últimos días. Su salud se deterioraba y casi estaba en el umbral de la muerte. La escritora Renée Méndez Capote, compañera de faenas, recuerda con especial admiración los años de trabajo junto a Ramos:

(...) Colaboré con el tipo más notable, más inteligente, más original, más limpio de mente y más entusiasta del trabajo, que he conocido en mi ya tan larga vida. (...) Qué gran hombre era Ramos, qué firmeza en sus convicciones, ¡qué fe inquebrantable en un porvenir que todavía sabía lejano! (...) La última vez que lo vi fue un día muy triste, en que vino a la Biblioteca con Josefina.¹⁷ Estaba enfermo y su visita fue una despedida; estoy segura de que él sabía que iba a morir. Yo seguí corto tiempo en la Biblioteca, vacía, sin Ramos.¹⁸

¹⁶ José Antonio Ramos: «De José A. Ramos al director de *El Siglo*», *Noticias de Hoy*, 9 de abril de 1946, p. 8.

¹⁷ Josefina de Cepeda, músico, pedagoga y poetisa. En 1938 contrajo matrimonio con José Antonio Ramos.

¹⁸ Renée Méndez Capote: «Recuerdos de la vieja biblioteca», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3ra. época, 72 (2), mayo-agosto, 1981, pp. 97-98.

Los mayores aportes de José Antonio Ramos al campo bibliotecológico cubano estuvieron en la clasificación y la catalogación de las colecciones. Su obra en tres tomos *Cartillas del aprendizaje de bibliotecario* (1941, 1942) —con segunda edición en 1945— constituye una valiosa referencia para el profesional del sector, incluso fue útil más allá de la época en que Ramos la concibió. De igual modo prestó atención a las labores de selección y adquisición, las cuales deben desarrollarse a través de la compra, la donación o el canje.

Epítome de Biblioteconomía, publicado en 1940, es otro título relevante de su autoría en materia bibliotecológica, en el cual expresa conceptos esenciales para el buen funcionamiento de una biblioteca. También lo fue *Manual de Biblioconomía, clasificación decimal, catalogación metódico-analítica y organización funcional de bibliotecas*, que vio la luz en 1943, escrito con la savia que le aportó su trabajo en la principal biblioteca de Cuba, institución en la que llegó a clasificar más de cien mil libros de todas las materias.

En el mencionado *Manual* Ramos introduce el término *Biblioconomía*, en lugar de Biblioteconomía, manifestación de su acostumbrada práctica de modificar los vocablos. Constituye, por tanto, la primera publicación de su tipo en Cuba y en América Latina. Su uso extensivo a la región se volvió efectivo en el Primer Congreso Internacional de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museos del Caribe, celebrado en La Habana del 14 al 18 de octubre de 1942.

Aunque José Antonio Ramos no era el director de la Biblioteca Nacional, sus ideas sobre la administración de la institución resultaron de suma importancia por el valor que le concedió a la gestión administrativa. Decía José Antonio Portuondo al res-

pecto: «vivió prácticamente en la Biblioteca, consagrado a ello por entero».¹⁹

El prestigio intelectual de José Antonio Ramos alcanzó resonancia continental. Publicó alrededor de 269 títulos, según declara Fermín Peraza en la bibliografía que le realiza al autor de *Tembladera*, obra dramática con la que mereció en 1917 el premio de la Academia Nacional de Artes y Letras al mejor libro de autor cubano. Destacan otras creaciones como *Coaybay*, novela de 1926 con la que obtuvo el Premio Minerva. También de este género son *Las impurezas de la realidad* (1929) y *Caniquí* (1936).

Desde su cargo en la Biblioteca Nacional Ramos no abandona sus intereses hacia el teatro cubano, pues su vocación de dramaturgo, iniciada mucho antes de ser bibliotecario, le ocupa buena parte de su producción intelectual, y lega obras que reflejan la realidad social y política de la nación caribeña.

La prensa habanera contó con sus abundantes colaboraciones en reseñas de libros, crítica teatral, crónicas, tras los seudónimos de *Pancho Moreira* y *El capitán araña*.

El centenario del natalicio Ramos fue recordado en la Biblioteca Nacional José Martí en un contexto que conectaba con los ideales de su pensamiento de izquierda. A partir de 1959 se materializa el sueño que aceleró una parte importante de sus desvelos y sufrimientos: «Sí, sufro, porque siento que no puedo realizar mi empeño de facilitar a la juventud pobre y rebelde de mi tierra las oportunidades de leer y estudiar por su cuenta, a mi manera, en las bibliotecas públicas...».²⁰

¹⁹ José Antonio Portuondo: «El contenido político y social de las obras de José Antonio Ramos», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3ra. época, 60 (1), enero-abril, 1969, p. 55.

²⁰ José Antonio Ramos: ob. cit., p. 159.

Nuestro eminente ensayista Cintio Vitier lo evoca desde el magno gesto de un alma generosa, al servicio del prójimo: «Creo recordar una visita, ya no sé si real o soñada, a una sala de lectura con ventanales marinos, y allí relampagueaba, pléttica y sarcástica, la marga cubanía de otro fiero defensor de nuestros libros: José Antonio Ramos».²¹

La Asociación Cubana de Bibliotecarios (Ascubi) instauró en 2005 el premio José Antonio Ramos en reconocimiento a la labor científica de bibliotecarios, tributo a la vida y obra de un cubano universal y auténtico.

²¹ Cintio Vitier (1994) citado por Zoia Rivera: *Bibliotecología Cubana: examen histórico de su desarrollo en el período de la República (1902-1958)*, Tesis de Doctorado, Universidad de La Habana, Facultad de Comunicación, 2008, p. 82.



Lilia Castro de Morales, la primera mujer directora de la Biblioteca Nacional

Luego de la muerte del segundo director de la Biblioteca Nacional, Francisco de Paula Coronado, el 30 de noviembre de 1946, el bibliotecario Carlos Villanueva Lamas se desempeña de manera interina como director de la institución. Por entonces había muerto José Antonio Ramos, el asesor técnico que revolucionó los catálogos de la Biblioteca; y Renée Méndez Capote, con siete años de trabajo en el centro, se traslada a otras labores.

Poco se sabe del acontecer de aquella Biblioteca ubicada en el Castillo de la Fuerza, salvo por algunas publicaciones

en la prensa periódica de la época, pues la *Revista de la Biblioteca Nacional* dormía el sueño de más de tres décadas sin ver la imprenta.

Desde mediados de 1947, según la sección «En Cuba» de la revista *Bohemia*, varios candidatos aspiraban al puesto máximo de la Biblioteca: el cronista Pablo Álvarez de Cañas, el ensayista Félix Lizaso, el poeta y arqueólogo Felipe Pichardo Moya, y el bibliotecario Fermín Peraza.²² Sin embargo, el Decreto Presidencial No. 3094, del 28 de septiembre de 1948, designó a la doctora Lilia Castro de Morales directora de la Biblioteca Nacional. Se convertía en la primera mujer en la historia de la institución en ocupar dicho cargo.

Lilia Castro Amargós —su nombre de pila— comenzó a trabajar en la Biblioteca Nacional en 1934. Cursó estudios en la Escuela de Servicio de Biblioteca, bajo los auspicios de la sociedad Lyceum Lawn Tennis Club, graduándose de su primer curso en 1940.²³ Asimismo, recibió clases de catalogación, organización de bibliotecas, bibliografía y referencia, en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana.

Entre los aspectos positivos de la gestión de Castro de Morales en la Biblioteca Nacional sobresale haber retomado la publicación de la *Revista...*²⁴ a partir de 1949, en su segunda época. Además, introdujo en sus páginas las estadísticas regulares sobre el movimiento de los fondos y la cantidad de lectores, datos de gran valor para la historia institucional. También

²² «En Cuba», *Bohemia*, 24 de agosto de 1947, p. 45.

²³ Zoia Rivera: «Lyceum Lawn Tennis Club: inicio de la formación de los bibliotecarios en Cuba», *Biblioteca Anales de Investigación*, 2005, pp. 80-95. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6577881>

²⁴ Se refiere a la *Revista de la Biblioteca Nacional*.

publicó con regularidad la correspondencia cruzada con personalidades nacionales y extranjeras, expresión que en parte devela su actuación administrativa.

Contó para lo anterior con un equipo de profesionales que apoyaron sus funciones, entre ellos el siempre fiel Carlos Villanueva, así como el historiador Manuel Moreno Fraginals.

También le corresponde como directora la participación en el debate en torno al nombre que llevaría la Biblioteca Nacional una vez emplazada en su nueva sede. El 9 de junio de 1949, por iniciativa de don Fernando Ortiz, la Junta de Patronos selecciona el nombre de José Martí a la institución.

La construcción del nuevo edificio en los terrenos aledaños a la Plaza Cívica, fue una de las empresas más importantes que ocupó a la administración de Castro de Morales. Como miembro de la Junta de Patronos, entidad responsable de la obra, la entonces directora, al decir de Araceli García Carranza «vive los desvelos por la construcción del inmueble que atesoraría para siempre el patrimonio cultural de la nación cubana, así como su traslado definitivo del Castillo de la Fuerza a tan digno lugar, (...) y logra un notable movimiento editorial».²⁵

En calidad de máxima representante de la principal institución bibliográfica cubana asiste como delegada al Primer Congreso Iberoamericano-Filipino de Archiveros, Bibliotecas y Propiedad Intelectual; participó en la Reunión de Expertos en Canje Internacional; presidió el Comité de Admisión del Premio Periodístico «Justo de Lara», entre otras actividades y encuentros relacionados con la bibliotecología.

²⁵ Araceli García Carranza: «Lilia Castro de Morales (1948-1959)», *Bibliotecas Anales de Investigación*, 21 de diciembre de 2016. Recuperado de: <http://bibliobai.blogspot.com>

Perteneció a la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, Asociación Cubana de Bibliotecarios, Instituto Cubano de Genealogía y Heráldica, Sociedad Colombista Panamericana, Sociedad Cervantina; y en 1951 resultó comisionada por la Junta de Patronos para realizar estudios sobre edificios de bibliotecas públicas en los Estados Unidos, experiencias que incorporó al proyecto de la Biblioteca Nacional.

A su trayectoria profesional sumó la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes, Diploma de Honor de la Sociedad Artes y Letras Cubanas, Premio Bachiller y Morales del Ministerio de Educación, en 1950, 1951 y 1952; así como Diploma de Honor por más de 25 años de servicio.

Entre las publicaciones más importantes de la autoría de la bibliotecaria-directora se encuentra su *Diccionario del pensamiento de José Martí*, publicado por la editorial Selecta, en 1953, justamente el año del natalicio del Apóstol. Como homenaje al Héroe Nacional de Cuba publicó, además, *Relación de las obras de y sobre José Martí que posee la Biblioteca Nacional*, repertorio que engrosa la lista de otros catálogos que constan en su haber, entre los que destacan *La Imprenta en Matanzas* (1953), y *El libro en Cienfuegos: catálogo de las obras relacionadas con Cienfuegos...* (1954), publicados por la Biblioteca Nacional.

Continuadora del legado del primer director, Domingo Figarola Caneda, en la celebración del centenario del patricio gestionó con el Ministerio de Educación la instalación de un taller de encuadernación y un gabinete fotográfico. Asimismo, extendió el horario de los servicios hasta las 11:00 p.m. «con el objeto de ofrecer las mayores facilidades a los lectores; lo mismo a los estudiantes matriculados en centros de enseñanza, que a los hombres que atienden por el día su trabajo y que, de esta

forma, pueden hallar satisfacción a sus inclinaciones autodidactas, en las horas no laborables para ellos».²⁶

Su hermano, Arfelio Castro Amargós, integró la nómina de empleados en los años cincuenta y sesenta, y se desempeñó como fotógrafo en la Biblioteca hasta su jubilación.

Lilia Castro de Morales nació en Placetas en 1908. Emigró a Estados Unidos, donde falleció en febrero de 2006.

²⁶ Lilia Castro de Morales: «Palabras pronunciadas en el homenaje a la memoria de Domingo Figarola Caneda», *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2da. época, 3 (2), abril-junio de 1952, p. 6.



Don Fernando Ortiz y su colosal herencia intelectual

La obra del sabio cubano don Fernando Ortiz (La Habana, 16 de julio de 1881-10 de abril de 1969) se encuentra inscrita desde 2019 en la lista del Patrimonio Cultural de la Nación. Gran parte de la prolífica producción intelectual del autor de *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* habita en su archivo personal, bien como basamento cultural para su concepción o como evidencia de la creación genuina de uno de los científicos sociales más relevantes que ha dado la mayor de las Antillas, quien contribuyó al entendimiento y definición de lo que nos identifica y conforma como cubanos.

El 12 de diciembre de 1960, en el Salón de conferencias de la Biblioteca Nacional José Martí, tuvo lugar el acto de compra y venta de la biblioteca personal del polígrafo cubano Don Fernando Ortiz Fernández, por el valor de 75 000 pesos moneda nacional,²⁷ sin duda, una de las más valiosas adquisiciones realizadas por la institución en su centenaria historia.

Más que una biblioteca — término que registra el contrato de compra y venta del mencionado bien— se trata de un fondo o archivo personal que, amén de libros, contiene secciones documentales, entre las que sobresale la correspondencia enviada y recibida por Ortiz entre la década del treinta y los años cincuenta del pasado siglo XX.²⁸

Dos fotografías y el contrato jurídico correspondiente al referido acto de compra y venta, dan fe de lo que aconteció aquel lunes del último mes del año 1960. Don Fernando, acompañado de su esposa María Herrera y de su hija, María Fernanda Ortiz Herrera, y en presencia de la subdirectora Maruja Iglesias y de otros especialistas de la institución, firmó el documento de una negociación que se venía gestionando desde agosto de aquel año.

La biblioteca de Don Fernando, calificada con posterioridad como una «industria intelectual»,²⁹ debía permanecer en Cuba,

²⁷ Copia del Contrato de compra y venta de la Biblioteca de Fernando Ortiz, La Habana, 12 de diciembre de 1960, p. 2. Expediente «Contrato de compra venta Biblioteca de Fernando Ortiz». Archivo de la Cultura Cubana.

²⁸ Un listado del mencionado fondo, elaborado por María del Rosario Díaz y Lázaro Rodríguez, en 2007, facilita a los investigadores el acceso a la documentación que se conserva en el área de Manuscritos de la BNCJM.

²⁹ Orestes Gárciga: «El archivo de Fernando Ortiz. Acerca de su estructuración metodológica y fin práctico», Santiago, 1985, p. 71.

y en un lugar de prestigio y de servicio público como la Biblioteca Nacional José Martí. Así las cosas, la directora se propuso evitar lo que décadas después la doctora Graziella Pogolotti, acentuó: «Por desidia o por irresponsable venta al mejor postor, mucho se nos había ido entre las manos, tal y como seguía ocurriendo en muchas zonas del tercer mundo».³⁰

A pocas semanas de formalizarse la valiosa adquisición, el 6 de enero de 1961, se inició el traslado de los libros desde la casona de Ortiz, en la calle L en el Vedado, hacia la Biblioteca Nacional.³¹ Al finalizar el mes, un total de 4 274 libros habían sido llevados a la institución, labor interrumpida, pues, según refieren testimoniantes de la época, don Fernando lloraba como si le arrancaran su tesoro más valioso.

Por orientaciones del entonces presidente Osvaldo Dorticós se decidió, con posterioridad a la muerte de Ortiz, el 10 de abril de 1969, tomar posesión del resto de la documentación.³²

De tal provecho resultó contar en la BNJM con el acervo documental y bibliográfico del filósofo, historiador, antropólogo, jurista y profesor que, al año siguiente de su muerte,

³⁰ Graziella Pogolotti: «La maravilla en los predios de Boloña», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 92 (3-4), julio-diciembre, 2001, p. 90.

³¹ Informe del traslado de los libros comprados al Dr. Fernando Ortiz. Expediente «Contrato de compra venta Biblioteca de Fernando Ortiz». Archivo de la Cultura Cubana.

³² «A la muerte de don Fernando, su archivo fue dividido en tres: una parte de los papeles familiares más otros documentos de valor, se encuentran en Madrid, en manos de su hija María Fernanda Ortiz. La parte correspondiente a la obra científica fue llevada primero al Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba y, con posterioridad, al Instituto de Literatura y Lingüística, donde permanece en la actualidad. Se trasladó a la BNCJM la correspondencia y el resto del archivo original, conjuntamente con su biblioteca». Tomado de María del Rosario Díaz Rodríguez: *Fernando Ortiz. Vida, obra y papelería*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2020, p. 23.

en 1970, el Instituto Cubano del Libro publica la *Biobibliografía* de don Fernando Ortiz, a cargo de la doctora Araceli García Carranza, compilación que recoge gran parte de la obra ortiziana en Cuba y en el extranjero, así como los hechos más importantes de su vida científica y política.

Cuenta el narrador y antropólogo Miguel Barnet, quien dirige la Fundación Fernando Ortiz que, en los últimos seis años de la vida del sabio cubano, solo lo vio salir una sola vez, y fue a la Biblioteca Nacional:

(...) Sus piernas estaban enfermas. Sin embargo, visitó una tarde el departamento de Colección Cubana de la Biblioteca Nacional. Aquella visita a la institución querida por él, la que luego recibió su fondo bibliográfico para el disfrute de todos los investigadores, fue quizás su última salida pública. Recuerdo la alegría de todos al conocer de tan honrosa visita. Ya portaba él su bastón de empuñadura de plata y caminaba con ahogos.³³

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí queda siempre en deuda con nuestro «tercer descubridor», como lo calificó Juan Marinello. A su esfuerzo debemos desde el nombre de nuestro Apóstol José Martí — propuesta que realizara a finales de la década del cuarenta — hasta la construcción de su actual majestuoso edificio en calidad de miembro de la Junta de Patronos, declarado Monumento Nacional en 2021. Por ello, en reverencia a la magnitud de su legado cultural y científico, la Sala de Etnología y Folklore de la institución ostenta el nombre del polígrafo cubano.

³³ Miguel Barnet: *Nuevos autógrafos cubanos*, Ediciones Cubanas, La Habana, 2019, p. 135.

Hace más de cuatro décadas, el propio Barnet señalaba: «algún día habrá que hacer la valoración definitiva sobre la obra de este descubridor de nuestra nacionalidad, en sus valores científicos y en los estéticos».³⁴ En ese sentido, los múltiples caminos que se tracen en la investigación de la obra del polígrafo cubano, inevitablemente conducirán siempre a su fondo personal.

³⁴ Ibidem., p. 137.



Emeterio Santovenia y el empeño de un nuevo edificio para la Biblioteca Nacional

Pudiera decirse que la relación del historiador Emeterio Santovenia y Echaide con la Biblioteca Nacional comenzó a partir del cercano vínculo que mantuvo con Domingo Figarola Caneda, primer director de la institución. Las tertulias literarias de don Domingo, en su casa de la calle Cuba y en la propia Biblioteca, influyeron notablemente en la formación de los entonces jóvenes Emilio Roig de Leuchsenring, Francisco González del Valle y en el propio Emeterio Santovenia, apasionados estudiosos de la historia.

Para el joven nacido en 1899, en Dimas, Pinar del Río, quien a fuerza de talento debuta en 1907 en el *Diario de la Marina* —con el certificado de maestro de Instrucción Pública y los estudios de tenedor de libros— la guía e impronta intelectual de Figarola Caneda fueron determinantes en sus comienzos, y así lo declara el propio Santovenia en sus *Memorias*:

Me afané en escribir con sencillez, expresando hechos y reflexiones en lenguaje directo, como me recomendaba Domingo Figarola Caneda (director de la Biblioteca Nacional) (...) Figarola Caneda era ya maestro mío. Era en literatura el primer maestro directo que me orientaba, me frenaba y me conducía.³⁵

Téngase en cuenta, además, que Figarola Caneda junto a Joaquín Llaverías resultó asignado como oponente del discurso «Vuelta Abajo en la independencia de Cuba», pronunciado por Santovenia el 5 de julio de 1923 para su ingreso en la Academia de la Historia, de la que llegaría a ser su presidente en 1942.

Pero no solo con el primer director de la Biblioteca tendría relaciones profesionales el destacado historiador de origen pinareño. Francisco de Paula Coronado —quien se desempeñó como director de la Biblioteca Nacional a partir de 1920— presentó informes a la Academia de la Historia de conjunto con Santovenia, y este último elogiaría a su colega en sesión solemne, celebrada el 30 de noviembre de 1948, en la que destacó su cultura y sólidos conocimientos bibliográficos.

En la sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional —de la que formaba parte— se alistó el doctor Santovenia, a

³⁵ Emeterio Santovenia y Echaide: *Autobiografía*, versión digital, pp. 77-78. Recuperado de: www.latinamericanstudies.org

cuya iniciativa se debe la aprobación en el Senado de la Ley No. 20, el 21 de marzo de 1941, denominada de «Financiamiento para la elaboración de parte de la zafra de 1941», la cual contemplaba en su artículo 21 un impuesto de medio centavo sobre cada saco de azúcar, recaudación que sería entregada a la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional.

Personalidades de diferentes instituciones, incluido el director de Cultura del Ministerio de Educación, el erudito Fernando Ortiz, y Antonio M. Eligio de la Puente, y bajo la dirección del senador Emeterio Santovenia y Echaide —como presidente de dicha Junta— fueron los responsables de la compra del terreno, además de la adquisición de sus talleres, estanterías, mobiliario y restantes cuestiones relacionadas con la construcción del edificio de la Biblioteca Nacional.

La *Revista de Historia de América*, en su edición no. 45 de junio de 1958, considera que Emeterio Santovenia le entregó muchas energías y le dedicó muchos desvelos a la obra del nuevo edificio de la Biblioteca, inaugurado el 21 de febrero de 1958. Justamente desde la colocación de la primera piedra, el 28 de enero de 1952, el simbolismo de la inicial paletada de cemento dada por Santovenia, ponía fin a un largo camino de esfuerzos por poseer un edificio digno e iniciaba una etapa de construcción de la obra que abriría sus puertas seis años después, en la que el historiador y político sería un importante gestor.

No en balde su retrato al óleo adornaría el Salón de reuniones de la Junta de Patronos en la Biblioteca Nacional José Martí desde su apertura, y su título de Senador de la Cultura le daría la ganada potestad para pronunciar el discurso inaugural de la Biblioteca en su nueva sede, en el que sentencia el fin útil de la obra, al expresar: «En cumplimiento de la Ley, con el concurso

de buenas voluntades, se ha erigido este monumento a la cultura de la nación cubana y para la educación de su pueblo». ³⁶

Desde las páginas de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, a partir de 1952, Santovenia reseñó libros, publicó artículos de homenaje, testimonios y también mereció elogios de otros distinguidos autores por su enjundiosa y necesaria obra. La propia revista detalló un listado de los trabajos publicados por el historiador desde 1907 hasta 1958, útil repertorio que agrupa su vasta producción intelectual, en la que ocuparon su atención los temas relacionados con la Biblioteca Nacional, ³⁷ homenaje que le ofreció la institución al cumplir 50 años de prolífera y continuada labor literaria.

La vida intelectual y académica de Santovenia y Echaide resulta impresionante, miembro de tres de las principales academias cubanas: la de la Historia de Cuba, la Cubana de la Lengua y la Nacional de Artes y Letras. En la Academia Cubana de la Lengua, entre 1954 y 1957, realiza la función de bibliotecario.

Un centenar de publicaciones sobresale en su bibliografía activa, en las que las temáticas pinareñas no le fueron ajenas y cuyo aporte a la historiografía de esa región de Cuba es de obligatoria consulta hasta nuestros días.

³⁶ Emeterio Santovenia: «Discurso pronunciado por el Dr. Emeterio Santovenia, presidente de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional José Martí, en el acto inaugural de la misma el 21 de febrero de 1958», *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2da. época, 8 (4), octubre-diciembre, 1957, p. 27.

³⁷ En 1934 Santovenia publica una entrevista a Coronado sobre la reconstrucción de la Biblioteca Nacional (*Acción*, 2 de noviembre de 1934); entre otros artículos periodísticos sobre la Biblioteca se encuentran: «La Biblioteca Nacional» (*Isla*, vol. 1, no. 3, 20 de junio de 1936); «La Biblioteca Nacional» (*Información*, 20 de febrero de 1958); y «Leonismo. Trataron en el Club de Leones sobre la Biblioteca Nacional José Martí» (*Finanzas*, 20 de marzo de 1958).

Abordó la vida y obra de insignes cubanos y latinoamericanos, de manera especial la de nuestro Apóstol José Martí, así como de Cirilo Villaverde, Tranquilino Sandalio de Noda, Manuel Sanguily, Antonio Maceo, Benigno Souza, Calixto García, Simón Bolívar, Eloy Alfaro, entre otros. A las anteriores se suman las colaboraciones en las más importantes publicaciones periódicas del país, así como los volúmenes de *Historia de Cuba* e *Historia de la nación cubana*, este último título en colaboración con Ramiro Guerra, José Manuel Pérez y Juan Remos.

Emeterio Santovenia falleció el 18 de noviembre de 1968 en la ciudad de Miami, donde se encontraba exiliado desde octubre de 1959. No es posible referirse a la historia de la Biblioteca Nacional José Martí antes de 1959 sin tener presente al polifacético intelectual e ilustre historiador cubano.



Manuel Moreno Fraginals en el continuo debate de la historia

La historiografía económica de la mayor de las Antillas mucho le debe a Manuel Moreno Fraginals. Su obra cumbre *El ingenio: el complejo económico social cubano del azúcar*, cuya primera edición vio la luz en 1964,³⁸ demostró en palabras de su autor, que «(...) sin un estudio exhaustivo de la economía azucarera no hay posibilidad alguna de interpretar la historia de Cuba».³⁹

³⁸ La obra completa, en tres tomos, se publicó en 1978 por la Editorial de Ciencias Sociales.

³⁹ Manuel Moreno Fraginals: *El ingenio: el complejo económico social cubano del azúcar*, Comisión Nacional Cubana de la Unesco, La Habana, 1964, p. 9.

En el momento de su publicación, a decir del profesor e historiador Oscar Zanetti, «constituyó un verdadero acontecimiento historiográfico, (...) además, portador de un enorme caudal informativo extraído de fuentes apenas explotadas por investigaciones anteriores».⁴⁰ Los análisis de las fuentes que darían lugar a los textos, tuvieron lugar —además de en el Archivo Nacional y otras instituciones— en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí, testigo de las largas jornadas de investigación de Moreno Friginals.

Tal importancia concedió el autor a los fondos de Colección Cubana, que en las «Palabras iniciales» del primer tomo de *El Ingenio*, expresó:

(...) Después de cotejar cuidadosamente las tres grandes bibliografías azucareras escritas hasta hoy podemos afirmar que la Biblioteca Nacional cuenta con fondos de este tipo semejantes al de la Biblioteca del Congreso de Washington o la British Museum. Además, y esto es sumamente importante, libros de contabilidad de ingenios, estados de zafras, etc., desde fines del siglo XVIII, han llegado a nuestro poder, investigando así un material que estuvo vedado a quienes nos precedieron.⁴¹

Según refieren usuarios de aquellos años, la Sala Cubana parecía un hormiguero intelectual al que confluían consagrados profesionales de la cultura y jóvenes universitarios que se iniciaban en el acucioso camino de la investigación. El historiador

⁴⁰ Oscar Zanetti: «El nuevo ingenio», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3ra. época, 21 (1), enero-abril, 1979, p. 177.

⁴¹ Manuel Moreno Friginals: *El Ingenio*, ob. cit., p. 10.

Eduardo Torres Cuevas, evoca las tertulias y el aprendizaje sucedidos en Colección Cubana:

Allí llegaba Moreno Friginals y le encantaba reunirse con el grupo de muchachos jóvenes que estábamos estudiando en la Sala Cubana. Por supuesto, Moreno era un hereje de la Historia, su libro *El ingenio* era contra la visión de la Historia de Ramiro Guerra, o de otros historiadores. (...) Aquello fue apasionante, era una ruptura nueva, un espacio nuevo que se abría, entonces debatíamos las tesis de Moreno, a tal punto que dividía a los historiadores y sobre todo a los muchachos, porque era tendencia totalmente novedosa, muy osada, pero no siempre totalmente demostrada. Por tanto, no era siempre quedarse con la historia antigua, a partir del debate de Moreno se promovía una nueva versión de la Historia.⁴²

Hombre culto y elegante, Moreno, al igual que otros, era una de las tantas lumbreras que iluminaba la espaciosa Sala Cubana. Prefería el horario de la tarde-noche para visitar la institución y acostumbraba sentarse a la mesa frente al mostrador, así lo recuerdan las investigadoras Araceli García Carranza y Zoila Lapique, a esta última le agradece su significativa colaboración con *El ingenio* a partir del trabajo de fichaje que realizara sobre la industria azucarera en las publicaciones seriadas del siglo XIX. También manifiesta su gratitud a la doctora María Teresa Freyre de Andrade, directora de la BNJM, Maruja Iglesias, subdirectora, y a los especialistas del departamento que atesora, en su mayoría, los fondos bibliográficos y documentales anteriores al siglo XX.

⁴² Entrevista al Dr. C. Eduardo Torres Cuevas. Oficina del Programa Martiano, 1 de diciembre de 2020.

Su vínculo profesional con la Biblioteca data de finales de los años cuarenta, pues en 1949 se desempeñaba como subdirector de la institución.⁴³ Por entonces publicó en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, en el número 1 de ese año, sus hallazgos de documentos consultados en el Archivo General de Indias, en particular los relacionados con el precursor de la independencia de Cuba, José Álvarez de Toledo.

El triunfo de la Revolución y sus transformaciones sociales, políticas y económicas lo reubicaron en la Biblioteca, esta vez como usuario y colaborador de honor. A partir de 1961 y hasta 1969 integró el consejo de redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, junto a María Teresa Freyre de Andrade, Argeliers León, Juan Pérez de la Riva, Graziella Pogolotti y Renée Méndez Capote.

Otros artículos publicaría en la *Revista*, como «Iglesia e ingenio»,⁴⁴ en el que explica la relación de los nombres de los ingenios azucareros con el santoral de la Iglesia Católica, así como las contradicciones y conflictos de los sacarócratas con la superestructura feudal de la iglesia, iniciando de esta forma una serie de trabajos que tuvieron como eje temático la industria azucarera cubana en el período colonial.

Fueron los años sesenta, la década más activa de Moreno Fragnals en la Biblioteca. Impartió varias conferencias en la Sala Teatro, algunas quedaron registradas en la memoria fotográfica

⁴³ TFR refiere que, en mayo de 1949, Moreno ocupaba el cargo de subdirector. En *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 2001, p. 55.

⁴⁴ Manuel Moreno Fragnals: «Iglesia e ingenio», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3ra. época, 5 (1-4), enero-diciembre, 1963, pp. 11-28.

o en la *Revista*, otras no. El lunes 15 de abril de 1963 ofreció una charla con el título «Apogeo azucarero cubano: siglo XVIII».

De la interrelación del estudioso con los fondos de la Colección Cubana resultó la compilación de artículos sobre agricultura, de la autoría de Ramón de la Sagra, publicados por la Comisión Nacional Cubana de la Unesco en 1963. Las notas aclaratorias de dicha compilación demuestran el interés del investigador en revalorizar figuras y sucesos de nuestro pasado y en acercar a los historiadores aquellas obras que integraron su arsenal de referencias.

Moreno Fragnals nació en La Habana, el 9 de septiembre de 1920. Estudió en el Colegio de México y se doctoró en Ciencias Sociales en la Universidad de La Habana, en 1951, y en Derecho, en 1954. Realizó una importante labor de asesoría en el Ministerio del Comercio Exterior, fue profesor de la Universidad Central de Las Villas y colaboró con publicaciones de Cuba, América Latina, Estados Unidos y España. Emigró a Estados Unidos en 1994 y falleció en Miami, el 9 de mayo de 2001.

La contribución de la Biblioteca Nacional a la obra de grandes investigadores cubanos y extranjeros se corresponde con su principal función de resguardar el patrimonio documental de la nación y ponerlo a disposición de los lectores. Moreno integra la larga lista de los agradecidos. La Biblioteca le rindió merecido homenaje en su centenario, no solo por sus valiosos aportes historiográficos, también porque estos se integran a nuestra historia institucional.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA



Prado Nº 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreriaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.



PUNTO DE VENTA

San Rafael y Galeano.

CAPÍTULO 2:

Ilustres refundadores de la Biblioteca Nacional José Martí



Salvador Bueno y su fecunda existencia

La cultura cubana tuvo en Salvador Bueno a un investigador, ensayista, profesor, periodista, promotor de la lectura, a un intelectual comprometido con su tiempo y las circunstancias. Sus indagaciones literarias traspasaron el umbral de su tierra natal y abarcaron el Caribe y Latinoamérica, en su afán por descubrir nuestras raíces, divulgarlas y valorizarlas ante las nuevas generaciones.

Su impronta en la Biblioteca Nacional también ha sido notable, desde su labor como investigador y asesor literario, en los cursos y conferencias que tuvo a su cargo, la docencia en la Escuela de Técnicos Medios en Bibliotecas, hasta las responsabilidades que asumió en la revista de la institución.

En la década del sesenta, a instancias de la doctora María Teresa Freyre de Andrade y de la Dirección Nacional de Bibliotecas del Consejo Nacional de Cultura, el doctor Salvador Bueno se desempeñó como director ejecutivo de la Campaña de Lectura Popular. Su presencia en la institución se hizo frecuente, impartió un curso para formar guías de lectores que llevaran el libro y la lectura a centros de trabajo, escuelas y comunidades.

Si buscamos sus publicaciones en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, sobrepasan la cifra de 70 artículos entre crónicas, reseñas de libros, homenajes, críticas literarias y otros temas de su intensa labor como investigador. Integró su Consejo de Redacción a partir de 1965, y fue jefe de redacción desde 1979 hasta 1990.

«Salvarse a sí mismo, para ofrecerse a los demás, lo ha hecho, y no es poco», expresó el historiador Julio Le Riverend con motivo del homenaje que le hiciera la Biblioteca a Bueno en su 70 cumpleaños. El investigador y bibliógrafo Tomás Fernández Robaina bien puede dar fe de lo anterior, pues Salvador Bueno estuvo entre quienes favorecieron la entrada del joven *Tomasito* al mundo intelectual. Con el pretexto de que le tomara notas, enviaba a su discípulo al curso que impartía el profesor Raimundo Lazo y Bar-yolo en la Universidad de La Habana, y gracias a él también recibió clases de inglés, en su interés para que se superara.

Considerado uno de los ensayistas literarios más fecundos del siglo XX cubano, su vasta obra reúne más de un millar de artículos, crónicas y reseñas.

Salvador Bueno Menéndez (La Habana, 18 de agosto de 1917-22 de octubre de 2006) pertenece a la ilustre camada de hombres y mujeres, cubanos y extranjeros, indisolublemente ligados a la historia de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí.



La impronta de Eliseo Diego en la Biblioteca Nacional José Martí

Nuestro ilustre Eliseo Diego –Premio Nacional de Literatura (1986) y Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1993)–, a quien Gabriel García Márquez consideró «uno de los poetas más grandes de la lengua», trabajó durante años en la Biblioteca Nacional, siendo esta una arista de su biografía y de su quehacer aun insuficientemente explorada.

La sapiencia y amabilidad de Eliseo Diego lo hicieron merecedor de sinceros afectos que permanecen vivos en la Biblioteca Nacional. Desde edad temprana escribió cuentos para niños y

hundió sus raíces literarias en los relatos populares que escuchó durante la infancia, como el *Gato con botas* y *Pulgarcito*.¹ Y fue precisamente la literatura infantil el móvil que llevó a Eliseo a desempeñarse por más de una década en la institución nacional encargada de la conservación y difusión del patrimonio bibliográfico cubano.

La renovación del ambiente literario y cultural de la Biblioteca luego de 1959, se debió en gran medida a la atinada dirección de la doctora María Teresa Freyre de Andrade y a su voluntad de aunar allí a intelectuales de prestigio como Cintio Vitier, Fina García Marruz, Cleva Solís, Bella García Marruz —esposa de Eliseo— y el propio Eliseo Diego, miembros del Grupo Orígenes. Otros consagrados de la historia y la literatura como Juan Pérez de la Riva, Renée Méndez Capote y Salvador Bueno, integraron el colectivo de trabajadores de la institución en los primeros años de la década del sesenta.

Poco tiempo después de creado el departamento Juvenil, surgió el departamento Filológico de Narraciones Infantiles. Eliseo Diego sería el hombre ideal para dirigir el departamento encargado de la adaptación de la literatura infantil cubana y extranjera para la narración de cuentos, en pos del desarrollo literario de las nuevas generaciones. «El Filológico», como le llamaban sus especialistas, publicó varios folletos que se distribuían a través de la red de bibliotecas, listos para ser narrados.

Un grupo de jóvenes ávidos de conocimiento, rodearon al poeta, quien se convirtió en maestro y amigo. De esos años de intensa y útil labor, comparte sus recuerdos María del Carmen Núñez, *Menchi*, una de las discípulas de Eliseo:

¹ Conferencia «Una ojeada a la literatura infantil» ofrecida por Eliseo Diego en la Biblioteca Nacional, y publicada en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. XII, no. 1, enero-abril, 1970, pp. 83-91.

Comencé a trabajar con Eliseo el 1ro. de marzo en 1962. Eliseo era el jefe del departamento Filológico de Narraciones Infantiles recién creado por la dirección de la institución. Trabajábamos en el departamento Mayra Navarro, María del Carmen Garcini, Mercedes Murieda, Alga Marina Elizagaray, Mirta Muñiz y yo.

Estábamos en el sótano de la Biblioteca. Eliseo tenía una oficinita pequeña, y en otra, al lado, radicaba el resto del departamento. Cuando quería decirme algo tocaba el cristal que separaba los locales, le gustaba poner muy alto el aire acondicionado, a una temperatura muy fría. Recuerdo que cuando escribía, como tenía un lenguaje tan elevado, muchas veces yo no entendía nada, pero por respeto no me atrevía a decírselo, y a veces me pedía le leyera sus textos, luego tocaba el cristal y me preguntaba: «¿Entendiste algo?»

Era muy buena persona, educado, le fascinaban los niños. Estaba casado con Bella García Marruz, que padecía de diabetes, y nos decía: «Muchachitas, tengan caramelos en la gaveta del buró, por si Bellita se siente mal». Bellita trabajaba en Selección. Eliseo fue mi maestro y también un amigo.²

También Alga Marina Elizagaray, compañera de trabajo de Eliseo, nos deja sus impresiones:

Tuve la suerte de ser su discípula, fue mi gran maestro, mi amigo, excelente poeta, con un carisma extraordinario. Por los años 1965-1966 me desempeñaba como directora provincial de Literatura en el Consejo Nacional de Cultura y a través de María Teresa Freyre de Andrade y Eliseo Diego, me incorporé a trabajar en el departamento Filológico. Yo era

² Conversación telefónica de la autora con María del Carmen Núñez, *Menchi*, 10 de abril de 2020.

una discípula, aprendí mucho al lado de Eliseo y de otras compañeras como Mayra Navarro, Menchi, Wichí Guerra, María del Carmen Garcini. Hicimos un trabajo hermoso y necesario: adaptamos cuentos de grandes autores de la literatura universal, escribimos versiones. Eliseo fue el promotor de crear narradores y de preparar el material para poder narrar mejor. Esos fueron nuestros años felices.³

La Biblioteca Nacional resultó el lugar donde Eliseo, además de trabajar y dirigir un departamento, investigó y escribió su *Muestrario del mundo o libro de las maravillas de Boloña* (Ed. Instituto del Libro, 1968). Los fondos de Colección Cubana fueron la materia prima fundamental para dicha obra. Sobre lo anterior da fe la investigadora y bibliógrafa Araceli García Carranza:

En la década del sesenta Eliseo trabajaba en el departamento Filológico y visitaba mucho Colección Cubana, principalmente en los tiempos en que escribía su libro de Boloña. Lo conocí a finales de los años cincuenta en Guanabacoa cuando él era inspector escolar. También fue profesor de la Escuela de Técnicos de Bibliotecas. Era un hombre culto y muy decente.⁴

De igual modo, el investigador Tomás Fernández Robaina recuerda los días de la Zafra de los Diez Millones, en 1970, cuando Eliseo y Cintio formaron parte de la brigada de voluntarios de la Biblioteca Nacional, y evoca al poeta y a su esposa en los años que compartieron labores en la Biblioteca:

³ Conversación telefónica de la autora con Alga Marina Elizagaray, 12 de abril de 2020.

⁴ Conversación telefónica de la autora con Araceli García Carranza, 8 de abril de 2020.

No es difícil percatarse de la excelente condición humana de Eliseo, bastaba hablar con él, mirarle a los ojos, ver su sonrisa, oír sus palabras siempre alentadoras, estimulantes. (...) Recuerdo a Eliseo cuando le di a leer mi libro de cuentos *Ahora vamos en guagua*, y la valoración que me hizo. No me fue fácil, pues a pesar de que nadie lo cree soy un gran tímido, y sobre todo, para dar a leer algo mío inédito a personas del nivel de Eliseo. Además, si sabía más de Eliseo Diego, de su magnífica condición humana y de su amor por su familia, era porque tuve el alto privilegio de ser compañero de buró y de trabajo de Bella García Marruz.⁵

En la *Revista de la Biblioteca Nacional* Eliseo publicó varias conferencias y ensayos, también sus poesías. A partir del año 1967 Eliseo integra el Consejo de Redacción de la principal publicación periódica de la Biblioteca, nada menos que junto a Aurelio Alonso, Luisa Campuzano, Manuel Moreno Fraginalls, Graziella Pogolotti, Jorge Ibarra y con la dirección de Juan Pérez de la Riva.

La Sala Infantil y Juvenil de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí lleva el nombre del autor de *En la calzada de Jesús del Monte*; y el jardín *Soñar despierto*, espacio contiguo a la Sala, rinde homenaje perpetuo a su memoria.

Sirvan estas letras de reconocimiento al intelectual que tuvo su casa —por más de una década— en un pequeño local de la Biblioteca Nacional, en la que aún se respira el aroma de su cigarro, se escuchan sus cuentos y se recuerdan su sapiencia y bondad.

⁵ Tomás Fernández Robaina: «Hablemos de Cintio, de Fina, de Eliseo, de Bella, el Grupo Orígenes que conocí en la Biblioteca Nacional», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 92, (1-2), enero-junio, 2001, p. 44.



El legado de la doctora María Teresa Freyre de Andrade

El 27 de enero de 1896 nació María Teresa Freyre de Andrade y Escardó en San Agustín de la Florida, Estados Unidos. Su trayectoria cultural y política tuvo fuertes cimientos desde la cuna. Hija del abogado y general de brigada de la Guerra de Independencia de 1895, Fernando Freyre de Andrade, recibió del padre el ejemplo de amor a la patria y el impulso de una educación de lujo en la Universidad de la Sorbona, París, en la que alcanzó los títulos de profesora de idioma francés y técnica bibliotecaria.

Otras becas y estudios en el campo bibliotecológico le otorgaron a la Freyre de Andrade un sólido desempeño en el amplio

universo de los libros y las bibliotecas. Según el investigador y bibliotecario Israel Echevarría, el primer gran aporte cultural de María Teresa Freyre de Andrade lo constituyó la fundación y dirección, en 1930, de la publicación *Mañana*, revista para niños que marcó las ansias de un futuro esperanzador.

Fue conocida su oposición al régimen machadista. El 27 de septiembre de 1932 sufrió el asesinato de sus tíos Leopoldo, Gonzalo y Guillermo Freyre de Andrade, razones que la condujeron al exilio parisino, desde donde organizó el Comité de Jóvenes Revolucionarios Cubanos. Durante su estancia aprovechó al máximo las posibilidades de superación y actualización en las técnicas y procedimientos bibliotecarios.

De vuelta a Cuba, se empeñó en extender la cultura bajo el lema «¡Movilizar el libro!». Con una intensa agenda de trabajo, la doctora Freyre de Andrade participó en la Asamblea Pro Bibliotecas de 1938 y más tarde resultó electa presidenta de la recién creada Asociación Bibliotecaria Cubana. La Asociación Nacional de Profesionales de Bibliotecas y el Lyceum Lawn Tennis Club, entre otras instituciones y asociaciones profesionales, acogieron el ímpetu intelectual de María Teresa.

Contribuyó, con tono crítico, desde la prensa periódica a la visualización del trabajo en las bibliotecas y a la importancia de desarrollarlas. Asociada a su nombre está, posiblemente, la primera transmisión radial de un tema de la profesión bibliotecaria: *El panorama bibliotecario nacional*.

En 1942 inauguró la primera biblioteca pública de estante abierto en nuestro país, auspiciada por la prestigiosa sociedad Lyceum de La Habana, experiencia que sustentó la inauguración de los departamentos Circulante e Infantil y Juvenil de la Biblioteca Nacional José Martí, el 14 de diciembre de 1959.

También en 1942 participó en el Primer Congreso Internacional de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museo del Caribe, celebrado en la capital cubana.

Aunque la doctora Freyre se nutrió de una vasta cultura, soportada en estudios en el extranjero, vale destacar que ingresó en la Universidad de La Habana a la edad de 42 años. Matriculó Ciencias Políticas, Sociales y Económicas, estudió Derecho Diplomático y Consular y Derecho Administrativo.

La política iba de la mano con su quehacer bibliotecario. Amiga de Eduardo Chibás, militó en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) y fue postulada como senadora por dicho Partido en 1948. Se opuso a la corrupción política de los gobiernos de turno y su enfrentamiento con la tiranía batistiana la condujo, en 1957, a otro exilio.

Intensa y extensa resultó su labor en favor de las bibliotecas y la formación de los profesionales en dicho sector durante la etapa de la República, pero más útiles y revolucionarios fueron sus aportes luego del triunfo del 1ro. de enero de 1959. La designación por el Gobierno Revolucionario de María Teresa Freyre como directora de la Biblioteca Nacional José Martí le posibilitaría desarrollar todo el caudal de experiencias que poseía, en un escenario que clamaba por extender el conocimiento al pueblo desde la lectura.

Enumerar las acciones protagonizadas por la doctora Freyre durante su dirección en la BNJM, hasta 1967, sería espacioso, sí vale la pena resaltar la creación de nuevos departamentos como el Circulante y la Sala Infantil y Juvenil, la compilación de la Bibliografía Nacional, la revitalización de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, las labores de extensión bibliotecaria, la creación de bibliotecas en las provincias, así como la formación profesional e innumerables actividades culturales de alta calidad que se

organizaron desde su ingenio. También el rescate de personalidades de la cultura que la acompañaron en las tareas bibliotecarias y de investigación.

Para la doctora Freyre, «la biblioteca es un servicio social, su razón de ser no está en los libros que la integran sino en el público que ha de acudir a ella». ⁶ Y como buena referencista, consideraba el servicio de bibliografía y referencia como la «pie-dra angular de la biblioteca».

En su folleto *El servicio de bibliografía y referencia y la adquisición de libros en una biblioteca*, publicado en 1942 —y con absoluta vigencia por el sentido ético de su pensamiento— resaltó: «este servicio (...) es de tal importancia que cualquiera que sea el tipo de la misma, desde las bibliotecas nacionales hasta las populares, no pueden cumplir su misión de cultura sin haberlo organizado eficazmente». ⁷

El boletín *Bibliotecas*, devenido en la revista *Bibliotecas. Anales de Investigación*, que hoy goza de impacto científico y liderazgo entre las publicaciones científicas de la profesión, surgió de la iniciativa de la doctora María Teresa. Preocupada por la formación de los profesionales en el nuevo escenario, convocó al Primer Encuentro de Bibliotecas Obreras y al Primer Fórum de Bibliotecarios, a inicios de la década del sesenta.

La doctora Graziella Pogolotti definió el temple y las capacidades de la doctora Freyre:

Su lucidez, su amor por la vida y las cosas le permitieron así, llegada a una edad en la que muchos entierran las ilusiones,

⁶ María Teresa Freyre de Andrade: *El servicio de bibliografía y referencia y la adquisición de libros en una biblioteca*, Asociación Bibliotecaria Cubana, La Habana, 1942, p. 10.

⁷ *Ibíd.*, p. 3.

poner al servicio de la Revolución un sueño acariciado como imposible por muchos años. Quienes trabajamos a su lado, aprendimos esa realista y eficaz pasión de servir.⁸

El 6 de febrero de 1967 María Teresa cesó en sus funciones como directora de la Biblioteca Nacional José Martí. Los cambios en la política cultural del país, permeados por un intenso subjetivismo ideológico, condicionaron su destitución. Quienes vivieron esos difíciles y contradictorios tiempos relatan la tristeza de la doctora: «recogió en pocas horas sus escasos papeles y salió sola, en silencio».⁹

El 20 de agosto de 1975 falleció en La Habana. Poco tiempo antes preparó e impartió un curso de Documentación e Información Técnica para los trabajadores del Ministerio de la Industria Ligera.

A más de cuatro décadas de su desaparición física, se vuelve necesario retomar una de las frases que empleaba cuando percibía inconformidad con la realidad: «Estamos cayendo en la rutina; organismo que se estanca, muere». Urge movernos cada día con nuevas ideas y soluciones para no perecer, para no dejar morir el legado de la doctora María Teresa Freyre de Andrade.

⁸ Graziella Pogolotti: «Pasión de servir», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 66, vol. XVIII (3), septiembre-diciembre, 1975, p. 16.

⁹ Graziella Pogolotti: «La maravilla en los predios de Boloña», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 92, (3-4), julio-diciembre, 2001, p. 91.



Fina García Marruz, eterna poesía que nos acompaña

El lugar cimero que mercedamente ocupa Fina García Marruz en las letras cubanas e hispanoamericanas es una realidad desde hace décadas, desde el instante mismo de la creación de sus primeros textos.

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí se precia de identificar con letras doradas el cubículo que ocupó durante más de una década junto a su inseparable compañero de vida, Cintio Vitier.

En los años de productiva labor en la Biblioteca Nacional, los fondos bibliográficos y documentales de la Colección Cubana

nutren la obra de Fina García Marruz, entre el silencio cómplice de Minerva y el esplendor de las columnas revestidas con hermosos mármoles. Entonces, surgen *Estudios críticos*, publicado en 1964 y el texto homenaje en el bicentenario del poeta Manuel Zequeira y Arango, en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

En la propia *Revista* da a conocer la vida y la obra de poetas de los siglos XVIII y XIX como Manuel Justo Rubalcava, Gustavo Adolfo Bécquer, sin olvidar la investigación de los versos del más universal de los cubanos, nuestro Apóstol José Martí.

Aquel departamento de Colección Cubana, «el sitio en que tan bien se está» — como diría el poeta Eliseo Diego en uno de sus versos — dejó una huella en los afectos de la escritora Josefina Consuelo García Marruz Badía, nacida en La Habana, el 28 de abril de 1923. Allí también trabajaban sus amigos del Grupo Orígenes, Cleva Solís y Octavio Smith, y muy cerca, en «el Filológico», se encontraba Eliseo Diego, casado con su hermana Bella García Marruz.

El poema «Mis compañeros de trabajo»,¹⁰ escrito en 1966 y dedicado a Araceli García Carranza y su esposo Julio Domínguez, recrea las impresiones de Fina hacia sus colegas. Con sus nombres y descripciones nos traslada a una jornada de cualquier día en la Sala Cubana:

(...)

*Josefina,¹¹ esbelta palma criolla,
con ojos de gata y sonrisa de niña.*

¹⁰ Original mecanuscrito en poder de Araceli García Carranza, leído por el doctor Rafael Acosta de Arriba en el homenaje por el centenario de Fina García Marruz, celebrado en la BNCJM, abril de 2023.

¹¹ Josefina García Carranza Bassetti, bibliógrafa y referencista.

*Araceli me recuerda a esa dulce muchacha
que pastoreaba el ganado en la exquisita mantequilla
holandesa de la niñez: es celeste y pacífica.
Cuando sonrío, saluda como el rocío.
(...)*

*Renée¹² entra balanceándose
como una barcaza de río, achinados
los ojos sonrientes, pequeñitos,
que lo ven todo, todo, juguetones,
tristes: con ella entra un Vedado
que se fue, una Habana
Vieja de ventiladores
como aspas de molinos y de pastel francés,
y toda la política de los años
treinta y tres.*

*Entonces aparece
María Teresa¹³ como sorprendida,
con su rostro de niña, en el parque
perdido, con malicia cortés,
y vedadenses arruguitas finas,
y su grueso tacón que afínca bien,
María Teresa que oye todavía
los cuentos de risa de su padre
el General, y dice, «pero, chica...»
como cuando estaba en el colegio,
cambiando su inocencia
por su elegancia, y luego, al revés.
(...)*

¹² Renée Méndez Capote, escritora e investigadora literaria.

¹³ María Teresa Freyre de Andrade, directora de la BNJM de 1959 a 1967.

Tanto o más que a la poesía, Fina amó la música. «La música es mi madre, mis hermanos, mis hijos, mi familia», expresó en una entrevista.¹⁴ Para el matrimonio Vitier-García Marruz, la música significaba alimento del espíritu, encarnada primero en la tradición familiar, en Cintio mismo con su violín y luego en las exitosas carreras de sus hijos, Sergio y José María Vitier.

En su larga existencia, casi centenaria, finalizada el 27 de junio de 2022, los reconocimientos a su obra se resumen en el Premio Nacional de Literatura (1990), Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2011) y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2011).

La lírica de Fina García Murrus nos acompañará siempre.

*Si mis poemas todos se perdiesen
la pequeña verdad que en ellos brilla
permanecería igual en alguna piedra gris
junto al agua, o en una verde yerba.*

*Si los poemas todos se perdiesen
el fuego seguiría nombrándolos sin fin
limpios de toda escoria, y la eterna poesía
volvería bramando, otra vez, con las albas.*¹⁵

¹⁴ «Fina García Marruz: me comunico mejor con el silencio», entrevista a Fina García Marruz por Rosa Miriam Elizalde: *Juventud Rebelde*, 18 de marzo de 2007. Recuperado de: <https://www.juventudrebelde.cu/cuba/2007-03-18/fina-garcia-marruz-me-comunico-mejor-con-el-silencio>

¹⁵ Fina García Marruz: «Si mis poemas...», ob. cit., p. 209.



Maruja Iglesias, en la vanguardia femenina de su tiempo

Son pocos los compatriotas nuestros que han rehusado una proposición del líder de la Revolución, el Comandante Fidel Castro. Y Maruja Iglesias, ante la sorpresa, lo hizo. Quizás la amistad que los unía, consolidada durante los tiempos en que compartieron la casa de huéspedes en el Vedado capitalino — cuando el joven Fidel estudiaba la carrera de Derecho y ella, Filosofía y Letras — posibilitó rebatirle su proyecto de nombrarla, al triunfo de la Revolución, directora de la Biblioteca Nacional José Martí.

No tardó Maruja en expresar su argumento: «el aval de la doctora [María Teresa] Freyre de Andrade es cultura y

experiencia, ella fue mi profesora». ¹⁶ En tal decisión resultó determinante el sentido de justicia y de ética profesional, capaz de convencer al Comandante acerca de quién era la persona idónea para ocupar la dirección de la Biblioteca Nacional, pues se trataba de una institución clave en el desarrollo social, educativo y cultural de la Revolución triunfante. Desde su puesto como subdirectora tendría una importante trinchera para ser útil y demostrar su fidelidad.

La mañana del 1ro. de enero de 1959, la Biblioteca Nacional había sido ocupada por una brigada del Movimiento 26 de Julio. Dos semanas después, exactamente el día 16, el abogado y ministro de Educación, doctor Armando Hart Dávalos, designa a Maruja Iglesias delegada de la institución.

Si bien el historial revolucionario de Maruja comenzó en la ciudad de Holguín, su llegada a La Habana para estudiar en la universidad avivó los intereses de la joven y la vinculó al intenso movimiento revolucionario gestado en la principal institución académica cubana.

Era María Ramona Iglesias Tauler, *Maruja*, natural de Gibara. Nació el 29 de agosto de 1920. De origen pequeño burgués, su padre era propietario de una importante ferretería, condiciones que no mellaron el espíritu rebelde de la joven en función de un futuro enaltecedor para la patria.

El golpe de Estado encabezado por Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952, cambió la vida de la nación cubana y abrió un camino de luchas que contó con el arrojo de las mujeres. Desde entonces, la militancia de Maruja Iglesias quedó inscrita en la vanguardia femenina de la época.

¹⁶ Maruja Iglesias: «Re-nacimiento de la Biblioteca Nacional José Martí: tiempos y tonos», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 92, (3-4), julio-diciembre, 2001, p. 42.

Entre las organizaciones revolucionarias surgidas a inicios de esa década estuvo el Frente Cívico de Mujeres del Centenario Martiano, creado en noviembre de 1952, con representación en todas las capitales provinciales, que luego de conmemorarse el centenario del Apóstol, pasó a la historia como Frente Cívico de Mujeres Martianas.

Con una membrecía muy heterogénea, al Frente Cívico de Mujeres Martianas se afiliaron féminas de diversa orientación política y ocupaciones. Ortodoxas, auténticas, liberales, socialistas, amas de casa, trabajadoras y estudiantes perseguían un objetivo común: derrocar la tiranía batistiana. Las ideas del Maestro se convirtieron en la más potente arma de lucha de las denodadas mujeres. Entre sus fundadoras estuvo Maruja Iglesias Tauler, quien sumaba a su fecunda actividad la jefatura de una cédula del Movimiento 26 de Julio desde el clandestinaje.

A la par que Maruja intensificaba sus acciones clandestinas contra la dictadura de Batista, participaba del ambiente cultural de la ciudad. Perteneció a la sociedad femenina Lyceum Lawn Tennis Club, en la sección de trabajo comunitario. Se vinculó al mundo de las bibliotecas y de la mano de la doctora María Teresa Freyre de Andrade recibió, en los años cincuenta, un curso de especialización en Bibliotecología, lo cual le permitió desempeñarse como bibliotecaria de la Escuela de Derecho y ejercer funciones de ejecutiva en la fundación del Colegio Nacional de Bibliotecarios.

El triunfo revolucionario amplía sus responsabilidades y la involucra, de manera creciente, en diversas tareas: auditoría, supervisión del proyecto de ley, disolución de la Junta de Patronos, así como modificaciones importantes en el nombramiento de nuevos timoneles en las instituciones culturales que iban surgiendo.

Comenzaba, pues, su etapa como subdirectora de la Biblioteca Nacional José Martí. Una renovada biblioteca se construía cada jornada, con novedosos proyectos, la ampliación de servicios a profesionales, docentes, estudiantes, obreros, niños y jóvenes. Confiesa Maruja en sus artículos y entrevistas que, en la oficina de la directora conoció a escritores e intelectuales cubanos y extranjeros que descubrían la magnitud de una biblioteca en medio de una Revolución.

A tenor con su cargo recorrió el archipiélago cubano de punta a cabo, responsabilizada con la inauguración de bibliotecas públicas y la capacitación del personal técnico. En 1961, en calidad de delegada a la plenaria que convocó el Consejo Nacional de Cultura, en la ciudad de Camagüey, presentó el Plan de la Red de Bibliotecas para el país, dividido en clases, según las funciones y complejidades de los territorios.

Fueron tiempos de construcción, de negociaciones con las autoridades para instalar las bibliotecas en edificaciones adecuadas, de inauguraciones y nombramientos. Reconoce la propia Maruja cuánto aportaron esas jornadas a su madurez intelectual, cuando expresa: «(...) me doy cuenta que aquella subdirectora llegó a tener una oratoria estratégica de la que antes no se había dado cuenta, y las casualidades la ayudaban».¹⁷

Y es que, gracias a sus testimonios y a las entrevistas que concedió —pues tuvo una larga vida nonagenaria, que se extinguió el 20 de enero de 2011— se pueden reconstruir pasajes esenciales de la historia de la Biblioteca, tomados de la palabra apasionada de quien fuera testigo activo de una etapa de gloria, o como ella misma definiera en 2001, de «re-nacimiento de la Biblioteca Nacional».

¹⁷ Ibidem, p. 83.

Sus descripciones y remembranzas nos retrotraen a la inauguración de nuevos departamentos por el presidente de la República Osvaldo Dorticós, la visita del Comandante Ernesto Che Guevara, la celebración de los 60 años del poeta Nicolás Guillén, el productivo vínculo de Alejo Carpentier con la institución a partir de 1959, entre otras reflexiones y momentos memorables que emanan de sus apuntes y conversaciones.

Reconoció Maruja, con pragmática lucidez, la necesidad de dotar de mayor presupuesto a la Biblioteca Nacional y a su red de bibliotecas en provincias y municipios, acorde con el desarrollo de la educación en Cuba. De igual modo, valoró la profesión del bibliotecario, su entrega y necesaria presencia en la sociedad. Acerca del trabajo de dicho gremio expresó:

El resultado de su trabajo es tan indispensable como el del médico. Estos profesionales son tan indispensables al lado de los científicos, investigadores, como al lado de los humanistas en general, aunque ni el médico ni el bibliotecario ofrecen dividendos materiales, su trabajo, en un caso es salvar vidas, y en el otro la historia y la actualidad de las ciencias, las técnicas y las artes.¹⁸

Con posterioridad a su etapa de trabajo en la Biblioteca se trasladada, con rango diplomático, al departamento de Documentación Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (Minrex), bajo la dirección del canciller Raúl Roa, quien había sido su profesor en la Universidad de La Habana. A instancias del doctor Roa es nombrada directora del mencionado centro y junto a Blanca Patallo — amiga y colega de la Biblioteca

¹⁸ *Ibíd.*, p. 87.

Nacional — labora en el procesamiento de la documentación del archivo del profesor Salvador Vilaseca.

Cuando le pidieron unas cuartillas con motivo del centenario de la Biblioteca Nacional se autodefinió como una escritora frustrada, aunque con fuerte vocación. A pesar de que en los catálogos bibliográficos no encontramos la obra que Maruja alguna vez soñó publicar, su impronta habita en las decenas de bibliotecas que contribuyó a convertir en realidad como fiel embajadora del ideario martiano, para que la virtud se multiplicara y la cultura nos alcanzara a todos los cubanos y las cubanas.



María Elena Jubrías en el departamento de Arte

María Elena Jubrías Álvarez (La Habana, 1930-2021) comenzó joven en la Biblioteca Nacional José Martí, apenas cuando iniciaba su tercera década de vida. Durante seis años dirigió el departamento de Arte de la institución, etapa que abrigó entre sus mejores recuerdos, como expresara «(...) por la intensidad de una experiencia formadora en aquellos días de cambios trascendentales».¹⁹

¹⁹ María Elena Jubrías: «Primeros años del departamento de Arte», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 92, (3-4), julio-diciembre, 2001, p. 108.

Al frente de un grupo también de jóvenes talentosos, entre los que vale mencionar a Oscar Morriña, Luz Merino Acosta y Ricardo Gallardo, cual tropa de aprendices trabajadores anónimos, creció en el orden profesional, al tiempo que dejó su impronta en el tercer piso del edificio. Si se repasa la colección de fotografías BNJM observamos a la doctora Jubrías impartiendo una conferencia como parte del ciclo «Las artes a través de los tiempos», en los llamados Jueves de Arte que tan importante acogida y provecho tuvieron en el público lector; o entre usuarios y especialistas, llevándolos por el camino de la apreciación de las artes plásticas.

Durante sus años en la Biblioteca tuvo a su cargo la organización de decenas de exposiciones, algunas tan memorables como la primera muestra retrospectiva de la obra de René Portocarrero, en 1960; las pinturas de González Puig; las acuarelas de Samuel Feijóo; los dibujos de Marcelo Pogolotti; los grabados de Lam, entre otras actividades que apostaban por la formación cultural y la defensa del arte cubano y universal. No menos relevantes fueron sus aportes a la organización de los departamentos de arte de las Bibliotecas Provinciales.

Fue María Elena Jubrías quien le explicó al Comandante Fidel Castro —a petición de la subdirectora Maruja Iglesias— la variedad de actividades del departamento de Arte. El recorrido se realizó luego de las reuniones con los intelectuales que tuvieron lugar en la Biblioteca Nacional, en junio de 1961. Cuenta Maruja que Fidel se quedó mirando desde el mostrador la exposición de las reproducciones de la vanguardia de pintura europea y expresó cuánto sentía que no le hubieran enseñado la apreciación de las artes.²⁰

²⁰ Maruja Iglesias: «Re-nacimiento de la Biblioteca Nacional José Martí: tiempos y tonos», ob. cit., p. 55.

Eran los tiempos en que, los usuarios, si deseaban, podían llevarse en préstamo reproducciones de cuadros de pintores famosos, cubanos y extranjeros, en la llamada «pinacoteca circulante». Los pasillos de la tercera planta exhibían las litografías enmarcadas, cual galería permanente en función de la cultura del pueblo.

La labor de la doctora Jubrías como crítico de arte, investigadora, ceramista, Profesora Emérita de la Universidad de La Habana será recordada por artistas, investigadores, alumnos y colegas.



La consagración de María Lastayo

En enero de 2021 reabrió sus puertas el Centro de Información y Documentación de las Artes Escénicas «María Lastayo», perteneciente al Teatro Nacional de Cuba. Los artistas, teatrólogos e investigadores cubanos y extranjeros cuentan con un arsenal de libros y documentos representativos de dichas áreas de nuestra cultura, debido, en gran medida, a la labor de la bibliotecaria que, a inicios de la década de los ochenta, reorganizó sus colecciones y les dio vida.

En la conformación del mencionado centro resultó vital la experiencia acumulada por dicha bibliotecaria en la dirección

del departamento de Selección y Canje de la Biblioteca Nacional José Martí.

María de los Ángeles Lastayo y Margolles se inició en la Biblioteca Nacional como jefa de despacho de la doctora María Teresa Freyre de Andrade, actividad que desarrolló por poco tiempo, pues pronto le asignaron una de las funciones principales de la institución: la selección y el canje.

Su laboriosidad traspasaba los límites de un horario laboral de ocho horas. Algunos colegas de entonces dan fe de su entrega a la profesión. El investigador y bibliógrafo Tomás Fernández Robaina, a quien le unió una entrañable amistad, es uno de los que resalta la importancia del trabajo de la Lastayo, además de reconocer su notoriedad dentro del gremio:

En los años de mayor tensión de las relaciones con Estados Unidos, María logró mantener el canje con las bibliotecas del vecino país norteamericano. Dado su prestigio fue invitada a colaborar en la Oficina de Intereses de Cuba en Washington, con el propósito de organizar su biblioteca. Durante esa estancia, visita la Biblioteca del Congreso, en la cual es recibida con agasajos por la directiva de la más importante institución de su tipo en Estados Unidos. Eso da la medida de su vasta experiencia en el trabajo que realizaba.

Durante décadas logró desarrollar un canje internacional a un nivel muy apreciado hasta por la propia Biblioteca del Congreso. Era tal su sentido de pertenencia con la Biblioteca que, cuanto libro llegaba a la institución con otro destino, María Lastayo lo incorporaba a los fondos. Tenía un espíritu de trabajo insuperable.²¹

²¹ Tomás Fernández Robaina. Comunicación telefónica con la autora, 29 de enero de 2021.

Para la investigadora Olga Vega, «María era una experta de la profesión bibliotecaria». Su testimonio acentúa esa sapiencia y los aportes que realizó en la Biblioteca Nacional:

Poseía un dominio absoluto de las labores inherentes a su cargo. Conoció al detalle el mundo de la selección, y mantuvo durante décadas el canje interbibliotecario, en épocas fuertes del bloqueo de los Estados Unidos. Tenía un olfato especialísimo para detectar libros raros y valiosos.

Se nutría de los especialistas y adquiría colecciones de alto valor. En el campo de la Ciencia y la Técnica, la Bibliotecología, y las Ciencias Sociales, así como de la literatura para Juvenil y Circulante, mantuvo un stock a la altura de los tiempos, al nivel de una Biblioteca Nacional. No tenía horarios ni retrocedía ante los retos de la especialidad.²²

La doctora Araceli García Carranza resume las cualidades de la bibliotecaria: «Se entregó a la Biblioteca Nacional de una manera total, con horario de consagración. Fue una trabajadora excepcional. Era capaz de canjear un libro sencillo por uno de gran valor. Sus aptitudes en ese sentido fueron admirables».²³

En el orden personal, su carácter fuerte la distinguió siempre. Fumaba. Manejó durante años un viejo automóvil en el que iba a la Biblioteca. Tuvo grandes amigos de la intelectualidad habanera, entre otros, Adelaida de Juan, Roberto Fernández Retamar, Armando Suárez del Villar y Ángela Grau.

²² Olga Vega García. Comunicación telefónica con la autora, 30 de enero de 2021.

²³ Araceli García Carranza. Comunicación telefónica con la autora, 30 de enero de 2021.

Aunque sus últimos años de vida los dedicó a la documentación del teatro y a otras manifestaciones del arte como el cine y la danza —pasiones que también la circundaron— no atenuó en ella la evocación de la Biblioteca Nacional José Martí, su casa durante más de dos décadas.

Falleció en La Habana, en 1998, el año de la histórica visita del Papa Juan Pablo II a la Isla.



Argeliers León y su eterno viaje a nuestras raíces musicales

«Si algo sonó en la Biblioteca fue la música y su diversidad».²⁴ Las certeras palabras de Maruja Iglesias sintetizan el rico ambiente musical y de investigación que desarrolló la Biblioteca Nacional José Martí a partir de 1960 bajo el aura de Argeliers León Pérez.

El concurso de oposición que convocó la doctora María Teresa Freyre de Andrade llevó a Argeliers a ocupar la plaza de jefe técnico asesor del recién creado departamento de Música,

²⁴ Maruja Iglesias: «Re-nacimiento de la Biblioteca Nacional José Martí: tiempos y tonos», ob. cit., p. 72.

en diciembre de 1959. Ese mismo año León había organizado el Primer Festival de Arte Nacional de La Libertad, y se encontraba al frente del departamento de Folklore del Teatro Nacional, responsabilidad que desempeñó hasta 1961.

Y es que la trayectoria profesional del músico, profesor e investigador, en su cuarta década de vida —etapa en la cual llega a la Biblioteca Nacional— era lo suficientemente sólida como para echar a andar un proyecto cultural que traspasó los límites de la institución bibliográfica.

Había nacido en La Habana, el 7 de mayo de 1918. En 1943 se doctoró en Pedagogía, y dos años más tarde se graduó del Conservatorio Municipal de Música de La Habana. El Premio Nacional de Música en la categoría de Música de Cámara le llegaría en 1950, fecha en la que formaba parte del Grupo de Renovación Musical, junto a Harold Gramatges, Edgardo Martín, Virginia Fleites, entre otros.

Su pasión por la investigación de nuestras raíces culturales, en especial las de origen africano, lo motivó al rescate de los géneros musicales de nuestro folklore. Con el propósito de completar su formación, en la década del cincuenta obtuvo una beca de folklore y didáctica musical en la Universidad de Chile, además completó estudios en París.

La jefatura en la Biblioteca Nacional le deparó un amplio trabajo de dirección en la catalogación de las colecciones de libros, música impresa y discos, la adquisición de libros y las investigaciones. Contó para ello con especialistas capacitados y con la asesoría técnica de Zoila Lapique, quien iniciaba sus investigaciones sobre la música cubana en la etapa colonial.

Su visionario desempeño hizo que contratara a investigadores como José María Bidot y José Piñeiro, y a los estudiantes de música Gonzalo Romeo y Antonio Acero, con el objetivo de

desarrollar múltiples estudios a partir de la documentación que atesoraba la Biblioteca.

Un fuerte movimiento editorial resultó del trabajo de Argeliers y sus especialistas. Publicaron guías bibliográficas de utilidad para profesores y estudiantes de música, a la par de ediciones de obras musicales de autores cubanos que, hasta 1964, sumaban 16 publicaciones. Entre otros títulos destacan *De la contradanza al danzón; Catálogo de la música de los archivos de la Catedral de Santiago de Cuba y del Museo Bacardí*, por Pablo Hernández Balaguer; y *Música folklórica cubana*.

A lo anterior se adiciona la publicación de la *Revista de Música*, con frecuencia trimestral, la cual contemplaba artículos de investigación y divulgación de la música cubana y también latinoamericana, así como el acontecer cultural de nuestro país.

Las actuaciones de Argeliers y otros colegas en el Salón de actos, especialmente durante la década del sesenta, complementaban la labor de investigación que realizaba su departamento, y a la vez permitían la difusión de agrupaciones representativas de diversos géneros musicales.

Una de sus presentaciones más relevantes resultó el concierto homenaje al Maestro Amadeo Roldán (1900-1939), la noche del 14 de marzo de 1960. Por primera vez en Cuba, nuestros músicos interpretaron las Rítmicas de Roldán, compuestas en 1930 y muchas veces ejecutadas en el extranjero. Con el mencionado concierto, la Biblioteca Nacional dio inicio a una serie de presentaciones que tuvieron el propósito de comentar la música de manera analítica.

De una larga lista de profesionales invitados a las actividades lideradas por Argeliers, que deleitaron al público con sus interpretaciones o conferencias, destacan César Pérez Senteñat y José Ardévol —quienes fueron sus maestros—, Enrique

González Mántici, Jesús Ortega, Edgardo Martín, Nilo Rodríguez, Carmen Valdés Sicardó y Natalio Galán.

Variadas y representativas para la cultura cubana resultaron las actividades que organizó el maestro Argeliers junto a su esposa, la doctora y musicóloga María Teresa Linares, en el rescate tanto de la música culta o académica, como de la popular. Sobresale en la permanente asesoría de la doctora Linares, la organización del *Cursillo de apreciación musical* a cargo del doctor Edgardo Martín, dedicado a los profesores de música, con el propósito de orientarlos en la aplicación del nuevo plan de estudios puesto en vigor por el Gobierno Revolucionario.

Argeliers León integró el Consejo de Redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* desde su incorporación a la institución. Sus artículos centraron la mirada en la riqueza bibliográfica musical del centro.

En febrero de 1964 Argeliers imparte en la Biblioteca un curso sobre música folklórica, y al mes siguiente obtiene el primer premio en el Concurso Nacional de Composición Musical auspiciado por el Consejo Nacional de Cultura, con la obra *Quinteto número 2 para cuatro instrumentos de viento y guitarra*; además, la mención honorífica en el mismo certamen por *Can-tata elegía de Jesús Menéndez*.

No solo en los años sesenta León estuvo presente en el panorama musical de la BNJM, su vínculo con la institución fue permanente. Continuó colaborando con la *Revista*, organizó conferencias y presentaciones de artistas y concertistas. Una de sus últimas veladas la protagonizó Merceditas Valdés, quien bailó al sonido de los tambores batá, el 16 de julio de 1986, en el aniversario 105 del natalicio de don Fernando Ortiz.

Con posterioridad a su trabajo en la Biblioteca, Argeliers dirigió el Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de

Ciencias de Cuba y el departamento de Música de la Casa de las Américas, sin abandonar su labor docente e investigativa.

El musicólogo e investigador cubano Jesús Gómez Cairo considera a Argeliers «figura imprescindible de la cultura cubana», y asevera que le correspondió a dicho maestro, «desarrollando las ideas de Fernando Ortiz y creando sus propios instrumentos de análisis y exégesis, dotar a la etnomusicología cubana de contenidos y enfoques artísticos-musicales de profundos sentidos y más vastos alcances».²⁵

El 22 de febrero de 1991 se apagó su luz en La Habana, ciudad testigo de su magisterio. El legado intelectual de Argeliers León es honrado de múltiples maneras: la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba (UNEAC) entrega un Premio de Musicología que lleva su nombre; la Sala de Música de la BNCJM tiene inscripto su apellido; y en las páginas de la historiografía musical cubana y en la cultura de la nación, perviven sus huellas.

²⁵ Jesús Gómez Cairo: «Argeliers León. Figura imprescindible de la cultura cubana. Un acercamiento a sus múltiples facetas en el centenario de su nacimiento», *Bohemia*, año 110 (22), 26 de octubre de 2018, p. 12.



La escolita de Adelina López Llerandi

La Escuela de Auxiliares Técnicos de Bibliotecas, fundada por la doctora María Teresa Freyre de Andrade, el 7 de junio de 1962, inicialmente con el nombre de Escuela de Capacitación Bibliotecaria, desde hace más de una década —lamentablemente— no abre sus puertas cada septiembre para recibir a jóvenes interesados en la profesión. La institución, que en sus comienzos perteneció al Consejo Nacional de Cultura y tuvo la guía técnica de la Dirección Nacional de Bibliotecas, contribuyó a la formación de centenares de bibliotecarios.

Adelina López Llerandi (1925-2012), su directora y fundadora, se convirtió en el alma de la escuela, de hecho, todos la llamaban «la escuelita de Adelina». Desde 1960 trabajaba en la Biblioteca Nacional José Martí, destacándose por su labor en la extensión bibliotecaria y la capacitación de nuevos profesionales de bibliotecas escolares y obreras. Obtuvo la licenciatura en Información Científico Técnica y Bibliotecología en la Universidad de La Habana.

Bajo la guía de Adelina, ejemplo de profesional abnegada, muy pronto el centro ganaría reconocimiento por la sólida formación de sus egresados, en cuya primera etapa solo permitía la matrícula de mujeres, con un régimen becado para las alumnas de otras provincias y seminterno para las de la capital.

La escuela se encontraba en la sede actual del Ministerio de Cultura, en el Vedado capitalino. La meta, una vez graduados de Auxiliares Técnicos de Biblioteca, era ingresar a la Escuela de Bibliotecarios de la Universidad de La Habana.

Profesionales reconocidos integraron el claustro de profesores en las primeras etapas; de la Biblioteca Nacional se encontraban María Luisa Antuña, Israel Echevarría, Salvador Bueno, Blanca Rosa Sánchez, entre otros que se fueron sumando con el tiempo.

Ante la urgencia de capacitar bibliotecarios para asumir los amplios programas culturales y educativos de la Revolución, la Escuela de Técnicos de Bibliotecas programó cursos de corta duración, los cuales con posterioridad se ampliaron a dos años y cuatro semestres, con el peso mayor en asignaturas básicas de la Bibliotecología, sin soslayar la formación humanista necesaria que debe poseer el bibliotecario. Materias de información general como Literatura, Historia, Inglés, Biología, Física, Quí-

mica y Matemática, compensaban la preparación de los alumnos que ingresaban al centro al concluir el noveno grado.

La impronta de Adelina López Llerandi en la formación de generaciones de bibliotecarios cubanos ha llevado a que se le rinda tributo en eventos científicos de la Asociación Cubana de Bibliotecarios (Ascubi). Como estímulo a la obra de bibliotecarios ejemplares, la filial de La Habana de Ascubi entrega un premio que lleva el nombre de Adelina, bibliotecaria y maestra presente en el imaginario de sus alumnos, por la ética profesional, la dedicación y el amor a la profesión a la cual entregó sus mejores energías.



Renée Méndez Capote, el amor de la cubanita por la Biblioteca Nacional

Renée Méndez Capote nació con el siglo, como ella misma afirmara en uno de sus libros preferidos por los lectores, el 12 de noviembre de 1901, semanas después de la fundación de la Biblioteca Nacional. Cubana y habanera, hija del general Domingo Méndez Capote y de María Chaple Suárez, su labor literaria y periodística nos ha regalado el maravilloso vínculo de un pasado reciente con el presente, narrado con auténtica criollez, desde la gracia natural, la sencillez y el optimismo que caracterizó a esta singular mujer.

Periodista, promotora cultural, editora, traductora, guionista de radio, investigadora, diplomática, ocupó cargos administrativos relacionados con la educación y la cultura en la etapa de la República y siempre se relacionó, de alguna manera, con el mundo de las bibliotecas. Fundadora del Lyceum Lawn Tennis Club, Renée se desempeñó en el cargo de vocal de biblioteca; más tarde al ser nombrada directora de Bellas Artes, procuró la instalación de salas populares de lectura, y en 1950 dirigió el Negociado de Bibliotecas del Ministerio de Estado.

La relación de Renée con la Biblioteca Nacional surgió mucho antes de 1959, etapa en que regresaría al recinto de las grandes colecciones bibliográficas. De adolescente comenzó a visitar la institución en su sede de la antigua Maestranza de Artillería. Aunque conoció a su primer director, Domingo Figarola Caneda, su trato más cercano fue con Francisco de Paula Coronado, quien según refiere la propia Renée, «nos permitía, a mi hermanita y a mí, andar por la Biblioteca como perros por su casa».²⁶

Los años treinta serían intensos para la joven de origen acomodado: se involucró en el movimiento revolucionario contra la dictadura de Machado, sobrevivió al naufragio del *Morro Castle*, guardó prisión en la cárcel de mujeres y quedó desempleada luego de la huelga general de marzo de 1935. En esa etapa de su agitada vida le otorgaron trabajo en la «biblioteca encastillada» como solía llamarle por su ubicación en el Castillo de la Fuerza, a partir de 1938, coincidiendo con el traslado de los fondos de la Maestranza al Castillo, por órdenes de José Eleuterio Pedraza, jefe de la Policía Nacional.

Renée sostuvo una hermosa amistad con la poetisa y bibliotecaria María Villar Buceta, a quien consideró «la más paciente

²⁶ Renée Méndez Capote: «Recuerdos de la vieja biblioteca», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, XXIII (2), mayo-agosto 1981, p. 93.

y dulce de las mentoras».²⁷ También recuerda la fidelidad del ejemplar bibliotecario Carlos Villanueva, a quien admiró por la «locura de amor» que lo ataba a la institución; y no menos especial fue su admiración por José Antonio Ramos, asesor técnico de la Biblioteca Nacional, a quien consideró un compañero de labor entrañable.

Las transformaciones de enero de 1959 la traerían de vuelta a la Biblioteca Nacional, en su segunda temporada de trabajo, momento que la propia autora calificó como «(...) mi segundo nacimiento físico y mi verdadero nacimiento como escritora».²⁸ Tenía su mesa de trabajo en el espacio que actualmente ocupan los Fondos Raros y Valiosos, y también solía sentarse en la mesa de dos aguas, pegada al gran ventanal de la Sala, junto a Cintio, Fina y Feliciano Menocal (Fichú).

En 1961 Renée asume la dirección de la *Revista de la Biblioteca Nacional* hasta principios de 1964. Durante los años sesenta impartió conferencias, tradujo del inglés los «Documentos para la historia de las gentes sin historia», de Juan Pérez de la Riva, integró jurados de concursos de literatura, y las instantáneas la descubren en el auditorio de varias conferencias en el Salón de actos de la institución.

La tarde del 25 de junio de 1963, en la Sala Circulante, usuarios, bibliotecarios y escritores asistieron a una fiesta de la palabra: Renée Méndez Capote comentó su más reciente libro *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*.

Gracias a la gentileza de sus amigos de la Universidad Central de Las Villas —en especial a Samuel Feijóo, quien prologó esta primera edición— el libro había salido recientemente de la

²⁷ Ídem.

²⁸ Fina García Marruz: «Renée Méndez Capote en la Biblioteca Nacional», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, XII (1), enero-abril, 1970, p. 170.

impresión. En pocos años, *Memorias de una cubanita...* superaría la venta de miles de ejemplares, en varias ediciones, tanto en Cuba como en el extranjero.

La Sala Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí devino escenario de creación de *Memorias...* Allí realizó ella las lecturas parciales y escuchó los comentarios de sus colegas, en particular a Cintio Vitier, Roberto Friol, Celestino Blanch y Fina García Marruz, a quienes dedicó su libro.

Para García Marruz, *Memorias de una cubanita...* es una obra de «profunda criolledad, mezcla de refinamiento europeo y gracia espontánea propia. Su libro está también lleno de gracia, aunque gracia natural. (...) Estamos ante una escritora completa, ante una maestra de la narración de cualquier tiempo».²⁹

Años más tarde regresaría a la Biblioteca después de que cesaran sus labores para conversar con los lectores y contar, con su particular gracejo criollo, anécdotas de tiempos pasados.

El área de Manuscritos conserva la colección de la familia Méndez Capote. La presencia de abundantes cartas, mecanuscritos, recortes, revela las relaciones de amistad de la «ilustre cubanita» con personalidades de la cultura como Ángela Landa, José María Chacón y Calvo, Leopoldo Romañach, Nicolás Guillén, Cintio Vitier, Samuel Feijóo, entre otros, así como las misivas familiares con su hermana Sarah y sus padres.

En la BNCJM permanece la huella de Renecita, se encuentran sus libros publicados, fotografías de la infancia y de la familia, y otras que muestran su cuerpo grande y expresión risueña en los años de madurez; están los recuerdos de sus colegas de entonces que la inmortalizaron con su especial sentido del humor y de la vida.

²⁹ Fina García Marruz: «Renée Méndez Capote en la Biblioteca Nacional», ob. cit., pp. 169-172.



La Biblioteca Nacional José Martí en los cimientos profesionales de la doctora Luz Merino

Apenas dos semanas antes de que partiera físicamente la doctora Luz Merino, el 30 de septiembre de 2022, a través del teléfono, decidí no prescindir de la orientación que, en materia de investigaciones sobre cultura cubana, nadie mejor que ella podía ofrecerme. No me sorprendió su amabilidad ante la referencia lejana cuando le hablé de mi persona, gracias a otra breve pero fructífera conversación que sostuvimos una mañana de finales de 2020.

En aquella ocasión, el estudio de la colección especial de fotografías de la Biblioteca Nacional José Martí me llevó a indagar con la profesora sobre los rostros y actividades de los años gloriosos del departamento de Arte, que comprendieron la década del sesenta, para ser exactos, entre 1959 y 1967, etapa en la cual la joven Luz Merino se incorporó al equipo liderado por la doctora María Elena Jubrías.

En diciembre de 1961 Luz Merino tenía 18 años. Y era «la muchacha linda, presumida y brillante, la alumna queridísima de Adelaida de Juan y Rosario Novoa, (...) dama elegante, cuya lealtad y encanto personal sobresalían en cualquier escenario».³⁰

Desde sus inicios profesionales en la Biblioteca se vinculó a la organización de las exposiciones permanentes sobre arte cubano y universal, crecimiento intelectual que luego develó en conferencias, cursos, talleres y más tarde, en la publicación de textos en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

«Apuntes para un estudio de la Academia San Alejandro», publicado en 1976, y «Carlos Enríquez, crítico de arte», son algunos de los artículos de la autoría de la doctora en Arte Luz Merino Acosta (La Habana, 1943-2022), publicados en la centenaria revista. Sus ensayos sobre el arte cubano en el período de la República constituyen fuentes de obligatoria consulta para los investigadores y estudiantes de las Ciencias Sociales.

Su último libro, *Jorge Mañach ¿crítico de arte?*, evidenció una vez más el rigor investigativo de la autora, y así lo enunció el escritor y editor Reynaldo González en la presentación preliminar del volumen, en abril de 2022. Es este un acucioso estudio a partir de una selección de artículos de la prensa cultural republicana, que en su conjunto «integra una proliferación metodo-

³⁰ Laidi Fernández de Juan: «Luz para Luz», *La Jiribilla*, 3 de octubre de 2022. Recuperado de: <http://www.lajiribilla.cu/luz-para-luz/>

lógica, da lecciones sabiamente estructuradas y contribuye al conocimiento del arte en su significación social».

Lamentablemente la profesora Luz Merino no pudo ver su ensayo sobre Mañach en las librerías, pero por voluntad de sus hijas y gracias a *Cubaliteraria*, en formato epub se puede revisar la mejor compilación del Mañach objeto/sujeto, según la crítica.

Amén de sus méritos académicos, otros valores distinguieron a la profesora, y así lo destacó el claustro de la Universidad de las Artes (ISA): «Luz también fue una amiga y compañera, una personalidad vibrante, poseedora de un carisma arrollador, rebosante de una cubanía que sabía conjugar con el porte de gran dama que siempre la distinguió. En pocas palabras: hacía honor a su nombre».³¹

«Hay mucho que contar de esta mujer hermosísima por dentro y por fuera», expresó la escritora Laidi Fernández de Juan, hija de la doctora Adelaida de Juan, consternada ante la muerte de la profesora Luz Merino, quien destacó la lealtad y el interés en perpetuar la obra de su maestra Adelaida.

La Doctora en Ciencias sobre Arte y Profesora Titular desde 1989, se desempeñó además como subdirectora del Museo Nacional de Bellas Artes, directora del Departamento de Historia del Arte, vicedecana de Investigación y Postgrados de la Facultad de Artes y Letras e integró la membresía del Consejo Internacional de Museos y de la Asociación Internacional de Críticos de Arte.

La Biblioteca Nacional José Martí fue el lugar al que siempre volvió la también profesora Emérito de la Universidad de La

³¹ Universidad de las Artes (ISA): «Falleció Luz Merino: la Historia del Arte cubana está de luto». Recuperado de: <https://www.isa.cult.cu/fallecio-luz-merino-la-historia-del-arte-cubana-esta-de-luto/>

Habana, sus investigaciones lo requerían. Y supongo que, más que el encuentro con las fuentes que enriquecieron sus pesquisas sobre la cultura en la mayor de las Antillas, en la Biblioteca estaba la evocación a la magia reveladora de ese espacio fundacional donde crecieron sus ansias por el conocimiento, los inicios de un largo camino por el arte y la docencia, que la convirtieron en maestra de generaciones de historiadores del arte, en una cubana culta al servicio de lo hermoso y lo útil.



Mayra Navarro: el hada cubana de la narración oral

La narración oral en Cuba mucho le debe a Mayra Navarro (1947-2019). Luego de su desaparición física, se le recuerda en sus orígenes profesionales, desde el lugar al que llegó siendo una adolescente: la Biblioteca Nacional José Martí. Sus ansias de aprender y de crecerse en el maravilloso arte de la narración de cuentos, impulsaron la carrera de la Navarro, quien contó con la suerte de ser llevada de la mano de grandes maestros como el poeta Eliseo Diego y María del Carmen Garcini.

Mayra de los Ángeles Navarro Miranda estudiaba piano con la profesora Carmen Valdés, quien tenía a su cargo,

desde 1960, el coro de la Sala Infantil y Juvenil de la Biblioteca. Ante la necesidad de incluir jóvenes en el nuevo proyecto de la institución, la maestra de música introduce a la joven Mayra, con apenas 14 años, en el fascinante mundo de los libros.

Recuerdan sus colegas de aquellos años, a la joven que inició su formación profesional en la Biblioteca Nacional:

Mayra comenzó en la Biblioteca Nacional con 14 años, cumplió 15 en la Biblioteca, recuerdo la fiesta de 15 que le celebramos en la institución. Era muy seria, muy responsable, yo no podía creer que tenía 14 años. Tenía una memoria prodigiosa, y una gracia natural para la narración oral. Cuando yo empecé a narrar cuentos, dividíamos los grupos y me ocupaba de los más pequeños porque ella prefería los niños más grandes.³²

La hora del cuento, espacio creado por el departamento de Literatura y Narraciones Infantiles, conocido como «el Filológico», con la dirección de Eliseo Diego, resultó el espacio donde Mayra Navarro fraguó su incipiente aptitud para contar historias, ante un público ávido de alimentar sus fantasías. La iniciativa partió de la directora, María Teresa Freyre de Andrade, quien poseía experiencia en dicha actividad pues en 1947 impartió un curso sobre *El arte de contar cuentos*, en la Biblioteca Juvenil del Lyceum Lawn Tennis Club.

El trabajo del departamento «Filológico» en la adaptación de cuentos de la literatura cubana y universal, principalmente los dedicados a la enseñanza primaria, así como los manuales

³² Entrevista a María del Carmen Núñez (Menchi), 20 de noviembre de 2020.

de orientación técnica a narradores profesionales, fueron tareas necesarias y valiosas que realizaron sus especialistas.

Sostiene Lozada Guevara que «así como el actor trabaja en la escena desde la racionalidad, el narrador oral procede de igual forma».³³ Y Mayra Navarro era una actriz coherente, se desdoblaba en cada narración y llegó a perfeccionar su labor hasta convertirse en maestra de maestros, y ser considerada «la mujer que mejor narra oralmente en los escenarios del mundo».³⁴

La Biblioteca Nacional José Martí fue el punto de partida de una sólida carrera que la llevó a actuar en escenarios de Cuba y el mundo, y a regalarle también, al público adulto, la magia de infinitas historias que adaptó para sus narraciones. Obtuvo el grado de Máster en Educación por el Arte y Animación Sociocultural, en el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona; fue profesora titular adjunta de la Universidad de las Artes, coordinadora de la Red Internacional de Cuentacuentos, y directora del Foro de Narración Oral del Gran Teatro de La Habana Alicia Alonso.

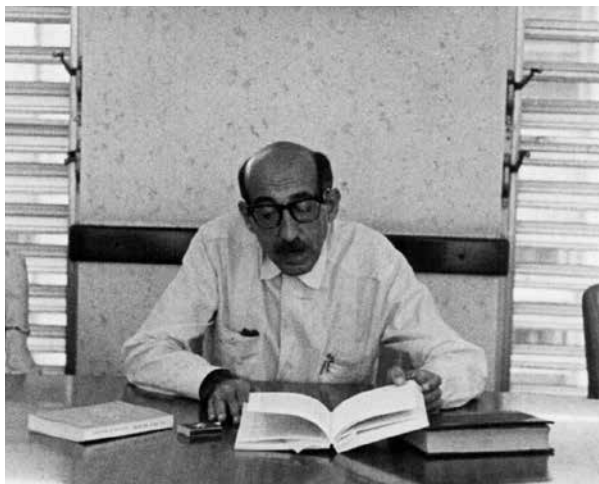
Publicó títulos como *Aprendiendo a contar cuentos* (Gente Nueva, 1999) y *Gota curiosa y otros cuentos* (Gente Nueva, 2008), además de las primeras adaptaciones de cuentos que realizó para la Colección Textos para Narradores de la Biblioteca Nacional José Martí. Obtuvo lauros por su trayectoria, entre otros destacan el Premio Nacional de Cuentaría, Premio Iberoamericano de Cultura, Comunicación y Oralidad Escénica

³³ Jesús Lozada Guevara: «Máscara, persona, personalidad. Una aproximación al arte de narrar oralmente», en Ana Vera Estrada (comp.): *La oralidad: ¿ciencia o sabiduría popular?*, Cátedra de Oralidad Carolina Poncet, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 2004, p. 235.

³⁴ Aracelys Bedevia: «Mayra Navarro, una mujer que nació para contar cuentos», *Juventud Rebelde*, 8 de marzo de 2019.

«Chamán», de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica, y la Distinción por la Cultura Nacional.

Su vida se apagó el 26 de diciembre de 2019, en su ciudad natal, La Habana, con 72 años, aun cuando le quedaba mucho que enseñar y narrar.



Juan Pérez de la Riva: la singularidad de un sabio

Escribir sobre Juan Pérez de la Riva, presentar en breves cuartillas la esencia de un intelectual orgánico, multifacético – para quien no tuvo el privilegio de conocerlo –, resulta difícil y a la vez honroso, más si se tiene el propósito de resaltar su impronta en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, último recinto donde laboró el erudito cubano.

Al adentrarnos en el suntuoso pasillo del tercer piso de la BNCJM, la placa del cubículo con el número seis nos indica el lugar exacto de «la perrera» de Pérez de la Riva, como jocosamente calificara el propio Juan al reducido, pero singular espacio, donde reinaba el desorden, en el cual pasaba horas

de exhaustiva revisión, entre anotaciones y lecturas de cuanto documento valioso llegaba a sus manos. Fue ese el lugar de consultas con jóvenes universitarios, muchachos ávidos de recibir las lecciones del maestro.

De igual modo puede que, al sentarse el lector en una de las sillas de la Sala Cubana, coincida con la que lleva el nombre de «el adelantado», como lo llamó el historiador Oscar Zanetti.

Juan Ernesto Pérez de la Riva Pons pasó a la historia como el último de los polígrafos cubanos. Nació en Biarritz, Francia, el 13 de julio de 1913, descendiente de una familia de la alta burguesía cubana. Quienes lo conocieron lo recuerdan ríspido, irónico, provocador en sus conversaciones, con «malas pulgas», como diríamos en buen cubano. Sin embargo, detrás de esa rudeza habitaron múltiples contradicciones y un ser «extraordinariamente sensible» en opinión de su discípulo Miguel Barnet.

«Podía ser solidario, altruista, desinteresado y, algo que no abunda en el medio intelectual nuestro, declaraba en voz alta sus ideas y las encauzaba para que otros, los más jóvenes, las desarrolláramos»,³⁵ destacó Blanca Morejón, quien fue su alumna ayudante.

En sus años mozos, junto a la poeta y bibliotecaria María Villar Buceta, Pérez de la Riva se enroló en las luchas obreras de la Liga Juvenil Comunista, al punto de guardar prisión con valiosos compañeros como Juan Marinello, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, entre otros, y ser expulsado del país bajo la categoría de «extranjero indeseable».³⁶ Su estancia en

³⁵ Blanca Morejón: «Juan Pérez de la Riva, el último de los polígrafos cubanos». Compilación de Trinidad Pérez y Frank Pérez, *Catauro*, (2), julio-diciembre de 2000, p. 225.

³⁶ Biblioteca Nacional José Martí: *Bibliografía Cubana*. Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1976, p. 165.

Francia la aprovechó en los estudios de Ingeniería Eléctrica, Historia, Geografía, además de apropiarse de los métodos más avanzados de la investigación histórica.

Durante la etapa parisina, Pérez de la Riva estrechó lazos con otra bibliotecaria, la doctora María Teresa Freyre de Andrade, quien años más tarde lo sumó al equipo de asesores estrellas, con el cual contó la Biblioteca Nacional José Martí en la fructífera década de los sesenta.

En el recinto de las grandes colecciones, el historiador y demógrafo trabajó en la identificación de documentos de las bibliotecas recuperadas, cual experto tasador de lo que ameritaba fuera incorporado a los fondos bibliográficos.

Pero sus mejores esfuerzos intelectuales los volcó en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* —primero como miembro del Consejo de Redacción y más tarde en calidad de director— en cuyas páginas, al decir de Pérez de la Riva, «no publicaba cualquiera». La doctora Araceli García Carranza guardó en su memoria la expresión que solía escuchársele al sabio en relación a la calidad que debía caracterizar un texto para ser develado en la acreditada publicación.

En la *Revista* vieron la luz una treintena de textos del erudito Pérez de la Riva, entre editoriales y artículos, estos últimos reveladores de novedosos resultados de sus investigaciones, labor que alternaba con la docencia en la Universidad de La Habana y la dirección del Centro de Documentación del Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias.

Entre los más sobresalientes encontramos su serie de ensayos «Documentos para la historia de las gentes sin historia», que abarcó los comienzos de la inmigración contratada en Cuba, el tráfico de culíes chinos, las modistas de La Habana, entre otros

temas en los cuales evidenció el eficaz empleo de la Demografía aplicada a los estudios históricos.

Además, la *Revista* recoge interesantes aportes del historiador y demógrafo como los que subraya el ensayista y crítico de arte Rafael Acosta de Arriba, al considerarlo uno de los precursores en la academia cubana de los estudios que relacionan imagen e historiografía, en los tempranos años sesenta:

Realmente él no teorizó sobre la relación entre las imágenes y el conocimiento contenido en ellas, pero sí realizó la operación práctica que se espera del investigador avezado ante las fotografías de valor historiográfico y sociológico, en un momento en que el gremio reconstruía la historiografía del siglo XIX. Y lo hizo con mucha pasión (...).³⁷

Cuentan que Pérez de la Riva conocía al detalle la Mapoteca de Colección Cubana, escudriñaba los mapas y planos e incorporaba los más relevantes y antiguos documentos provenientes de compras y donativos. Tales fueron los aportes y la importancia de la labor del «polígrafo, dueño de un saber que parecía abarcarlo casi todo»³⁸ —en palabras de su colega, la doctora Graziella Pogolotti— que ni la acidez de su carácter pudo emular con la utilidad de su presencia en el centro: «la Biblioteca lo necesita y mi deber es escucharlo»,³⁹ sentenció la entonces directora María Teresa Freyre de Andrade.

³⁷ Rafael Acosta de Arriba: «Historia y visualidad, un binomio que apenas comienza su andadura», *La Jiribilla*, 14 de enero de 2022. Recuperado de: <http://www.lajiribilla.cu/historia-y-visualidad-un-binomio-que-apenas-comienza-su-andadura/>

³⁸ Graziella Pogolotti: «La maravilla en los predios de Boloña», ob. cit., p. 89.

³⁹ *Ibíd.*, p. 90.

La mirada de Pérez de la Riva, congelada en más de una instantánea de la colección especial de fotografías BNJM, convida a descifrar la ternura solapada de aquel hombre de carácter áspero, tan importante para la institución. Ya fuera como conferencista o espectador, en las fotografías se le observa acompañado de su inseparable pipa y de su esposa, Sara Fidelzait, de origen judío, bibliotecaria de la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana.

El nocivo vicio del humo acortó sus productivos días. A mediados de 1976 regresó enfermo de París, luego de impartir un curso en la Sorbona. El 4 de diciembre de ese año, un tumor en la garganta ocasionó su muerte. Tenía 63 años.

La papelería y los libros de la biblioteca personal de Juan Pérez de la Riva se encuentran en los fondos de la BNCJM. Desde Cuba, su patria, aún resulta insuficiente el estudio y divulgación de su obra. Las temáticas en las cuales sentó pautas, con enfoques multidisciplinarios, constituyen antecedentes y referentes teóricos para las nuevas generaciones de científicos de las Ciencias Sociales.



Aleida Plasencia: la investigación histórica como fuerza mayor

En 1968 se conmemoró el centenario de la Guerra de los Diez Años. Con el propósito de honrar el acontecimiento histórico, la doctora Aleida Plasencia Moro compiló la bibliografía de la primera gesta patriótica de los cubanos por su independencia.

Desde sus inicios la autora no tuvo el propósito de una obra exhaustiva sobre la primera guerra cubana de liberación, y de ello dejó constancia en la introducción del volumen:

Propiamente esta no es una bibliografía completa de la Guerra de los Diez Años, pues registra, casi exclusivamente,

el material bibliográfico y documental existente en los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí. (...) Nos hemos propuesto solamente hacer un trabajo previo que sirva de guía a otros investigadores, y que se complete con trabajos sucesivos.⁴⁰

Sin embargo, luego de varias décadas y de la suma de otros esfuerzos intelectuales en torno a los hechos que comenzaron el 10 de octubre de 1868, en el ingenio La Demajagua, siempre que se investigue la Guerra Grande, se hace necesaria la consulta de la mencionada bibliografía.

Aleida Leonela Plasencia Moro nace en El Vedado, el 6 de junio de 1931. Desde su etapa de estudios universitarios, como aspirante a Doctor en Filosofía y Letras, la temática de las guerras de liberación nacional en Cuba llama su atención. Su tesis de graduación, con el título *Actitud de las naciones americanas ante las guerras de independencia de Cuba*, lo demuestra.

Al triunfo de la Revolución se desempeña como profesora de Historia en el Instituto de Segunda Enseñanza de Guanabacoa y de inmediato se integra al «peculiar equipo intelectual al que correspondió participar en el diseño cultural de la institución»,⁴¹ como bien define su contemporánea, la doctora Graziella Pogolotti. En ello incide, además de su experiencia profesional, su formación en la Escuela de Bibliotecarios, conocimientos que le proporcionan herramientas para desenvolverse en el mundo de las bibliotecas.

⁴⁰ Aleida Plasencia (Comp.): *Bibliografía de la Guerra de los Diez Años*. Departamento Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1968, p. 15.

⁴¹ Graziella Pogolotti: «La maravilla en los predios de Boloña», ob. cit., p. 89.

La labor de investigación de la doctora Plasencia Moro como especialista de la Colección Cubana posibilita la creación de títulos que mantienen su vigencia con el paso del tiempo, sobre todo de corte bibliográfico, entre los que sobresale la *Bibliografía de Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido*.

En 1963 trabaja junto a Renée Méndez Capote en la adaptación del folleto de la Biblioteca del Congreso de Washington, con el objetivo de incorporar las normas generales bibliográficas a la labor de catalogación de la Biblioteca. Asimismo, en medio de toda esa vorágine profesional la doctora Plasencia atiende la Red de Bibliotecas Públicas.

Pero su labor descollante se centra en la investigación de los documentos que deslumbran la mirada pertinaz de la historiadora, razón por la cual, el propio año de 1959, el primer texto de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* presenta, con la firma de Aleida Plasencia, los manuscritos y documentos pertenecientes al poeta santiaguero José María Heredia.

La documentación del autor de *Oda al Niágara* resulta conocida, no obstante, por primera vez se devela de manera individual y en su totalidad: « (...) de ahí que nos propongamos hacer un estudio concienzudo de nuestra colección herediana, para que sus fondos sean de fácil acceso para todos»,⁴² advierte la autora en aquella ocasión.

En la propia *Revista* —a cuyo Consejo de Redacción pertenece entre 1960 y 1966— da a conocer documentos relevantes de los fondos de la Biblioteca Nacional. Entre otros, publicó información valiosa sobre la dominación inglesa en La Habana y la papelería de Carlos Baliño. Además, reseñó obras de la

⁴² Aleida Plasencia: «Los manuscritos de José María Heredia en la Biblioteca Nacional», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 1, (1-4), 1959, p. 9.

Biblioteca Básica de Autores Cubanos, como fue el caso de *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, de Vidal Morales y Morales, publicada en 1963.

Por ello es posible afirmar que la obra historiográfica de la doctora Aleida Plasencia Moro mucho le debe, en sus inicios, a la Biblioteca Nacional José Martí, y en particular a su departamento de Colección Cubana, donde vieron la luz los primeros libros y folletos de su autoría.

Al crearse la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana se incorpora al claustro docente, y una vez que la doctora Hortensia Pichardo cesa como profesora, asume la asignatura Técnicas de la investigación histórica. Durante una etapa se desempeña como subdirectora de la mencionada escuela, convertida en Facultad de Filosofía e Historia en 1976. Como docente, la doctora Plasencia lega una obra escrita principalmente en temas de Metodología de la investigación histórica.

La profesora Berta Álvarez aporta el testimonio sobre su colega Aleida Plasencia, en la etapa que compartieron labores en la Universidad de La Habana:

La distinguía su preparación, era una profesional acuciosa, experta — de las más grandes que he conocido — del siglo XIX cubano. Afable, solidaria, decente, puso siempre su conocimiento al servicio de los demás. Trabajó los temas del movimiento obrero, de Carlos Baliño, también el pensamiento de Fidel Castro. Su *Bibliografía de la Guerra de los Diez Años* es una obra fundamental en la historiografía cubana.⁴³

En 1973 se funda el Instituto del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba. A solicitud de su entonces pre-

⁴³ Berta Álvarez Martens, comunicación personal, 20 de febrero de 2023.

sidente, Fabio Grobart, la doctora Plasencia organiza y dirige el departamento de Pensamiento de Fidel Castro, tareas que hasta 1986 ocupan a la historiadora.

Por esos años, la diabetes que padecía desde temprana edad ponía fin a su vida laboral, aun cuando nunca consiguió mellar el tesón de la investigadora.



Emilio Setién, un lugar cimero en la bibliotecología cubana

Consciente de que la principal labor del bibliotecario es servir, en una entrevista le preguntaron al doctor Emilio Setién Quesada qué lo motivó a dedicarse en cuerpo y alma a la profesión bibliotecaria y al desarrollo de dicha ciencia. Estos fueron sus argumentos:

Me motivó el haber tenido la suerte de casi iniciar mi vida laboral al triunfo de la Revolución, y por pura casualidad, en la Biblioteca Nacional, bajo la dirección de la doctora María Teresa Freyre de Andrade. Fue su amor por esta profesión y su ejemplo, más mi interés por la lectura, lo que me motivó

para introducirme en el mundo bibliotecario y en la lucha para que Cuba contase con un sistema de bibliotecas como el que actualmente tiene. Y por situar a la bibliotecología cubana en el contexto científico que le corresponde (...).⁴⁴

El alumno eminente de la doctora Freyre de Andrade, apenas llegó a trabajar a la Biblioteca Nacional en 1959 se desempeñó como asesor de la Dirección. Inmerso en la creación de nuevas bibliotecas, en viajes a las provincias llevando el libro y la lectura, capacitando a los bibliotecarios, se mantuvo el joven Setién en los inicios de su tercera década de vida. Por entonces, su presencia en los primeros foros de bibliotecarios sentó las bases del profesional interesado en desarrollar la práctica bibliotecaria y la investigación.

Incansable lector y promotor de la lectura, durante un lustro ocupó la jefatura de Publicaciones de la Biblioteca Nacional, y también se desempeñó como asesor técnico de la Dirección Nacional de Bibliotecas.

Desde su creación, en 1963, el boletín *Bibliotecas*, órgano oficial de la Dirección General de Bibliotecas del Consejo Nacional de Cultura, contó con Emilio Setién en su Consejo de Redacción; y una vez convertida en la prestigiosa revista científica *Bibliotecas. Anales de Investigación*, no faltaron sus artículos, en calidad de asesor permanente de dicha publicación.

Con excelentes resultados supo Setién llevar adelante las tareas administrativas y la investigación. En ambas esferas procuró el perfeccionamiento de las bibliotecas públicas en Cuba y

⁴⁴ Margarita Bellas Vilariño, Nuria Pérez Matos y Jesús Dueñas: «Entrevista al Dr. Emilio Setién Quesada». Recuperado de: <https://bibliotecanacionaldecuba.blogspot.com/2019/07/entrevista-al-dr-emilio-setien-quesada.html>

la formación de sus especialistas, acciones que, en gran medida, se consolidaron en los años ochenta a través de los Encuentros Científicos Bibliotecológicos, en los cuales la labor del doctor Emilio Setién resultó fundamental.

Acerca de su etapa como jefe del departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional José Martí —responsabilidad que desempeñó en la década de los noventa— una de sus colegas, la investigadora Margarita León Ortiz, quien en 1999 lo sucedió en el cargo, rememoró para estas páginas:

Setién fue un profesional excepcional, su sentido de la organización y de la rigurosidad científica nos impactaba a todos los que trabajábamos con él, lo que nos permitió crecer como investigadores. Impulsó, como nadie antes, la investigación científica en el terreno de la bibliotecología en Cuba, estableciendo preceptos teóricos fundamentales que permitieron encauzar la labor investigativa en nuestro país y desarrollar el pensamiento científico en la Biblioteca Nacional y en el Sistema de Bibliotecas Públicas, a partir de lo cual comenzó el perfeccionamiento de la gestión bibliotecaria y en especial la promoción de la lectura. Indudablemente, nos enriquecimos con las enseñanzas de Emilio Setién Quesada y la bibliotecología cubana alcanzó visibilidad internacional.⁴⁵

Emilio Setién Quesada (La Habana, 1939-2019) se ubicó entre las voces más autorizadas en materia científica en la bibliotecología latinoamericana y caribeña. Doctor en Ciencias de la Información, investigador y profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana, entre sus aportes más sobresalientes destacaron la teoría bibliológico informativa, la tipología del bibliotecario,

⁴⁵ Margarita León Ortiz, comunicación personal, 16 de marzo de 2023.

los enfoques cualitativos en las investigaciones bibliotecológicas, los servicios de información, la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad en las Ciencias de la Información, entre otras temáticas, contribuciones que enriquecieron el campo académico del profesional de la información.

Erudito de la profesión bibliotecaria, pedagogo e investigador, por su desempeño Setién obtuvo la Distinción por la Cultura Nacional, Distinción por la Educación Cubana «Raúl Gómez García», Sello Conmemorativo «Antonio Bachiller y Morales», Premio de investigación José Antonio Ramos, otorgado por la Asociación Cubana de Bibliotecarios (Ascubi) en 2005 y el Premio Nacional de Ciencias de la Información, correspondiente a la Sociedad Cubana de Ciencias de la Información, entre otros lauros probatorios de su notable trayectoria.

Además, Setién Quesada integró el Tribunal Permanente para el Otorgamiento del Grado Científico de Doctor en Ciencias de la Información, el Comité Científico de la Biblioteca Nacional José Martí, el Consejo Técnico Asesor de la Biblioteca Provincial Rubén Martínez Villena y el Buró Ejecutivo Nacional de la Ascubi, de la cual fue miembro fundador.

Falleció en La Habana, el 30 de julio de 2019, a la edad de 80 años. Desde 2020, los bibliotecarios cubanos honran la impronta profesional del doctor Emilio Setién con la instauración del Premio Nacional de Bibliotecología por la obra de la vida, que lleva su nombre.



Cleva Solís, pureza y genio en poesía

Cleva Solís era «dueña de la alegría severa de la hoja interrogada por un pájaro», hermoso retrato literario que le hiciera el poeta y amigo José Lezama Lima. Como «una poetisa-elfo, dama del bien y de la luz»⁴⁶ la definió el intelectual Virgilio López Lemus, su amigo desde la década de los ochenta, gracias a la cercanía de ambos con el poeta Samuel Feijóo.

La primicia de considerar a Cleva como «elfo cubano» le corresponde a Fina García Marruz, amiga desde la etapa de juventud, a quien le unió un profundo afecto, extensivo a la

⁴⁶ Virgilio López Lemus: «Un elfo llamado Cleva Solís», *Cubaliteraria*.

totalidad de su existencia desde la época en que ambas integraron el Grupo Orígenes. Los versos que le dedica Fina describen la esencia y sensibilidad de su amiga-hermana:

*Cleva querida, tus letras, tus florones
morados, tus fantásticas puchas
que abre el decoro y que gentil decoran
los genios del instante, orugas
que fueran hadas, mariposas
como pintadas lámparas (...)
Feliz tú, reino inocente, ¡lunas de la noche!⁴⁷*

En la Biblioteca Nacional José Martí, institución en la que Cleva trabajó hasta el final de su vida profesional, tuvo también el privilegio de constituir una familia de amigos. Entre otros nombres, y sin ánimo de olvidos, destacaron Cintio Vitier, Clara Gómez de Molina, Roberto Friol, Bella García Marruz y Eliseo Diego. A este último le dedicó, luego de su muerte en 1994, el poema *El vuelo mágico de Eliseo*, pues eran vecinos de la calle E del Vedado capitalino:

*Pero ahora, en el umbral de la casa,
permanece su mesa de trabajo ya vacía,
su sillón donde él solía
hacerle sus cuentos a Agustín.
(...)*

*Entre la puerta de la alcoba y el estudio,
recto lo observo – entre dos líneas de luz –
lanzando sus flechazos.*

⁴⁷ Fina García Marruz: «A unos dibujos que hizo Cleva a mis versos», *Visitaciones*, UNEAC, La Habana, 1970, pp. 205-206.

*Su aura se persigna,
y las letanías de su consagración,
crean un remolino.*

Cleva Solís trabajó con Regla Peraza en el departamento de Ciencia y Técnica de la Biblioteca Nacional, también en Selección de libros, y más tarde en Investigaciones bibliográficas junto a Olga Vega. Cuentan sus allegados que la modestia distinguió la vida de la poetisa y bibliotecaria. Ejemplo de lo anterior son sus publicaciones en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* dirigidas a homenajear a sus colegas, en especial al investigador Roberto Friol y a la bibliotecaria Elena Giráldez. A esta última, le escribió un poema ante su inesperada muerte:

(...)
*Era su conversación
un evangelio vivo
de grandezas,
un arpa noble que tocaba
acordes intensos y graves.*

*Se ha ido
en una partida apocalíptica.
Sus pasos aún resuenan
en los salones,
y con el poder
de un oro vivo,
se ha quedado guardada
en cada uno de nosotros.
(...)⁴⁸*

⁴⁸ Cleva Solís: «A Elena Giráldez», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, XXXL (3), septiembre-diciembre, 1989, pp. 158-159.

Con anterioridad a su llegada a la Biblioteca Nacional cursó estudios de Biblioteconomía en la Sociedad Económica de Amigos del País y en la Universidad de La Habana.

Además de escribir poesía, Cleva pintaba. Entre sus obras publicadas se encuentran *Vigilia* (1956), *A nadie espera el tiempo* (1961), *Las mágicas distancias* (1961), y *Los sabios días* (1984). Colaboró en *Orígenes*, *Lunes de Revolución* y la revista *Islas*. Cintio y Fina prepararon su *Obra Poética* en 1998.

Nació en Cienfuegos, el 14 de agosto de 1918, y falleció en La Habana, el 7 de agosto de 1997, cercana a cumplir ocho décadas de vida.



Cintio Vitier y la utilidad de la virtud

La Biblioteca Nacional José Martí, y en especial su departamento de Colección Cubana fueron durante 15 años, la segunda casa de Cintio Vitier Bolaños (Cayo Hueso, Florida, 25 de septiembre de 1921-La Habana, 1ro. de octubre de 2009). Con su sapiencia y enraizada modestia —acorde al perfil de los genios— se integró a la obra cultural que se gestaba en la Biblioteca, cuyo alcance traspasaba el alto edificio de los libros de la avenida Boyeros.

El testimonio del propio Cintio lo confirma:

(...) Entrar a trabajar en las celdillas llamadas cubículos de la Biblioteca Nacional José Martí bajo la dirección de María

Teresa Freyre de Andrade, tener acceso a sus misteriosos almacenes levemente recorridos por los pasitos de Carlos Villanueva (...), con la compañía de un súbito y maravilloso grupo de amigos (...) como Eliseo Diego, Octavio Smith, Cleva Solís y Roberto Friol, fue como salir de la habitación del estudiante solitario de cualquier instrumento y entrar a formar parte de un conjunto polifónico, que en realidad era el hogar soñado de lo que Juan Ramón Jiménez llamara «el trabajo gustoso». ⁴⁹

Más que asistir a un centro de trabajo, con la formalidad que la rutina imponía, significaba encontrarse con el conocimiento y sentirse útil, en familia, cercano a los amigos y a entrañables parientes. Un vasto universo documental se abría ante los ojos del insaciable lector e investigador, a quien desde su infancia no le fueron ajenas las bibliotecas ni las grandes colecciones de libros, pues la casa de su niñez era también una escuela, gestada por su padre, el eminente pedagogo Medardo Vitier.

Su inseparable esposa, la poeta Fina García Marruz, le acompañaría en la Biblioteca Nacional en la labor de investigación literaria y más tarde, a partir del 28 de enero de 1968, en la Sala Martí, sección de Colección Cubana que contó con la consagración de Vitier hasta que, en 1977, se convirtió en el Centro de Estudios Martianos. Se trataba, al decir del profesor Manuel Pedro González de, «[...] el único monumento digno de Martí que Cuba le ha erigido hasta ahora»; ⁵⁰ y a dicho espacio dedicó Cintio sus mejores energías cual fiel estudioso de la obra mar-

⁴⁹ Cintio Vitier: «El escritor y la Biblioteca», 60th IFLA General Conference, 21 al 27 de agosto, 1994. Recuperado de: <https://origin-archive.ifla.org/IV/ifla60/60>

⁵⁰ Cintio Vitier: «Manuel Pedro González y la Sala Martí», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 59, vol. X (1), enero-abril, 1968, p. 92.

tiana. En ese santuario al Apóstol de Cuba se gestaron los primeros siete *Anuarios Martianos*.

«Fueron años difíciles, plenos de incomprendiones, preñados por una equivocada política cultural»,⁵¹ como expresó la doctora Araceli García Carranza — quien fuera su amiga y jefa en Colección Cubana —; no obstante, del tesón de Vitier, de su nobleza y entrega brotaron enjundiosos frutos, resultados de ese «trabajo gustoso». Títulos como *Bibliografía de la poesía cubana*, el primer volumen de *Temas Martianos*, *Flor Oculta de poesía cubana* (siglos XVIII y XIX), el *Anuario Martiano* y los valiosos textos que publicara en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* — a cuyo Consejo de Redacción perteneció desde 1960 — dan fe de su compromiso como intelectual, de la sabiduría y belleza del alma del «poeta mayor», como lo calificó su entrañable amigo Eliseo Diego.

El 25 de septiembre de 1968, coincidiendo con el 47 cumpleaños de Cintio Vitier, la Biblioteca Nacional recordó el trigésimo aniversario de la publicación de *Poemas (1937-1938)*. *Luz ya sueño*, a cargo de Eliseo Diego y Roberto Friol; y años más tarde, las hermanas bibliógrafas Araceli y Josefina García Carranza — la primera, su jefa en Colección Cubana — actualizaron la bibliografía de Vitier, esta vez como homenaje a sus seis décadas de vida.

No cesaron los homenajes desde la Biblioteca Nacional al autor de *Lo cubano en la poesía*. El suplemento *Más de 60 años con la poesía...* publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, en 2001, y recientemente *Cintio Vitier en su centenario. Bibliografía completa*, a cargo de Ediciones Bachiller,

⁵¹ Araceli García Carranza: «Un deber irrenunciable», entrevista publicada en *El Correo de la Biblioteca*, Boletín mensual sobre el acontecer de la BNCJM, no. 4, septiembre de 2021, p. 4.

respondieron a la justa demanda de intelectuales que siguen las trazas de la magna obra del ensayista y poeta cubano.

En marzo de 1974, aún como trabajador de la Biblioteca Nacional, escribió Cintio Vitier el prólogo de *Ese sol del mundo moral*, cuya primera edición estuvo a cargo de la editorial mexicana Siglo XXI, en 1975. En el primer centenario de su nacimiento, con la devoción multiplicada de los homenajes que le tributara la BNJM en sus 60 y 80 cumpleaños, Ediciones Bachiller, reeditó *Ese sol del mundo moral*, con la publicación de 2 000 ejemplares.

El cubículo tres del tercer piso exhibe una placa con su nombre y el de su entrañable compañera de vida, y en las grandes mesas de dos aguas de la Sala Cubana permanece la huella de sus manos, en llamado constante a perfilar la virtud.



PIEL ADENTRO

Entrevistas a artistas, guionistas y realizadores cubanos

Yoandry Avila Guerra

Piel Adentro, reúne diez entrevistas a artistas, guionistas y realizadores cubanos que fueron publicadas en la revista *Alma Mater* entre 2019 y 2021. Nos acerca a la vida íntima y profesional de hombres y mujeres muy conocidos en la Isla, cuyos testimonios no solo ofrecen detalles de su carrera artística, sino que se adentran en el ejercicio de pensar su entorno y su país.

104 PÁGINAS, 2021, ISBN 978-1-922501-35-6

CAPÍTULO 3:

Ilustres visitantes de Cuba



Alicia Alonso y la cultura de la India en la Biblioteca Nacional José Martí

Reconocidas voces le han cantado a nuestra Alicia Alonso, y continuarán haciéndolo. La impronta para la cultura cubana y universal de la *prima ballerina assoluta*, coreógrafa y pedagoga, traspasa el ámbito de los escenarios en los que tanto brilló y se extiende a homenajes como el que le tributara la Jornada de la Cultura Cubana en 2020, año del centenario de su nacimiento.

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí la evoca, esta vez desde las fotografías que muestran a Alicia rindiendo tributo a las tradiciones del pueblo de la India, en la conmemoración del

decimoquinto aniversario de la muerte del pensador y político Mahatma Gandhi.

Es oportuno destacar que, en enero de 1960, India y Cuba oficializan lazos diplomáticos. Un año después, Alicia Alonso realiza una gira por la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, Polonia, China, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria y la República Popular de Corea, junto con su *partenaire*, el argentino Rodolfo Fernández y el Ballet Nacional de Cuba. Durante ese periplo llega a Francia y baila en los homenajes ofrecidos a Pablo Picasso, y se presenta en Calcuta, India, durante los festejos por el centenario del poeta Rabindranath Tagore.

Una vez más se entrelazan la artista y la cultura india, esta vez en la exposición «Trajes y fotos de la India», inaugurada en la Biblioteca Nacional, la noche del 30 de enero de 1963, con el auspicio del Consejo Nacional de Cultura.

Los invitados al evento pudieron disfrutar de una parte de la riqueza cultural del gigante país del sur de Asia, el simbolismo de sus milenarias tradiciones y la variedad de estilos y tejidos que caracterizan sus vestuarios. La presencia de Alicia Alonso engalanó los salones de la Biblioteca. Las instantáneas de la Cooperativa Fotográfica revelan la elegancia de la bailarina cubana, admiradora de una nación que cultiva la danza entre sus tradiciones, como auténtica expresión de sus orígenes.

Las puertas de la institución bibliográfica continuaron abiertas para la ilustre bailarina y el Ballet Nacional de Cuba. En 1970, durante dos semanas estuvieron expuestos carteles, fotos, revistas, diplomas, medallas y otros trofeos de la fructífera trayectoria de la compañía que fundaron en 1948 Alicia y su entonces esposo, el bailarín y profesor Fernando Alonso, de

quien adoptó su apellido, con el nombre de Ballet Alicia Alonso, y que a partir de 1959 se denominó Ballet Nacional de Cuba.

Un conversatorio, a teatro lleno, inauguró aquella muestra que contó con la presencia de los directores de la compañía y de un grupo de bailarinas, entre las cuales destacaron Josefina Méndez, Aurora Bosch y Loipa Araújo.

La aproximación bibliográfica a la vida y la obra de la *prima ballerina assoluta*, resultó fruto del empeño de especialistas del departamento de Bibliografía de la BNJM, cuyo repertorio, aun inédito, fue compilado con información de los fondos del Museo Nacional de la Danza y de su director Pedro Simón Martínez.

Alicia Ernestina de la Caridad Martínez del Hoyo, nacida en La Habana, el 21 de diciembre de 1920, poseyó don de la danza, del movimiento convertido en arte. En una ocasión apuntó:

No puedo precisar con exactitud en qué momento la danza comenzó a ser para mí una fuerza determinante. En mi más lejano recuerdo la acción de bailar estaba ya en mi preferencia, por encima de todos los juegos o distracciones propias de la infancia. Por eso, siento que he bailado toda mi vida.¹

Resulta difícil, aun cuando interpretó de manera magistral un amplio repertorio, no identificarla con el ballet *Giselle*, al decir de la propia Alicia «el ballet que he trabajado más largamente y de manera más minuciosa, no solo en lo que se refiere al personaje central que interpreto, sino también en cuanto a todos los demás papeles».²

¹ Alicia Alonso: «Primeros recuerdos, primeros pasos en la danza», *Diálogos con la danza*, Editora Política, La Habana, 2000, p. 7.

² Alicia Alonso y Tonatiuh Gutiérrez (fotos): *Alicia Alonso. Imagen de una plenitud*, Salvat Editores, Barcelona, p. 20.

Con su talento inundó de aplausos los más exigentes escenarios del mundo. Por ello, ante tan reveladora existencia, no encuentro otra definición más hermosa y precisa de Alicia Alonso que la que nos ofrece nuestra Premio Cervantes, Dulce María Loynaz: «Ella es de veras una luz que se mueve. Ella es leve, ondulosa, casi traslúcida. Guarda siempre los ojos bajos para que no le interfieran la danza; las manos se le funden en la música, los pies en el aire, el ruedo del vestido en una nube imaginaria...».³

³ Dulce María Loynaz: «Como un rayo de luz», Texto publicado originalmente en el periódico *El País*, el 7 de noviembre de 1948. Tomado de Alicia Alonso: *Diálogos con la danza*, ob. cit., p. 9.



Dora Alonso, genuina obra desde las raíces cubanas

«Todo aquello que se afirma en sus propias raíces es lo que perdura más. Todo lo mío se afirma en lo nuestro. Y hay mucho, mucho que hacer todavía».⁴ Gracias a que tuvo una larga y fructífera existencia, en la que se reconoció «guajira, absolutamente»,⁵ Dora Alonso pudo legarnos sus creaciones literarias de manera fecunda y auténticamente cubana.

⁴ Palabras de Dora Alonso en la entrevista «Dora Alonso. Un primer paso», por Manuel Perera, *Cuba Internacional*, año VII (65), enero, 1975, p. 43.

⁵ Expresión de Dora Alonso en la entrevista «Absolutamente guajira», que publicara Magda Resik en *Juventud Rebelde*, 2 de abril de 2000.

Cuentos, novelas, poesías, obras de teatro, artículos periodísticos, guiones para la radio y la televisión, conforman el universo literario de la multifacética escritora Doralina de la Caridad Alonso y Pérez-Corcho, quien trascendió como Dora Alonso. Nació el 22 de diciembre de 1910 en el entonces pueblo de Recreo, actual Máximo Gómez, provincia de Matanzas.

De formación autodidacta, Dora cultivó el periodismo desde sus años de juventud, en el diario *Prensa Libre*, de Cárdenas, hacia 1930. El ejercicio periodístico le permitió expresar las realidades del pueblo, aspectos de la vida social de su época y dialogar con la historia y la cultura en su sentido más amplio, convirtiéndose en complemento de su labor literaria.

Colaboró en revistas cubanas como *Bohemia*, *Vanidades*, *Lux*, *Carteles*, *Cúspide*, *Pionero*, *Mujeres*, *Mar y Pesca*, *Casa de las Américas* y *Unión*. Por su artículo «La lección del maíz», publicado en la revista *Ellas*, mereció, en 1946, el premio periodístico Enrique José Varona.

La naturaleza, el entorno rural cubano, las tradiciones campesinas, sus raíces españolas por el padre asturiano y las historias de Namuní —la esclava negra y nana durante su niñez— conforman la amalgama de personajes pintorescos, de humor, fantasía y ternura presentes en la obra de la autora de títulos emblemáticos como *Furia Blanca*, *Once caballos*, *Ponolani*, *Pelusín del monte*, *Aventuras de Guille*, *La flauta de chocolate*, *El valle de la Pájara Pinta* y *El Cochero Azul*.

Entre los más populares destaca *Aventuras de Guille*, historias que publica a partir de 1964, en un suplemento para niños del diario *Revolución*, bajo el seudónimo D. Polimita.

Si bien su producción literaria dirigida al público infantil y juvenil ha sido la más privilegiada, en el imaginario de los cubanos y las cubanas perdura la narrativa de Dora Alonso con

títulos que tuvieron adaptaciones para la radio y la televisión como *Sol de batey* y *Medialuna*.

Inicia la escritora su quinta década de vida en 1961, cuando participa como corresponsal de *Bohemia* en el combate de Plaza Girón y recibe el galardón en la categoría de novela del Premio Literario Casa de las Américas, en su segunda edición. Su novela *Tierra inerte* —dedicada a Juan Marinello Vidaurreta— resultó la obra premiada por el jurado integrado por los escritores José Bianco, de Argentina, y el cubano José Rodríguez Feo.

Los desmanes y abusos de caciques de provincias, la crueldad e injusticia de los dueños de tierras, el bandolerismo y los mitos que volvían indefensos a los campesinos, dibujan el escenario de *Tierra inerte* y se convierten en temáticas recurrentes en la obra de la Alonso.

Reconoce la autora que las tres cuartas partes de dicha novela están afincadas en vivencias personales, y así lo reafirma Imeldo Álvarez García en el prólogo de la novela para la edición de 1977:

(...) Cuando se entra en *Tierra inerte* nada en ella resulta extraño o ajeno; sobre todo ajeno. Aquí Dora Alonso puso a vivir en escenarios muy concretos, muy suyos —ya sea porque los tomara de sus relatos cortos, de sus piezas teatrales o de sus vivencias— seres que, con otros nombres y en ambientes familiares, ya conocíamos o habríamos de conocer.⁶

La visita de José Bianco a la Biblioteca Nacional José Martí, el 3 de abril de 1961, con motivo de realizar una charla sobre temas literarios, tuvo a Virgilio Piñera, Roberto Fernández

⁶ Imeldo Álvarez García: Prólogo de *Tierra inerte*. Ediciones Huracán. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 11.

Retamar y Dora Alonso entre los escritores que acompañaron al miembro del jurado que premió la novela *Tierra inerme*. Esa vez no le correspondió a Dora ser protagonista del encuentro, el cual quedó aplazado hasta el año siguiente, en la Sala Circulante de la institución.

Fue en la tarde del 22 de enero de 1962 cuando Dora Alonso comentó a los lectores su novela *Tierra inerme*. El lente de los Studios Korda captó a la elegante señora mientras leía, sentada en el butacón que recibía con frecuencia a escritores e intelectuales de Cuba y otras latitudes.

Digamos que el primer Premio Casa que recibió la entonces consagrada escritora —y no fue el único, pues en 1962 obtuvo primera mención con el libro de cuentos *Ponolani*, y en 1980 resultó premiada con *El valle de la Pájara Pinta*— significó un impulso hacia la creación literaria de una intelectual orgánica y comprometida con la Revolución. Muy pronto se enrola en la importante tarea de elaborar los primeros libros de textos para la enseñanza primaria en Cuba.

Al conmemorarse el 80 aniversario de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Omar Perdomo escribe una crónica acerca del tema campesino en la obra de Dora Alonso e invita a realizar un análisis más amplio de esa faceta de nuestra primera narradora.

Numerosas antologías cubanas y extranjeras reúnen cuentos de la autoría de Dora Alonso, a quien se ha considerado una de las escritoras para niños y jóvenes más traducida y publicada en el extranjero. En las primeras dos décadas del siglo XXI, los libros de la autora yumurina, editados en Cuba, rondan los tres millones de ejemplares.

Premio Nacional de Novela del Ministerio de Educación (1944) por *Tierra adentro*, Premio Nacional de Literatura (1988),

Distinción por la Cultura Nacional, Medalla Alejo Carpentier, Orden Félix Varela de Primer Grado y Miembro Emérito de la UNEAC, son algunos de los reconocimientos a su trayectoria profesional.

Varios ejemplares de los títulos de Dora Alonso prestigian las estanterías de la Sala Eliseo Diego de la BNCJM, espacio pensado para los más pequeños y jóvenes de casa. Y en el Valle de Viñales, paraíso natural admirado por la escritora, se respira el ambiente de sus libros, junto a sus cenizas, que luego del 21 de marzo de 2001, abonan la tierra y alimentan las raíces guajiras que crecen del suelo cubano, su tierra querida.



Vicentina Antuña, la ética y el amor de la maestra

En los primeros años de la década del sesenta del pasado siglo resultó frecuente la presencia de la doctora Vicentina Antuña en la Biblioteca Nacional José Martí. Sus funciones como directora del Consejo Nacional de Cultura primero, y más tarde al frente de la Comisión Cubana de la Unesco, propiciaron que acompañara a personalidades de la intelectualidad cubana y latinoamericana, disertara sobre temáticas relacionadas con la literatura, la promoción de la lectura, la historia o brindara sus valoraciones sobre la vida y obra de contemporáneos distinguidos.

Desde la tribuna del Salón de actos proyectó su voz junto a la del poeta Nicolás Guillén, el novelista Alejo Carpentier y el ensayista Juan Marinello, y en el 60 aniversario de la fundación de la institución rindió homenaje con una charla sobre la literatura cubana y el proceso revolucionario.

La cercanía de la doctora Antuña con María Teresa Freyre de Andrade y Maruja Iglesias era de larga data, pues se remontaba a las fructíferas jornadas de labor fundacional en las bibliotecas del Lyceum de La Habana —devenido Lyceum Lawn Tennis Club a partir de 1939— cuyos sueños se materializaron en una renovada Biblioteca Nacional, luego de 1959. Además de las funciones profesionales, en la Biblioteca trabajaban su sobrina Rosario Antuña y su hermana María Luisa Antuña, esta última, especialista de Colección Cubana y profesora de español en la Escuela de Técnicos de Bibliotecas, quien de conjunto con la bibliógrafa Josefina García Carranza publicó la bibliografía de Nicolás Guillén, de Juan Marinello y del teatro cubano.

La acendrada ética de Vicentina Antuña nos entregó el único texto que con su firma publicó la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*: «Juan Marinello, maestro emérito de la cultura cubana», escrito con motivo de la velada solemne celebrada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, la noche del 7 de marzo de 1974, ante la declaración de Marinello como profesor emérito. Las palabras de elogio a su amigo sintetizaron las vivencias y la impronta de una generación de intelectuales, fundadores unos y militantes todos del Partido Comunista de Cuba, acérrimos luchadores antimperialistas, entre los que destacó la profesora Vicentina Antuña, en representación del pensamiento de izquierda y los derechos de la mujer cubana.

El magnetismo de la pedagogía y el rigor de sus lecciones hicieron vencer las dificultades de la Gramática y el Latín a

generaciones de estudiantes, quienes también aprendían en los extensos debates de la profesora sobre variados temas, más allá de los perímetros de la Escuela de Filosofía y Letras, claustro al que pertenecía desde 1934.

La doctora Graziella Pogolotti, quien fuera su alumna, sintetizó el magisterio de Vicentina Antuña con palabras de respeto y admiración hacia su maestra:

Le decían *magistra*, modo de reconocer la estatura de una enseñanza que sobrepasa en su alcance el estrecho dominio del aula (...). La autoridad de su palabra dimanaba de su actitud ejemplar en el aula, de su respaldo a muchas de nuestras iniciativas y de su proyección social a través de una práctica concreta en el enfrentamiento de los males que lastaban la vida republicana, todo ello apuntalado en irrenunciables principios éticos.⁷

Vicentina Antuña nació en Güines, el 22 de enero de 1909. Sus discípulos dan fe de su personalidad magnética, su civismo y maternal entrega a la labor de enseñar. Aun cuando los deberes de funcionaria amenazaron con restarle tiempo para la docencia, el aula continuaba siendo el mejor escenario de su vida.

No faltaron los reconocimientos para una profesional de su talla: Heroína Nacional del Trabajo, Profesora Emérito de la Universidad de La Habana, Miembro de Honor de la Asociación de Pedagogos de Cuba y Orden José Martí (1989), la más alta distinción que entrega el Estado cubano.

A los 83 años, el 8 de enero de 1993, falleció en La Habana la doctora Vicentina Antuña. Uno de sus alumnos, el poeta y

⁷ Graziella Pogolotti: «Le decían *magistra*», *Juventud Rebelde*, 27 de noviembre de 2021.

ensayista Roberto Fernández Retamar, quien se propuso ser uno de sus mejores estudiantes, la evocó como madre y maestra: «(...) Tenía un saber amplio, antiguo y moderno, y además generoso; y tenía una sabiduría como deben tener quienes guían una tribu».⁸

¡Cuán importante es no dejar morir el espíritu humanista de maestros como Vicentina Antuña! A tres décadas de su partida, reverdezca su impronta en cada aula cubana.

⁸ Testimonio de Roberto Fernández Retamar tomado de Mario Cremata: «Latidos de la maestra cubana Vicentina Antuña», *Juventud Rebelde*, 29 de enero de 2009.



La gracia natural de José Ramón Brene

La renovación del ambiente literario y cultural de la Biblioteca Nacional José Martí luego de 1959, se debió en gran medida a la atinada dirección de la doctora María Teresa Freyre de Andrade y a su voluntad de aunar allí a intelectuales de prestigio como Cintio Vitier, Fina García Marruz, Cleve Solís, Eliseo Diego —miembros del Grupo Orígenes— y a otros consagrados de la historia, las artes y la literatura entre los que sobresalen Juan Pérez de la Riva, Renée Méndez Capote, Salvador Bueno, Arge-liers León, quienes integraron el colectivo de trabajadores de la institución en los primeros años de la década del sesenta. A

ello se suma una intensa agenda de conferencias, exposiciones, conciertos, visitas de extranjeros distinguidos y cursos especializados que colocaron a la mayor casa bibliográfica cubana en un lugar prominente dentro del contexto de transformaciones sociales que impulsaba la Revolución.

La Sala Teatro de la Biblioteca Nacional se convirtió en el principal espacio de las actividades. Reconocidos profesionales y jóvenes promesas ocuparon su tribuna. Desde otras geografías llegaron Pablo Neruda, Ezequiel Martínez Estrada, Roger Garaudy, Manuel Galich, María Luisa Ocampo; y por la parte nacional: Jorge Mañach, Elías Entralgo, Juan Marinello, Camila Henríquez Ureña, Alfredo Guevara, Manuel Moreno Fraginals, Fernando Portuondo, Alejo Carpentier, Vicentina Antuña, Roberto Fernández Retamar, Graziella Pogolotti, Jaime Sarusky, Samuel Feijóo y José Ramón Brene, por solo mencionar algunos.

En torno a cada charla o conferencia anunciada se creaba enorme expectación y entre los concurrentes podían distinguirse los rostros de importantes figuras del quehacer cultural de la nación entremezclados con los de una nueva generación de cubanos jóvenes y no tanto, para quienes el acercamiento a un encuentro de significación cultural resultaba un descubrimiento enriquecedor del espíritu y una experiencia para contar.

La presente evocación rinde tributo al joven dramaturgo José Ramón Brene desde su paso por la Biblioteca Nacional, a inicios de su carrera. Dentro de su prolifera producción para las tablas, *Santa Camila de La Habana Vieja* es la creación que rescata lo mejor de la línea vernácula y coloca a su autor en un lugar privilegiado de la escena teatral de la Isla. Actrices de la talla de Verónica Lynn, Daysi Granados, Susana Pérez y Luisa María Jiménez, han encarnado el papel de Camila tanto en el teatro como en adaptaciones para la televisión.

En 1962, justo el año en que estrenó con éxito su *Santa Camila de La Habana Vieja*, José Ramón Brene ofreció una charla en la Sala Teatro de la Biblioteca Nacional con el título: «Personajes y ambientes de sus obras». Sucedió el 16 de noviembre de 1962, día de San Cristóbal de La Habana, y qué mejor homenaje podía ofrecer a la ciudad que le abrió las puertas al talento del joven cardenense que poco antes se había formado en el Seminario de Dramaturgia del Teatro Nacional y nutrió su intelecto con estancias y viajes por Norteamérica.

El desenfado de Brene ante el auditorio puede apreciarse al paso de casi 60 años gracias al testimonio fotográfico de ese encuentro que se conserva en los fondos de la Biblioteca Nacional. Durante la jornada no ocupó la tribuna ni la mesa de conferencias, prefirió sentarse al borde del estrado, para estar más cerca de su público —cual set de teatro— y así contarles sus peripecias y ocurrencias a la hora de escribir una obra e idear personajes y ambientes.

La década de los sesenta sería muy fructífera para Brene, entre una treintena de títulos destacan: *Pasado a la criolla* (1962), *La viuda triste* (1963), *La fiebre negra* (1964), *Romeo y su prieta* (1964), *El gallo de San Isidro* (1964), *La noche de los asesinos* (Premio Casa de las Américas, 1965), *Chismes de carnaval* (1966), *Un gallo para la Ikú* (1966), *El corsario y la abadesa* (1967). Más tarde vendrían *Fray Sabino* (premio en el Concurso UNEAC, 1970), *Los demonios de Remedios* y *El ingenioso criollo don Matías Pérez* (1978), entre otras.

En todas sus creaciones mezcló lo popular con las esencias culturales del cubano. En opinión del crítico e investigador de teatro Rine Leal: «Brene sitúa su escena después de 1959, con una segura mano para el trazado de los personajes, y sus numerosas

representaciones y versiones demuestran que es él un punto insoslayable de la creación del teatro revolucionario».⁹

El dramaturgo y crítico de teatro Amado del Pino, quien fuera su discípulo, consideró a Brene como uno de los mejores dramaturgos cubanos de las últimas décadas. Sobre su maestro comentó:

Brene fue un personaje casi tan pintoresco como Matías Pérez. Buena parte de su juventud la gastó como marinero y a los 34 años —entusiasmado por la vida cultural de los primeros sesenta en Cuba— se baja del barco y se enrola en el Seminario de Dramaturgia del Teatro Nacional. (...) Cuando su poco amor a los objetos lo dejó hasta sin máquina de escribir, creaba con unas teclas prestadas, en el taller de reparaciones de un amigo. Le daba gracia que un acto de su obra en proceso se escribiera en una máquina y otra en la siguiente —recién engrasada— de la mano de su compinche.¹⁰

La muerte le sorprendió el 27 de septiembre de 1990, a los 63 años, con un cúmulo de ideas sin llevar a escena y la avidez de un público que esperaba más de su creador. Al talento e ingenio de Brene le rinde tributo cada edición del Premio de las Artes Escénicas que lleva su nombre y que convoca la UNEAC de Matanzas, su provincia natal, desde 2009. A tres décadas de la partida física de este autor, su producción teatral sigue siendo un referente dentro del teatro cubano y su *Santa Camila*, una obra de cimientos tan firmes como los de esta Habana que ya tiene cinco siglos.

⁹ Rine Leal: *Breve historia del teatro cubano*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2004, p. 97.

¹⁰ Amado del Pino: «Como Matías Pérez», *La Jiribilla*, año VI, 2007.



Alejo Carpentier, un cubano universal

Alejo Carpentier era un hombre «grande y sencillo», así definió Renée Méndez Capote a uno de los intelectuales cubanos más relevantes y universales del pasado siglo XX. Nació el 26 de diciembre de 1904, en Lausana, Suiza, de padre francés y madre rusa. Periodista, novelista, ensayista, musicólogo y diplomático fueron algunas de las facetas de un intelectual de talla mayor, el primer cubano en recibir la más importante distinción de la literatura en lengua castellana: el Premio Cervantes, en 1978.

Los fondos de la Biblioteca Nacional entonces en tiempos del Castillo de la Fuerza resultaron cruciales para su libro *La música en Cuba*, publicado en México, en 1946, gracias a la anónima

labor del bibliotecario Carlos Villanueva, quien escudriñaba los artículos en revistas cubanas, documentos y partituras musicales con el propósito de enriquecer la obra del maestro.

Al triunfo de la Revolución se intensifica el vínculo de Carpentier con la Biblioteca Nacional José Martí. Muy poco después de su llegada a Cuba, luego de 14 años residiendo junto a su esposa, Lilia de Esteban, en Caracas, Venezuela, Alejo visita la renovada institución. La entonces subdirectora Maruja Iglesias, lo recuerda «vociferando como solía hacer, moviendo de arriba-abajo los brazos: Chica, no encuentro el libro de Mañach sobre Martí. Debe estar presente en la colección para el Festival del Libro Latinoamericano dedicado a Cuba (...)».¹¹

En su cargo de administrador general de la Editorial de Libros Populares en Cuba, organiza tres Festivales del Libro Cubano, de ahí su preocupación por reunir lo más representativo de la bibliografía nacional. Con el mismo entusiasmo que buscaba libros en la Biblioteca, donó decenas de títulos durante el primer Festival del Libro Cubano en la Revolución. Las instantáneas de los jubilosos y útiles días, junto a José Antonio Portuondo, Conchita Garzón, Salvador Bueno y los directivos de la Biblioteca Nacional, hablan por sí solas.

Su posterior nombramiento como subdirector de la Dirección de Cultura del Gobierno Revolucionario, lo lleva a organizar la primera edición del Concurso Literario Hispanoamericano, devenido Premio Literario Casa de las Américas en 1965. A tenor con sus funciones, a principios de 1960, corresponde a Carpentier invitar a la Biblioteca Nacional a prestigiosos intelectuales que fungieron como jurado del citado concurso o fueron premiados. Entre los extranjeros estuvieron el escritor

¹¹ Maruja Iglesias: «Re-nacimiento de la Biblioteca nacional José Martí: tiempos y tonos», ob. cit., p. 85.

guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el mexicano Carlos Fuentes y el francés Roger Caillois, quienes ofrecieron conferencias y se les dedicó un coctel de bienvenida.

Durante la década de 1960 y hasta mediados de los setenta, el público lector y los bibliotecarios pudieron disfrutar, en más de una ocasión, de las conferencias de Alejo Carpentier. El Salón de actos de la Biblioteca Nacional lo acogió el 9 de diciembre de 1963 en la memorable charla «Verdad y ficción en *El siglo de las luces*», con impresiones de su última novela publicada en México, en 1962, y que recién se había publicado en Cuba, a cargo de Ediciones R. Regresaría cinco días después para integrar la mesa redonda «Problemas de la novela actual» que organizaron el Pen Club de Cuba y la Biblioteca Nacional. En esa ocasión compartió con Salvador Bueno como moderador, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero González y Ambrosio Fornet.

Al cumplirse 45 años de vida intelectual del autor de *¡Ecué-Yamba-O!*, la Biblioteca prepara una exposición y publica el catálogo y la recopilación bibliográfica realizada por Marina Atía, con prólogo de Graziella Pogolotti, en la que se evocan sus inicios literarios, aquellos años de principios de 1920 cuando comenzó a publicar en el periódico *La Discusión*, integró el Grupo Minorista y estrechó amistad con Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, a quienes consideró sus maestros valederos.

Una de sus últimas presentaciones en la institución tuvo lugar el 27 de diciembre de 1975, para dictar la conferencia «Un camino de medio siglo», encuentro que quedó inmortalizado en fotografías, a teatro lleno, en el cual se muestra agasajado por colegas intelectuales como Juan Marinello, José Antonio Portuondo, y otros amigos que se nutrieron con la sabia intelectual de sus textos.

Las pistas seguras de la vasta trayectoria profesional y de vida del autor de *El siglo de las luces*, se encuentran en la *Biografía* que a partir de 1971, comenzó a realizar la doctora Araceli García Carranza, quien se convirtió en su albacea documental.

Por entonces Carpentier se encontraba en Francia como ministro consejero de la embajada cubana, y su presencia en la Biblioteca se volvió habitual cada verano a partir de 1972. Llevaba sus manuscritos y cuanta publicación realizaba, y poco a poco fue donando su papelería. Su bibliógrafa lo describe como «un conversador inagotable. Cuando Alejo hablaba yo era incapaz de interrumpirlo pues consideraba era un crimen de lesa humanidad. Él es una de las grandes figuras de nuestra cultura».¹²

Su cercana relación con la Biblioteca Nacional y sus especialistas, amén de la primacía que representa la institución para la cultura, hicieron que Carpentier rechazara tentadoras propuestas y donara su papelería a la BNJM. Su voluntad quedó expresada en las siguientes palabras:

Soy cubano y como tal, a pesar de que mucho me hubiese halagado haber donado mis manuscritos y documentos a la Biblioteca de Boston, los he dado ya a la Biblioteca Nacional José Martí, de Cuba. Y no solamente he dado mis apuntes, notas, manuscritos, sino documentos iconográficos, fotografías, retratos, y referencias críticas y periodísticas. Soy cubano, y como tal quise que toda mi documentación relativa a mi vida y obra que pueda solicitar un estudioso pueda encontrarse en la Biblioteca Nacional de Cuba.¹³

¹² Araceli García Carranza: «Entrevista en el programa radial Invitación a la lectura», Emisora *Habana Radio*, 16 de diciembre de 2020.

¹³ Alejo Carpentier en Araceli García Carranza: «Grande y sencillo», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 90, no. 4, octubre-diciembre, 1999, p. 19.

Aunque el grueso de su colección personal fue depositada por la Biblioteca Nacional en la Fundación Alejo Carpentier desde 2007, los fondos bibliográficos de la BNCJM contienen las novelas, ensayos y demás textos publicados de Carpentier en más de 20 idiomas.

En el cincuentenario de la publicación de su novela *El Reino de este mundo*, un importante espacio cultural de la Biblioteca —su mayor galería— toma el nombre de dicha obra. La galería expone lo mejor y más notable de las artes visuales cubanas, caribeñas, latinoamericanas y universales, convirtiéndose en un lugar ideal para materializar lo real maravilloso que Carpentier describió en su novela, un homenaje que da respuesta permanente a su interrogante en *El Reino de este mundo*: «Pero ¿qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real-maravilloso?». ¹⁴

Miguel Otero Silva, director de *El Nacional*, de Caracas, diario en el que Carpentier trabajó 14 años, expresa la universalidad del cubano al definirlo como «... el inventor de un nuevo camino para la narrativa, uno de los capitanes más legítimos de la novela contemporánea, un escritor universal que mereció diez veces el Premio Nobel...». ¹⁵

¹⁴ Alejo Carpentier: *El Reino de este mundo*, Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones S.A, México D.F., 1949, p. 17.

¹⁵ Miguel Otero Silva: «La Biblioteca Nacional José Martí recuerda a Alejo Carpentier Valmont (1904-1980): un Cervantes en el Alba de hoy», Departamento de Ediciones y Conservación de la Biblioteca Nacional José Martí, 1985.



El presidente Osvaldo Dorticós en día de inauguraciones

En la tarde del lunes 14 de diciembre de 1959, la dirección de la Biblioteca Nacional José Martí, en la figura de la doctora María Teresa Freyre de Andrade inauguró la Biblioteca Circulante y la Biblioteca Juvenil como parte de los Servicios de Bibliotecas Circulantes que prestaría la institución, además de abrir sus puertas los renovados departamentos de Música y Artes Plásticas. Lo anterior respondía a la nueva estructura de departamentos y funciones que tenía entre sus propósitos «rescatar al pueblo de su ignorancia, y hacerle accesible el libro».¹⁶

¹⁶ Biblioteca Nacional José Martí: «Informe», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (1-4) enero-diciembre, 1959, p. 114.

Según testimonio de la subdirectora, doctora Maruja Iglesias, la doctora Freyre había recibido una llamada telefónica de la presidencia del país en la que Osvaldo Dorticós ponía a consideración su asistencia en la inauguración anunciada.¹⁷ La respuesta afirmativa no se hizo esperar, pues como afirmara Maruja, las consultas que le hacía la Biblioteca al presidente eran muy bien acogidas, teniendo en cuenta el carácter autónomo de la institución en aquellos tiempos.

La presencia del presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós Torrado (Cienfuegos, 1917-La Habana, 1983) le otorgaba solemnidad al acto, a la vez que significaba la primera visita de un mandatario a la Biblioteca en el nuevo contexto revolucionario.

Dorticós se graduó de Derecho y Filosofía en la Universidad de La Habana en 1941, y desarrolló una carrera sólida y de excelencia en la etapa republicana. Fue decano del Colegio Nacional de Abogados. Una activa participación como dirigente del Movimiento 26 de Julio en su ciudad natal sumó méritos al currículum del abogado para que, al triunfo de la Revolución, fuera designado Ministro Encargado de la Ponencia y Estudio de las Leyes Revolucionarias, y luego de la renuncia de Manuel Urrutia, ocupara la presidencia de la República.

La visita de Dorticós a la Biblioteca Nacional fue todo un acontecimiento. Las palabras de Maruja describen el ajetreo de los preparativos:

Se había trabajado mucho para la inauguración de nuevos departamentos (...). Todo relucía y se distribuyeron arecas y malangas por las partes que lo merecían. María Teresa lo

¹⁷ Maruja Iglesias: «Re-nacimiento de la Biblioteca Nacional José Martí: tiempos y tonos», ob. cit., p. 52.

supervisó todo muy temprano y ella misma intentaba mover de aquí o de acullá una planta por otra o buscar el lugar mejor.¹⁸

Las instantáneas atesoradas en la colección de fotografías BNJM aseveran las descripciones de Maruja Iglesias, quien destaca:

Sin exagerar, alrededor de las cuatro de la tarde, cuando llega el presidente Dorticós había entre 200 y 300 personas esperando e iban abriendo espacio cuando lo reconocieron. (...) Una parte de aquel público siguió al presidente, y la otra observó cuidadosamente todo lo que se veía según avanzaba la multitud a pasos cortos.¹⁹

La prensa se hizo eco de la visita de Dorticós a la Biblioteca Nacional José Martí y reveló «las frases de elogio del presidente a tan encomiástica labor».²⁰ En las semanas siguientes las revistas y diarios nacionales publicaron reportajes de los departamentos inaugurados y las novedosas prestaciones que ofrecían.

Atractivos y útiles servicios ofrecían los especialistas de la Biblioteca Nacional a un público lector que aumentaba en la medida que el centro desarrollaba labores de ordenamiento, clasificación, investigación y adquisición de nuevas colecciones. El propio mes de diciembre de 1959 se había aprobado la Resolución que establecía los fines de la Biblioteca y un anteproyecto de reglamento que regulaba sus funciones y estructura.

¹⁸ Ibídem, p. 51.

¹⁹ Ibídem, p. 52.

²⁰ «Visitó Dorticós la Biblioteca Nacional»: *Revolución*, 15 de diciembre de 1959, p. 16.

Nuevos derroteros asumía la Biblioteca en su doble condición de institución bibliográfica nacional y biblioteca pública. En este último rol, los departamentos Circulante y Juvenil materializaron el acercamiento de la lectura al pueblo trabajador, al obrero, al estudiante. La concepción de una sala para los usuarios más jóvenes estuvo esbozada en los diseños del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional desde la elaboración de sus planos. Su concreción se hizo posible el 14 de diciembre de 1959, y la destacada bibliotecaria Audrey Mancebo se desempeñó como su primera directora.

Se abría a partir de entonces la puerta ancha para el crecimiento intelectual de varias generaciones de niños, adolescentes y jóvenes que crecieron con las experiencias y enseñanzas del espacio más tierno y prometedor de futuro de la Biblioteca Nacional.

Interesantes proyectos impulsaron los departamentos, avalados por el tesón de especialistas de alto nivel profesional. La sala de Música se convirtió en una novedad con atractivas propuestas para el público. Amén de su función de investigación y promoción del acervo musical cubano, principalmente en el rescate de la música folklórica, ofrecía servicios de discoteca, libros de música, material didáctico para profesores y la posibilidad de que el usuario llevara sus propios discos para escucharlos en los equipos del recinto. A las bondades anteriores era posible acceder en un horario que favorecía al trabajador, a partir de las 3:00 p.m. y hasta las 11:00 p.m.

Por su parte el departamento de Artes Plásticas con María Elena Jubrías como timonel, gestionó el préstamo de obras de arte, servicio que contribuía al desarrollo del gusto estético de los lectores y acercaba a los hogares reproducciones de pinturas y grabados famosos. Además, programó exposiciones,

cursos de apreciación de las artes, orientó a los maestros de la enseñanza artística y contó con la asesoría y participación de especialistas de prestigio que impartieron conferencias sobre diferentes manifestaciones del arte cubano y universal.

El testimonio fotográfico de esa tarde de inauguraciones ha sido un valioso aliado al paso del tiempo para revelar el júbilo y las impresiones de los asistentes. Generaciones diversas recorrieron junto al presidente Dorticós los salones de la Biblioteca Nacional. Los días finales del «Año de la Liberación» marcaron el preludio de una obra necesaria, de un proyecto que encaminó sus objetivos en pro de la lectura y la cultura, una biblioteca renovada que sentaba las bases de la labor bibliotecológica en el país, de la difusión y la preservación de nuestra memoria histórica y documental.



Elías Entralgo y las sólidas virtudes de un intelectual

«No se concibe la Universidad de La Habana sin Elías Entralgo, ya no parece la Universidad de La Habana. (...) Ahora no se le encuentra en ningún corredor, en ninguna sala, en ninguna calle. La Universidad sigue siendo la Universidad. Pero ya no podrá ser la misma Universidad. Sé que él me entendería...».²¹

Las palabras del historiador Sergio Aguirre, publicadas en el diario *Granma*, ilustran el vacío que causó la partida física de quien fuera su maestro y amigo, y uno de los docentes más admirados en el Alma Mater.

²¹ *Granma*, 11 de septiembre de 1966.

A las 5:00 a.m. del domingo 4 de septiembre de 1966 falleció el doctor Elías Entralgo. Semanas antes, en el Pabellón Borges del hospital General Calixto García, en espera de una operación quirúrgica, tenía sus libros y papeles, y atendía, según le permitía su estado de salud, sus responsabilidades del Decanato de la Facultad de Humanidades y las revistas *Universidad de La Habana* y *Vida Universitaria*.

«Entralgo sujetó con su palabra a millares y millares de estudiantes; oleadas sucesivas que fueron invadiendo la gran escalinata. Los sujetó para la meditación, el estudio y el ejemplo cívico, no para contenerles el brío renovador», llamaba la atención Sergio Aguirre sobre la particularidad del ejercicio docente del profesor de Historia de Cuba, reafirmandonos el adagio del pedagogo José de la Luz y Caballero, de que el maestro debe ser «evangelio vivo» para sus discípulos. Y el profesor Entralgo, desde su modestia y brillantez lo fue para sus alumnos.

La dimensión intelectual de Elías Entralgo resultó tan amplia como su ejercicio docente y de investigación histórica y sociológica acerca de disímiles temáticas y grandes personalidades de la historia y la cultura cubana, sobre las que disertó en sus poco más de seis décadas de existencia. Entre otros nombres que ocuparon su atención destacan José de la Luz y Caballero, Félix Varela, Domingo Del Monte, Diego Vicente Tejera, Luisa Pérez de Zambrana, Narciso López, Enrique José Varona, Fernando Ortiz y Emilio Bobadilla (Fray Candil), a este último dedicó su discurso de ingreso como Académico de número de la Academia de la Historia de Cuba, el 31 de octubre de 1957.

Poseía en su haber tres doctorados en la Universidad de La Habana: Derecho Civil (1927), Derecho Público (1928) y Filosofía y Letras (1929). Sin embargo, refiere la doctora García Carranza que, «(...) paralelamente a su vocación de maestro

ejercía la investigación no solo como complemento a su ejercicio pedagógico, sino también como razón de su vida».²²

La relación de Elías Entralgo con el campo bibliotecológico nacional podemos decir que se fortaleció con su responsabilidad como director de la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP) de 1936 a 1948. Entralgo tuvo el privilegio de inaugurar, el 9 de enero de 1947, en la Avenida de Carlos III, el nuevo edificio de la biblioteca pública más antigua del país y una de las más prestigiosas de América Latina y el Caribe. Asimismo, procuró el crecimiento de sus colecciones bibliográficas, con el fomento del canje y los valiosos donativos de bibliotecas privadas de socios fallecidos.

De manera particular, su vínculo con la Biblioteca Nacional se establece con la creación de la Asociación Amigos de la Biblioteca Nacional, fundada por el historiador Emilio Roig de Leuchsenring, en diciembre de 1935, quien nombra a Entralgo para el cargo de vicesecretario.

En los últimos años de la década del treinta, un grupo de intelectuales y bibliotecarios se encontraba inmerso en el debate nacional por mejorar las condiciones de las bibliotecas, los servicios y la formación del personal que laboraba en ellas, asuntos que canalizaron en la Asamblea Nacional Pro-bibliotecas, evento que tuvo lugar en La Habana, en el mes de noviembre de 1938. Entre los participantes sobresalen José María Chacón y Calvo —entonces director de Cultura—, Carlos Manuel Trelles, Enrique Serpa, Herminio Portell Vilá, Jorge Aguayo, José Antonio Ramos, Dulce María Borrero, Enrique

²² Araceli García Carranza: «Aproximación bibliográfica al doctor Elías Entralgo Vallina. En el 85 aniversario de su nacimiento», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (1) enero-abril, 1988, p. 129.

Gay Calbó, María Teresa Freyre de Andrade, Francisco del Valle y Elías Entralgo.

A inicios de los sesenta, su presencia en la Biblioteca lo llevó a disertar sobre asuntos tan importantes como la revaloración de los estudios de la Historia de Cuba, así como el ideario del patriota, poeta y periodista santiaguero, Diego Vicente Tejera. Por entonces, ocupaba la presidencia de la Comisión Nacional Cubana de la Unesco, responsabilidad que desempeñó hasta su muerte. Como parte del ciclo *El pueblo de Cuba y su historia*, pronunció la conferencia «Las grandes corrientes políticas en Cuba hasta el autonomismo», en el Salón de actos, el 23 de agosto de 1961; extenso y analítico texto que, con posterioridad, publicó la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

Elías Entralgo Vallina nació el 28 de marzo de 1903, en la casa con el número 12 de la calle Peña Pobre, en la zona más antigua de La Habana. Su padre, Elías Entralgo y Morán, quien también escribía, había sido comandante del Ejército Libertador y ayudante del general Adolfo del Castillo.

Con motivo del 85 aniversario del nacimiento del doctor Entralgo Vallina, la *Revista...* publica una aproximación biobibliográfica del eminente profesor cubano, a cargo de la bibliógrafa Araceli García Carranza, homenaje este que abre el camino a la investigación de un maestro integral que inspiró a generaciones de jóvenes, cuya obra escrita cimienta la comprensión de diversos procesos de nuestra cultura e identidad nacional.



Dulce María Escalona, en la vanguardia de la pedagogía cubana

Aprender a contar y descubrir el universo infinito de los números a través de las lecciones de la doctora Dulce María Escalona fue un privilegio que tuvieron generaciones de niños y niñas con acceso a la educación en la Cuba republicana. Desde finales de la década del treinta, la ilustre pedagoga cubana contribuyó con su metodología al desarrollo de un pensamiento lógico materializado en libros y cuadernos para la enseñanza de la Aritmética en las escuelas primarias, textos que amenizó con poemas de Emilio Ballagas, escritos con singular lenguaje didáctico.

«El propósito primario ha de ser crear el gusto y el entusiasmo por el aprendizaje de la Aritmética», aseveraba la doctora en la introducción de uno de sus libros. Se trata de una materia de difícil comprensión para los alumnos, por cuanto, al decir de la propia Escalona, «la naturaleza de la asignatura requiere el desarrollo de un verdadero sistema de ideas abstractas, en pugna con las características del pensamiento infantil».

Las lecciones de Aritmética de la doctora Escalona estuvieron vigentes aun después de 1959, con ejemplares impresos por la Imprenta Nacional de Cuba, bellamente ilustrados, que facilitaban la comprensión de los contenidos por los educandos y la explicación a cargo de los maestros.

Un grupo de estos valiosos textos se encuentra en los fondos generales de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, cual patrimonio documental de la nación, que precisa, con urgencia, de acciones de conservación para su preservación en el tiempo.

Pedagogía y biblioteca ha sido un binomio de indisoluble relación, una no puede existir sin el complemento de la otra, de ahí que la doctora Escalona se involucrara en la gestión de programas para fomentar dicha conexión. Según la tesis doctoral de Rivera (2008), la apertura de la primera biblioteca juvenil en Cuba estuvo a cargo del Lyceum Lawn Tennis Club, en 1944. Bajo la dirección de Dulce María Escalona fue elaborado un programa de coordinación de actividades entre la biblioteca y las escuelas públicas del Vedado, tanto para el respaldo bibliográfico, como en la proyección de películas educativas.²³

²³ Zoia Rivera: *Bibliotecología cubana: examen histórico de su desarrollo en el período de la República (1902-1958)*, Tesis en opción al grado de Doctor en Ciencias de la Información, Universidad de La Habana, La Habana, 2008, p. 74.

Las transformaciones en la educación y la cultura en los inicios de la Revolución tuvieron en la doctora Escalona a una de sus principales artífices. Con su vasta experiencia aportó a la elaboración de políticas educacionales, orientaciones metodológicas, a la inauguración de escuelas y a la selección de los docentes, entre otras tareas. Una de sus obras más ingentes en esa etapa resultó la creación de los Institutos Pedagógicos, entre los que destacó el Enrique José Varona, actual Universidad de Ciencias Pedagógicas.

Interesada por el acceso de los estudiantes a la bibliografía, en especial por los obreros que se superaban luego del horario laboral, la doctora Dulce María Escalona inaugura, junto a las doctoras Vicentina Antuña y María Teresa Freyre de Andrade, el servicio nocturno de la Biblioteca Nacional José Martí, el sábado 15 de agosto de 1959. La inauguración coincidió con la celebración del cumpleaños 58 de la doctora Escalona. La Biblioteca abriría sus puertas desde las 8:00 a.m. hasta las 11:00 p.m.

Dulce María Escalona Almeida nació en Holguín. Su vida siempre estuvo vinculada a la docencia y a la dirección de escuelas. Profesora Titular de Matemática. En 1934 dirigió la Escuela Técnica Industrial de muchachas, perteneciente a la Fundación Rosalía Abreu, y más tarde la Escuela Normal de Maestros de La Habana. En 1972 recibió la categoría de Profesora Emérita de la Universidad de La Habana.

En la Casa estudiantil de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona, conocida como El Castillito, tuvo su última oficina de trabajo la eminente pedagoga, cuya existencia finalizó el 22 de febrero de 1976, legando una obra merecedora de ser investigada por las nuevas generaciones de docentes y estudiantes.



**Samuel Feijóo, «uno de los más altos líricos cubanos
de todos los tiempos»**

Las puertas de la Biblioteca Nacional José Martí siempre estuvieron abiertas para Samuel Feijóo. En sus visitas a La Habana, el templo de los libros cubanos fue un lugar seguro para el poeta, narrador, pintor, editor y folklorista, donde solía encontrarse con sus amigos y llevar a buen puerto sus geniales y compulsivos proyectos.

Cleva Solís, Cintio Vitier, Fina García Marruz y Argeliers León son nombres que sobresalen en la lista de los afectos de

Feijóo, a quienes solía visitar en la Biblioteca Nacional, en especial, a Cleva, la poeta-bibliotecaria y fiel amiga.

En el homenaje por los 70 años de vida de Samuel Feijóo Rodríguez, las palabras pronunciadas por Cintio Vitier resumen la relación del intelectual con la Biblioteca y aquilatan en justa medida la valía del escritor:

Mucho ha leído, escrito, investigado, trabajado, leído y hecho reír Samuel Feijóo en esta Biblioteca Nacional José Martí, durante años y años. Mucho se le conoce y se le quiere en esta casa, donde siempre está como en familia. Por ello es natural que aquí, en este sitio presidido por el vitral de Minerva, rodeado de sus signos que amamos y de los trabajadores que laboran para él como él labora y crea para ellos, se le rinda este sencillo homenaje de reconocimiento y cariño. (...) Mírenlo bien, mirémoslo bien, aunque él no quiera y se ponga todos los disfraces imaginables. Sí, uno de los más altos líricos cubanos de todos los tiempos.²⁴

De la especial relación con sus amigos de la Biblioteca Nacional, surge la colaboración de Feijóo con la obra *Flor oculta de poesía cubana (Siglos XVIII y XIX)*, de la autoría de Cintio Vitier y Fina García Marruz, publicada en 1978. A la selección de poesías le acompañan las viñetas del autor del clásico *Juan Quinquín en Pueblo Mocho*.

La mística, la naturaleza, el folklore campesino inundaron la obra del intelectual de formación autodidacta. Paisajes, vocablos o frases del habla popular cubano se funden, con genial sutileza, en los textos de Feijóo. Desde muy joven condujo su

²⁴ Cintio Vitier: «Palabras en el homenaje de la Biblioteca Nacional José Martí a Samuel Feijóo por sus 70 años», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), mayo-agosto, 1984, pp. 188-191.

destino por el camino de las letras, en el que también le acompañaron sus acuarelas, con los colores del Caribe insular, otra forma de «sacarme los jardines que me crecen adentro», como dijera en una entrevista.

El proceso creativo era para el narrador-dibujante una fiesta de los sentidos, un viaje bien pensado, desde las entrañas de la tierra hacia los verdes bosques que habitaban su alma. Así lo hizo saber en *La alcancía del artesano*, título publicado en 1958, por la Universidad Central de Las Villas:

Gusto de comenzar mis libros con trazo lento de respiración suave, como natural entrada a paseo o aventura por los llanos que tienen brisa y centelleos benignos. Después: trepo al libro el tope que él me da siempre como visión fácil, cuando ya he andado lento el suave llano.²⁵

«Más que en poemas aislados, el poeta pensaba en conjuntos, y amasaba textos más o menos breves con profusión, identidad e intensidad creativas», escribió el estudioso de su obra, el ensayista Virgilio López Lemus, en el prólogo de *El pensador Silvestre* (Letras Cubanas, 2007), en cuya selección de poesía destacó que «Samuel Feijóo no dejaba nada inédito».

*El Sol
puede alumbrar,
puede matar. Haz
de tu sangre
un
Sol en sueños.
Cuando los sueños*

²⁵ Samuel Feijóo: *La alcancía del artesano*, Departamento de Relaciones Culturales, Universidad Central de Las Villas, 1958, p. 5.

*se apagan, el
Sol muere.
Pero muere como un Sol.*²⁶

En los espacios que durante la década del sesenta propició la Biblioteca Nacional para el rescate de nuestros orígenes culturales en las diversas manifestaciones del arte, encontró Feijóo el lugar ideal para socializar su obra y sumergirse en el debate contemporáneo de tales temáticas.

Entre 1960 y 1962, la fotografía, aliada comunicacional de esos tiempos, muestra al «sensible Zarapico» — como el mismo Feijóo se autotitula en su biografía — impartiendo conferencias y exponiendo su obra pictórica en la institución. De ese modo, el 25 de marzo de 1960, el doctor Argeliers León presenta su conferencia sobre música folklórica campesina, y al año siguiente expone Feijóo sus dibujos y grabados.

En el verano de 1962 la Biblioteca Nacional le da nuevamente la bienvenida y un público reunido en el Salón de actos escucha su charla «Narraciones de Guamuhaya». Años más tarde continúan sus disertaciones, unas veces sobre su obra más reciente, y otras, como en 1970, para analizar la de autores cubanos como Nicolás Guillén.

Para quien no poseía una formación académica, la fundación y dirección de las revistas *Islas* y *Signos*, evidencian el talento y la audacia del cubano humilde que vino al mundo el 14 de abril de 1914, en San Juan de los Yeras, antigua provincia de Las Villas y murió en La Habana, el 14 de julio de 1992.

Su trabajo como editor, corrector, diseñador, compilador y fotógrafo, así como su capacidad de aunar en torno a dichas

²⁶ Samuel Feijóo: «El Sol», *El pensador silvestre*, Selección y prólogo de Virgilio López Lemus, Editorial Letras Cubana, La Habana, 2007, p. 73.

publicaciones a renombradas figuras de las letras en la mayor de las Antillas, resulta suficiente para merecer reconocimiento y respeto, amén de su amplia producción en la literatura y las artes visuales.

Entre las distinciones recibidas destacan la Orden Félix Varela y la Distinción por la Cultura Nacional, así como las Medallas Alejo Carpentier, Félix Elmuza y Raúl Gómez García.

Amante del tango, apasionado del boxeo, del cine y de Charles Chaplin. Finalizo estas líneas con las palabras del poeta e investigador Virgilio López Lemus, el más prolijo estudioso de la obra feijooiana, «(...) dígase que su obra es oro, y si nosotros no lo encontramos, sigue siendo oro: el oro de las letras».²⁷

²⁷ Virgilio López Lemus en Samuel Feijóo: *El pensador Silvestre*, ob. cit., p. 10.



Con las manos y la voz del poeta Roberto Fernández Retamar

*Con las mismas manos de acariciarte
estoy construyendo una escuela.
Llegué casi al amanecer,
con las que pensé que serían ropas de trabajo,
Pero los hombres
y los muchachos que en sus harapos esperaban
todavía me dijeron señor.*

(...)

*No hay momento
en que no piense en ti.
Hoy quizás más,*

*y mientras ayude a construir esta escuela
con las mismas manos de acariciarte.*

La voz del poeta, ensayista y profesor Roberto Fernández Retamar se escuchó la tarde del 16 de abril de 1963 en la Sala Circulante. Su más reciente libro de poemas *Con las mismas manos. 1949-1962*, publicado por Ediciones Unión, un año atrás, motivó el coloquial encuentro como los versos que leyó a los asistentes en la cita literaria.

A la luz de seis décadas, una vez más la fotografía nos rememora la visita de Retamar a la Biblioteca Nacional, pero esta vez como protagonista, ya no acompañando a intelectuales latinoamericanos, como solía hacerlo con frecuencia en aquellas jornadas del Concurso Literario de Casa de las Américas, sino presentando su propia obra, comentando su poesía.

Para entonces, ya había escrito *Felices los normales*, hermoso y terrenal poema dedicado a la artista de la plástica Antonia Eiriz, y junto a Haydée Santamaría sembraba semillas de solidaridad y de integración cultural en la Casa de las Américas.

El amor, en múltiples expresiones, fue la clave de la extensa y necesaria obra intelectual de Roberto Fernández Retamar (La Habana, 9 de junio de 1930- 20 de julio de 2019), la cual alcanzó de manera brillante la ensayística.

Retamar inspiraba respeto y admiración. «Cuando en las tribunas en que los creadores cubanos discuten sus ideas se escucha la voz grave y pausada de Retamar, todos hacen silencio. Se espera siempre de sus intervenciones la agudeza y brillantez que orientan y el despliegue de una cultura vasta, que nunca agrede».²⁸ Así lo expresó el entonces director de la Biblio-

²⁸ Eliades Acosta Matos: «Editorial», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 91 (1-2), enero-junio, 2000, p. 8.

teca Nacional, Eliades Acosta Matos, en el año 2000, cuando el creador de *Caliban* cumplió 70 años y la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* se erigió tribuna para homenajear al poeta, quien una década antes tomó la sabia decisión de depositar su papelería en la institución bibliográfica, en demostración de confianza, cercanía profesional y respeto.

Gracias al donativo de la colección Roberto Fernández Retamar, que comprende desde sus trabajos de juventud hasta sus obras más relevantes —con excepción de la correspondencia, que se encuentra en Casa de las Américas— surgió la compilación de su *Biobibliografía*, a cargo de la doctora Araceli García Carranza, quien fue su alumna entre 1960 y 1961. La discípula devenida bibliógrafa, 30 años después, entre la admiración y el respeto tuvo la inmensa responsabilidad de legar al futuro el necesario control bibliográfico de la obra de su maestro.

Cerca de diez asientos bibliográficos reflejan su nombre en varios números de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, bien como autor o como centro de homenaje, en cuyas páginas estrenó su lírica, tal es el caso de *Estos versos dan a las estrellas*, escritos entre abril y mayo de 1964 y publicados a finales de ese mismo año.

A Retamar le cautivó siempre la Biblioteca Nacional y la institución también le fue recíproca. «Su trato respetuoso hacia nuestro colectivo y su demostrada confianza en que la institución sabría remontar las dificultades que ensombrecieron, en tiempos felizmente superados, su capacidad de cuidar con honor el patrimonio bibliográfico de la nación, justifica la predilección con que los bibliotecarios lo tratan»,²⁹ destacaba Acosta

²⁹ *Ibíd.*, p. 7.

Matos, en aquel homenaje con el cual, además, se daba la bienvenida al nuevo siglo.

El Ciclo Vida y Obra de los poetas cubanos, espacio que desde la Biblioteca Nacional acogió a grandes figuras de la literatura nacional en los años setenta, contó con Retamar en febrero de 1973. Para la ocasión, lo presentó otro gran poeta latinoamericano, el uruguayo Mario Benedetti, quien destacó las virtudes del escritor, considerándolo «uno de los mejores poetas cubanos».

En aquel encuentro, el doctor Retamar confesó sentir una mezcla de «timidez y de altivez» ante la invitación de la Biblioteca Nacional, pues consideraba que, «aunque parece que yo tengo alguna obra, porque en el vestíbulo se muestra una papejería en relación con ella, en cambio casi no tengo biografía: me faltaba por tanto uno de los polos del ciclo».³⁰

Una larga existencia le permitió cultivar la virtud y el talento pulido en los años de estudios universitarios de Filosofía y Letras, en la Universidad de La Habana, y en posgrados en La Sorbona y la Universidad de Londres, para luego brillar como docente y magistral conferencista en universidades cubanas y extranjeras.

En correspondencia con su trayectoria, Roberto Fernández Retamar recibió la Orden Félix Varela de Primer Grado (1981) y fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura en 1989. Perteneció a la Academia Cubana de la Lengua desde 1995 y resultó electo su director en 2008. Entre sus múltiples reconocimientos sobresalieron la Orden José Martí (2009) y el Premio

³⁰ Roberto Fernández Retamar: «Algo semejante a los monstruos antediluvianos». Versión de las palabras dichas en la Biblioteca Nacional el 15 de febrero de 1973, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), mayo-agosto 1973, p. 45.

Internacional José Martí de la Unesco (2019), siendo el primer cubano en recibirlo.

El «revistero impenitente», como lo calificó la doctora Graziella Pogolotti, dirigió desde 1965 la revista *Casa de las Américas*. En el pórtico de la biblioteca de la prestigiosa institución latinoamericana se lee el nombre de Roberto Fernández Retamar, como tributo eterno a uno de sus hijos más fieles.



Alfredo Guevara, compromiso y renovación

Hablar o escribir sobre Alfredo Guevara es pensar en cine, en el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), en la Cinemateca de Cuba, en el Nuevo Cine Latinoamericano y su Festival de La Habana, que nos avisa que llega diciembre y nos trastorna, para bien, la rutina del trabajo o de las clases, en función de perseguir los filmes más atractivos.

Referirse al fundador y director de la revista *Cine Cubano* significa ahondar en la impronta cultural de un protagonista del campo cultural de la mayor de las Antillas durante la segunda

mitad del siglo XX y los primeros años del XXI, de un pensador visceral, comprometido con las circunstancias de su tiempo.

Alfredo Guevara fue uno de nuestros más brillantes intelectuales de izquierda. Sensible, hábil promotor de la polémica, de pensamiento crítico y coherente, lo describió el periodista Mario Cremata en su libro *La voluntad de prevalecer* (Ediciones Boloña, 2017). En dicho texto, Guevara se confesó «defensor de lo genuino y lo bello, así como del marxismo, siempre y cuando no sea ese marxismo estático, copista y rutinario».³¹

El diario *Hoy* y la revista *Nuestro Tiempo*, fueron los primeros medios que acogieron los textos sobre cine del entonces joven que estudiaba la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana, etapa en la cual conoció a Fidel Castro y desarrolló una militancia activa en la lucha clandestina contra la dictadura batistiana.

Las fecundas e intensas décadas de ejercicio intelectual a quien le correspondió la difícil y útil tarea de fundar y desarrollar el cine cubano y su industria a partir de 1959, estuvieron, desde muy temprano, soportadas en el estudio de los clásicos latinos, en la escritura y en la amistad con creadores como Luis Buñuel y Wifredo Lam, además de las influencias de don Fernando Ortiz y María Zambrano.

«El cine cubano no es obra mía —manifestó en una entrevista—, es resultado de los creadores que han marcado su existencia, y en ella momentos de inmenso valor. Unas veces por útiles, otras por definitivos».³²

³¹ Alfredo Guevara en Mario Cremata Ferrán: «Pertinaz, lúcida interrogante», *La voluntad de prevalecer*, Ediciones Boloña, La Habana, 2017, p. 168.

³² Alfredo Guevara: «Mi pasión se inspira más allá del cine», *Tiempo de fundación*, Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, La

Para Guevara, la Revolución era sinónimo de lucidez, como el título de uno de sus obras (*Revolución es lucidez*, Ediciones ICAIC, 1998), de perfeccionamiento, de compromiso y de continua renovación. Una de sus pasiones era el diálogo con los jóvenes, en cuyos intercambios utilizaba expresiones como: «las preguntas bobas no me interesan. Me interesa que saquen el estilete».

Vivió rodeado de libros que circulaban de su mesita de noche a los estantes y viceversa, aun cuando el asma fuera condición justificada para mantenerlos alejados. Muchos de esos libros de su inmensa biblioteca personal, habitan en la actualidad en instituciones cubanas como la Biblioteca Central Francisco Martínez Anaya de la Universidad de Oriente, la Cinemateca de Cuba, la biblioteca del ICAIC y la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí.

De alguna manera Alfredo Guevara siempre estuvo vinculado a la Biblioteca, aunque no la visitara con frecuencia. En abril de 1960 lo encontramos dictando conferencias sobre cine en el teatro, la misma sala que acogería un año después las jornadas de encuentros con el líder de la Revolución y los intelectuales, entre los que el cineasta tuvo el privilegio y el compromiso de encontrarse.

Múltiples entrevistas, libros, artículos en revistas, documentales, nos muestran una parte del pensamiento de Alfredo Guevara Valdés (La Habana, 1925-2013), del hombre de cine, del humanista que nos dejó uno de los más completos conceptos de cultura, cuando expresó:

La cultura es la historia, es la memoria, la suma refinada de cuanto un pueblo ha construido, con el talento y la brega de

sus hombres y mujeres, ese quehacer diario y centenario que va forjando en la conciencia rasgos que ya son, desde un día, distintivos.³³

En una ocasión, ante la pregunta, «cuando ya no esté, en el caso de que otros tengan que definirlo, ¿qué le complacería que figurase en esa definición?», Guevara respondió: «Les diría que soy un humanista abierto que no cesará de estudiar, que no me siento alguien capaz de alcanzar aquello con lo que todos soñamos: un nivel de la verdad. Creo que todo es aproximación y, por lo tanto, obligación de seguir y, en consecuencia, interrogación. Soy una interrogación».³⁴

Profesor Emérito, Doctor Honoris Causa de la Universidad de las Artes (ISA), primer Premio Nacional de Cine en 2003, Premio de la Latinidad (2008) por su contribución a la cultura nacional y por sus esfuerzos a favor del desarrollo y la difusión del cine latinoamericano y caribeño, Orden Félix Varela (1981) y Orden José Martí (2009), sobresalen entre los reconocimientos a una existencia virtuosa y consecuente.

³³ Alfredo Guevara. «La virtud de mezclar e indefinir las aguas, si cristalinidad siguen su corriente», *Tiempo de fundación*, ob. cit., p. 578.

³⁴ Alfredo Guevara en Mario Cremata Ferrán: «Pertinaz, lúcida interrogante», ob. cit., p. 178.



Nicolás Guillén, el poeta y su fiel presencia

El cumpleaños 60 de Nicolás Guillén fue motivo de fiesta para la Biblioteca Nacional José Martí. El homenaje al poeta, periodista y activista político nacido en Camagüey, el 10 de julio de 1902 contó con la realización de una exposición de documentos gráficos y una extensa muestra de la bibliografía activa y pasiva del ilustre escritor, a la que se unieron piezas de cerámica, artesanías y pinturas de su colección personal.

Recuerda la subdirectora Maruja Iglesias la emoción y el agradecimiento de Guillén hacia los organizadores del evento, en la nota que enviara luego de observar la muestra:

(...) Al fin pude ver la exposición a mi gusto, pues el día de la inauguración fue imposible, y menos en los días que vinieron luego, por las normas que conocemos. ¡Cómo le agradezco todo, pues sé el interés que usted se ha tomado en esto! Y a María Teresa y Renée (Freyre de Andrade y Méndez Capote), respectivamente sin cuyo concurso no se habría llegado a tanto. Solo que —sin falsa modestia ni verdadera hipocresía— todo me parece demasiado. ¿Y cuando yo me muera?

La Biblioteca siguió sorprendiéndole en siguientes aniversarios. En su 70 cumpleaños la *Revista...* dedicó un número especial, y el entonces director Sidroc Ramos le regaló unos versos bajo el título *Cuando se cumple vida bellamente*:

*Setenta años en verdad no es nada, ¡pero cuánto y cómo
hay que vivir para cumplirlos
bellamente!...*
*Yo te he visto venir con esa risa
de mayor dimensión que la mañana,
un muerto a cada lado
ya con vida:*
*Jacques Roumain, caballero,
aquel triste y severo, colgando de tu brazo,
y este Jesús Menéndez, como un bastón de ébano
reverdecido en buena mano. Te añoran
en el cielo de Haití o en el cubano,
a ti, con tanta tierra
por delante.*

(...)
 Bueno,
 en resumidas cuentas,
 lo mejor es que nunca te nos hayas muerto de algún modo,
 lo mejor es que estés
 a tu sonoro estilo cada vez más nuestro (cada vez
 más pueblo)...
 O, para decirlo llanamente: que combatas,
 que andes vivo,
 son entero.³⁵

En 1975 la Biblioteca publicó su bibliografía a cargo de Josefina García Carranza y María Luisa Antuña, y con posterioridad, la publicación de un suplemento actualizó la creación intelectual del poeta.

Sus lazos con el centro se remontaron a la época de creación de la sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional, desde cuyas filas como vocal procuró, junto a valiosos intelectuales, un mejor futuro para la institución. La Biblioteca Nacional también era su casa, y cuando el autor de *Sóngoro cosongo* la visitaba, escritores, directivos y bibliotecarios acompañaban al poeta, elegantemente vestido, por los pasillos y salones que mostraban sus libros, sus fotos, sus memorias.

Como buen guardián de la cultura, en marzo de 1981 don Nicolás donó un grupo de libros antiguos, y al año siguiente, en su 80 aniversario, la exposición «Todo Guillén» y el sonido de los tambores, inundaron el Salón de actos en reverencia al Poeta Nacional, cuya poesía es banda sonora de nuestras tradiciones más genuinas.

³⁵ Sidroc Ramos: «Cuando se cumple vida bellamente», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 63 (3), septiembre-diciembre, 1972, pp. 5-6.

*¡Ah,
qué pedazo de sol,
carne de mango!
Melones de agua,
plátanos.*

*¡Quencúyere, quencúyere,
quencúyere!
¡Quencúyere, que la casera
salga otra vez!*

*Sangre de mamey sin venas,
y yo que sin sangre estoy;
mamey pal que quiera sangre,
que me voy.*

*Trigueña de carne amarga,
ven a ver mi carretón;
carretón de palmas verdes,
carretón;
carretón de cuatro ruedas,
carretón;
carretón de sol y tierra,
¡carretón!³⁶*

³⁶ Nicolás Guillén: «Pregón», *Antología mayor; el son entero y otros poemas*, Bolsilibros Unión, La Habana, 1964, pp. 48-49.



Onelio Jorge Cardoso, nuestro Cuentero Mayor

Estampas de un país, de su gente, sus ciudades y pueblos, historias de pescadores, carboneros y campesinos, de las aspiraciones y contradicciones del hombre y su contexto, entre otras temáticas, encontramos en la obra literaria de Onelio Jorge Cardoso.

La savia popular de su natal Calabazar de Sagua, donde vino al mundo el 11 de mayo de 1914, alimentó su capacidad creadora hasta ser considerado por la crítica como uno de los mejores cuentistas cubanos e hispanoamericanos y ganarse el título de El Cuentero Mayor.

Para quien escribió su primer cuento a los 13 años y más tarde hizo periodismo y guiones para la radio, el cuento es «un

dibujo musical, una esencia», talento gracias al cual mereció, en 1945, el primer premio del concurso Alfonso Hernández Catá, con *Los carboneros*.

Al igual que su personaje Juan Candela, a lo largo de su carrera escritural Onelio Jorge fue capaz de sacar las palabras de un saco y atarlas en el aire, cautivando al público lector con sus fabulaciones, descubriendo la poesía desde su inagotable imaginación.

Taita, diga usted cómo (1945), *El cuentero* (1958), *La lechuza ambiciosa* y *Caballo de coral* (ambos en 1960) figuran entre sus primeros libros. En 1962 ve la luz la primera edición de *Cuentos completos*, a cargo de Ediciones R y sus publicaciones se incrementan a ritmo acelerado, favorecidas por la política editorial de la Revolución.

El 23 de noviembre de 1962 la revista *Bohemia* publica su cuento *La otra muerte del gato*, dedicado al fotógrafo Raúl Corrales, con ilustraciones de Jorge Rigol. Una semana después, exactamente el día 30, visita Onelio Jorge la Sala Circulante de la Biblioteca Nacional para comentar su más reciente creación, la cual contiene, además del mencionado cuento que da título al libro, *Un brindis por el zonzo*, *Por el río*, *Isabelita*, *Los sinsontes*, *Teresa*, *El canto de la cigarra*, *Moñigüeso* y *Los Patines*.

«¡Ah! los recuerdos, son a veces así como el pájaro dorado que no se sabe de dónde vienen y al cabo planean en el cielo, cada uno como una horqueta negra y fina sobre la embarcación, el agua y el alma».³⁷

Motivado por su arsenal de experiencias, entre pasajes de su infancia y juventud que constituyeron inspiración permanente para sus creaciones, regresa años después Onelio Jorge a

³⁷ Onelio Jorge Cardoso: *La otra muerte del gato*, Ediciones Unión, La Habana, 1964, p. 9.

la Biblioteca Nacional, el 25 de septiembre de 1969, para dictar la conferencia «Algunos días recorridos», texto que publica Ediciones Unión luego de su fallecimiento.

El creador del clásico cuento *Francisca y la muerte*, obra de referencia en los planes de estudios de la literatura cubana, además de escribir se desempeñó como maestro rural y vendedor ambulante en la etapa de la República. En la década del setenta fue consejero cultural de la embajada de Cuba en Perú y a su regreso resultó elegido presidente de la Sección de Literatura de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, cargo que desempeñó hasta su muerte.

Cuentan que falleció escribiendo, en La Habana, el 29 de mayo de 1986, y antes de desplomarse sobre su máquina, debatía con su esposa los posibles finales de un cuento.

El mejor homenaje de la Biblioteca Nacional José Martí a Onelio Jorge Cardoso resultó la publicación de su *Bibliografía*, de manos del bibliógrafo Tomás Fernández Robaina. El repertorio de la obra oneliana, publicado por el departamento de Ediciones y Conservación, en 1987, al decir de Denia García Ronda, prologuista del texto, constituyó un verdadero acontecimiento en el mundo de la literatura. El nuevo procedimiento implementado por Fernández Robaina, expuso en el asiento principal, de manera unitaria, las diferentes ediciones, traducciones, valoraciones críticas, los años en que Jorge Cardoso fechó sus originales, así como sus cuentos en publicaciones periódicas.

La semilla oneliana se multiplica en los pinos nuevos que fortalecen su vocación ayudados por el Centro de Formación Literaria, que lleva el nombre de nuestro Cuentista Nacional, Onelio Jorge Cardoso.



Wifredo Lam, universal y nuestro

El 11 de septiembre de 1982, en París, con casi 80 años, Wifredo Lam y Castilla se despidió del mundo. Un año antes, el Consejo de Estado y el Ministerio de Cultura de Cuba le otorgaron la Orden Félix Varela de Primer Grado al más universal de los pintores cubanos. La distinción le fue impuesta en París, por el ministro de Cultura Armando Hart.

En una de sus últimas visitas a la Isla, en difíciles condiciones de salud, Lam vistió el uniforme de las Milicias Nacionales Revolucionarias en la Marcha del Pueblo Combatiente, como expresión de su respaldo a la Revolución Cubana.

Sus obras han recorrido prestigiosas galerías y ocupan un lugar permanente en los principales museos de Europa y Estados Unidos. Los críticos han elogiado su trayectoria y valorado el justo lugar en el que se ubica su nombre. Pero nadie mejor que Alejo Carpentier, amigo y devoto seguidor de la obra de Lam, para definir la cosmogonía plástica y cubana del artista:

Ordenación de elementos, ritmos, elección de objetos y, sobre todo, revelación de esencias (...). Al construir paso a paso su cosmogonía cubana, Wifredo Lam dio nombre a muchas cosas que «no eran» en nuestra plástica y, situándolas en sus cuadros, metiéndolas por los ojos, otorgó el don de la vista a muchos que, hasta entonces, solo percibían ciertas realidades en función de la música.³⁸

Sumemos a las ideas anteriores la valoración de otro grande de nuestra cultura, el ensayista, periodista y crítico de arte Jorge Mañach acerca de la dimensión de la obra y el éxito internacional de Lam, el pintor cubano que aun viviendo largas temporadas fuera de su país triunfó en España, en París, y gozó de la admiración de Pablo Picasso.

Al decir de Mañach, logró el éxito: «(...) sin dejar de ser muy nuestro, sin renunciar a su propia sustancia, antes potenciándola hasta un máximo de refinamiento simbólico».³⁹

Nacido en Sagua La Grande, el 8 de diciembre de 1902, por las venas del artista corrió sangre africana y asiática, mestizaje

³⁸ Palabras del catálogo a la exposición de óleos y temperas celebrada del 10 de octubre al 11 de noviembre de 1962, en la Galería de La Habana, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (3-4), julio-diciembre, 2002, p. 29.

³⁹ Jorge Mañach: «La pintura de Wifredo Lam», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (3-4), julio-diciembre, 2002, p. 31.

que definió su obra y reflejó una parte de las mezclas culturales presentes en los habitantes de la nación antillana, cualidades que, volviendo a Mañach, «lo sumergen en un ámbito de luz y de color que no es ya ni lo crudamente africano ni lo fantasmal del paisaje asiático, aunque conserva un poco de la brutalidad de uno y de la delicadeza de lo otro».⁴⁰

En relación a las raíces simbólicas que definen la obra de Wifredo Lam y manifiestan su fidelidad identitaria, alude don Fernando Ortiz cuando expresa: «Lam conserva también el mestizaje cultural que él ha sabido empastar en su europea paleta, substancias innegablemente afroides».⁴¹

A pesar que desde la década del treinta el nombre de Wifredo Lam resonó en los círculos artísticos del viejo continente, no fue hasta 1946 que su obra se expuso en suelo cubano, en el Lyceum.

Como un suceso de alto relieve en el panorama artístico de la nación, calificó la prensa la primera exposición en Cuba del creador de emblemáticas piezas como *La silla* y *La jungla*, ambas de 1943, surgidas en los años de retorno a la mayor de las Antillas.

El Parque Central de La Habana y la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo exhibieron sus obras en 1950 y 1951 respectivamente, en cuya etapa, fecunda en viajes y reencuentros con amigos, evolucionó su estilo y robusteció su reconocimiento como artista de talla internacional.

Durante los años sesenta, la obra de Lam manifiesta un interés creciente por el grabado. En 1963 visita Cuba invitado por el gobierno, y el pintor destina una selección de sus grabados

⁴⁰ Ídem.

⁴¹ Fernando Ortiz: «Las visiones de Lam», *Cuadernos de Arte*, 1950, Dirección de Cultura, La Habana, 1950.

para donarlos a la Biblioteca Nacional José Martí, notable acontecimiento que anuncia el boletín *Bibliotecas*, en su primera salida, calificándolos «de una calidad extraordinaria».

Diez de los grabados fueron editados en Italia por Salone Annunciata de Milán, en 1962. La serie incluyó, además, una prueba del artista fuera de publicación.

La exposición tuvo lugar el propio año del donativo y en el programa de la misma se expresó el deseo del Consejo Nacional de Cultura de que «todo el pueblo pueda apreciar esta valiosa colección, por lo que se exhibe en provincias».

Desde hace unas décadas, el espacio de la Biblioteca Nacional que propicia el encuentro bibliográfico con el arte, en sus diversas expresiones, se honra con el nombre de Wifredo Lam, homenaje perenne a la impronta del pintor cubano más universal y a la vez tan nuestro.



Julio Le Riverend y la misión del historiador

Un año después de la muerte del historiador Julio Le Riverend, ocurrida en La Habana el 12 de mayo de 1998, descubrí al autor de los volúmenes de *Historia de Cuba*, los grandes libros de cubierta en rojo, soportes de mi preparación para las pruebas de ingreso a la Universidad. Entonces, siendo estudiante de preuniversitario, no tenía conciencia de la colosal obra historiográfica que nos legó a los cubanos Julio Le Riverend Brusone, y muchos menos, que trabajaría en la institución que dirigió durante algo más de una década: la Biblioteca Nacional José Martí.

Le Riverend inicia, posterior al triunfo revolucionario de 1959, la saga de directores-historiadores en la Biblioteca Nacional, continuada tiempo después por Eliades Acosta Matos y Eduardo Torres Cuevas. A inicios de diciembre de 1977, sería designado por el ministro de Cultura, doctor Armando Hart, director de la Biblioteca Nacional José Martí. Con anterioridad se había desempeñado como embajador de Cuba ante la Unesco y mantenía sus funciones de asesor del Ministerio de Cultura y miembro de la dirección del Centro de Estudios Martianos.

Desde muy joven, en la ascendente cuesta de la sabiduría de Julio Le Riverend, la otrora Biblioteca Nacional fue un lugar de visitas frecuentes. Allí conoció a la bibliotecaria y poeta María Villar Buceta, quien lo orienta en sus búsquedas bibliográficas, al tiempo que lo inserta en el movimiento revolucionario comunista, llegando a ser miembro del primer partido marxista-leninista de Cuba y del Ala Izquierda Estudiantil.

La trayectoria intelectual y política del historiador, doctorado en Derecho Civil y en Ciencias Sociales, Políticas y Económicas, por la Universidad de La Habana, además, Maestro de Historia por el Instituto de Antropología e Historia del Colegio de México, es tan fecunda en publicaciones, conferencias y responsabilidades, que falta espacio en estas cuartillas para plasmarla. Solo se pretende subrayar su desempeño como profesor en la Universidad Central de Las Villas y la Universidad de La Habana, su jefatura en el Archivo Nacional, así como la designación de director del Instituto de Historia, vicepresidente de la Academia de Ciencias de Cuba y presidente fundador de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC).

Con el cargo de director de la Biblioteca Nacional asumía, también, la dirección de la *Revista*, publicación que honró con decenas de crónicas, prólogos y ensayos. Trascendentes y reve-

ladores textos, resultados de su acucioso oficio de historiador —principalmente en temas de historia económica de la nación cubana, su especialización— vieron la luz en dicha publicación. Entre otros, sobresalen los 19 capítulos y la bibliografía general de su libro inédito *Problemas de la formación agraria de Cuba (siglos XVI-XVII)*, dados a conocer entre 1984 y 1986.

Una nueva estructura que reorganizaba los departamentos de la institución bibliotecaria como unidades organizativas independientes, llevó a cabo el director-historiador junto a la licenciada Miriam Martínez. Dirección, Consejo de la Biblioteca, vicedirecciones, departamentos y secciones, constituyeron el eje estructural de la BNJM a partir de 1978, a lo cual se sumaban las reuniones técnica y administrativa como órganos de apoyo al desarrollo y funcionamiento del centro.

Durante su etapa de dirección se crearon espacios de superación bibliotecaria, divulgación, intercambio profesional y desarrollo científico cultural, entre los que destacan la Cátedra María Villar Buceta y la Tribuna Enrique José Varona. Además, se fortalecieron los vínculos bibliotecológicos y culturales con profesionales de bibliotecas de las Repúblicas socialistas europeas.

Un sinnúmero de actividades, tanto bibliotecológicas como culturales, entre las que destacan el ochenta aniversario de la fundación de la Biblioteca Nacional, los homenajes a personalidades de la intelectualidad cubana y extranjera y al propio Le Riverend, caracterizaron esa década de bonanza económica que fueron los ochenta del pasado siglo XX. El vasto número de fotografías de la Biblioteca Nacional lo ratifica.

Al arribar Le Riverend a sus siete décadas de vida, la Biblioteca Nacional publicó, de manos del investigador Israel Echevarría y con la colaboración de Azucena López, *Bibliografía del*

doctor Julio Le Riverend Brusone y Noticia biográfica (1982), abarcador repertorio que ilustra la labor de un intelectual comprometido, como afirmara Salvador Bueno: «No fue nunca Le Riverend el investigador erudito sumergido entre marchitos y polvorientos documentos, pero escindido de su entorno social». ⁴²

A modo de colofón de su etapa en la Biblioteca Nacional, el homenaje por sus 75 cumpleaños, en diciembre de 1987, tuvo lugar en el Palacio del Segundo Cabo, con la presencia del ministro Armando Hart, Faustino Pérez, José Antonio Portuondo y su colectivo de bibliotecarios.

Hombre culto y refinado, fue Le Riverend para sus coterráneos, y Don Julio para los latinoamericanos. Su impronta intelectual traspasó los límites del archipiélago y caló, sobre todo, en la nación azteca, que lo acogió en sus años de estudiante del Colegio de México y en el exilio político.

Maestro de varias generaciones de historiadores, el viejo profesor, ante la pretensión de estudios de doctorado, aconsejaba a sus alumnos que, solo «con nalgas de plomo» era posible alcanzar el éxito. Uno de sus discípulos, el historiador Hernán Venegas, resalta la vocación de servicio del maestro Le Riverend, su generosidad y su cubanía, cuando expresa:

Hombre inmerso en su época, sus cada vez más crecientes ocupaciones, no le impidieron mirar alrededor, cuando otros, quizás más efectistas, viraban sus espaldas al joven estudiante (...). En momentos difíciles, muy difíciles, (...) no

⁴² Salvador Bueno: «Presentación», Israel Echevarría (comp.): *Bibliografía del doctor Julio Le Riverend Brusone y Noticia biográfica*, Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1982, p. 6.

faltó la palabra de aliento, ni el consejo, ni el brazo sobre el hombro del viejo para el nuevo profesor.⁴³

Doctor Honoris Causa en Ciencias Históricas del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética (1973), Medalla al Mérito de la Cultura Polaca (1980), Distinción por la Cultura Cubana (1981), Orden Félix Varela, de Primer Grado (1982), Orden Carlos J. Finlay (1993), Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas (1995) y Premio Nacional de Historia (1998), engrosan la lista de reconocimientos a su fecunda trayectoria.

La impronta intelectual de Julio Le Riverend en la Biblioteca Nacional José Martí y en la historiografía cubana, constituyen un alto honor y privilegio con el que siempre estaremos en deuda.

⁴³ Hernán Venegas: «Nuestro maestro Julio Le Riverend Brusone», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), abril-septiembre, 1999, pp. 180-181.



María Teresa Linares, musicóloga por siempre

En 1960 las colecciones de documentos, libros y discos del recién inaugurado departamento de Música de la Biblioteca José Martí, seguramente ocuparon la atención de la musicóloga y acuciosa investigadora cubana María Teresa Linares. Su esposo, el músico, compositor y pedagogo Argeliers León, se desempeñaba como jefe del mencionado departamento.

La presencia de la doctora Linares se volvió habitual en la institución. El intenso trabajo en la catalogación de los materiales, la organización de cursos sobre música cubana, las conferencias en el Salón de actos, los conciertos y otras actividades contaron

con su asesoría. Y es que María Teresa colaboraba con Argeliers desde que este era discípulo de don Fernando Ortiz. Según refirió en una entrevista con motivo de su 80 cumpleaños, era muy buena mecanógrafa y le tecleaba los trabajos a su esposo. Además, lo ayudaba en el fichaje de los libros que necesitaba.⁴⁴

Se convirtió en su más fiel colaboradora, a la vez que se imbuía del genio creativo de Argeliers, en una simbiosis de amor y pasión por la investigación de las raíces de la música cubana. El acompañamiento de María Teresa también devino decisivo en la publicación de la *Revista de Música*, proyecto que lideró León en 1960, en el departamento de Música de la Biblioteca Nacional, el cual arrojó ocho números de estimable valor para la historiografía musical de la Isla.

María Teresa Linares Savio nació en el Cerro, La Habana, el 14 de agosto de 1920. El oído musical le llegó por la raíz paterna. Su abuelo fue director de banda, y su padre —a pesar de no ser músico profesional— llevaba el ritmo en las venas.

La joven estudió en el Conservatorio Municipal de Música de La Habana (actual Amadeo Roldán). En el prestigioso centro fue alumna del maestro Harold Gramatges. También Argeliers fue su maestro.

Muy pronto integró la Coral de La Habana. Recibió los Cursos de Verano de la Universidad de La Habana y más tarde impartió docencia en estos, alrededor de una década, destacándose en los de música folklórica que ofreció junto a su esposo.

Como profesional ocupó diversas responsabilidades con posterioridad al triunfo de la Revolución. En el Teatro Nacional de Cuba sentó las bases para la creación del Conjunto Folklórico Nacional. Fundó junto a Argeliers el Instituto de Etnología y

⁴⁴ Miriam Escudero: «De memorias y raíces con María Teresa León», *Opus Habana*, 30 de noviembre de 2001.

Folklor de la Academia de Ciencias; dirigió el Museo Nacional de la Música y se desempeñó como vicepresidenta de la Fundación Fernando Ortiz.

Sus investigaciones del folklor cubano las desarrolló desde un intenso trabajo de campo, realizando entrevistas a sus protagonistas, buscando siempre la esencia de los ritmos en las capas populares.

A pesar de habersele encasillado como investigadora de la música campesina, la doctora Linares incursionó en casi todos los géneros de la música cubana. Su testimonio lo reafirma:

(...) La *Antología de Música Afrocubana* la hice yo. Utilicé, por ejemplo, al grupo Iyesá de Matanzas, luego de que Argeliers hubiera hecho una conferencia con ellos en la Universidad. (...) Para realizar el disco sobre cantos Arará, varias muchachitas estudiantes de Musicología fueron conmigo a Jovellanos (...).⁴⁵

En su brillante trayectoria recibió premios, homenajes, en compensación a una vida consagrada a la investigación, al conocimiento profundo de nuestra identidad musical. Entre otras distinciones a su obra se encuentran el Premio María Teresa García Montes de Giberga (1958), Premio de Investigación Cultural (1999), Premio Internacional Fernando Ortiz (2000), Premio Nacional de Música (2006), Distinción por la Cultura Nacional y la Orden Félix Varela.

Teté Linares, como le llamaban sus allegados, finalizó su centenaria existencia el 26 de enero de 2021. Su obra es fuente inagotable para la cultura cubana, de ella beben, fortalecidos, sus continuadores.

⁴⁵ Ídem.



Jorge Mañach, talento y saber

El diario *Revolución* anunciaba en su edición del 30 de noviembre de 1959 la conferencia del doctor Jorge Mañach en la Biblioteca Nacional José Martí. La conmemoración del centenario del escritor y filósofo francés Henri Bergson, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1927, resultó el motivo de su disertación.

Aquella tarde, el eminente intelectual y político cubano aprovechó para agradecer a la dirección de la institución y

resaltar la importancia de las bibliotecas, texto que publicó la *Revista* el propio año de 1959:

Huelga decir cuán pertinente resulta que sea nuestra Biblioteca Nacional José Martí —con tanta competencia dirigida por la doctora María Teresa Freyre de Andrade— quien haya asumido la iniciativa de este tributo. Para decirlo con palabras ya un poco bergsonianas, las bibliotecas son espacio penetrado por el espíritu. Lo material de ellas puede consumirse, como le ocurrió a la famosa Alejandría con el incendio que tantos testimonios destruyó del saber antiguo. El espíritu, en cambio, siempre dura (lo cual es también concepto de ecos bergsonianos).⁴⁶

Desde la constancia que otorga la fotografía se observa a Mañach con el cigarro entre los dedos y acompañado de sus amigos, en el vestíbulo de la Biblioteca, luego de una amplia disertación sobre la obra de Bergson. De igual modo, desde la propia *Revista* es posible encontrar su firma o adentrarse en algunos de sus títulos o polémicas culturales que nos acercan autores como Antonio Martínez Bello y Ana Cairo Ballester.

Si se busca en el catálogo de la BNCJM los libros publicados por Jorge Mañach, más de 30 saltan a la vista; algunos corresponden a reediciones, la mayoría publicadas en Cuba durante la República Neocolonial. Un ejemplar de *Estampas de San Cristóbal*, en su primera edición de 1926, a cargo de la Editorial Minerva, exhibe la dedicatoria del propio Mañach al escritor Antonio Iraizoz, cinco años después de que viera la luz: «A Antonio Iraizoz, mi libro ya viejo y empolvado, en prenda de una nueva y limpia amistad».

⁴⁶ Jorge Mañach: «En el centenario de Bergson», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (1-4), enero-diciembre, 1959, p. 18.

Otro título significativo deviene *Indagación del choteo*, uno de los clásicos del doctor Mañach donado a la institución en julio de 1955 por quien fuera su directora, Lilia Castro de Morales. Tanto *Estampas...* como *Indagación...* se avienen a uno de los temas que ocupó la atención del intelectual: el modo de ser del cubano, en sus palabras: «observaciones sobre los rasgos peculiares y más estables de la psicología cubana». ⁴⁷

La obra escritural de Jorge Mañach sobresalió en el panorama intelectual de su época. Polémico, agudo en sus opiniones, anticomunista confeso, notable ensayista y comunicador. El crítico Max Henríquez Ureña subraya los aportes de quien fuera el primer catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de La Habana desde 1940, con la siguiente valoración:

Mañach ha legado a la posteridad una producción valiosa en alto grado, si bien su quehacer político, unido al quehacer docente, le regateó el tiempo necesario para acometer una obra orgánica, de fuerte unidad, como era capaz de hacerla. Algunos de sus ensayos han quedado, de todas suertes, como modelos: así los que componen el volumen *Historia y estilo*. ⁴⁸

En *Historia y estilo* (Editorial Minerva, 1944) el autor reúne, entre otros textos, sus discursos de ingreso a la Academia de la Historia de Cuba y a la de Artes y Letras, además del artículo gracias al cual recibió, en 1935, el Premio periodístico Justo de Lara, adjudicado ese año por primera vez.

⁴⁷ Jorge Mañach: *Indagación del choteo*, Tercera edición revisada, Editorial Libro Cubano, La Habana, 1955, p. 7.

⁴⁸ Max Henríquez Ureña: *Panorama de la literatura cubana*, Editorial Revolucionaria, La Habana, 1967, p. 417.

Sin lugar a dudas, entre los títulos publicados por el doctor Mañach, *Martí, el Apóstol*, cuya primera aparición tuvo lugar en Madrid, en 1933, se inscribe como su obra de mayor resonancia. «Esta biografía de Martí la han celebrado los mejores y además el pueblo»,⁴⁹ expresó la poetisa chilena Gabriela Mistral en 1950, para entonces con cuatros ediciones en lengua castellana.

La opinión del ensayista, periodista y estudioso de la obra martiana Luis Toledo Sande, apunta ideas esenciales con relación a *Martí, el Apóstol* y a su creador:

La grandeza de Martí, y los aciertos del biógrafo — dueño de una prosa que conserva frescura y eficacia —, le franquearon al segundo no solo las puertas de numerosas casas editoras, sino también las del aprecio de sucesivas generaciones de lectores que hallaron en sus páginas atractivo y estímulo para seguir braceando en pos de un mayor, y mejor, conocimiento de Martí.⁵⁰

A pesar de los aspectos superables, de las imprecisiones históricas y de las luces y sombras de toda creación — más cuando se pretende ahondar en la trayectoria de vida de uno de los más grandes hombres que ha dado Cuba y América — entre las biografías de Martí escritas en cualquier tiempo, constituye esta una lectura de cabecera. Es Toledo Sande quien añade que, «la debida a Mañach continúa mostrando una más ostensible calidad literaria, que se haya entre las razones más poderosas de su sobrevivencia».⁵¹

⁴⁹ Tomado de «Para una nueva lectura de *Martí, el Apóstol*», prólogo de Luis Toledo Sande a *Martí, el Apóstol*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2015, p. 6.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 22.

⁵¹ *Ibidem*, p. 23.

Jorge Mañach Robato (Sagua la Grande, 1898-San Juan, Puerto Rico, 1961), comenzó su carrera periodística en 1922, luego de recibir una consistente formación en Estados Unidos y Francia. Su vida intelectual y participación política fueron de la mano. El 18 de marzo de 1923 se encontraba entre los firmantes de la Protesta de los Trece, liderada por Rubén Martínez Villena, y el propio año se integró al Grupo Minorista, agrupación de jóvenes artistas e intelectuales que propulsaron el desarrollo de la vanguardia a través de diversos géneros, en favor de renovadas corrientes políticas y culturales.

En 1927 fundó la *Revista de Avance*, con relevantes intelectuales como Juan Marinello, Francisco Ichaso, Alejo Carpentier y Martín Casanovas, publicación defensora del vanguardismo, desaparecida con la prórroga de poder del dictador Gerardo Machado.

Tanto la promoción de la cultura nacional como la educación cultural distinguieron la trayectoria profesional de Mañach. Fundó en 1932, junto a Luis de Soto, el programa radial *Universidad del Aire*, con la finalidad de difundir temas de la historia, la literatura, la política, la economía y la sociedad de la Antilla mayor. Además, fungió como coordinador y moderador del programa televisivo *Ante la prensa*, que permaneció en pantalla durante la década del cincuenta del pasado siglo.

«El controvertido Mañach», lo llamó su alumna Graziella Pogolotti, quien destaca que «su carácter y su formación lo llevaban a un conservadurismo esencial, hecho de cautelas y de permanente búsqueda de fórmulas conciliatorias. (...) Atrapado en las contradicciones de su tiempo, no pudo plasmar, en la obra cumplida, las posibilidades latentes en su talento y en su saber».⁵²

⁵² Graziella Pogolotti: «El controvertido Mañach», *Cubadebate*, 11 de agosto de 2010, recuperado de: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2010/08/11/el-controvertido-jorge-manach/>



Juan Marinello Vidaurreta, ejemplo y actitud

El 2 de noviembre de 1898 nació en el poblado de Jicotea, provincia Villa Clara, Juan Marinello Vidaurreta, hijo de una familia perteneciente a la burguesía azucarera, quien se convirtió en un notable intelectual cubano, reconocido por su labor política y ensayística.

El importante papel desempeñado por el revolucionario comunista en las luchas sociales desde su participación en la Protesta de los Trece, y contra la dictadura de Gerardo Machado junto a líderes antimperialistas como Julio Antonio Mella, Pablo de la Torriente Brau y Rubén Martínez Villena, y más tarde al frente del Partido Socialista Popular, lo armaron

de un arsenal de vivencias que alcanzó a contar con inigualable maestría a varias generaciones de cubanos, desde la cordialidad que caracterizó su personalidad y la sapiencia que poseen los grandes pensadores.

El historiador Juan Pérez de la Riva destaca los orígenes de la relación de Marinello con la Biblioteca Nacional, la cual se remonta a los tiempos de amistad con la poetisa y bibliotecaria María Villar Buceta.⁵³ Ambos integraron el Grupo Minorista y fueron parte del intenso panorama de la vanguardia artística y literaria cubana de los años veinte.

Una vez que triunfa la Revolución se fortalece el vínculo de Marinello con la Biblioteca. Su palabra reflexiva se escuchó en más de una ocasión en el Salón de actos, donde llegó a impartir conferencias sobre temáticas que ocupaban el interés de la nación como fueron la enseñanza de la literatura, la crítica literaria, la historia, la educación, o como integrante de paneles, en compañía de personalidades extranjeras, principalmente en el acercamiento a temas del marxismo.

En medio de una vorágine creativa, el abogado de profesión y también periodista, expone acertados criterios sobre las transformaciones en el orden educacional que afronta el país y publica títulos como «Revolución y universidad» (1960), «La soberanía nacional y la paz» (1960), «Ensayos martianos» (1961), «Dos discursos sobre la reforma universitaria: en la escalinata, en el Aula Magna» (1962), «Meditación americana; cinco ensayos» (1963), «Contemporáneos, noticia y memoria» (1964), «Órbita» (1968), entre otros textos que vieron la luz a la par de discursos, conferencias y prólogos de libros.

⁵³ Juan Pérez de la Riva: «La Revista y el inventario de Marinello, el joven», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (3), septiembre-diciembre, 1974, p. 7.

El proceso de reforma general de la enseñanza en Cuba encabezado por el Gobierno Revolucionario, tuvo en Marinello uno de sus más preclaros actores, en particular lo que concierne a la universidad y a los planes de estudio en los diferentes niveles educativos. En julio de 1960 se desarrolla en la Biblioteca la Mesa Redonda sobre la enseñanza de la literatura, en la que Marinello diserta junto a la doctora Camila Henríquez Ureña acerca de los contenidos a impartir y las condiciones que necesita tener un profesor, quien debe ser portador de cultura y motivador de crecimiento intelectual.

El 22 de agosto de 1962 acompaña en conferencia al filósofo y político francés Roger Garaudy, magistral espacio que repletó el Salón de actos para escuchar sobre «La moral cristiana en la Revolución», tema que desarrolla Marinello en sostenidas polémicas con los jóvenes católicos universitarios, incluso antes de desempeñarse como rector de la Universidad de La Habana. No en balde prologaría la edición cubana de 1965 del libro *El marxismo y la moral*, de Garaudy.

Un año más tarde, en agosto de 1963, volvería al estrado de la Biblioteca Nacional José Martí, esta vez en la conferencia del filósofo alemán Bruno Kaiser, a pocos días de recibir el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Filológicas de la Universidad Carolina de Praga y a tres meses de ser nombrado embajador de Cuba en la Unesco.

Para Juan Marinello nuestro Apóstol José Martí significó una constante en su obra profesional. Fiel a su temprana y profunda vocación martiana que lo llevó a desentrañar las esencias del pensamiento del Héroe Nacional, sus contribuciones resultan indispensables para la comprensión del legado del más universal de los cubanos, principalmente en el estudio lingüístico de sus textos. Aunque sus apuntes sobre Martí comenzaron en la etapa

de juventud, la creación de la Sala Martí de la Biblioteca Nacional, en 1968, profundizó su cercanía con el Apóstol y lo vinculó de manera aún más directa con la institución bibliográfica cubana. Solía visitar con frecuencia la mencionada sala y debatir con el artífice del espacio, Cintio Vitier, y también con su esposa, Fina García Marruz, devotas almas que alimentaron el proyecto.

El cumpleaños 75 de Juan Marinello fue celebrado por instituciones cubanas e internacionales. El 25 de enero de 1974 la Biblioteca Nacional José Martí le dedicó un homenaje, y al finalizar el año la *Revista...* presentó un número especial con artículos de sus contemporáneos; dibujos de la autoría de René Portocarrero adornaron especialmente la edición.

Asimismo, publicó la bibliografía de Juan Marinello, valioso listado que incluía sus libros y lo publicado en la prensa, así como entrevistas y otros documentos del archivo personal del autor, conformado con la ayuda de su compañera de vida, María Josefa Vidaurreta, su entrañable «Pepilla», al que las bibliotecarias María Luisa Antuña y Josefina García Carranza tuvieron acceso —de manera gustosa— entre anécdotas y aclaraciones del propio Marinello. También la *Revista* publicó una cronología realizada por Marinello.

El área de Manuscritos de la Biblioteca Nacional conserva el archivo personal de Juan Marinello, un acervo documental que contiene diferentes tipologías documentales, dentro del cual se encuentran cartas, manuscritos, mecanuscritos, fotografías, y parte de su biblioteca personal.

Marinello falleció en La Habana el 27 de marzo de 1977. Fue un hombre de vida ejemplar. Una de las definiciones más completas sobre su personalidad es la del poeta y ensayista Ángel Augier: «Poeta en actos, maestro en la actitud y el ejemplo».⁵⁴

⁵⁴ Ángel Augier: *Órbita de Juan Marinello*, UNEAC, La Habana, 1968, p. 22.



María Elena Molinet, diseños de cubanía

De la estirpe mambisa de María Elena Molinet emergían su espíritu peleador y su condición de mujer apasionada y adelantada a su época. La hija del médico y general del Ejército Libertador, Eugenio Molinet Amorós, bebió, por ambas líneas, paterna y materna, anécdotas de las guerras de independencia contra el colonialismo español. «Todos los cuentos mambises, creo, tienen el valor de que me los contó oralmente mi familia mambisa. Mi infancia y mi adolescencia fueron sazonadas con

esos cuentos»,⁵⁵ refirió en entrevista a la periodista Estrella Díaz para el libro biográfico *María Elena Molinet. Diseño de una vida*.

De ahí que proyectara, con inigualable destreza y apego a la veracidad histórica, el vestuario mambí de películas cubanas como *La odisea del general José* (1968), *La primera carga al machete* (1969), *Páginas del diario de José Martí* (1971), *Baraguá* (1986), y los trajes de emblemáticos filmes como *Lucía* (1968) y *Cecilia* (1981).

Su madre, Emilia de la Peña, pasó la niñez en los campos insurrectos durante la Guerra de 1895, y al general Molinet, entre otras hazañas de orden combativo, se debe la escritura de *Cartilla instructiva de sanidad militar*, impresa en rústicas imprentas de la manigua cubana, de suma utilidad para los primeros auxilios durante la contienda bélica.

En un colegio de monjas, María Elena descubrió la pasión por el dibujo. Más tarde, el Instituto de la Víbora, la Academia Interamericana de Dibujo Comercial y la Escuela de Artes Plásticas San Alejandro, modelaron los intereses artísticos y culturales de la joven. En esta última institución coincidió con artistas como Marta Arjona, Agustín Fernández (con quien contrajo matrimonio), Ramón Suárez y Tomás Oliva.

El diseño escénico, en la especialidad de vestuario, tanto para el teatro, como para el cine y la danza, ocupó el centro de la existencia de María Elena Molinet de la Peña, nacida en Holguín, el 30 de septiembre de 1919. Al decir de Isabel Monal, amiga y colega de proyectos culturales, en María Elena Molinet «el trabajo en el diseño se despliega como una aventura de sabiduría, paciencia analítica, estudio serio, comprensión histórica

⁵⁵ Estrella Díaz: *María Elena Molinet. Diseño de una vida*, Ediciones La Memoria, Colección Majadahonda, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2014, p. 28.

del hombre, y talento artístico. Racionalidad y creatividad de la mano, como una sola».⁵⁶

Desde mediados de la década del cuarenta inicia su periplo profesional. Dibujos de publicidad, ilustraciones en revistas, y para 1955 realiza sus primeros trabajos de diseño escénico con el grupo Las Máscaras. Una temporada de exilio en Venezuela, junto a su esposo Agustín, la aleja de su tierra por involucrarse en la lucha contra la tiranía de Batista.

De vuelta a casa, en 1961, se inserta en el Teatro Nacional, con una intensa labor creativa en el diseño de vestuario escénico y se sumerge en investigaciones acerca de los aspectos técnicos, socioeconómicos y culturales de la vestimenta social, desarrollando una teoría sobre la imagen del hombre, no solo de Cuba, sino de otras regiones.

Los estudios e innovaciones de María Elena Molinet sobre la imagen del cubano y las influencias culturales que nos definen como mezcla de razas y tradiciones, las llevó a sus conferencias. Una muestra de ello fue la charla «La moda actual y el arte moderno», impartida en la Biblioteca Nacional José Martí, el 25 de julio de 1966. El mismo año en que visitó la Biblioteca Nacional obtuvo una beca en los Talleres y Almacenes de Teatro, en Bratislava, Checoslovaquia.

La Molinet, para el mundo del arte, y La Molineta para sus más cercanos, confesó que, de los varios lugares en los que trabajó, el Teatro Nacional y Teatro Estudio fueron imprescindibles. En su novena década de vida aún preparaba su libro *Imagen del hombre en Cuba* y tuvo la dicha de recibir reconocimientos como el Premio Nacional de Teatro, Premio Nacional de Enseñanza Artística y Premio Nacional de Diseño.

⁵⁶ Isabel Monal: Prólogo al libro *María Elena Molinet. Diseño de una vida*. Estrella Díaz, ob. cit., p. 13.

Amiga del pintor Mariano Rodríguez, del arquitecto Ricardo Porro y del matrimonio conformado por los intelectuales Adelaida de Juan y Roberto Fernández Retamar. Este último, sintetiza la cubanía de la Molinet en el poema *Cuando se abre la reja de tu jardín*:

*Cuando se abre la reja de tu jardín, María Elena,
no solo se oye el tintinear de los vasos, la risa
de un pintor de dieciséis años,*

*(...)
tenemos la extraña sensación de saber
que vamos a encontrarnos con quien
conserva en la sangre remota, pero siempre visible polvareda
de esa descarga de caballería
en que se hizo la patria.*

*(...)
Y que va a abrir la puerta, apenas cambiada,
la niña que al nacer, hace cincuenta años, ya parecía esa flor de
Cuba,
la mariposa fragante, pálida entre los dedos del amor.*



Rosario Novoa y el aula, «el escenario de su vida»

Como el actor, quien vibra y tiembla cada vez que se abre el telón y resuena ante los aplausos del público, la profesora Rosario Novoa, o mejor «la Novoa» —cual sonoro nombre de actriz— no superó jamás el miedo y los nervios al entrar a un aula universitaria, singular espacio al que consideró «el escenario de su vida».

En una ocasión le preguntaron si ensayaba sus clases, pues mediante sus movimientos, modulación de la voz y gestos en torno al alumnado, transmitía su pasión por el arte y

transportaba el pensamiento de sus oyentes hacia lugares de culturas tan remotas como el antiguo Egipto, Grecia o Roma.

Su magisterio caló profundo en quienes tuvieron el privilegio de ser sus alumnos, al punto de establecer una ciencia que los escoltó en el desempeño profesional: «la novoística», en la cual perduró su huella de maestra, su memoria de elefante, el espíritu laborioso de la pedagoga, signado por la crítica, el análisis histórico y el amor a la belleza.

A la enseñanza de la Historia del Arte consagró su existencia la doctora Novoa. En compañía de su mentor, el doctor Luis de Soto, lograron que se creara la cátedra de Historia del Arte, el departamento y finalmente la licenciatura.

En una ocasión afirmó: «El maestro debe tener dos condiciones: conservar el amor a la vida, y acordarse de que fue joven».⁵⁷ Y la doctora Novoa fue un evangelio vivo para sus discípulos, fiel a su vocación y orgullosa de permanecer en constante retroalimentación con los muchachos que recibió en septiembre de cada año. Su instinto maternal, de mujer sensible, aun cuando la vida no le dio la posibilidad de tener hijos propios, la acercó mucho más a los jóvenes.

La voz de una destacada alumna suya, la ensayista e historiadora Mercedes Santos Moray, evocó en su libro de testimonio *El rosario de la Novoa* a la profesora integrante del claustro docente de la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana desde 1934, graduada de Filosofía y Letras, quien coincidió con notables maestras como Mirta Aguirre, Vicentina Antuña y Camila Henríquez Ureña: «Sus clases fueron y son irrepetibles, y por eso quedaron en cada uno de nosotros (...). Desde mi pupitre la sigo, me cautivan sus giros, ese andar suyo sobre

⁵⁷ Mercedes Santos Moray: *El rosario mágico de la Novoa*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2000, p. 11.

cáscaras de huevo, nervioso pero certero a la vez, y descubro que es una mujer nada fácil. Parece que es ese el signo de su generación».⁵⁸

No solo el aula ocupó el tiempo de la doctora Novoa, aunque su mayor logro se relaciona con el hecho de haber permanecido 65 años activa en la docencia, impartiendo clases de Historia del Arte, un récord pocas veces superado en la historia de la educación cubana y en particular en el nivel universitario. También las conferencias, cursos, reuniones para la elaboración de planes y programas de la enseñanza educativa, entre otras tareas, mantuvieron en constante ajeteo a la intelectual.

Por ello no fue extraño que la Sala de Arte de la Biblioteca Nacional contara, entre sus más distinguidos colaboradores, con la doctora Rosario Novoa. Cursos sobre arte, charlas e inauguración de exposiciones, resultaron algunas de las actividades que la relacionaron con la institución.

En correspondencia con su fructífero desempeño y gracias a su longeva existencia, María del Rosario Novoa Luis (Mariel, 1905-La Habana, 2002) recogió los frutos del reconocimiento: Héroe del Trabajo de la República de Cuba, Profesora de Mérito de la Universidad de La Habana, Premio Nacional de Enseñanza Artística, Medalla Alejo Carpentier, Distinción por la Cultura Nacional, Hija Ilustre del Mariel, y un rosario de diplomas, sellos y distinciones que sobrepasan la veintena. Pero el reconocimiento más importante le llegó de la palabra agradecida de sus alumnos del Edificio Dihigo, porque aquella maestra de arte hizo del aula el escenario de su vida.

⁵⁸ Ibidem, p. 10.



Lisandro Otero González, entre el periodismo y literatura

La cuarta edición del Concurso Literario Casa de las Américas, en 1963, otorgó el premio a la novela *La situación*, del periodista y escritor Lisandro Otero González. En esa ocasión, el jurado lo integraron los cubanos Alejo Carpentier y Edmundo Desnoes, el argentino Julio Cortázar y el chileno Rubén Azócar.

A propósito del fallo, Carpentier destacó:

He votado por la novela de Lisandro Otero porque creo que se sitúa en la categoría de libros que deben escribirse actualmente en Cuba. Novela-historia-recuento; novela crónica de un pasado aún reciente, que responde, por su propósito, a un

perpetuo requerimiento de la novela: el de fijar las características y señales de un «tiempo ido» que, no por haberse «ido», por pertenecer al ayer, deja de explicar el presente... Creo que Lisandro Otero ha elegido una buena temática y se ha entendido bien con ella. (...) Por eso he votado por su novela, alegrándome de que mi voto haya coincidido con los de los demás miembros del jurado.⁵⁹

Diversos elogios y observaciones recibió Otero con motivo de su obra premiada, la primera de una trilogía que completaría con posterioridad con los títulos *En ciudad semejante* (1970) y *Árbol de vida* (1990). La valoración del dramaturgo Virgilio Piñera, bajo su seudónimo *El Escriba*, lo calificó como «un escritor de su tiempo», y señaló: «Lisandro Otero se ha lanzado a la “arena literaria” con todo el equipo de un escritor profesional, desenfadado (...). *La Situación* es un libro de libros, es decir, ha sido escrito con las lecturas más perdurables de Otero, escondidas, por así decirlo, en su memoria subconsciente».⁶⁰

No poco esfuerzo, por razones de tiempo, le llevó al autor finalizar la escritura de su novela, ante lo cual se vio obligado a solicitar una licencia de su cargo de redactor jefe de *La Gaceta de Cuba*. De ello da fe la nota publicada en febrero de 1963, en la cual se comunicaba su ausencia temporal: «Se trata de que, ante todo y por encima de todo, Lisandro es escritor. Desde hace algunos meses una novela le ronda la cabeza, tenía la mayoría de los capítulos elaborados, muchos escritos, e

⁵⁹ Alejo Carpentier: «Un jurado opina», *La Gaceta de Cuba*, (14), 15 de marzo de 1963, p. 3.

⁶⁰ El Escriba (Seud. Virgilio Piñera): «Un escritor de su tiempo». Roto-grabado de *Revolución*, 7 de octubre de 1963, p. 7.

incluso uno de ellos publicado en el último número de la revista *Unión*, pero... le faltaba el tiempo para terminarla».⁶¹

En Lisandro Otero, como en otros escritores, el oficio de periodista da paso a la creación intelectual en la narrativa. Cuando gana el Premio Casa, el joven Lisandro, nacido en La Habana, el 4 de junio de 1932, contaba en su haber con una apreciable hoja profesional en el periodismo, tanto en diarios como en revistas.

En 1950, comenzó sus estudios en la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling, y para entonces el periódico *El País* le había publicado su primera crónica sobre la música de Handel, el 9 de febrero de 1949, siendo este el comienzo de un fructífero camino en el mundo de las rotativas.

Y es que la frase «de casta le viene al galgo» bien puede aplicarse a Lisandro Otero González, pues su padre fue el reconocido periodista y maestro Lisandro Otero Masdeu (1893-1957), fecundo autor de textos periodísticos y líder gremial, quien presidió la Asociación de Repórteres de La Habana y el Colegio Nacional de Periodistas, organizó el Primer Congreso Nacional de Periodistas y fungió como primer director de la Márquez Sterling.

Sería extensísimo mencionar la trayectoria de Otero González en el periodismo, tanto en Cuba como en el extranjero, en particular en México, país donde fijó su residencia en los años noventa; solamente es válido destacar que su vasta labor abarcó la crónica de diversas manifestaciones de la cultura y las artes, la historia, la política y la literatura; además de entrevistas, reportajes y traducciones, transitando, de la mano, periodismo y creación literaria.

⁶¹ *La Gaceta de Cuba*: «Lisandro de licencia», año II, (13), febrero de 1963, p. 24.

Para suerte de quienes pretenden acercarse a su trayectoria profesional, la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí — institución que contó en varias oportunidades con las conferencias y visitas del intelectual— tuvo a bien compilar en más de un repertorio, la vida y la obra de Lisandro Otero González.

La entrega del Premio Nacional de Literatura en 2002 al autor de *Pasión de Urbino* (1966) resultó el detonante de la publicación de la *Biobibliografía de Lisandro Otero*, por la editorial Letras Cubanas, a cargo de las hermanas bibliógrafas Araceli y Josefina García Carranza, esfuerzo que promovió el donativo paulatino de Lisandro Otero de su papelería a la Biblioteca Nacional, desde finales de la década del ochenta y hasta 1994.

Un repertorio apreciable precede a la mencionada *Biobibliografía*. Se trata de la *Cronología y bibliografía de Lisandro Otero*, escrita por Tomás Fernández Robaina y publicada en Caracas, en 1993.

De manera que representa un homenaje permanente a Lisandro Otero González, la custodia y preservación de su papelería —al igual que la de su padre, que se encuentra en la institución— para las presentes y futuras generaciones de investigadores de la cultura nacional.

También, desde la *Revista* es posible acercarnos a algunos de sus textos publicados y a otros escritos sobre su obra, como la reseña realizada por Antonio Martínez Bello, en la temprana fecha de 1955, al libro *Tabaco para un Jueves Santo y otros cuentos*.

El 8 de septiembre de 2000, en el teatro de la Biblioteca Nacional, luego de que Lisandro Otero dictara la conferencia «Carné de identidad», en la cual expuso pasajes de su vida que comprendieron la época de sus estudios en la Sorbona, París, su obra periodística y literaria, así como sus múltiples funciones administrativas en instituciones culturales, recibió del entonces

director Eliades Acosta la medalla por la Fundación del edificio de la Biblioteca Nacional José Martí.

Otero González perteneció a tres Academias de la Lengua: Academia Cubana de la Lengua, Real Academia Española y Academia Norteamericana de la Lengua Española. Entre 1992 y 1995 fungió como director adjunto de la Academia Cubana de la Lengua, en ayuda a Dulce María Loynaz por sus condiciones de salud. En 2004 fue nombrado director, hasta su fallecimiento, en La Habana, la noche del 3 de enero de 2008.



César Pérez Sentenat: la memoria musical de un maestro y fundador

La historiografía de la música en Cuba reconoce la eminencia y el talento del compositor y maestro César Pérez Sentenat (La Habana, 1896-1973) por sus singulares aportes al enriquecimiento de la pianística nacional, con la producción de obras que incorporan elementos rítmicos y melódicos de nuestro folklore. No menos relevante resulta su desempeño como pedagogo, conferencista y divulgador desde la prensa y la radio, de los valores musicales que nos identifican.

En el extenso currículum del maestro Pérez Sentenat, quien además se tituló de Derecho Diplomático y Consular, sobresale su labor fundadora desde el ámbito de la enseñanza de la música en la mayor de las Antillas. Estudió solfeo y teoría con maestros como Hubert de Blanck y en París fue discípulo de Joaquín Nin Castellanos y alumno de Saint Requier, en la Schola Cantorum.

Con tales basamentos teóricos era de esperar que para 1922, con solo 26 años, se iniciara como profesor de piano y armonía en el Conservatorio Nacional, etapa en la que colaboró con los maestros Gonzalo Roig y Ernesto Lecuona en la fundación de la Orquesta Sinfónica de La Habana.

En 1924 funda junto a Amadeo Roldán la Orquesta Filarmónica de La Habana y en 1931 la Escuela Normal de Música. A su gestión se debe la creación del primer *kindergarten* y bachillerato musical conocido en Cuba.

Tales eran el prestigio y la experiencia del también profesor de piano en el Conservatorio Municipal de Música –del cual fue su director a inicios de la década del treinta– que en 1945 lo nombraron inspector provincial de música de La Habana, y en 1949, inspector general.

En la década del sesenta el vínculo del maestro César Pérez Sentenat con la Biblioteca Nacional, en particular con su departamento de Música, alcanzó relevancia. Sus responsabilidades como director general de música del Consejo Nacional de Cultura y presidente de la comisión de reforma de la enseñanza de la música propiciaron la interacción con las actividades de la BNJM.

En el Salón de actos deleitó al público con sus interpretaciones y conferencias, a las que imprimió su pedagogía, avallada desde finales de los años treinta, con la cual enriqueció

la música cubana, al producir obras de piano con un sentido didáctico, a las cuales incorporó elementos rítmicos y melódicos de nuestro folklore.

Textos de su autoría como *La literatura musical pianística a través de la historia de los instrumentos de tecla y cuerda*, de 1960, fueron publicados por el departamento de Música de la Biblioteca Nacional José Martí. En este caso el autor presentó cinco charlas sobre los antecedentes de la música pianística y su curso evolutivo, conocimientos que trasmitió al público de la Biblioteca en las tardes de noviembre y diciembre de 1960.

Asimismo, la noche del 6 de marzo de 1962, en la Biblioteca Nacional, el eminente músico y pedagogo impartió la charla titulada «La conciencia revolucionaria a través del estudio del piano». El escenario resonó con obras del repertorio infantil cubano, como *Cuatro estampas para un pionero*, interpretadas por el maestro Pérez Sentenat, quien en armonía con las transformaciones sociales de los nuevos tiempos dejaba su impronta, desde la música, en la cultura de la nación.



La Biblioteca Nacional en el magisterio de la doctora Hortensia Pichardo

Durante décadas la doctora Hortensia Pichardo prestigió con sus frecuentes visitas, cual ilustre usuaria, la Biblioteca Nacional. Las salas de la institución, una vez ubicada en el nuevo y definitivo edificio, fueron sitio de obligatoria consulta para los alumnos de la doctora Pichardo, en la etapa de su desempeño como profesora titular en las cátedras de Técnica de la Investigación Histórica e Historiografía de Cuba, durante la década del sesenta. Así lo hizo saber su entonces alumno, Eduardo Torres Cuevas:

En la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana teníamos una profesora que se llamaba Hortensia Pichardo.

Fue maestra de maestros, fue la historiadora del detalle. En aquella época no había computadoras, eran los tiempos de las fichas y de distintos tipos de ficha. Entonces teníamos que hacer las fichas de contenido, en las que Pichardo nos enseñó cómo hacerlas. Y era en la Biblioteca Nacional el lugar donde lo hacíamos.⁶²

El sagrado templo del conocimiento se convirtió en uno de los espacios preferidos para la historiadora, pues significó la extensión del aula universitaria más allá del recinto del Alma Mater. Su valoración de los fondos, en especial los de la Colección Cubana, incentivó en los estudiantes la necesidad de investigar el contenido de diversos documentos y publicaciones seriadas como fuentes de suma importancia para el estudio de historia y la cultura nacional.

Cespediana hasta la médula, la necesidad del reconocimiento de la figura del Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes, la llevó, junto a su compañero en la vida y en la profesión, el distinguido historiador y pedagogo, Fernando Portuondo del Prado —además de dejar plasmada una obra escrita— a colocar el primer busto de Céspedes en La Habana, a la entrada del Instituto de la Víbora.

Por entonces, mientras se desempeñaba como profesora de Historia en el mencionado centro de estudios, la *Revista de la Biblioteca Nacional* publicó su texto «Mercedes Matamoros. La poetisa del amor y la amistad», con motivo del cincuentenario de la muerte de la escritora cubana. Llamaron la atención, al pie del artículo, las notas biográficas sobre la doctora Pichardo y la relación de sus obras publicadas, extensa presentación que

⁶² Entrevista al doctor Eduardo Torres Cuevas, Oficina del Programa Martiano, 1ro. de diciembre de 2020.

abría las páginas a futuras colaboraciones sobre las nuevas indagaciones de la pedagoga e historiadora.

En lo adelante se le vio dictar conferencias en el Salón de actos de la Biblioteca Nacional, como la titulada «Recordemos a los héroes del 24 de febrero de 1895», cuyo testimonio fotográfico, a más de seis décadas, devela a la intelectual en sus años de madurez frente a un grupo de jóvenes estudiantes.

Al conmemorarse el 80 aniversario de la *Revista...*, la doctora Pichardo expresó:

La *Revista...*, con seriedad y maestría, aparece periódicamente para dar al lector ávido de conocer el desarrollo de nuestra cultura, una parte de ella. Los que hemos abrevado en sus páginas durante largos años, damos las gracias a la Biblioteca Nacional José Martí y a su cuerpo de trabajadores por el beneficio que reportan a los estudiosos.⁶³

La gratitud hacia una vida de consagración a la docencia y la investigación histórica llegó de manos de sus antiguos alumnos, amigos y trabajadores de la Biblioteca, en más de un aniversario de la doctora Hortensia Pichardo.

Uno de sus discípulos, el historiador Francisco Pérez Guzmán, en la celebración de los 85 años de la historiadora, sintetizó: «ejemplo de laboriosidad que le ha posibilitado con los años producir libros, folletos y artículos que han sido las armas vitales en la conquista de un respetado espacio en la historiografía cubana y el reconocimiento internacional».⁶⁴

⁶³ Hortensia Pichardo: «Testimonios», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. XXXI, no. 1, enero-abril, 1989, p. 20.

⁶⁴ Francisco Pérez Guzmán: «En el ochenta y cinco cumpleaños de Hortensia Pichardo», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), mayo-agosto, 1989, p. 246.

Hortensia Pichardo es considerada pionera de los estudios historiográficos cubanos. Su magna obra, *Documentos para la Historia de Cuba*, de obligatoria consulta hasta nuestros días, inicia un camino continuado por relevantes historiadores, al igual que *Biografía del Colegio de San Cristóbal de La Habana*, *Nicolás Josep de Rivera*, *Las primeras villas*, entre otros libros y decenas de artículos.

Tres veces doctora: en Pedagogía, Filosofía y Letras, y en Ciencias Históricas; Profesora de Mérito de la Universidad de La Habana, Heroína del Trabajo de la República de Cuba, entre otros reconocimientos a una larga y notoria existencia. Falleció en La Habana, a los 97 años, el 21 de junio de 2001.



El alma literaria de Virgilio Piñera

«Lo que cuenta, lo único que cuenta (...) es trabajar en la obra. Y por muchos motivos yo estoy en posesión de un amplio derecho a causa de mi obra y de mi entera dedicación a esta obra». Con un retrato de Virgilio Piñera y estas palabras del autor de *Aire frío*, inició María Victoria Rigueiro Rolán su trabajo de diploma *Biobibliografía de Virgilio Piñera*. El ejercicio de culminación de estudios en Información Científico Técnica y Bibliotecología, tutorado por la doctora Araceli García Carranza, dio como resultado un repertorio con parte considerable de la vida y la obra de uno de nuestros principales escritores.

El acercamiento a quien cultivó con acierto y original estilo diversos géneros literarios —como la poesía, la narrativa, el teatro, la crítica y el ensayo, además de una abundante obra como traductor, incentivó la producción de numerosos textos con posterioridad a su muerte— constituye un reto necesario, en función del justo reconocimiento de los aportes de Virgilio Piñera a la cultura cubana.

Destaca Rigueiro Rolán que «durante más de una década el insigne escritor fue el más ilustre olvidado de nuestra literatura», correspondiendo ese tiempo con la última etapa de su vida. A fines de los ochenta, para suerte de lectores y espectadores, comenzó a airarse una parte de la abundante producción intelectual piñeriana, una suerte de lenta resurrección que se hizo visible mediante la publicación de algunos libros y la puesta en escena de sus obras para teatro.

Por entonces, la colección de Virgilio Piñera es donada a la Biblioteca Nacional José Martí, de manos de su hermana Luisa Piñera y del dramaturgo y crítico de teatro Rine Leal, papeleería en la cual habita el ingenio de «la oscura cabeza negadora», como lo calificó José Lezama Lima.

Inconforme, constante provocador, creador infatigable, «ángel disfrazado de demonio»,⁶⁵ figuran entre los calificativos utilizados por los estudiosos de Piñera para nombrar al hombre incómodo, homosexual y ateo, reacio a lo grandilocuente, a lo formal, a lo solemne, quien a fuerza de talento y de una imaginación inagotable escribió de manera casi ininterrumpida, aún en los días más grises de su existencia.

Autor de una veintena de títulos solo para teatro, además de escribir poesía, cuentos, novelas y realizar traducciones,

⁶⁵ Así lo definió el periodista y crítico literario José Rodríguez Feo.

entre sus creaciones literarias sobresalen *La isla en peso; un poema* (1943), *Cuentos fríos* (1956), *El que vino a salvarme* (1970); las novelas *La carne de René* (1952) y *Pequeñas maniobras* (1986); *Aire frío* (1959), *Teatro completo* (1960) y *Dos viejos pánicos* (Premio Casa de las Américas, 1968).

Su etapa más fructífera, desde el punto de vista editorial, se ubicó entre 1959 y 1969. En esos años, además, resultó notoria su labor en publicaciones periódicas como el diario *Revolución*, en el que dejó ver sus textos bajo el seudónimo de *El Escriba*, y en el semanario cultural *Lunes de Revolución*. En este último publicó su pieza teatral *Aire Frío*, estrenada en 1962, con la dirección de Humberto Arenal.

En 1961 cumplió Virgilio Piñera 25 años de vida literaria. En marzo de aquel año subió a escena *La sorpresa*, comedia de tema social con la cual respondió a la convocatoria del Teatro Nacional, que reclamaba la representación de la vida de los obreros y campesinos cubanos. Días más tarde, el escritor visitó la Biblioteca Nacional. Una fotografía nos devuelve al Piñera fumador, en conversación con el escritor argentino José Bianco y en compañía de otros intelectuales, entre los que destacan Dora Alonso y Roberto Fernández Retamar.

La Habana celebraba entonces la segunda edición del Concurso Literario Hispanoamericano de Casa de las Américas, y a Bianco le correspondió fungir como jurado en la categoría de novela. La amistad entre Piñera y el narrador argentino databa de sus estancias bonaerenses.

En 1941 tuvo Virgilio el privilegio de haber sido recomendado a José Bianco, obra mediante, por la célebre escritora María Zambrano, para que publicase en la revista *Sur*. El encuentro físico entre Bianco y Piñera tardó varios años. Sucedió una tarde de abril de 1956, en la redacción de la mencionada revista.

En el prólogo que le redactara el intelectual argentino a *El que vino a salvarme*, resulta notable su admiración por la obra de Piñera, y en especial por su talento y dedicación:

Contrariamente a la sensación que produce en muchos de sus compatriotas, a mí Virgilio Piñera no me intimida. Él conoce mis repentinos entusiasmos (...) conoce mis defectos. Pero yo conozco de sobra sus virtudes. Conozco el candor, el valor moral, la energía, la tenacidad, la conciencia estética inflexible que este hombre disimula bajo su apariencia de estar de vuelta de todo. Lo he visto en Buenos Aires enclausrarse, llevar vida de asceta, para dedicarse por completo a su alma literaria.⁶⁶

Otro acontecimiento traería al creador de *Electra Garrigó* de vuelta a la Biblioteca Nacional: las reuniones de Fidel Castro con los intelectuales y artistas, los últimos tres viernes de junio de 1961. Dos años más tarde, el 4 de septiembre de 1963, volvería a la Biblioteca para comentar su libro *Pequeñas maniobras*.

Virgilio Domingo Piñera Llera había nacido en la ciudad de Cárdenas, Matanzas, el 4 de agosto de 1912. Entre 1937 y 1940 estudió Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana. Además, formó parte del reconocido Grupo Orígenes, siendo, en opinión de Enrique Saínz, un origenista, «por su preocupación profunda por la Isla, la nación. (...) Su cubanía radical, muy diferente a la de otros autores, lo hace un origenista».⁶⁷

⁶⁶ José Bianco: Prólogo a *El que vino a salvarme*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1970.

⁶⁷ Enrique Saínz: «El Grupo Orígenes en la cultura cubana», *Espacio Laical*, enero, 2012, p. 106, recuperado de: <http://espaciolaical.net/wp-content/uploads/2016/11/101107.pdf>

Camagüey y La Habana fueron ciudades que alimentaron el imaginario piñeriano. Asimismo, entre 1946 y 1958, Buenos Aires le abrió los brazos durante tres estancias, primero como becario de estudios de literatura hispanoamericana, luego en condición de empleado administrativo del consulado cubano, y más tarde como corresponsal de la revista *Ciclón*, dirigida por su amigo José Rodríguez Feo.

En la capital argentina contó con la admiración de Jorge Luis Borges, quien fue el primero en publicarle un cuento en la sureña nación latinoamericana: *El señor ministro*. De igual modo estrechó vínculos con el escritor polaco Witold Gombrowicz.

Quienes conocieron a Virgilio Piñera dan fe de su disciplina para trabajar, sobre todo de su gusto por hacerlo en el horario de la mañana. Contaban que, aun cuando no tenía deseos, escribía, siempre escribía. «Su pasión literaria era inmensa, absorbente, capaz de dejarlo aturdido e incapaz de ver la realidad. Sus batallas invariablemente fueron literarias y por la literatura, en la que creía con fe religiosa», expresó Antón Arrufat.⁶⁸

Con una interrogación dio título a su última pieza para teatro: *¿Un pico o una pala?*, dejándola inconclusa. La muerte le sorprendió el jueves 18 de octubre de 1979, tenía 67 años. Ese día murió *El Escriba*, mas no el alma de su arte.

⁶⁸ Carlos Espinosa: *Virgilio Piñera en persona*, Ediciones Unión, La Habana, 2011, p. 288.



Marcelo Pogolotti, dibujos y publicaciones

El 12 de julio de 1902 nació en La Habana Marcelo Pogolotti George. Sus padres Dino Pogolotti, italiano, y Grace George, norteamericana, se conocieron en Nueva York y se establecieron en la capital de Cuba. Ambos le otorgaron las primeras herramientas para el desarrollo futuro de los intereses culturales de Marcelo, quien alterna su educación entre La Habana y Europa.

Desde edades tempranas, a Pogolotti le atrae la pintura, aunque estudia, sin llegar a término, ingeniería mecánica. Lector voraz, muestra interés por las ciencias, por las corrientes

del pensamiento social e histórico y el Marxismo. En su caso se unen dos facetas, la de pintor y escritor. Acerca de esta última, su hija Graziella Pogolotti, destaca:

Pogolotti bordea en una zona de su prosa ensayística, el tema de la contraposición entre intuición y análisis. Consciente de estar jugando con estereotipos, se desdobra entre Juan Pinto, intuitivo, acicateado por impulsos puramente sensoriales y el otro, hombre de la letra, movido por el interés de traducir en síntesis los datos dispersos encontrados a través de la vida.⁶⁹

Su primera novela *La ventana de mármol* ve la luz en 1943. De dicho género también resaltan *Estrella Molina* (1946), *Segundo remanso* (1948), *Los apuntes de Juan Pinto* (1951) —novela seguida de diez cuentos y una comedia— y *El caserón del Cerro* (1961). Además, publica *Puntos en el espacio*, ensayos de arte y crítica, *El camino del arte*, *La clase media y la cultura*, entre otros textos que develan «la mirada del pintor», como expresara su hija, pues para 1938 el glaucoma lo había privado de desarrollar su talento en las artes plásticas, y en la escritura desata su torrente creativo como expresión de un pensamiento en consonancia con los tiempos. Su autobiografía *Del barro y las voces* (1968) resulta uno de sus libros más vibrantes por la amenidad del lenguaje y la presentación del panorama social y artístico de su época.

En la pintura, Marcelo Pogolotti integra la primera generación de pintores cubanos. Una veintena de óleos, y otro tanto más de dibujos y temperas conforman el arsenal pictórico de Pogolotti, entre los que destacan *Agumarina* (ca. 1931),

⁶⁹ Graziella Pogolotti: «Marcelo Pogolotti. La mirada del pintor», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (1), enero-junio, 2002, p. 94.

Obreros y campesinos (ca. 1933), *Paisaje cubano* (1933) y *El intelectual* (1937).

Bajo el título «Dibujos y publicaciones», la Biblioteca Nacional José Martí expuso su obra en octubre de 1964, y mostró una amplia bibliografía del autor. También la *Revista...* publicó textos con su firma y recordó su obra mediante las palabras de destacados intelectuales, entre los que sobresale su hija, Graziella Pogolotti, compañera de visitas a la institución.

«Hombre poliédrico», como lo calificara el pintor Manuel López Oliva, por las numerosas facetas intelectuales de su vida y los aportes a la cultura desde el conocimiento transformador y la responsabilidad, en su larga existencia, apagada el 25 de agosto de 1988, obtuvo reconocimientos como la Orden Félix Varela y el título de Doctor Honoris Causa del Instituto Superior de Arte.



Clara Porset, pionera del diseño de muebles

Para el arte cubano y latinoamericano el nombre de Clara Porset figura entre lo más notable del diseño de muebles. La creadora de la *silla butaque* –su mueble insigne, curvo, bajo, de formas orgánicas– desarrolló el gusto por el interiorismo y revolucionó conceptos del diseño industrial en tiempos del Movimiento Moderno, con propuestas que apuntaron hacia un racionalismo en función del uso. Los muebles de la artista cubana se caracterizan por su funcionalidad y bajo costo, por su ligereza y comodidad, y porque combinan elementos tradicionales con los estándares internacionales de belleza.

Clara María del Carmen Magdalena Porset y Dumas nació en Matanzas, el 25 de mayo de 1895, provenía de una familia de la alta sociedad que pudo brindarle una educación esmerada en la Universidad de Columbia de Estados Unidos, donde cursó la especialidad de Arte. Viajó por Europa, adentrándose en las corrientes vanguardistas del arte; en París amplió los estudios de Estética en la Universidad de la Sorbona, en tanto los de Arquitectura e Historia del Arte los hizo en la Escuela de Arquitectura de la capital de Francia. En esa ciudad inició su formación en la disciplina del diseño de muebles, profesión que marcaría su desempeño profesional.

De vuelta a Cuba, a inicios de la década del treinta, abre su oficina de diseño en el edificio América del Vedado, y experimenta nuevos conceptos que publica en la revista *Social*. Después del derrocamiento de la dictadura de Gerardo Machado, Clara fue nombrada directora de la Escuela Técnica Industrial para Mujeres Rosalía Abreu y de la Cátedra de Arte Industrial, al tiempo que estrecha relaciones con intelectuales cubanos de izquierda.

Cuba y México fueron sus dos patrias. Se casó con el pintor muralista mexicano Xavier Guerrero, amigo de los pintores Frida Kahlo y Diego Rivera. En la nación azteca desarrolla su carrera de manera sostenida y con éxito. Con su línea de muebles alcanza uno de los cinco premios continentales conferidos por el concurso Organic Design, organizado por el MOMA de Nueva York. En 1957 gana medalla de plata en la Trienal de Milán, Italia, con una línea de muebles realizada para el hotel Pierre Marqués, de Acapulco. La docencia, las exposiciones y las colaboraciones en revistas de diversas nacionalidades afianzan el prestigio de una artista consagrada en el mundo del diseño.

Al triunfo de la Revolución, Clara Porset regresó a Cuba y diseñó, por encargo del Comandante Fidel Castro, el mobiliario para la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos en la Sierra Maestra. Sus muebles también se ubicaron en el Instituto Superior de Arte, la Escuela Nacional de Arte, en particular, los de la Escuela de Danza y Artes Plásticas, y en algunas viviendas habaneras.

Quienes conocieron a la Porset —Clarita para sus allegados— refieren que las aulas e instituciones donde impartió conferencias se llenaban de profesionales y estudiantes. De igual manera, el Salón de actos, completó sus capacidades el 5 de enero de 1960 para escuchar la disertación de la experimentada artista sobre el mueble y su diseño.

Dos años más tarde, el 28 de mayo de 1962, a sus 67 años, regresa a la Biblioteca Nacional con la charla «Arte en la industria», actividad coordinada por el departamento de Arte de la institución, con la asesoría de su jefa, María Elena Jubrías. Por entonces se encontraba inmersa en el diseño de los muebles de la rectoría de la Universidad de La Habana y preparaba el proyecto para la fundación de la Escuela Superior de Diseño Industrial de La Habana, bajo la dirección del comandante Ernesto Che Guevara, ministro de Industrias.

Las dos últimas décadas de su vida se desarrollaron en México, lugar en el que contribuyó a la creación de la carrera de Diseño Industrial. Falleció el 17 de mayo de 1981, legando una singular obra, fruto de su obsesión por lo útil y auténtico. La Universidad Autónoma de México (UNAM) reconoce la obra de la diseñadora cubana con una beca en su nombre para la formación de mujeres diseñadoras industriales. Su biblioteca personal la donó a la Escuela de Arquitectura de la mencionada universidad.

La última voluntad de la Porset fue que sus restos descansaran en tierra cubana, expresada en carta a su amigo Juan Marinello, lo cual, lamentablemente, no se cumplió.⁷⁰ La Primera Bienal de Diseño de La Habana, celebrada en 2016, inició con una exposición de la obra de Clara, una artista de Cuba y también de América.

⁷⁰ Jorge R. Bermúdez: «Volver a Clara Porset», *La Jiribilla*, 2016, recuperado de: <http://www.lajiribilla.cu/volver-a-clara-porset/>



La cercanía de René Portocarrero

El 21 de julio de 1960 la Biblioteca Nacional José Martí fue sede de la primera exposición retrospectiva del pintor René Portocarrero. El triunfo de la Revolución lo había devuelto a la patria luego de un periplo por casi toda Europa, y los temas sobre Cuba, la mujer, las tradiciones populares y la naturaleza, su genio creativo los presenta a través de formas y colores.

En un contexto catalogado de «esplendoroso» –según María Elena Jubrías, entonces jefa del departamento de Arte de la Biblioteca Nacional– con escasos centros culturales, y con las posibilidades que ofrecían las salas y otros espacios del edificio,

la institución deviene el lugar ideal para presentar a un público ávido de conocimientos, el talento más genuino de nuestros artistas.

Una muestra de dibujos, acuarelas y bocetos del prestigioso pintor habanero nacido en El Cerro, el 24 de febrero de 1912, bajo el título «El sueño», representativa de su labor entre 1933 y 1960, reunió a entrañables amigos del artista como el sacerdote y poeta Ángel Gaztelu, integrante del Grupo Orígenes. La amistad de Gaztelu y Portocarrero se remonta a décadas atrás. Como prueba de admiración destacan las ilustraciones que le hiciera el pintor a su libro de poemas *Gradual de Laudes*, editado en 1955 y prologado por otro amigo en común, el escritor José Lezama Lima; además de la decoración que realizara en los murales del templo católico Nuestra Señora de la Caridad de Playa Baracoa, iglesia a cargo del mencionado sacerdote católico.

Las fotografías documentan la inauguración de dicha exposición, una suerte de imágenes en las que se observa al maestro con sus amigos, admiradores de su obra, también a personalidades cubanas y extranjeras, bibliotecarios y directivos. A los dibujos se unieron poemas de Portocarrero, «salidos de su angustia ante las primicias de la Segunda Guerra Mundial», en palabras de la doctora Maruja Iglesias, cuaderno que editó y distribuyó la Biblioteca a los participantes en la apertura.

El vínculo de Portocarrero con la institución bibliográfica se mantuvo latente al paso del tiempo. La variada programación cultural que ofrecía su departamento de Arte en la década del sesenta, contó entre otras novedades con la creación de grupos de aficionados a la pintura que tuvieron a René Portocarrero como profesor.

En 1961 participa en el Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba y es nombrado vicepresidente de la UNEAC. Un año más tarde pinta la serie «Color de Cuba», compuesta por figuras del carnaval. La VII Bienal de Sao Paulo, Brasil, en 1964, le concede el Premio Internacional «Sambra», por la mejor obra de conjunto presentada. Trabaja intensamente, se le reconoce con la Orden Nacional Raúl Gómez García y en 1968 el Museo Nacional de Bellas Artes, en La Habana, organiza una muestra retrospectiva de su obra.

Un suceso notable para la Biblioteca Nacional fueron las viñetas originales que realizó para la *Revista* en 1974, con motivo de la publicación de la bibliografía de Juan Marinello, su amigo desde los años treinta, cuando expuso por primera vez en el Lyceum del Vedado. Su dibujo en tinta «Pequeña Flora» fue portada de la *Revista*. Asimismo, mujeres con rostros de palomas, de flores, cual sello distintivo de su obra, adornaron las páginas de la publicación en diversos números de finales de los setenta.

La huella del artista sería recordada luego de su muerte, ocurrida en La Habana, ciudad de su inspiración, el 7 de abril de 1985. En febrero de 1987 la Biblioteca presenta una muestra homenaje a Portocarrero en su 75 aniversario. En las palabras de inauguración, la doctora Rosario Novoa resume las múltiples facetas del artista y sus aportes a la cultura de la nación antillana:

Portocarrero manejó con pulso certero los resortes del oficio en busca siempre de una realización nutrida de nuestra savia; pintor, ceramista, dibujante, creador de gráfica, comentarista agudo, nos ha legado una obra de arte que a lo largo de más de cuarenta años se inserta en la historia de

la pintura cubana, contribuyendo a su fisonomía. (...) Podía con unos trazos de lápiz crear un universo completo, con unos toques de color plasmar un mundo de imágenes... trabajador infatigable exploró las posibilidades de la forma sin cansancio ni agotamiento; de cada etapa salía renovado y enriquecido.⁷¹

⁷¹ Rosario Novoa: «René Portocarrero: artista y amigo. Palabras de inauguración de la exposición homenaje al pintor», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), mayo-agosto, 1987, p. 210.



**José Antonio Portuondo Valdor,
«maestro ideal de generaciones»**

El 18 de marzo de 1996 falleció en La Habana José Antonio Portuondo Valdor. La Biblioteca Nacional José Martí, institución que frecuentó desde principios de los sesenta, le dio la bienvenida en conferencias, exposiciones, homenajes a colegas, y en sus propios homenajes. Una gran exposición organizó la Biblioteca con motivo de su cumpleaños 75, en noviembre de 1986. En la conmemoración expresó el doctor Julio Le Riverend, su contemporáneo de batallas intelectuales:

En esta casa de los libros que atesoran la cultura cubana y universal no podía pasar inadvertido un significativo ani-

versario del doctor José Antonio Portuondo, quien a lo largo de su duradero quehacer —una cincuentena de años— ha dejado por siempre huella en la historia literaria de nuestra patria. Lo importante, en todo caso, no es la edad, en sí y por sí, sino haberla aprovechado con sabiduría y recto juicio, con alegría y entusiasmo para proseguir.⁷²

Portuondo nació en Santiago de Cuba, el 10 de noviembre de 1911. En 1941 se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana y en los años siguientes su trayectoria profesional fue aumentando en calidad e intensidad. Anterior al triunfo de la Revolución Cubana ejerció como docente en la Universidad de Nuevo México y en la de Wisconsin (Estados Unidos). También en la Columbia University de Nueva York, en la Universidad de Pennsylvania y la de los Andes, Venezuela.

Se desempeñó como rector de la Universidad de Oriente, centro de altos estudios al que legó su sapiencia y magistral ejercicio de la docencia. También la Universidad de La Habana lo contempló en su claustro profesoral, y en 1981 le entregó el título de doctor en Ciencias Filológicas. De su talante como profesor sostiene Salvador Arias:

Portuondo sorprendía a su auditorio con alguna anécdota e incluso, sorprendivos chistes, que hacían reír (...). Hay que pensar que no solo ha sido el profesor para los académicos (...) sino que también ha sido el guía afectuoso que introdujo

⁷² Julio Le Riverend: «75 cumpleaños de José Antonio Portuondo», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 78, XXIX (1), enero-abril, 1987, p. 190.

en el ámbito cultural al obrero, al campesino, al soldado o a la más sencilla ama de casa.⁷³

Crítico literario, profesor y ensayista, su obra presenta profundos análisis histórico-sociales, con un enfoque filosófico marxista. Según la profesora e investigadora Ana Cairo Ballesster, Portuondo fue quien primero aplicó a nuestra historia cultural el concepto de los intelectuales orgánicos de Gramsci. Refiere Cairo que en «Los intelectuales y la Revolución» aportó su propia definición de los grupos de intelectuales existentes en Cuba después de 1959: «políticos, clérigos, profesionales, técnicos, científicos, escritores, artistas, filósofos, entre otros».⁷⁴

El Instituto de Literatura y Lingüística, institución que ayudó a fundar, la cual dirigió durante una década hasta 1975, y en una segunda etapa hasta su fallecimiento, se honra con su nombre. En su vasta obra publicada sobresalen las conferencias en Cuba y el extranjero, los estudios sobre poesía cubana, la crítica literaria, el análisis de la obra martiana, los estudios sobre la prensa obrera, entre otros temas de la cultura cubana y latinoamericana.

La *Revista* contiene una decena de artículos suyos de un valor extraordinario, ya sean ensayos o prólogos de libros, además de la impronta que dejó en sus contemporáneos, revelada en dicha publicación. Un ejemplo es el exhaustivo análisis que publicó sobre el intelectual José Antonio Ramos bajo el título

⁷³ Salvador Arias: «Ese septuagenario llamado José Antonio Portuondo», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 73, XXIV (1-2), enero-agosto, 1982, p. 258.

⁷⁴ Ana Cairo: «Los intelectuales orgánicos en Cuba: algunas reflexiones», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 91, (1-2), enero-junio, 2000, p. 84.

«El contenido político y social de las obras de José Antonio Ramos», divulgado en el primer número de 1969.

Al cumplirse la primera década de su muerte, en 2006, la Biblioteca Nacional le rindió un homenaje. Para entonces, el investigador y ensayista Luis Toledo Sande reconoció en un artículo el heroísmo intelectual de Portuondo. Al respecto expresó:

A él le tocó cargar con las consecuencias de orientaciones que, por ejemplo, provocaron en una obra como el *Diccionario de la literatura cubana*, a cargo del Instituto que hoy lleva su nombre, muchas más ausencias que las justificables por criterios que se quedaron sin que él pudiera dedicarles otra crítica de la época. Y cargó con esos déficits — muchos de ellos ajenos a su labor y a su sabiduría — con una entereza explicable únicamente por su honrado sentido de la disciplina.⁷⁵

Fue embajador en México y en el Vaticano. Recibió las órdenes nacionales Félix Varela y Carlos J. Finlay, esta última como científico en el campo de las Ciencias Sociales. Mereció el Premio Nacional de Literatura en 1986.

El Historiador de la Ciudad de La Habana, doctor Eusebio Leal, nos entrega un hermoso testimonio sobre José Antonio Portuondo: «su manera de hablar, su prestancia impecable, su nivea cabellera, su voz suavemente modulada y sus acentos tan cubanos, hicieron de él maestro ideal de generaciones».⁷⁶

⁷⁵ Luis Toledo Sande: «A Berta, compañera», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 97, (3-4), julio-diciembre, 2006, pp. 27-28.

⁷⁶ Eusebio Leal Spengler: «José Antonio Portuondo: un testimonio», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 97, (3-4), julio-diciembre, 2006, p. 30.



Carlos Rafael Rodríguez, «entre los mejores de una legión»

En 1983, desde las páginas de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, se celebraba el privilegio de la existencia septuagenaria de tres intelectuales cubanos: Ladislao González Carbajal, José López Sánchez y Carlos Rafael Rodríguez. A este último, el doctor Julio Le Riverend lo denominó «entre los mejores de una legión»:⁷⁷

Entre los mejores de una legión, inmedible ya, de los buenos, Carlos Rafael Rodríguez ocupa un lugar incuestiona-

⁷⁷ Título de las Palabras pronunciadas por el doctor Julio Le Riverend en la inauguración de la Exposición homenaje con motivo del setenta cumpleaños del doctor Carlos Rafael Rodríguez, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (3), septiembre-diciembre, 1983, p. 163.

ble. Como Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Lázaro Peña, Jesús Menéndez, Blas Roca, supo unir a la gente, atrajo a los hombres de su pueblo más allá de las convicciones programáticas, actuó en la vida política nacional y del primer Partido Comunista desde la base hasta la dirección, combinó todo su combate con la cultura.⁷⁸

Una exposición homenaje organizó la Biblioteca Nacional en mayo de ese año, en cuya selección recogieron la amplia trayectoria profesional de quien fue estudiante de Derecho y de Ciencias Sociales, en la Universidad de La Habana y participante en las protestas estudiantiles del movimiento revolucionario de la década del treinta. «De ahí en adelante, mi vida fue la Revolución, en la que fui profundizando hasta convertirme, pocos años después, en militante del primer Partido Comunista»,⁷⁹ rememoró tiempo después, quien también se desempeñó como dirigente del Directorio Estudiantil Universitario en Cienfuegos y fundó el grupo literario Ariel.

En ocasión de las celebraciones por su 70 aniversario, con agradecimiento, el doctor Carlos Rafael, expresó: «Estoy pues, aquí de pie y contento con los 70 años. Ustedes han querido significarlos en medio de los libros. Es uno de mis medios naturales, y en él pienso refugiarme el día (...) en el que mis fuerzas no resulten útiles en otros».⁸⁰

⁷⁸ Ídem.

⁷⁹ Araceli García Carranza y Josefina García Carranza: *Biobibliografía de Carlos Rafael Rodríguez*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1987, p. 12.

⁸⁰ Palabras de agradecimiento del doctor Carlos Rafael Rodríguez en la inauguración de la exposición homenaje que le ofreció la Biblioteca Nacional con motivo de su 70 cumpleaños, el 23 de mayo de 1983,

Conocedor de la historia de Cuba y de temas de economía, Carlos Rafael Rodríguez disertó en la Biblioteca Nacional el 11 de mayo de 1962, como parte del ciclo Etapas del desarrollo económico en Cuba, con el tema «La revolución y la nueva estructura económica a partir del 1ro. de enero de 1959». A inicios de ese año, había sido nombrado presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) y gracias a su gestión como profesor de Economía de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de La Habana, fundó y dirigió la Escuela de Economía.

Carlos Rafael Rodríguez Rodríguez (Cienfuegos, 23 de mayo de 1913-La Habana, 8 de diciembre de 1997) confesó que entre libros pasó la mayor parte de sus días. El autor de *Letra con filo* —su obra cumbre de ensayos, publicada por Ediciones Unión, en 1983— perteneció a la estirpe de humanistas de talla latinoamericana y se desempeñó en disímiles responsabilidades durante sus 84 años de existencia.

Fundador de las revistas *Segur*, *Mediodía* y *Dialéctica*, cofundador junto a Juan Marinello y Ángel Augier de la Editorial Páginas, colaboró de manera activa en las publicaciones periódicas de la etapa republicana y luego en los órganos de prensa de la Revolución Cubana. Fue miembro del Comité Nacional del Partido Unión Revolucionaria Comunista y de su continuador, el Partido Socialista Popular (PSP).

Entre 1948 y 1952 le correspondió la función de acusador privado, en representación de la viuda del líder azucarero Jesús Menéndez, durante el proceso contra el asesino Joaquín Casillas Dumpuy. El juicio concluyó con un resultado exitoso, pues Carlos Rafael logró que la Audiencia de Oriente y el Tribunal

Supremo aceptaran su tesis de que el asesino fuera juzgado por autoridades civiles y no militares, según se pretendía. Como nota curiosa, Casillas Dumpuy, amparado por los gobernantes de turno, nunca se presentó a los tribunales.

Un importante reconocimiento a su vida y obra de parte de la Biblioteca Nacional resultó la publicación de su *Biobibliografía*, en 1987, a cargo de las bibliógrafas Araceli García Carranza y Josefina García Carranza. Con viñetas del pintor cubano Martínez Pedro, uno de los artistas plásticos preferidos del intelectual comunista, las autoras declararon que, «la compilación de esta obra plena y fecunda, fundadora y hacedora de una nueva sociedad en Cuba, servirá de guía a las jóvenes y futuras generaciones, que encontrarán en ella las riquezas del conocimiento verdadero y las virtudes del hombre nuevo».⁸¹

La doctora Araceli recuerda la cultura, sensibilidad y buen trato del doctor Carlos Rafael Rodríguez durante las jornadas de búsqueda y organización de la papelería personal de quien entonces se desempeñaba como vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros, al cuidado de los ministerios de Relaciones Exteriores y del Comercio Exterior, Banco Nacional de Cuba y Comité Estatal de Colaboración Económica.

En gratitud a la labor de las hermanas, en carta, el doctor Carlos Rafael Rodríguez manifestó:

(...) Es un trabajo ejemplar el que ustedes han realizado, no sé cómo encomiarlo, ahí está mi vida política y parte de mi vida privada, compendiada por ustedes de forma admirable y reseñada a través de notas inteligentes. Si algo puedo decirles es que a través de las páginas mi vida me va pare-

⁸¹ Araceli García Carranza y Josefina García Carranza, ob. cit., p. 7.

ciendo más intensa y fructífera de lo que creía y los hechos pasados cobran animación y vuelven a mi memoria con vigencia actual.⁸²

La Universidad de su Cienfuegos natal prolonga la valía del intelectual cubano al ostentar su nombre.

⁸² Carta de agradecimiento del doctor Carlos Rafael Rodríguez a las hermanas García Carranza, con motivo de la publicación de su *Biobibliografía*, La Habana, 21 de marzo de 1988.



Jaime Sarusky, «elegante y limpio por dentro»

El 14 de marzo de 1962 la Sala Circulante de la Biblioteca Nacional José Martí acogió la charla del escritor Jaime Sarusky. Se trataba de la publicación de su primera novela: *La búsqueda*, que vio la luz en 1961, y ante su magnífica acogida, al año siguiente tendría una segunda edición.

La subdirectora de entonces, la doctora Maruja Iglesias, nos describe los encuentros con escritores en la década del sesenta:

En el departamento de Circulante de la Biblioteca Nacional esas actividades se hacían informalmente con un ambiente de conversatorio en la antesala, donde se reunían los asistentes,

si eran quince se hacía y si eran diez, igualmente. Por allí pasaron, entre los que recuerdo, Salvador Bueno, a la salida de la última edición de *Cecilia Valdés*; Eliseo Diego comentando *Hijo de hombre*, de Augusto Roa Bastos; Onelio Jorge Cardoso y Félix Pita Rodríguez con sus respectivos cuentos; Jaime Sarusky y su primera novela. Las bibliotecarias de este Departamento también ofrecían comentarios sobre las novedades.⁸³

A finales de los años cincuenta, el joven Sarusky fortaleció su cultura en cursos de Literatura Francesa y de Sociología del Arte en la Universidad de la Sorbona. En 1957 participó como delegado al Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes celebrado en Moscú, y de vuelta a Cuba, en 1959, se desempeñó como periodista y jefe de rotograbado del diario *Revolución*.

Su novela *La búsqueda* obtuvo mención en el Concurso Literario Casa de las Américas en 1961. Es significativo destacar que dicho título, ese mismo año, estuvo en la preferencia del público y de reconocidos lectores. Figuró en una encuesta que realizó el suplemento cultural *Lunes de Revolución* acerca de los diez libros mejores.

La ensayista y crítica literaria Cira Romero expresó:

Su primera novela, *La búsqueda*, lo colocó en uno de los primeros peldaños de la literatura surgida con posterioridad a ese año, donde utilizó técnicas narrativas de avanzada para el tema escogido — un joven que cultiva la música popular, pero aspira a ejecutar la clásica —, aunque quizás el mayor valor de la obra sea el de incorporar los valores de la música tradicional cubana. (...)

⁸³ Maruja Iglesias: «Re-nacimiento de la Biblioteca Nacional José Martí: tiempos y tonos», ob. cit., p. 80.

Jaime Sarusky a secas. Hombre de cultura, hombre de letras. Estará siempre presente en el engranaje de la cultura cubana como un protagonista esencial. Como hijo que fue de su tiempo, lo será de todos los tiempos.⁸⁴

Nació en La Habana, el 3 de enero de 1931. Desde joven le apasionaron los temas de la inmigración, preferencia que lo conectó con sus raíces hebreas, pues sus padres fueron judíos radicados en la Isla. Escribió sobre la presencia sueca y estadounidense en la mayor de las Antillas.

Rebelión en la octava casa (novela, 1967), *El tiempo de los desconocidos* (testimonio, 1977), *La política cultural de Cuba* (coautor, 1979), *La aventura de los suecos en Cuba* (1999), y *Un hombre providencial* (novela, 2001), son algunos de sus libros publicados. Mereció el Premio Nacional de Literatura en 2004, además del Premio de Periodismo Cultural. Se le dedicó la Feria del Libro de La Habana de 2011.

Las palabras de otro grande, Fernando Martínez Heredia, a raíz de la muerte de Sarusky, el 29 de agosto de 2013, en La Habana, nos acercan a su magnitud humana e intelectual: «Tenía una cualidad que admiro mucho: la de tratar de ser justo en el juicio y no denigrar a las personas, no dejarse atraer por las mezquindades y las capillas. Sabía ser elegante y limpio por dentro».⁸⁵ El archivo personal de Jaime Sarusky Miller se conserva desde 2021 en el área de Manuscritos de la BNCJM.

⁸⁴ Cira Romero: «Jaime Sarusky en la memoria de todos». Tomado de: <https://jaimesarusky.wordpress.com/2018/12/13/jaime-sarusky-en-la-memoria-de-todos/>

⁸⁵ Fernando Martínez Heredia: «Jaime ha muerto», *Cubadebate*, 7 de septiembre de 2013.



Luis Suardíaz, el director poeta

*La historia, que es el ayer,
y que también es la vida,
me conduce y me asedia.⁸⁶*

Camagüey es cuna de poetas. En esa tierra nacieron grandes voces líricas como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Esteban Borrero, Aurelia del Castillo, Emilio Ballagas, Nicolás Guillén, entre otros ilustres. También es la cuna del poeta Luis Suardíaz Rivero, destacado ensayista, crítico literario, editor y periodista, quien vio la luz el 5 de febrero de 1936.

⁸⁶ Fragmento del poema *Ponte el alma* de Luis Suardíaz.

Durante la década del cincuenta, en el emblemático hotel Plaza de la ciudad príncipeña, el joven Suardíaz se desempeñaba como empleado de servicios cuando escribió sus primeros versos. La habitación con el número 241 se convirtió en su morada de creación. Además, el lugar fue testigo de sus acciones clandestinas en favor de la causa revolucionaria como miembro del Movimiento 26 de Julio.

El triunfo de la Revolución le dio la posibilidad de desarrollarse como periodista. Dirigió periódicos provinciales y programas de radio y televisión. Junto a Rolando Escardó organizó el Primer Encuentro Nacional de Poetas en 1960.

Su labor al frente de la Dirección Provincial de Cultura en su ciudad de origen lo vinculó directamente con el mundo de las bibliotecas, de manera particular con la creación de la Biblioteca Provincial de Camagüey Julio Antonio Mella. El local del antiguo Liceo camagüeyano, a propuesta de Ernesto Che Guevara, se convirtió en la principal biblioteca de la provincia.

Entre 1963 y 1967 Suardíaz ocupó la responsabilidad de director de Literatura y Publicaciones del Consejo Nacional de Cultura. Por esos años estrechó vínculos de trabajo con la entonces directora de la Biblioteca Nacional José Martí, doctora María Teresa Freyre de Andrade. Entre sus tareas estaba la promoción de la lectura a través de la creación de círculos de literatura, además le correspondía proveer de los libros publicados a la BNJM y a su red nacional de instituciones.

Una tarde de agosto de 1964 llegó Suardíaz a la Sala Circulante de la Biblioteca Nacional para charlar con un pequeño grupo de personas sobre la obra del poeta español Antonio Machado, el más joven representante de la Generación del 98.

No imaginó el hacedor de poesías que sería designado director de la Biblioteca Nacional en el primer semestre de 1973, en

sustitución del capitán del Ejército Rebelde y también poeta Sidroc Ramos. Recién había clausurado el Encuentro de Bibliotecarios celebrado en la ciudad de Santiago de Cuba.

En la entrevista concedida al investigador Tomás Fernández Robaina, en mayo de 2001, Luis Suardíaz revela sus prioridades de trabajo cuando llega a la Biblioteca Nacional:

En esa época, la Biblioteca Nacional y todo el país formaban una sola cabeza con muchas caras pequeñas. (...) Creo que lo que más me interesó fue comenzar a ponerme al día de cómo estaba esa gente, los fondos de las bibliotecas, sus carencias que siempre han sido grandes, intentar trazar una perspectiva para la restauración de las colecciones existentes en los fondos, (...) así como participar en la escuela nacional de enseñanza media para la formación de bibliotecarios (...).⁸⁷

Durante sus años al frente de la institución reconoce el privilegio de haber contado con la sapiencia del historiador Juan Pérez de la Riva; decisiva también resultaría su relación con valiosos profesionales como Alberto Muguercia y Carlos Fariñas, y poder contar con las magníficas conferencias que el espacio «El autor y su obra» ofreció con regularidad.

Se recuerdan entre los logros de su etapa, la inserción de un número considerable de técnicos en la Universidad de La Habana, en la carrera de Información Científico-Técnica y Bibliotecología. Esos años fueron además de estudio en la carrera de Ciencias Sociales, de la cual Suardíaz se tituló en 1976.

⁸⁷ Entrevista a Luis Suardíaz en Tomás Fernández Robaina: *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional José Martí*, Ediciones Bachiller, La Habana, 2001, p. 90.

Reconoce en la mencionada entrevista, cuán significativo resulta para la vida de un intelectual, trabajar en la Biblioteca Nacional de Cuba:

El paso por la Biblioteca Nacional es una experiencia muy importante para cualquier intelectual cubano, porque no es lo mismo venir a trabajar a ella como un investigador, de vez en cuando, que tener que administrar los fondos, a tener que pensar, por ejemplo, en lo que se debe ofrecer al público y lo que se puede perder por falta de una conservación adecuada (...).⁸⁸

A Suardíaz se le vio en la Biblioteca en las siguientes décadas, luego que finalizara su gestión directiva. Impartió conferencias, inauguró exposiciones, participó en homenajes a colegas, y publicó varios ensayos y crónicas en la *Revista*.

Su obra literaria está presente en alrededor de 15 antologías, y su currículum cuenta con varios premios y reconocimientos a su trayectoria intelectual y revolucionaria. Entre los más relevantes está la mención en el Concurso Casa de las Américas de 1966 por su libro de poesía *Haber vivido*; el Premio Nacional de Periodismo José Martí (2004) por la obra de toda la vida; la Distinción por la Cultura Nacional y la Orden Juan Marinello.

Falleció en La Habana, el 6 de marzo de 2005. A su muerte, el destacado intelectual chileno Volodia Teitelboim, expresó: «Hombres así dejan en la vida y la historia un trazo que va más allá del tiempo. (...) La revolución se enorgullece de su poesía. Hizo de ella un canto nuevo y un poderoso mensaje. Evoquémoslo sencillamente como un personaje atado a la memoria del futuro (...)».⁸⁹

⁸⁸ Ibídem, p. 93.

⁸⁹ Volodia Teitelboim citado por Lázaro David Najarro Pujol: «Luis Suardíaz: el más ilustre de los huéspedes», *Radio Cadena Agramonte*, 16 de febrero de 2009.



Carmen Valdés Sicardó en el canto feliz de los niños

El 19 de febrero de 1961 no era la primera vez que los niños y adolescentes del departamento Juvenil de la Biblioteca Nacional José Martí protagonizaban un concierto de música en el Salón de actos de la institución, sin embargo, dicha presentación cautivó al público presente con las interpretaciones del coro del mencionado departamento, pues se hicieron acompañar de instrumentos de viento y piano, ejecutados por estudiantes del Conservatorio Municipal de Música de La Habana, actual Amadeo Roldán.

Bajo la dirección de la profesora Carmen Valdés Sicardó (La Habana, 1915-1987), las voces se acoplaron al compás de ritmos cubanos, y ese día los bisoños cantantes se sintieron artistas por primera vez.

La experticia de la prestigiosa musicóloga tuvo una considerable influencia en la preparación musical de los nuevos talentos que asistían a la Biblioteca Nacional. Con sólida formación, recibida de sus maestros Amadeo Roldán y Harold Gramatges, contribuyó ella a la organización de actividades de un elevado nivel artístico.

Concursos de música, inauguración de la serie de conciertos «Música por jóvenes y para jóvenes», conferencias magistrales, entre otras actividades, organizó la maestra Valdés a inicios de los años sesenta, con los usuarios de la BNJM y sus alumnos del Conservatorio.

A Carmen Valdés se debe la introducción de los estudios de percusión como una especialidad en las escuelas de música en Cuba, además de ser una de las fundadoras de la Escuela para Instructores de Arte y de la Escuela Nacional de Arte.

La implementación de novedosos métodos pedagógicos, su sapiencia y maestría para la música y la enseñanza de esta, trascendieron a varias generaciones de estudiantes que admiraron su talento y su vocación de pedagoga. Acerca de la fibra del magisterio de la profesora, el músico e investigador Radamés Giró escribió:

La vida de Carmen Valdés estuvo unida indisolublemente a la enseñanza. Entablar una conversación con ella era sentirse inmediatamente su alumno. Tal era la fuerza de su magisterio. Pero esa sabiduría —como era verdadera— la daba sin pedantería ni pose, la transmitía con la misma naturalidad

con que respiraba. Sus conocimientos no los comunicaba de forma fría, sino que invitaba al alumno a pensar, a hurgar en las fuentes teóricas, a escuchar inteligentemente, a no andar por los caminos trillados, que, si fáciles, no dejan sedimentos duraderos.⁹⁰

Toda la música (1973), *Música* (1979), *La música que nos rodea* (1984) y *Cinco músicos latinoamericanos* (1988) sobresalen entre los títulos de su autoría.

La maestra y musicóloga Carmen Valdés siempre estuvo acompañada por la música. En uno de sus libros expresó la permanencia e importancia, la magia y el poder de comunicación que esta genera:

La música —en vivo, grabada o filmada— nos sale al paso, nos solicita hasta el asedio, por todas partes y a cada momento: en la casa, la calle, la escuela, la fábrica y el campo; en el cine, en los escenarios de grandes y pequeños teatros, en innumerables salas de conciertos y en las casas de la cultura, en los grandes espectáculos masivos y eventos políticos... Estamos, realmente, rodeados de música.⁹¹

⁹⁰ Radamés Giró: *Diccionario enciclopédico de la música en Cuba* (Tomo IV), Editorial Letras Cubana, La Habana, 2007, p. 256.

⁹¹ Carmen Valdés Sicardó: *La música que nos rodea*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1984, p. 15.



MIAMI O LAS MONTAÑAS

LA OPERACIÓN PEDRO PAN Y LA CAMPAÑA DE ALFABETIZACIÓN EN CUBA

DEBORAH SHNOOKAL

ISBN: 978-1-922501-75-2

Este libro utiliza el suceso como una ventana no solo a la relación históricamente tensa entre Cuba y Estados Unidos, sino también a la profunda revolución social que tuvo lugar en la isla después de 1959.

Es la historia de la generación que llegó a la mayoría de edad en los primeros años de la Revolución, los que se fueron con la Operación Pedro Pan y los que se quedaron, especialmente los muchachos y las muchachas que participaron en la Campaña de Alfabetización en 1961.

CAPÍTULO 4:

Ilustres visitantes del mundo



Rafael Alberti, «el poeta del mar y del pueblo»

Al poeta gaditano Rafael Alberti (1902-1999), una de las voces más reconocidas de la Generación de 1927 en la literatura española, le unieron fuertes lazos con Cuba y especialmente con La Habana. Alberti había conocido la Isla desde pequeño gracias al piano de su madre, y así lo refiere en su poema *Cuba dentro de un piano*. La evocación antillana se le impregnó en el alma al ritmo de guajiras y habaneras, a través del humo de los barcos, de las memorias del tío que regresaba de la guerra de independencia.

Décadas más tarde, al militante comunista y amigo de Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Regino Pedroso, Félix Pita Rodríguez, Ángel Augier y Juan Marinello, le resultó de sumo agrado que su hija Aitana Alberti se radicara en 1984 en la capital cubana, otro motivo que consolidó el puente cultural del bardo español con la nación caribeña y que Ángel Augier titula «La presencia extendida».¹

El lejano año de 1935 marcó la primera visita del poeta a la mayor de las Antillas, acompañado de su esposa, la narradora española María Teresa León. Arribaron al puerto habanero el domingo 16 de abril. A partir de entonces fueron frecuentes sus colaboraciones con las revistas *Mediodía* y *Orto*. Anteriormente la revista *Social* había publicado poemas de su autoría a finales de 1926, y *Carteles* dio constancia de su obra gracias a las entrevistas que le hiciera Alejo Carpentier desde París y Madrid.

Veinticinco años después, en marzo de 1960, realiza su segundo viaje a Cuba —otra vez en compañía de su esposa— en medio de un panorama político y social de total satisfacción para el autor de *Marinero en tierra*. Durante su segunda estancia se aloja en el hotel Sevilla y da junto a Guillén un recital de poesía en el teatro de la Central de Trabajadores de Cuba; un almuerzo en su honor le ofrece el escritor José María Chacón y Calvo; saluda a Ernest Hemingway en Finca Vigía, la residencia del novelista; y entre otros recorridos visita el Museo Nacional de Bellas Artes. En este último lugar —gracias al valor testimonial de la fotografía— quedó inmortalizado junto a Nicolás Guillén y José Lezama Lima.

¹ Ángel Augier: *Rafael Alberti en Cuba*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1999.

El oportuno milagro de la cámara fotográfica, una vez más, viene a revelarnos la presencia del poeta y su esposa en la Biblioteca Nacional José Martí, una mañana de abril de 1960, quizás la actividad menos referenciada de su segunda permanencia en tierra cubana.

Por esos años el matrimonio Alberti-León vivía aún su largo exilio, que inició tras la derrota republicana en la Guerra Civil Española y los condujo a instalarse en Buenos Aires, Chile y Roma. La instantánea del encuentro en la BNJM muestra al poeta junto a Maruja Iglesias, subdirectora de la institución, atento a la explicación, posiblemente por las transformaciones del centro bibliográfico como parte del proceso de democratización de la cultura que impulsaba la Revolución. Detrás, el grupo de mujeres integrado por las doctoras María Teresa Freyre de Andrade, Vicentina Antuña y Graziella Pogolotti, conversa con la esposa del escritor, María Teresa León.

En ese, su segundo viaje, también visitó la ciudad de Santiago de Cuba y el antiguo cuartel Moncada, convertido en Ciudad Escolar. La última visita de Alberti a territorio cubano la realizó en 1991, su esposa había fallecido en 1988 y esta vez llegó para ofrecer un recital de poesía en Casa de las Américas y recibir la Orden José Martí de manos de Fidel Castro, demostración de los estrechos y fuertes vínculos del poeta con la cultura y la nación cubana.

La mejor y más íntima imagen de Rafael Alberti nos la ofrece su hija Aitana:

Rafael es genial. Un poeta genial y un pintor de primera (...) Alegre, excelente decidor de versos propios y ajenos, supersticioso como buen andaluz (...) es un poeta del mar y un poeta de la calle. Mejor dicho, un poeta del pueblo, que viene

a ser lo mismo. Por serlo, estuvo casi 39 años fuera de donde debía estar. Afirmó que moriría con los zapatos puestos y así fue: no se sacudió jamás el polvo del camino.²

El Puerto de Santa María de Cádiz lo vio morir, con sus zapatos puestos, el 28 de octubre de 1999. Desde esta orilla se recuerdan sus visitas, se recitan sus versos...

² Aitana Alberti: «Aires de amistad y de cariño», *La Jiribilla*, junio de 2009. Recuperado de: <https://algundiaenalgunaparte.com/2009/07/18/dossier-de-la-jiribilla-sobre-rafael-alberti/>



Miguel Ángel Asturias, las dos visitas de un distinguido escritor

Gracias a las fotografías advertimos una primera visita del Premio Nobel de Literatura (1967) Miguel Ángel Asturias a la BNJM, en agosto de 1959. Asturias había arribado a La Habana a fines de julio de ese año, con motivo de la celebración del sexto aniversario del asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Vino en compañía de su esposa Blanca Mora y se hospedaron en el capitalino hotel Sevilla. Trajo consigo una agenda de visitas y conferencias que desarrollaría en su breve estancia, siendo la Biblioteca Nacional uno de los lugares de destino. En

aquella ocasión, el Salón de actos constituyó el espacio que acogió al distinguido visitante.

Durante la estancia del relevante novelista en la capital habanera, ante la pregunta de ¿qué opina usted de la Revolución Cubana?, respondió: «Un hecho admirable en América. Es la demostración de que los pueblos de América Latina tienen conciencia de su destino».³

No obstante, hubo una segunda visita a la Biblioteca el 8 de febrero de 1960, ocasión en que, amén de compartir experiencias sobre el contenido y la escritura de su novela *El Señor Presidente*, concurrieron distinguidas personalidades de la cultura cubana y de otras latitudes.

En el Local de Seminarios, donde se impartían, además de conferencias, los talleres de técnicas bibliotecarias y otros encuentros de superación destinados a especialistas de la información, esa tarde de inicios de febrero de 1960, destacaron en el auditorio el profesor y estudioso de la obra martiana Manuel Pedro González, así como el escritor Max Henríquez Ureña.

La novela *El Señor Presidente* vio la luz en 1946, proceso creativo que demoró varios años. Pionera de la corriente literaria del realismo mágico, sus páginas transmiten las terribles condiciones que vivió la sociedad guatemalteca bajo la dictadura del presidente Manuel Estrada Cabrera. Un fragmento de la mencionada obra basta para adentrarnos en el panorama social de los más desfavorecidos en la Guatemala de las dos primeras décadas del siglo XX:

Los pordioseros se arrastraban por las cocinas del mercado, perdidos en la sombra de la Catedral helada, de paso hacia la

³ Manuel Díaz Martínez: «Entrevista con Miguel Ángel Asturias», *Hoy*, 28 de julio de 1959, p. 6.

Plaza de Armas, a lo largo de calles tan anchas como mares, en la ciudad que se iba quedando atrás íngrima y sola.

La noche los reunía al mismo tiempo que las estrellas. Se juntaban a dormir en el Portal del Señor sin más lazo común que la miseria, maldiciendo uno de los otros, insultándose a regañadientes con tirria de enemigos que se buscan pleito (...).⁴

Miguel Ángel Asturias Rosales (1899-1974) se convirtió en un estudioso de la Antropología y la Lingüística, disciplinas que enriquecieron su obra literaria y le permitieron plasmar la esencia de las raíces culturales indígenas de su Guatemala natal. Escribió cuentos, poemas, novelas, ensayos, y en menor número teatro. *Leyendas de Guatemala* (1930), en la cual abordó la vida y cultura del pueblo maya, estuvo entre las obras más conocidas en Cuba.

Hombres de maíz (1949), *Viento fuerte* (1950), *Los ojos de los enterrados* (1960), *Mulata de tal* (1963), *Dique seco* (1964), *Latinoamérica y otros ensayos* (1968), *Malandrón* (1969) y *Viernes de dolores* (1972), integran una parte de su vasta producción intelectual.

En 1966 obtuvo el Premio Lenin de la Paz. Fue el primer guatemalteco en recibir un premio Nobel, y uno de los intelectuales más profundos y comprometidos con la defensa cultural de los pueblos de América Latina.

⁴ Miguel Ángel Asturias: *El Señor Presidente*, Ediciones La Tertulia, La Habana, 1960, p. 5.



Gilberto Bosques, la hermandad entre México y Cuba

En el año del centenario de nuestro Apóstol José Martí, comenzó Gilberto Bosques Saldívar su misión diplomática en La Habana, poco después de los sucesos del 26 de julio de 1953, cuando un grupo de jóvenes revolucionarios asaltaron, bajo la conducción de Fidel Castro, los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes.

Se abría entonces el último capítulo de la carrera en el oficio de la diplomacia del llamado «Schindler mexicano», prolongada esta vez durante 11 años, ya no en la España de la Guerra Civil, en la cual protegió a republicanos perseguidos, ni en la

Europa nazi de la Segunda Guerra Mundial cuando salvó a numerosos judíos de Francia, otorgando visados mexicanos, sino en la Cuba que comenzaba a arder en el fuego de la lucha clandestina por derrocar la dictadura batistiana.

Según el historiador Sergio Guerra Vilaboy, desde la llegada de Bosques a la mayor de las Antillas fue manifiesta su simpatía por los revolucionarios cubanos. En ese sentido, destacó: «Hay que decir que bajo su dirección, la embajada de México en La Habana, se convirtió en refugio seguro de decenas de opositores a la tiranía, a muchos de los cuales salvó la vida a riesgo de la suya propia».⁵

Si bien la gestión de Bosques en temas de asilo político a cubanos resultó notable durante la dictadura de Fulgencio Batista, con sobresalientes nombres de luchadores a quienes protegió, como fue el caso de los hermanos Fidel y Raúl Castro Ruz, también se extendió con posterioridad a 1959, con lo cual expresó «una función humanitaria más allá de las afinidades político-ideológicas»,⁶ fundamentada en las históricas relaciones de hermandad entre ambas naciones y en el sentido de la ética del hombre que centró su existencia en función de la justicia, la democracia y el bien colectivo.

El respeto y reconocimiento hacia el representante de México en la Cuba revolucionaria superó los predios políticos, haciéndose notorio en el ámbito de la cultura. Nos encontramos, además, frente a un Bosques poeta, con una sensibilidad y gusto

⁵ Sergio Guerra Vilaboy: «Sobre Gilberto Bosques, a propósito de la llegada a Cuba del nuevo embajador de México», ADHILAC Internacional, julio de 2019. Recuperado de: <https://adhilac.com.ar/?p=15403>

⁶ Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques: *Gilberto Bosques y su ejercicio de la práctica del asilo en Cuba, 1953-1964*, (Ensayo), 27 de marzo de 2018, p. 6. Recuperado de: https://centrogilbertobosques.senado.gob.mx/docs/EN-GilbertoBosques_Cuba_270318.pdf

estético que volcó en la poesía y en la admiración por las artes en general, lo cual tuvo su antecedente en su relación con los artistas y escritores revolucionarios.⁷ Por ello no asombra su presencia reiterada en la Biblioteca Nacional José Martí, institución que visitó en varias ocasiones, unas veces en calidad de invitado de honor, y otras como protagonista de homenajes y conferencias.

La primera visita de Gilberto Bosques a la Biblioteca quedó registrada en la fotografía del 27 de abril de 1959, en aquellos meses iniciales de refundación. Sentado en primera fila y acompañado de su esposa, la profesora María Luisa Manjarrez, presenció el acto por el centenario de la muerte del científico y viajero alemán Alejandro de Humboldt.

Al año siguiente, el deceso del ensayista, crítico y narrador mexicano Alfonso Reyes trajo al distinguido embajador de vuelta a la institución, la tarde del 12 de febrero de 1960. El panel en memoria del gran maestro de las letras hispanoamericanas, fallecido el 27 de diciembre de 1959, estuvo presidido por el excelentísimo diplomático, con la participación de los doctores José Antonio Portuondo y María Teresa Freyre de Andrade. La instantánea nos devuelve al señor Bosques Saldívar en ademán de disertación, en un año importante para la historia mexicana, pues se conmemoraba el sesquicentenario de la independencia del hermano país azteca.

El último lustro de la misión diplomática de Gilberto Bosques en Cuba coincidió con el ambiente pródigo en conferencias, homenajes y exposiciones de la BNJM, como fue el caso de la exposición del pintor René Portocarrero, el 21 de julio

⁷ Véase Enrique Camacho Navarro: «Gilberto Bosques y los artistas revolucionarios», *TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos*, (37), enero-junio, 2003. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/898/89803705.pdf>

de 1960. En la inauguración de la muestra retrospectiva del prestigioso artista habanero se encontraba el embajador mexicano como parte del público, cuya admiración hacia los dibujos, acuarelas y bocetos también fue captada en las fotografías.

Las instantáneas tomadas a Gilberto Bosques en la Biblioteca Nacional constituyen fiel evidencia de la importante relación del embajador con dicho centro y la cultura nacional. Otras imágenes nos lo presentan en el Salón de actos en compañía de intelectuales de la talla de Alejo Carpentier, Vicentina Antuña y Graziella Pogolotti. El testimonio de esta última, lo certifica:

El embajador mexicano Gilberto Bosques tuvo mucha relación con la cultura cubana en general, y en particular con la Biblioteca Nacional. El intercambio entre Bosques y la Biblioteca en los años sesenta se debió, en gran medida, al prestigio del diplomático y a la ayuda crucial que brindó a los revolucionarios cubanos durante la dictadura de Batista. Es probable que Bosques y la doctora María Teresa Freyre de Andrade se conocieran desde antes de 1959. En esos años la Biblioteca Nacional José Martí marcó la vida cultural del país, no solo con intelectuales cubanos, siempre que venían intelectuales de otros países visitaban la Biblioteca, y era, además, el lugar donde se conmemoraban determinados acontecimientos de la cultura cubana y universal. Recuerdo el homenaje a Sarmiento.⁸

Gilberto Bosques Saldívar nació el 20 de julio de 1892, en Chiautla de Tapia, estado de Puebla. Desde el hogar recibió las primeras influencias de ideas revolucionarias y las lecturas que sedimentaron su futura personalidad en la política nacional y exterior. Diri-

⁸ Comunicación telefónica con la doctora Graziella Pogolotti, 21 de julio de 2023.

gió el Movimiento Estudiantil Maderista de Puebla y participó en la conspiración encabezada por Aquiles Serdán, considerado el primer mártir de la Revolución mexicana, trayectoria que le valió para desempeñarse como diputado constituyente en su Puebla natal, legislador federal y candidato a gobernador.

Luego de titularse de maestro de educación primaria y superior en el Instituto Normalista de Puebla, Bosques organizó el primer Congreso Pedagógico Nacional, en 1916, donde se planteó una reforma educativa. En la capital mexicana ejerció el periodismo y dirigió el diario *El Nacional*, órgano del Partido de la Revolución Mexicana. Sin embargo, fue la política exterior el área donde desarrolló su humanismo, y desde el cual jugó un papel activo como parte de la generación responsable de la construcción del Estado posterior al proceso revolucionario.

Don Gilberto Bosques recibió múltiples reconocimientos en su México natal y desde las distintas geografías que fueron testigos de su notable desempeño diplomático. Según destacó en entrevista el embajador mexicano en La Habana Miguel Ignacio Díaz Reynoso, además de la vital ayuda en temas de asilo y el amor que Bosques sintió por la Perla del Caribe, «quiso acercar a Estados Unidos y Cuba, en un contexto mundial muy complicado y de gran hostilidad (...). Y toda esa labor la ejerció don Gilberto desde la necesaria discreción que implica el trabajo diplomático».⁹

Gilberto Bosques Saldívar fue un ciudadano del mundo, «el gran negociador», «el adalid del asilo diplomático» como también le nombraron. Su centenaria existencia finalizó el 4 de julio de 1995, a la edad de 103 años.

⁹ «Gilberto Bosques, un mexicano que ama a Cuba». Entrevista al embajador Miguel Ignacio Díaz Reynoso, *Universidades* (84), abril-junio, 2020, p. 100. Recuperado de: <http://udualerreu.org/index.php/universidades/article/download/107/124/>



De Casa de las Américas a la Biblioteca Nacional José Martí

El mes de enero nos regala cada año una nueva edición del Premio Literario Casa de las Américas, uno de los símbolos de la institución, que se erige entre las de mayor prestigio en la región latinoamericana. Desde la primera edición en 1960, dicho concurso nos adentra en expresiones genuinas de nuestra identidad, manifestadas a través de géneros como el teatro, la novela, el ensayo, el cuento, y más tarde con la inclusión del testimonio.

La más alta estela de constelaciones de la intelectualidad latinoamericana y de otras latitudes, arribó a Cuba en enero de 1960 para la premiación del entonces Concurso Literario

Hispanoamericano, devenido Premio Casa de las Américas en 1965. El jurado lo integraron una larga lista de personalidades encabezada por los cubanos Alejo Carpentier y Nicolás Guillén, a los que se sumaron Virgilio Piñera, Lino Novás Calvo, Eduardo Manet, Humberto Arenal, Mario Parajón, Mirta Aguirre, Jorge Mañach, Enrique Labrador Ruiz, entre otros valiosos escritores del patio. De los extranjeros, destacaron, Miguel Ángel Asturias, Carlos Fuentes, Roger Callois y Miguel Otero Silva.

Carpentier tuvo la iniciativa —en coordinación con la dirección de la BNJM— de invitar a varios intelectuales que fungieron como jurado o fueron premiados, quienes se presentaron en una serie de encuentros que llevó por nombre «Autores en la Biblioteca Nacional», los cuales propiciaron el intercambio entre el público lector y consagrados exponentes de las letras, así como con noveles escritores que se abrían paso en el panorama literario de América Latina.

A la luz de seis décadas, y ante el valor que le confiere a la historia de la Biblioteca Nacional, constituye un honor presentarlos.

La primera visita le correspondió al novelista mexicano Carlos Fuentes (1928-2012), el 26 de enero de 1960, con la charla «La moral norteamericana a través de Moby Dick». La doctora María Teresa Freyre de Andrade, en calidad de anfitriona, presentó al joven latinoamericano, quien hacía muy poco tiempo había debutado con *La región más transparente*, cuya obra se considerara iniciadora del llamado *boom* de la nueva novela hispanoamericana.

Al día siguiente, Roger Caillois (1913-1978) se presentó acompañado por Alejo Carpentier, en calidad de traductor al castellano de la charla «Lo fantástico en la literatura». El notable escritor francés, antropólogo y crítico literario fungió como

jurado en el apartado de ensayo del concurso de Casa de las Américas. Existe un premio que lleva su nombre y se otorga cada año desde 1991 por el Pen Club de Francia, la Maison de l'Amérique Latine y la Sociedad de Lectores y amigos de Roger Caillois. En 2011 le fue concedido el premio Roger Caillois de literatura latinoamericana al novelista cubano Leonardo Padura.

Las disertaciones generalmente sucedían en la tarde-noche. Los anuncios en la prensa, principalmente en el diario *Revolución*, informaban sobre lo que acontecía en materia literaria en una de las instituciones culturales más importantes de la capital.

Al mes siguiente, el 8 de febrero de 1960, llegaría el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, con la conferencia «El Señor Presidente», título de su novela homónima publicada en 1946.

Indudablemente, los encuentros literarios que sucedieron entre enero y febrero de 1960 revelan el intenso quehacer cultural que se gestaba en la Biblioteca. Las bondades que ofrecía su edificio, materializaban los anhelos y empeños de intelectuales que confluían, con frecuencia, en sus salas y en el teatro.

Una segunda visita de escritores, al año siguiente, tuvo lugar en la BNJM, esta vez con motivo de la segunda edición del Premio Casa. En marzo de 1961 la institución bibliotecaria ofreció un coctel de bienvenida a intelectuales que fungieron como jurado o fueron galardonados, y autores como el argentino José Bianco y el mexicano Juan José Arreola disertaron sobre temas literarios, acompañados de personalidades cubanas.



Manuel Galich y el teatro como arma de la cultura en Latinoamérica

Los textos de Manuel Francisco Galich López para el teatro, hacia finales de los años treinta del pasado siglo XX, iniciaron en su natal Guatemala una visión moderna con fuerte raíz costumbrista.

Su coterráneo Mario Alberto Carrera expone en la siguiente cita una valoración integral de la impronta teatral del escritor, dramaturgo y político, nacido en la ciudad de Guatemala, el 30 de noviembre de 1913.

Es con Galich y sus esfuerzos no solo de dramaturgo sino de organizador de conjuntos y grupos teatrales, que surge una actividad dramática con gérmenes, ya, de la importancia humanística y espiritual que el teatro siempre ha revestido (...) Lo hecho por Galich –dentro y fuera de las fronteras patrias– es relevante para el teatro guatemalteco y latinoamericano. Este literato es no solo uno de los pilares de nuestra dramaturgia, sino también una de las columnas más sólidas del teatro continental.¹⁰

La herencia del teatro le llegó a Galich por sus tíos Mario y Marilena López, teatristas de prestigio en las tablas guatemaltecas. Cuentan que, siendo muy joven, debutó como actor con la Compañía Infantil de Guatemala, en el Teatro Variedades. Pero la escritura ganó a la incipiente vocación de actor, dando paso a una fecunda carrera, con numerosas obras y artículos para la prensa.

Relevante personalidad política, Manuel Galich se tituló de maestro de educación primaria y más tarde de abogado y notario, en la Universidad de San Carlos. Entre 1944 y 1945 fue presidente de la Asamblea Legislativa de la República y magistrado de la Junta Nacional, ministro de Educación Pública durante el gobierno de Juan José Arévalo y de Relaciones Exteriores en la etapa presidencial de Jacobo Árbenz, además, embajador de Guatemala en Uruguay y en Argentina.

Desde 1954 se encontraba Galich exiliado en Argentina y luego del derrocamiento del gobierno de Jacobo Árbenz, La

¹⁰ Mario Alberto Carrera: *Ideas políticas en el teatro de Manuel Galich*, Universidad de San Carlos de Guatemala, Ciudad de Guatemala, 1982, p. 2.

Habana lo recibe en 1962 y para siempre, hasta su muerte, ocurrida el 31 de agosto de 1984.

En 1961, su obra *El pescado indigesto*, mereció el premio de teatro del Concurso Literario Hispanoamericano de Casa de las Américas, institución que le abrió sus puertas, primero como asesor de la presidencia y más tarde en el cargo de subdirector, entre 1962 y 1971, a petición de su presidenta Haydée Santamaría. En Casa fungió como director-fundador del departamento de Teatro, hasta su fallecimiento, además, como jurado del Premio Casa y en la creación y dirección de la revista de teatro latinoamericano *Conjunto*.

La recién creada Escuela de Historia de la Universidad de La Habana precisaba fortalecer su claustro de docentes y resultó Galich el indicado para impartir la asignatura Historia de América y dirigir la Cátedra de dicha materia, que también llevó a cabo en las carreras de Artes y Letras. Recuerdan sus alumnos el dinamismo, la autenticidad y el sentido del humor de sus clases.

Antes de pisar los predios del Alma Mater, el intelectual guatemalteco es invitado a una conferencia en la Biblioteca Nacional José Martí, el 31 de agosto de 1962. «La conciencia antimperialista en América Latina» ocupó el centro de su discurso, temática latente por aquellos días, luego de la indignación causada por los disparos al edificio Sierra Maestra, la noche del 24 de agosto, ejecutados desde dos lanchas torpederas norteamericanas. El inmueble, ubicado en la zona residencial del reparto Miramar, albergaba gran cantidad de estudiantes y familias cubanas.

En otra oportunidad, el 24 de abril de 1963, la Biblioteca volvió a recibir al profesor Galich para comentar la novela *Hijo de*

hombre, del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, publicada en 1960.

Cuba, su segunda patria, lo homenajeó con diversos reconocimientos como la Orden Félix Varela de Primer Grado, Profesor de Mérito en la categoría de Docente Especial de la Universidad de La Habana, la Distinción por la Cultura Nacional y la Medalla José Tey, entre otros premios a su trayectoria. Nunca más regresó a su natal Guatemala.



Roger Garaudy y sus conferencias en La Habana

Poco tiempo faltó para que el filósofo francés Roger Garaudy celebrara su centenario. Había nacido en Marsella, en 1913, y la muerte le llegó en París, el 13 de junio de 2012. Miembro del Partido Comunista Francés y catedrático de La Sorbona, en 1953 se doctoró en Ciencias Políticas por la Universidad de Moscú y fundó y dirigió el Centro de Estudios e Investigaciones Marxistas.

A inicios de febrero de 1962 Garaudy visitó La Habana como integrante de un grupo de profesores de universidades europeas que tenían el propósito de impartir conferencias en el

contexto de la Reforma Universitaria. La reestructuración de la enseñanza superior cubana constituía una necesidad ante los nuevos cambios implementados por el Gobierno Revolucionario y era importante, en el entramado educativo nacional, la implementación del marxismo, con la intención de acercar la Universidad al pueblo trabajador, en función del desarrollo económico y social de la nación.

A la asesoría para la enseñanza de la filosofía en Cuba, la elaboración de programas y manuales, así como a la preparación de docentes universitarios, de conjunto con directivos de rango nacional, estaba convocado el pensador galo, junto a otros científicos, principalmente provenientes de las Repúblicas socialistas europeas.

El diario *Revolución* anunciaba, en una breve nota, la presentación del notable filósofo y escritor francés, en el Salón de actos, la tarde del 22 de agosto de 1962:

El aporte de Roger Garaudy a las letras y las ciencias marxistas, especialmente a través de sus magníficos libros y sus conferencias, es mundialmente conocido. Su personalidad y el tema de la charla que brindará permiten anticipar que la disertación resultará un nuevo éxito.¹¹

Le correspondió al entonces rector de la Universidad de La Habana, doctor Juan Marinello, líder del proceso de reforma en la universidad cubana, presentar la disertación de Garaudy. Ambos intelectuales se conocían desde finales de la década de 1940, cuando coincidieron en el Congreso Panamericano de la Paz.

¹¹ *Revolución*, Segunda edición, 22 de agosto de 1962, p. 4.

«Moral cristiana y moral comunista» fue la temática de la conferencia del filósofo francés en la BNJM, cuya salutación, dirigida a un público que abarrotó el teatro, tradujo el abogado y periodista cubano Juan Arcocha.

El político y pensador, desde su postura marxista, con un enfoque metodológico y crítico, abogó por el diálogo con el cristianismo, pues consideraba que compartían valores en común, aprovechables en la construcción del socialismo y se debían exponer, con claridad, los argumentos para quienes no eran marxistas. En relación a este tema, expresó:

Hay que ir con audacia a la ofensiva, a la conquista, sin ningún temor de ir a buscar al adversario en su campo, de aprender a expresar nuestra verdad en un lenguaje comprensible para él y que le conmueva; de atraparle donde quiera que esté y servirnos de sus mejores armas (...).¹²

Contrario a la enseñanza dogmática del marxismo y teniendo en cuenta las realidades históricas y culturales de los pueblos, consideraba cardinal la conexión del marxismo con la herencia cultural anterior de la nación, es decir, con su historia.

Entre septiembre de 1962 y enero de 1963, Garaudy lideró, en calidad de teórico, el curso «Raúl Cepero Bonilla» que, de manera acelerada, preparó a los profesores que integrarían las cátedras de Filosofía en las universidades cubanas.

Estudiosos de su obra coinciden en que, luego de sus visitas a La Habana, Garaudy se convierte en uno de los primeros

¹² Roger Garaudy citado por Edwin M. Cortés Sánchez: «Roger Garaudy y la Reforma de la Educación en Cuba (1962)». Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/305304536_ROGER_GARAUDY_Y_LA_REFORMA_DE_LA_EDUCACION_EN_CUBA_1962

intelectuales críticos de los errores filosóficos de Stalin y sus consecuencias, principalmente en lo concerniente al dogmatismo y al culto de la personalidad.

El 14 de junio de 1962, en una asamblea de filósofos comunistas presidida por Maurice Thorez, político francés y secretario general del Partido Comunista de esa nación, Garaudy presentó un informe sobre las tareas de los filósofos comunistas y la crítica de los errores filosóficos de Stalin.

Personalidad polémica la del filósofo francés, en la década del setenta fue expulsado del Partido Comunista, más tarde se inició en la religión del islam y desarrolló una carrera política en su país natal. Dejó una vasta obra en la que destacan títulos publicados por editoriales cubanas como *Las tareas de los filósofos comunistas* (1962), *Metodología del marxismo* (Ediciones ISE, 1963), *Dios ha muerto; un estudio sobre Hegel* (Ediciones Revolucionarias, 1966) y otros títulos anteriores como *La libertad* (1955), *Introducción a la obra de Antonio Gramsci* (1957) y *Perspectivas del hombre* (1959).



La devoción martiana de Manuel Pedro González

«Porque José Martí es —después de Cervantes— el espíritu más ecuménico que la cultura hispana ha producido. Su pensamiento, su ética y su conducta tienen una marcada proyección universal»,¹³ expresó el profesor y crítico Manuel Pedro González (1893-1974) ante la estatua de nuestro Apóstol, en el Parque Central de La Habana, con motivo de su centenario.

El pensamiento y la obra martiana calaron desde muy temprana edad en la formación del entonces joven inmigrante

¹³ Manuel Pedro González: «Discurso pronunciado durante la ofrenda floral en el Parque Central de La Habana, 20 de febrero, 1953», *Anuario del Centro de Estudios Martianos* (26), 2003, p. 185.

canario Manuel Pedro del Sacramento González Fernández, natural de Breña Baja, Santa Cruz de la Palma, Islas Canarias. Su devoción martiana tuvo sus orígenes —según él mismo cuenta— mientras trabajaba en una bodega del occidente cubano y cayó en sus manos «una insignificante biografía novelada de Martí publicada anónimamente».¹⁴

La vida de Manuel Pedro González transcurre entre Cuba y Estados Unidos. En la Universidad de La Habana, a inicios de la década de 1920 obtiene títulos de Doctor en Leyes, y en Filosofía y Letras. Poco después inicia su carrera como profesor de español en el Goucher College, en Maryland, y desde 1924 hasta su jubilación en 1958, ocupó la cátedra de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California.

El vínculo de Manuel Pedro con la Biblioteca Nacional se establece con la creación de la asociación Amigos de la Biblioteca Nacional, de la cual integra su primera directiva con el cargo de vocal, junto a prestigiosos intelectuales como Joaquín Llaverías, Francisco González del Valle, Nicolás Guillén, Benigno Sousa, Félix Lizaso y José Antonio Ramos. Sobre la labor profesional de este último escribió en varias ocasiones.

En 1954 ve la luz su texto «El culto a Martí en la Argentina», publicado en la *Revista*, donde subraya que: «Martí es tan americano como cubano. Su labor y su vida toda tienen proyecciones continentales —y hasta universales— (...)».¹⁵

La presencia física del catedrático en la Biblioteca Nacional José Martí —una vez que se ubica en su nuevo y definitivo edi-

¹⁴ Manuel Pedro González en Cintio Vitier: «Manuel Pedro González y la Sala Martí: De un discurso inaugural», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (1), enero-abril, 1968, p. 94.

¹⁵ Manuel Pedro González: «El culto a Martí en la Argentina», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), abril-junio, 1954, p. 57.

ficio, con el nombre del Héroe Nacional de Cuba — se constata a través de tres instantáneas. En febrero de 1960 se le ubica en el auditorio de la conferencia del escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, junto a su amigo, el escritor y abogado dominicano Max Henríquez Ureña, con motivo de la primera edición del Concurso Literario Hispanoamericano.

Su amistad con el matrimonio integrado por Cintio Vitier y Fina García Marruz, fervientes martianos, lo acerca mucho más a la institución bibliográfica cubana. Desde 1960, el profesor Manuel Pedro González en sus visitas a Cuba advierte la necesidad de crear un espacio de culto a nuestro Apóstol, una sala que se convertiría en «el único monumento digno de Martí que Cuba le ha erigido hasta ahora», según sus palabras, pronunciadas en el discurso de inauguración de la Sala Martí, sueño convertido en realidad la mañana del 28 de enero de 1968.

Destaca Vitier la visión organizativa de Manuel Pedro con relación al funcionamiento de la mencionada Sala y su énfasis en la necesidad de que se publicase un boletín anual con la bibliografía martiana activa y pasiva, selección de artículos en lenguas extranjeras, bibliografía crítica, libros, folletos y tesis con significativos estudios sobre José Martí desde cualquier parte del mundo.

En otra ocasión, también en la década del sesenta, Manuel Pedro integraría un panel junto a la directora de la institución, doctora María Teresa Freyre de Andrade, Max Henríquez Ureña y Cintio Vitier, en el Salón de actos de la Biblioteca.

Personalidades cercanas al prestigioso académico, como el crítico y catedrático norteamericano Ivan A. Schulman, reconocen que Manuel Pedro fue un escritor polémico, al que no le interesaba lo manido y buscaba replantear cuestiones espinosas. «Bajo un exterior, a menudo austero y brusco,

latía el corazón de un ser generoso y tierno». ¹⁶ Así lo describió Schulman.

Según la escritora cubana Elsa Vega Jiménez, el ilustre canario «nos ha legado literatura abundante y valiosa, con un caudal inagotable de información. La bibliografía activa cuenta con veinte libros publicados, cientos de artículos, reseñas, críticas, ponencias, notas en importantes revistas de varios países». ¹⁷

Es significativo destacar que la mayor parte de sus investigaciones las dedicó al pensamiento y la obra del héroe de Dos Ríos. Entre sus títulos en torno a Martí destacan: *José Martí, Epic Chronicler of the United States in the Eighties* (1953); *José Martí, anticlerical irreductible* (1954); *Notas en torno al modernismo* (1958); *Indagaciones martianas* (1961); *Martí, Darío y el modernismo* [en coautoría con Ivan Schulman] (1969); y *José Martí. Epistolario* (1973).

Cuentan que, «cuando salió de Cuba se la llevó en el cerebro y en el corazón. Siempre mantuvo los vínculos con la Isla, anualmente la visitaba. Desde la cima, Martí oteaba todo el panorama». ¹⁸

Sencillamente, resulta útil y hermosa la impronta martiana en Manuel Pedro González. «Su sombra bienhechora no me ha desamparado nunca ni su memoria ha dejado de endulzar y confortar mis desdichas y tristezas», ¹⁹ expresó en 1968. José Martí fue su templo, su inspiración y guía.

¹⁶ Ivan A. Schulman: «Recordando a dos maestros modernos», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, vol. 27, 2004, p. 43.

¹⁷ Elsa Vega Jiménez: Manuel Pedro González, apasionado seguidor de José Martí, Abra Canarias Cultural, Islas Canarias, 2022, p. 42.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 46.

¹⁹ Manuel Pedro González en Cintio Vitier: «Manuel Pedro González y la Sala Martí: De un discurso inaugural», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, no. 1, enero-abril, 1968, p. 94.



Ezequiel Martínez Estrada y su abrazo a la Revolución Cubana

Cuba fue una casa para el poeta, dramaturgo, cuentista y ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada, al igual que para otros latinoamericanos que encontraron refugio político y consolidaron su formación cultural en el mayor archipiélago del Caribe. Llegó a La Habana en el último lustro de su existencia para vivir la experiencia de la naciente Revolución, cargando el peso de incomprensiones en su tierra natal, con una carrera consolidada y el aval de Jorge Luis Borges, que lo consideró el primero de los poetas contemporáneos.

Desde 1949 Martínez Estrada figuraba como académico correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba, pero no es hasta 1959 que se involucra de manera activa en la vida cultural de la nación. Al recibir el galardón en la categoría de ensayo del primer Concurso Literario Hispanoamericano auspiciado por Casa de las Américas en 1960, con el título «Análisis funcional de la cultura», Martínez Estrada inicia un camino que el escritor uruguayo Ángel Rama califica como «el ciclo cubano de su producción intelectual».

La primera presentación del autor de *Radiografía de la Pampa* (1933) ante el público de la Isla sucedió el 22 de febrero de 1960, en la Biblioteca Nacional José Martí. El encuentro auspiciado por la Dirección General de Cultura, resultó de sumo agrado para los asistentes a la conferencia por el acercamiento a títulos como *La cabeza de Goliath* (1940), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948), *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951), *El hermano Quiroga* (1957), entre otras creaciones de una extensa obra que el propio autor repasó a vuelo de pájaro. Según testimoniantes del encuentro, la charla tuvo un carácter muy íntimo y en ella se refirió detalladamente a su amistad con Horacio Quiroga.²⁰

La estancia del ilustre argentino en suelo cubano le deparó intensas jornadas de conferencias, seminarios, entrevistas para la prensa. A finales del sesenta asume la dirección del Centro de Estudios Latinoamericanos de Casa de las Américas hasta 1962 e integra el consejo de redacción de la revista de dicha institución. En ese espacio temporal escribe su obra *En Cuba y al servicio de*

²⁰ Israel Echevarría: «Don Ezequiel Martínez Estrada en Cuba: contribución a su Biobibliografía», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), mayo-junio, 1968, p. 124.

la Revolución Cubana (Ediciones Unión, 1963), donde reúne una compilación de artículos dispersos publicados con anterioridad.

La figura de José Martí resulta clave en sus investigaciones, una devoción martiana devoraba su pensamiento al igual que la admiración que sentía por líderes como Fidel Castro y su compatriota Ernesto Guevara, al que llamó *capitán del pueblo*. El artículo «El diario de campaña de Martí como documento caracterológico», extenso texto que publica la *Revista...* en 1961 y que correspondía a un capítulo de su libro *Martí revolucionario*, da fe de los años de estudio que dedicó a nuestro Apóstol, a quien consideró el más grande escritor de Iberoamérica.

Acerca de la obra *Martí revolucionario*, subraya el profesor Manuel Pedro González:

Es el estudio más erudito, apasionado, apasionante y extenso que la personalidad de Martí ha inspirado hasta ahora (...). Es un estudio de proporciones gigantescas, arrebatado, frenético, ditirámico siempre, complejísimo y de ardua lectura a ratos. Este heroico esfuerzo consumió las últimas energías del autor y precipitó su muerte.²¹

El 8 de diciembre de ese año imparte una conferencia en el Salón de actos sobre la vida y obra de Domingo Faustino Sarmiento, en el sesquicentenario de su natalicio, actividad presentada por Juan Marinello, que contó además con la presencia de la doctora Graziella Pogolotti. El texto íntegro de la charla lo publicó la *Revista*, luego de la muerte de Ezequiel, ocurrida en Bahía Blanca, Argentina, el 4 de noviembre de 1964.

²¹ Manuel Pedro González: «Manuel Pedro González y la Sala Martí: De un discurso inaugural», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (1), enero-abril, 1968, p. 95.

El 29 de octubre de 1962, a escasos 20 días de regresar a su tierra, con delicado estado de salud, vuelve don Ezequiel a la Biblioteca Nacional a ofrecer la charla sobre el escritor y naturalista norteamericano Henry David Thoreau. Le acompañaron en la mesa de conferencias del Salón de actos, el eminente doctor Gustavo Aldereguía Lima y el abogado Antonio Barrera y Martínez Malo. En el auditorio se encuentra Eliseo Diego, escuchando la última conferencia de Martínez Estrada en la Biblioteca Nacional.

No podía faltar la siempre útil biobibliografía de destacadas personalidades que elabora la BNJM, repertorio bibliográfico que conduce al investigador por el sendero de la creación intelectual de determinados autores. Un listado de la producción de Martínez Estrada, dividido en dos etapas para su mejor comprensión — antes de la Revolución Cubana y con la Revolución — nos presenta el investigador y referencista Israel Echevarría, en la *Revista* de mayo-junio de 1968.

Las palabras de Ambrosio Fonet resumen el certero acercamiento del pensador argentino al proceso revolucionario cubano:

(...) Don Ezequiel Martínez Estrada ha sido el único intelectual extranjero que ha escrito sobre la Revolución como lo podía haber hecho un cubano: fragmentariamente, a manotazos, comprometido con ella hasta la médula, con furia y esperanza, un poco perplejo ante su complejidad, estimulado y abrumado al mismo tiempo por la responsabilidad de erigirse su ideólogo (...).²²

²² Palabras de Ambrosio Fonet, citado por Israel Echevarría: «Don Ezequiel Martínez Estrada en *Cuba: contribución a su Biobibliografía*», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (2), mayo-junio, 1968, p. 117.



Huella y voz de Pablo Neruda

Mucho antes de la primera visita que hiciera el poeta chileno Pablo Neruda al archipiélago cubano, en marzo de 1942 —acompañado de su esposa de entonces, Delia del Carril— La Habana se le había metido en los poros y en el alma. Para el bardo, Cuba era «la rosa limpia del Caribe»,²³ y desde su infancia la capital cubana «(...) era una caja de cedro, una caja de tabacos».²⁴

²³ Pablo Neruda: «Cuba aparece», *Canción de gesta*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1960, p. 7.

²⁴ Pablo Neruda: «Recuerdos de La Habana», *Noticias de Hoy*, 30 de julio de 1950, p. 6.

En su primera visita, Neruda adoró la champola de guánabana que tomara en casa del amigo, el escritor y periodista Ángel Augier, y guardó como trofeo invaluable la colección de polimitas que le regaló el científico don Carlos de la Torre. Los lectores cubanos conocían del Poema número 8, que integraba su libro *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, publicado por la revista *Social*, en 1925, además de otras creaciones que reprodujo la prensa de la época.

*Abeja blanca zumbas, ebria de miel, en mi alma
y te tuerces en lentas espirales de humo.
Soy el desesperado, la palabra sin ecos,
El que lo perdió todo, y el que todo lo tuvo.
(...)
Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma.
Revives en el tiempo, delgada y silenciosa.
¡Ah silenciosa!*²⁵

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí conserva la huella documental del escritor, senador, diplomático y luchador comunista Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto (San José del Parra, Chile, 1904-Santiago de Chile, 1973), una ensarta de nombres que sintetiza el seudónimo Pablo Neruda para inscribirse en la historia de las letras de Hispanoamérica y del mundo como uno de los grandes creadores líricos del siglo XX.

El valioso Fondo de Manuscritos de Colección Cubana atesora las cartas que enviara Neruda a Juan Marinello con antelación a su primer viaje a la Isla y en otros momentos de su vida, reveladoras de la amistad entre ambos, y puente de enlace del comu-

²⁵ Pablo Neruda: Poema número 8 «Abeja blanca que zumbas...», *Poesías completas*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1951, p. 51.

nista chileno con la intelectualidad de izquierda en Cuba durante la República, y después del triunfo del 1ro. de enero de 1959.

«Grande y querido Juan»,²⁶ llama Neruda al intelectual cubano, con quien participa en el Congreso Internacional de Escritores celebrado en la ciudad de Valencia, en junio de 1937, y al que recurre con frecuencia en busca de colaboraciones para las revistas *La sangre y la letra* e *Insurgente*; le solicita valoraciones y sugerencias como jurado de premios literarios, además de recomendarle amigos interesados en visitar la mayor de las Antillas.

«Cuba dio a Pablo —político de lejanías y artista de realidades— su paisaje y su pelea. Una pelea firme y comunicativa, joven y meditadora, alegre y estricta. Un paisaje de mar y de caracoles (...) Algún día se filtrará por los poemas de Pablo un esplendor cálido, una luz cegadora y cordial, (...) un clamor de gentes que se despiertan a la faena de la libertad: ese día los cubanos descubriremos la marca de Cuba en el poema de Pablo Neruda».²⁷

Las palabras de Marinello en el homenaje a Neruda, presagiaron el sentir del poeta cuando escribió su libro *Canción de gesta*, dedicado a los libertadores de Cuba: Fidel, sus compañeros y al pueblo cubano.²⁸

La publicación del mencionado libro, de contenido político y social —marcadamente antimperialista— en el que incluye

²⁶ Carta de Neruda a Juan Marinello, México DF, 5 de enero de 1941, Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, CM Marinello, no. 741.

²⁷ Juan Marinello: «Neruda y Cuba. Ni poema sin entraña lírica, ni lirismo sin entraña humana», La Habana, 29 de agosto de 1943, 3h, mecanuscrito, Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, CM Marinello, no. 732. Publicado por Marinello en el diario *Hoy*.

²⁸ Pablo Neruda: *Canción de gesta*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1960.

también a la hermana nación de Puerto Rico y a otros países del Caribe, estuvo a cargo de la Imprenta Nacional de Cuba, en 1960, y resultó el pretexto de su tercer y último viaje²⁹ a la nación caribeña, el 5 de diciembre de ese año, en compañía de su esposa Matilde Urrutia, una estancia que le permitió recibir el año nuevo en tierra cubana, de manera intensa, por la cantidad de actividades programadas.

La prensa siguió cada día sus recorridos. *El arquitecto de la poesía en América*, como le llamaron los medios, ofreció varios recitales de poesía: en el Palacio de Bellas Artes, Casa de las Américas, el Aula Magna de la Universidad de La Habana y la Biblioteca Nacional José Martí.

La tarde noche del martes 13 de diciembre de 1960, en el Salón de actos, Neruda recitó sus poemas de amor y de gestas, ante un auditorio que disfrutó cada inflexión de su voz, maravillados ante el hombre que una década después, recibiría la más alta distinción de las letras: el Premio Nobel de Literatura.

Tiene 56 años de intensa vida el elegante caballero que distingue con su presencia la Biblioteca Nacional, en el segundo año de funcionamiento de la renovada institución. Gracias al testimonio de la fotografía podemos apreciar cuánta impresión nos causa su rostro sereno, mientras lee —con los lentes cerca, pero prescindiendo de estos— unos cuantos libros que tiene sobre la mesa. Es infinito el privilegio de quienes entonces lo escuchan.

Los días siguientes visitó otras ciudades, y regresó a la Plaza de la Revolución, el 2 de enero de 1961, acompañado del poeta Nicolás Guillén. Esa mañana recitó al pueblo congregado, los versos que brotaron de la emoción.

²⁹ Neruda estuvo de paso en La Habana, rumbo a México, en agosto de 1949.



Blas de Otero, genio errante en poesía

Blas de Otero creyó en el hombre, en la paz, en su patria España. Su arma más poderosa fue el verso, la palabra, esa palabra que muchas veces le fuera censurada por su profundo contenido social, por el compromiso con las causas justas:

*Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza, me queda la palabra.*

*Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.³⁰*

A Blas de Otero Muñoz (Bilbao, 1916-Majadahonda, 1979) se le ha considerado el mayor de los poetas españoles de la llamada promoción de la posguerra. «Fue un gran sonetista, uno de los grandes sonetistas del siglo XX», reconoció su compatriota, el poeta Ángel González. Sus poemas han sido traducidos a casi todos los idiomas y el estudio de su obra ha motivado a investigadores de España y otras latitudes.

La lírica oteriana se convierte en documento histórico, develador de búsquedas, contradicciones y contextos, con intenciones de ser leída por la inmensa mayoría, con temas recurrentes como la muerte, la paz, el amor y la guerra.

Desde los 12 años escribía versos. Le tocó lidiar con etapas de crisis depresivas a las que denominó «la galerna». Errante, místico y cosmopolita, a Blas de Otero podía encontrarse en Madrid, Barcelona, París, Moscú, Pekín o La Habana. A esta última ciudad arriba el 22 de enero de 1964, vía Praga, para integrar el jurado de la sección de Poesía del Premio Literario Casa de las Américas y conocer, de primera mano, la realidad cubana en una Revolución socialista.

Ha transcurrido apenas un mes de estancia en La Habana —que se prolonga hasta abril de 1968— cuando el 20 de febrero de 1964 es presentado por la doctora Maruja Iglesias en la Sala Circulante. Tres instantáneas dan fe de la visita del ilustre escri-

³⁰ Blas de Otero: «En el principio», *Que trata de España*, Editora del Consejo Nacional de Cultura, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1964, p. 15.

tor español, quien llegó acompañado del poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar.

Entre usuarios y bibliotecarios comentó sus poemas antológicos y sus más recientes creaciones. Ese año vio la luz la edición cubana de *Que trata de España*, a cargo de la Editora del Consejo Nacional de Cultura y la Editora Nacional de Cuba, que incluye la trilogía: *Pido la paz y la palabra*, *En castellano y*, por último, la composición que da título a la obra.

En la mayor de las Antillas escribió las prosas *Historias fingidas y verdaderas*, publicadas por Alfaguara, en 1970; viajó por varias ciudades y colaboró en publicaciones periódicas como *Bohemia*, *La Gaceta de Cuba*, *Unión*, *Casa de las Américas*, *España Republicana*; además, ofreció recitales de poesía en instituciones culturales. En su periplo habanero le sorprendió el amor, pues contrajo matrimonio con una bibliotecaria de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), relación que terminó a finales de 1967.

Motivado por el arraigo de la décima en la cultura popular cubana, De Otero compone tres décimas, tituladas *El zunzuncito*, publicadas por la revista *Bohemia* en 1966. Su estancia en la Isla, una vez de regreso a su tierra natal, hace que la evoque en versos:

(...)

*Sí, Cuba. Quién te tuviera
siempre delante, tendida
ante mi vista, bandera
que es venda para mi herida.*

(...)

*Que Cuba es oro de ley,
y así relumbras y brillas.*

*Oro de ley, Camagüey,
y Matanzas y Las Villas,
La Habana, Pinar del Río,
y Santiago con su luna
grande en el fondo del río.³¹*

Ángel fieramente humano (1950), *Redoble de conciencia* (1951), *Hojas de Madrid con La galerna* (2010) y su *Obra Completa* (2013), son algunos títulos de una vasta producción intelectual que incluye memorias y textos en prosa surgidos del ingenio creativo de Blas de Otero, a quien la muerte le sorprende a causa de una embolia pulmonar, a los 63 años, el 29 de junio de 1979.

*Si me muero, que sepan que he vivido
luchando por la vida y por la paz.
Apenas he podido con la pluma,
apláudanme el cantar.*

*Si me muero, será porque he nacido
para pasar el tiempo a los de atrás.
Confío que entre todos dejaremos
al hombre en su lugar.³²*

Escribió el poeta, desgarrado en su profundo humanismo. La sentencia de Blas de Otero permanece abierta a la esperanza de los pueblos, alentando a sembrar la paz de la que tanto escribió y que hoy se torna tan necesaria.

³¹ Blas de Otero: «Hojas de Madrid», *Blas de Otero-Obra Completa*, 1935-1977, Editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2013.

³² Blas de Otero: «Campo de amor», *Que trata de España*, Editora del Consejo Nacional de Cultura, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1964, p. 195.



Kurt Pahlen y su música para niños

El sábado 12 de marzo de 1960 el diario *Revolución* publicó una nota con el siguiente título: «Aviso importante al público en general»:

Esta tarde a las 4:30 p.m. será televisado por el Canal 2 el recital de música cubana contemporánea escrita especialmente para niños, que tendrá lugar en el Salón de actos de la Biblioteca Nacional José Martí. Vea y oiga esta tarde a niños entre 6 y 13 años, niños de la nueva Cuba, interpretando nuestra música (...).

Resultaba una novedad la presentación de los más jóvenes en el panorama musical de una nación en constantes transformaciones, principalmente de tipo sociocultural. Ese mismo día, la Biblioteca y su departamento de Música, en coordinación con la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, dieron la bienvenida al compositor y director de orquesta austriaco Kurt Pahlen, quien se encontraba en La Habana dictando un cursillo sobre práctica coral para niños. Llegó acompañado de su esposa.

¿Cuál sería el interés del prestigioso compositor en impartir clases en Cuba? El propio Pahlen responde el alcance de su propuesta, en entrevista concedida a otro grande de la música cubana, el maestro José Ardévol:

Creo que en todas las jóvenes Repúblicas latinoamericanas, y muy especialmente en Cuba, que está trasformando dinámicamente sus formas de vida, la educación musical tiene un interés primordial en la formación de sus ciudadanos de mañana. Propago la educación musical como camino hacia la humanización de la vida, como arma contra el creciente materialismo que nos amenaza a todos.³³

Precisamente la BNJM se encontraba inmersa en una ardua labor de educación y rescate de los valores de nuestro patrimonio musical, sobre todo con los niños y adolescentes. La creación de su departamento Juvenil en diciembre de 1959, inició un programa que incluía presentaciones del coro dirigido por la musicóloga Carmen Valdés, además de concursos, talleres y visitas de estudiantes de música. También se suma la influencia

³³ José Ardévol: «Entrevista con Kurt Pahlen», *Revolución*, 16 de marzo de 1960.

aglutinadora de Argeliers León, en su rol de jefe del Departamento de Música de la institución.

El ilustre visitante Kurt Pahlen nació el 26 de mayo de 1907 en Viena, Austria. Cursó estudios en la Academia de Música de su ciudad natal, donde se doctoró en 1929. Vivió una etapa en Buenos Aires, Argentina, llegando a dirigir la Filarmónica de esa ciudad y el teatro Colón. También en Uruguay dejó una impronta en la música coral.

Durante su larga trayectoria profesional compuso óperas, dictó centenares de conferencias, impartió cursos de música para niños, y escribió importantes títulos que revelan su vocación pedagógica y enriquecen la historiografía de la música clásica como lenguaje universal. Entre otros destacan *Diccionario de la Ópera*, *Enciclopedia mundial de la Música*, *La Música en la educación moderna*, *Historia gráfica universal de la Música*, *El maravilloso mundo de la Música*; así como libros biográficos de célebres compositores y también autobiográficos.

En los años setenta regresó a Europa, radicándose en Suiza. Se le considera un experto en la obra de los compositores Richard Wagner y Richard Strauss. Falleció el 24 de julio de 2003, a los 96 años. Obtuvo el reconocimiento de numerosas universidades, además de condecoraciones como la Gran Insignia de Honor de la República de Austria.

La visita del maestro Pahlen a la Biblioteca Nacional incentivó la realización de hermosas presentaciones con niños y jóvenes que interpretaron su música, principalmente en la dorada década de los sesenta.

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

- p. 13** Retrato de Domingo Figarola Caneda.
- p. 18** Carlos Villanueva recibe de manos del historiador Emerterio Santovenia la medalla conmemorativa en la inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, febrero de 1958.
- p. 21** Francisco de Paula Coronado, director de la Biblioteca Nacional. Retrato con dedicatoria: «A Carlos Villanueva, recuerdo cariñoso de su viejo amigo Coronado», 5 de septiembre de 1926.
- p. 24** María Villar Buceta, poeta y bibliotecaria.
- p. 28** Emilio Roig de Leuchsenring, historiador y presidente de los Amigos de la Biblioteca Nacional.
- p. 32** José Antonio Ramos en su labor de asesor técnico de la Biblioteca Nacional. Ca. 1940.
- p. 40** Lilia Castro de Morales, directora de la Biblioteca Nacional entre 1948 y 1958.
- p. 45** Don Fernando Ortiz visita la Biblioteca Nacional para efectuar la venta de su fondo personal, Salón de conferencias, 12 de diciembre de 1960.
- p. 50** Ceremonia de colocación de la primera piedra del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, 28 de enero de 1952, con la

presencia de la directora Lilia Castro de Morales, el ministro de Obras Públicas, Luis Casero y otras personalidades. Momento en que Emeterio Santovenia daba la primera paletada.

p. 55 Moreno Friginals imparte la conferencia «Apogeo azucarero cubano siglo XVIII», 15 de abril de 1963.

p. 62 Salvador Bueno comenta la novela *Los de abajo*, del escritor mexicano Mariano Azuela. Sala Circulante, 22 de enero de 1962. A su izquierda la doctora Maruja Iglesias. Foto Cooperativa Fotográfica.

p. 64 La doctora María Teresa Freyre de Andrade presenta la conferencia de Eliseo Diego sobre William Faulkner, 17 de agosto de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.

p. 69 La doctora María Teresa Freyre de Andrade en su oficina de la Biblioteca Nacional José Martí.

p. 74 Fina García Marruz y Cintio Vitier, tomados de la mano en la Biblioteca Nacional José Martí.

p. 78 Maruja Iglesias en las labores de extensión bibliotecaria, 1960.

p. 84 La doctora María Elena Jubrías, iniciando el ciclo de conferencias «Las artes a través de los tiempos» en los Jueves de Arte, julio de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.

p. 87 La doctora María Lastayo en el Salón de actos, década del sesenta.

p. 91 Concierto homenaje a Amadeo Roldán, dirige Argeliers León, Salón de actos de la Biblioteca Nacional, 14 de marzo de 1960.

- p. 96** Adelina López Llerandi imparte un cursillo a responsables de bibliotecas obreras, 1966.
- p. 99** Charla de Renée Méndez Capote sobre su libro *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, Sala Circulante, 25 de junio de 1963. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 103** La joven Luz Merino, especialista del departamento de Arte, en una exposición de arte, diciembre de 1961.
- p. 107** Mayra Navarro en «La hora del cuento», noviembre de 1964. Foto Tito Álvarez.
- p. 111** Juan Pérez de la Riva comenta el libro *La Isla de Cuba*, de Richard Madden, 14 de agosto de 1964.
- p. 116** Conferencia de la Dra. Aleida Plasencia «La Revolución Cubana y América Latina», 15 de mayo de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 121** Emilio Setién junto a Osiris Riera, en el bibliobús, llevando el libro y la lectura a las comunidades de las zonas rurales, junio de 1965.
- p. 125** Concurso literario organizado por la Sección Sindical de la Biblioteca. Cleva Solís (tercera, de izquierda a derecha) como parte del jurado, que integraron, además, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Blanca Mesa y Renée Méndez Capote. Salón de actos, 23 de abril de 1963.
- p. 129** Cintio Vitier (izquierda) integra el panel de conferencias junto a Max Henríquez Ureña, María Teresa Freyre de Andrade y Manuel Pedro González. Salón de actos de la Biblioteca Nacional. Ca. 1960-1965.

p. 135 Alicia Alonso junto al filósofo y profesor finlandés Walter Blomquist y personalidades de la India en la inauguración de la exposición «Trajes y fotos de la India», 30 de enero de 1963. Foto Cooperativa Fotográfica.

p. 139 Charla de Dora Alonso sobre su novela *Tierra inerte*, premiada en la segunda edición del Concurso Literario Casa de las Américas, Sala Circulante, 22 de enero de 1962. Foto Studios Korda.

p. 144 Vicentina Antuña en la conferencia de Alejo Carpentier con motivo de la semana de homenaje por el centenario de Tagore, noviembre de 1961. Foto Studios Korda.

p. 148 José R. Brene en conferencia en la Biblioteca Nacional, 16 de noviembre de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.

p. 152 Alejo Carpentier en el Salón de actos de la Biblioteca Nacional en la charla «Verdad y ficción en *El siglo de las luces*», 9 de diciembre de 1963.

p. 157 La directora de la Biblioteca Nacional José Martí y el presidente Osvaldo Dorticós en la inauguración de nuevos departamentos, 14 de diciembre de 1959.

p. 162 Conferencia del doctor Elías Entralgo, Salón de actos, ca. 1961-1963.

p. 166 La doctora Dulce María Escalona (al centro) inaugura el horario nocturno de la Biblioteca Nacional, junto a las doctoras Antuña y Freyre de Andrade, 15 de agosto de 1959.

p. 169 Conferencia de Samuel Feijóo «Narraciones de Guamuhaia», Salón de actos, 3 de julio de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.

- p. 174** Charla de Roberto Fernández Retamar sobre su libro de poemas *Con las mismas manos*, el 16 de abril de 1963, en la Sala Circulante. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 179** Charla sobre cine por Alfredo Guevara, 29 de abril de 1960.
- p. 183** Homenaje a Guillén en la BNJM, octubre de 1962. En la presidencia las doctoras Vicentina Antuña y María Teresa Freyre de Andrade.
- p. 187** Onelio Jorge Cardoso comenta su cuento *La otra muerte del gato*, el 30 de noviembre de 1962. En el público destacan el poeta Eliseo Diego (extremo izquierdo), la doctora María Teresa Freyre de Andrade, Maruja Iglesias, bibliotecarios y usuarios de la Sala Circulante. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 190** Wifredo Lam en la exposición de sus grabados, donados a la Biblioteca Nacional, 1963.
- p. 194** Julio Le Riverend en el ciclo de conferencias «Etapas del desarrollo económico en Cuba: la penetración del capital extranjero», 10 de abril de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 199** La doctora María Teresa Linares en la Mesa Redonda sobre folklore cubano, 6 de diciembre de 1962. Le acompañaron Samuel Feijóo, Argeliers León y Lisandro Otero. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 202** Conferencia del doctor Jorge Mañach en la Biblioteca Nacional, 30 de noviembre de 1959.
- p. 207** Mesa Redonda «La enseñanza de la literatura», Camila Henríquez Ureña, María Teresa Freyre de Andrade y Juan Marinello, 2 de julio de 1960.

- p. 211** La diseñadora María Elena Molinet dicta la conferencia «La moda actual y el arte moderno», 25 de julio de 1966.
- p. 215** Conferencia sobre arte de la doctora Rosario Novoa, septiembre de 1960.
- p. 218** Conferencia de Lisandro Otero González sobre su libro *Cuba: zona de desarrollo agrario*, 14 de julio de 1960. Local de Seminarios.
- p. 223** El maestro Pérez Sentenat al piano, Salón de actos, 6 de marzo de 1962.
- p. 226** Conferencia «Recordemos a los héroes del 24 de febrero», a cargo de la doctora Hortensia Pichardo. Salón de actos, 21 de febrero de 1961.
- p. 230** Virgilio Piñera (sexto, de izquierda a derecha) durante la visita del escritor argentino José Bianco a la Biblioteca Nacional, abril de 1961.
- p. 235** Marcelo Pogolotti durante la visita de la escritora Natalie Sarraute, 1961. Foto Studios Korda.
- p. 238** La doctora María Teresa Freyre de Andrade presenta la conferencia de la diseñadora Clara Porset (derecha), 5 de enero de 1960.
- p. 242** René Portocarrero en la inauguración de su primera exposición retrospectiva. En la imagen: Ángel Gaztelu, Gilberto Bosques, René Portocarrero, María Teresa Freyre de Andrade, Graziella Pogolotti e invitados, 21 de julio de 1960.
- p. 246** José Antonio Portuondo en el homenaje al escritor mexicano Alfonso Reyes, 12 de febrero de 1960.

- p. 250 Conferencia del doctor Carlos Rafael Rodríguez, 11 de mayo de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 255 Charla de Jaime Sarusky sobre su novela *La búsqueda*, 14 de marzo de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.
- p. 258 Charla de Luis Suardíaz «En torno a la obra de Antonio Machado», Sala Circulante, 26 de agosto de 1964.
- p. 262 Coro Juvenil de la Biblioteca Nacional dirigido por la maestra Carmen Valdés, 13 de julio de 1960.
- p. 267 Visita del poeta Rafael Alberti y su esposa María Teresa León a la Biblioteca Nacional José Martí, abril de 1960. En primer plano, Maruja Iglesias y Rafael Alberti; detrás, María Teresa Freyre de Andrade, Vicentina Antuña, María Teresa León y Graziella Pogolotti.
- p. 271 La doctora María Teresa Freyre de Andrade saluda al escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias antes de presentar su conferencia. Salón de actos, agosto de 1959.
- p. 274 El embajador mexicano Gilberto Bosques preside el panel de homenaje al escritor Alfonso Reyes, Salón de actos de la Biblioteca Nacional José Martí, 12 de febrero de 1960.
- p. 279 La directora de la Biblioteca Nacional presenta la conferencia del escritor mexicano Carlos Fuentes, 26 de enero de 1960.
- p. 282 Manuel Galich en la conferencia «La conciencia antimperialista en América Latina», Salón de actos, 31 de agosto de 1962. Foto Cooperativa Fotográfica.

p. 286 Conferencia «La moral cristiana en la Revolución», por el filósofo francés Roger Garaudy, 22 de agosto de 1962. Foto: Studios Korda.

p. 290 Panel de conferencias en el Salón de actos, de izquierda a derecha: Cintio Vitier, Max Henríquez Ureña, María Teresa Freyre de Andrade y Manuel Pedro González, ca. 1960.

p. 294 Conferencia del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada sobre Domingo Faustino Sarmiento en su sesquicentenario, le acompaña Graziella Pogolotti, Salón de actos, 8 de diciembre de 1961.

p. 298 Recital de poesía de Pablo Neruda en la Biblioteca Nacional José Martí, 13 de diciembre de 1960.

p. 302 Poemas y comentarios por el poeta español Blas de Otero, 20 de febrero de 1964.

p. 306 Kurt Pahlen visita el Departamento de Música de la Biblioteca Nacional, 12 de marzo de 1960. De izquierda a derecha: Argeliers León, Maruja Iglesias, esposa de Pahlen, Kurt Pahlen y especialista de la BNJM.

GALERÍA DE IMÁGENES

Sucesos memorables



Valla que anuncia la construcción de la Biblioteca Nacional en los terrenos aledaños a la Plaza Cívica o de la República, hoy Plaza de la Revolución José Martí, junio de 1952.



El nuevo edificio de la Biblioteca Nacional en construcción, a cargo de la prestigiosa firma de los arquitectos Govantes y Cabarrocas, 1954.



Edificio de la Biblioteca Nacional José Martí.



Discurso de inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, 21 de febrero de 1958.



El doctor Fernando Ortiz entrega al historiador Emeterio Santovenia la medalla conmemorativa de la inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, 22 febrero de 1958.



Tribuna en la Biblioteca Nacional por la celebración del primer 26 de julio en la Revolución, 26 de julio de 1959.



Respaldo de los campesinos en la celebración del 26 de julio de 1959.



Concentración del pueblo con motivo de la celebración del 26 de julio de 1959.



Celebración del 26 de julio de 1959 desde la Biblioteca Nacional José Martí.



Visita de campesinos a la Biblioteca Nacional José Martí durante la celebración del 26 de julio de 1959.



Guajiros en el Salón de actos de la Biblioteca Nacional José Martí, 26 de julio de 1959.



Carpentier entrega donaciones a la BNJM en el marco del Primer Festival del libro cubano, septiembre de 1959.



Organizadores del Primer Festival del libro cubano, septiembre de 1959.



El presidente Osvaldo Dorticós en la inauguración de la Sala Infantil y Juvenil.



El presidente Osvaldo Dorticós participa en la inauguración de nuevos departamentos en la Biblioteca Nacional José Martí, 14 de diciembre de 1959.



María Teresa Freyre de Andrade despide al doctor Osvaldo Dorticós, 14 de diciembre de 1959.



Los niños y adolescentes de la Sala Juvenil comparten con Panchita Isbert, la costurera de Fidel Castro, 12 de febrero 1960.



La doctora Freyre de Andrade explica al Embajador de Gran Bretaña el proceso de préstamo de obras de arte.



Joven usuaria de la Sala Juvenil descuelga un cuadro con obra de arte para préstamo, ca. 1960-1962.



Pioneros de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, de la Sierra Maestra, visitan la Biblioteca Nacional, 5 de mayo de 1961. Foto: Studios Korda.



Alumnos de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos en el Salón de actos, 5 de mayo de 1961. Foto: Studios Korda.



Curso de ciencias ofrecido a los lectores de la Sala Juvenil de la BNJM, 1963.



La especialista Mayra Navarro imparte el Primer Seminario para narradores y adaptadores de cuentos en la BNJM, abril de 1963. Foto: Cooperativa Fotográfica.



Primer Encuentro de responsables de bibliotecas obreras, 1963.



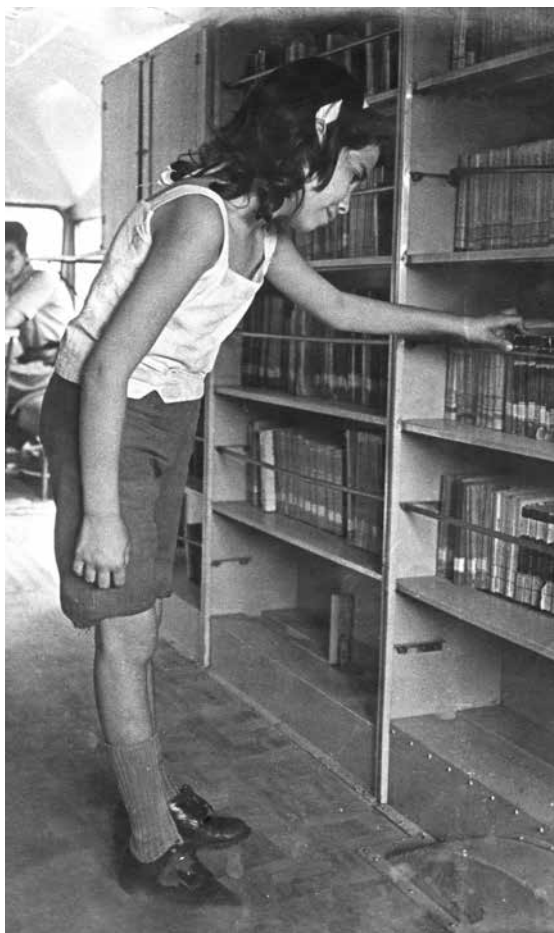
Bibliobús o biblioteca viajera en la zona rural de Cienfuegos, fructífera experiencia de extensión bibliotecaria.



La doctora María Teresa Freyre de Andrade, junto a otras bibliotecarias controla y participa en la experiencia del bibliobús en la región central de Cuba, junio de 1965.



Los niños seleccionan los libros de su interés en el bibliobús.

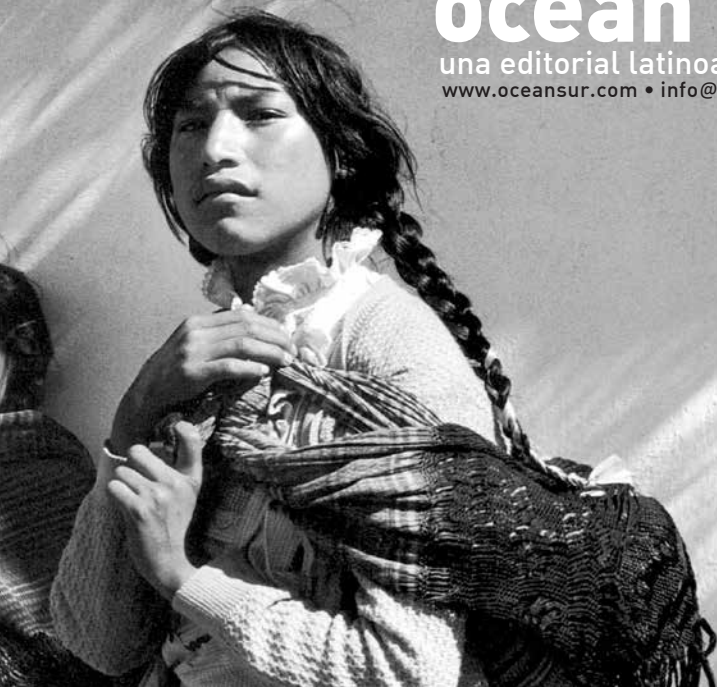


La biblioteca viajera, espacio de cultura para las nuevas generaciones.

ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

ILUSTRES

EN LA
BIBLIOTECA NACIONAL
JOSÉ MARTÍ

El 120 aniversario de la fundación de la Biblioteca Nacional José Martí devino inspiración para el estudio de una parte de su historia desde la fotografía. Imágenes y crónicas dialogan en un itinerario que presenta a setenta y una personalidades cubanas y extrajeras, incluidos directivos y bibliotecarios en su relación con la institución y el entramado cultural de la década del sesenta del siglo XX.



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-923074-27-9